

SABIDURÍA para la NUEVA ERA
de EDGAR CAYCE

MISTERIOS DE LA ATLÁNTIDA

*Sorprendentes revelaciones
sobre el pasado remoto
de la humanidad*

EDGAR EVANS CAYCE
GAIL CAYCE SCHWARTZER
DOUGLAS G. RICHARDS

Charles Thomas Cayce
Editor general

**EDGAR EVANS CAYCE
GAIL CAYCE SCHWARTZER
DOUGLAS G. RICHARDS**

MISTERIOS DE LA ATLÁNTIDA

**Sorprendentes revelaciones sobre el
pasado remoto de la humanidad**

EDAF / NUEVA ERA

Título del original inglés:
MYSTERIES OF ATLANTIS REVISITED

Traducción de:
ALEJANDRO PAREJA

© 1988. Edgar Evans Cayce, Gail Cayce Schwartzter y Douglas G. Richards
© 1993. De la traducción, Editorial Edaf, S. A.
© 1993. Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. Madrid
Para la edición en español por acuerdo con Edgar E. Cayce, Gail Cayce Schwartzter y Dr. Douglas G. Richards. U.S.A.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito legal: M. 14.995-1993
ISBN: 84-7640-665-7

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

por Gráficas Rogar. Fuenlabrada (Madrid)

*A Hugh Lynn Cayce,
por la inspiración y la orientación que ofreció a todos
los que querían aprender de las lecturas de Cayce*

La figura 5-2 está tomada del libro *Electromagnetic Sounder Experiments at the Pyramids of Giza*, de Dolphin, L. T., y N. Bakarar. Menlo Park, California: SRI International, 1975. Reproducido con licencia de SRI International.

Las figuras 5-4 y 5-5 están reproducidas por cortesía de H. Haas, J. Devine, P. Wenkle, M. Lehner, W. Wolfli y G. Bonani.

Algunos datos y citas del capítulo 7 proceden de la obra *Vulnerability of Energy Distribution Systems to an Earthquake in the Eastern United States-An Overview*. American Association of Engineering Societies, Washington, DC, 1986. Reproducido con licencia de J. E. Beavers.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo, por Edgar Evans Cayce</i>	11
<i>Prefacio</i>	23

PRIMERA PARTE RELATOS SOBRE LA ATLÁNTIDA

1. La leyenda de la Atlántida	27
2. El relato de la Atlántida por Edgar Cayce	49

SEGUNDA PARTE EL PUNTO DE VISTA CIENTÍFICO

3. El testimonio de la geología	87
4. El testimonio de la arqueología	117

TERCERA PARTE LA BÚSQUEDA DE PRUEBAS

5. La búsqueda en Egipto.....	161
6. La búsqueda de la Atlántida en Bimini.....	201

Págs.

CUARTA PARTE
ESPEJOS DE NUESTRO FUTURO

7. La Atlántida en nuestro futuro: ¿Terremotos?	225
<i>Epílogo</i>	233
<i>Bibliografía escogida</i>	239
<i>Artículos</i>	243
<i>Los autores</i>	247
<i>La sabiduría de Edgar Cayce para la Nueva Era</i>	249

PRÓLOGO

**MI RECUERDO PERSONAL
DE EDGAR CAYCE**

Mis últimos recuerdos de mi padre, Edgar Cayce, son de un hombre esbelto, de un poco más de un metro ochenta. Sus ojos grises, penetrantes, todavía brillaban a través de los cristales sin montura de sus gafas. Su cabello gris se le iba clareando, y había engordado algo, gracias a la buena comida que preparaba mi madre y debido también a que no tenía tiempo de hacer ejercicio. Pescador apasionado, jardinero incansable, hábil carpintero: mi padre era todas estas cosas. Pero cada vez tenía menos tiempo para muchas de estas cosas que le gustaba hacer, pues cada vez eran más las personas que oían hablar de su capacidad parapsicológica única y se dirigían a él para que les ofreciese «lecturas».

Las lecturas eran extrañas y maravillosas para los que las recibían, pero yo las conocí desde pequeño y las aceptaba como hechos corrientes, de todos los días. Mi padre me hizo a mí mismo lecturas físicas y vitales, y yo escuchaba de vez en cuando las que hacía para la gente de fuera. Pero yo esperaba con más impaciencia los días en que podíamos salir juntos de pesca o trabajar en una labor de carpintería.

Ni mi hermano Hugh Lynn ni yo compartimos nunca el entusiasmo de nuestro padre por la jardinería. Pero nuestra falta de interés jamás le desanimó a él, que siempre estaba cavando algún nuevo árbol o arbusto que hubiera plantado, o limpiando de malas hierbas su jardín. Prefería gastarse el dinero en una carga de mantillo a gastarlo en comida para nuestra mesa; y solía hacerlo así, con gran consternación por parte de mi madre. Vivimos en varias casas de Virginia Beach (Virgi-

nia), dejando a nuestro paso un rastro de árboles frutales, rosales y parras. Parecía que a Edgar Cayce todas las plantas le crecían bien. Yo sospechaba que una parte de sus poderes parapsicológicos se transmitían a su mundo diario, porque jamás le vi volver con las manos vacías de una excursión de pesca o de una visita a su huerto.

Pero el dinero era otra cuestión. Siempre parecía estar arruinado, y nunca fue capaz de acumular dinero. Se le escapaba de entre los dedos como la arena de la playa.

Antes de que llegásemos a Virginia Beach, nos habíamos mudado de Selma (Alabama) a Dayton (Ohio). Recuerdo un día especialmente frío en Dayton; mi padre me rellenó de periódicos la camisa y los pantalones para protegerme del viento frío, pues yo no tenía abrigo. Mi ropa ligera no era adecuada para los inviernos del norte. Casi me helé en aquel invierno en Dayton, y me volví loco de alegría cuando nos mudamos a Virginia, en el sur.

A pesar de nuestras condiciones de vida, no precisamente opulentas, los primeros años en Virginia Beach estuvieron llenos de alegría para toda la familia. En invierno, cargábamos con los postes de pesca (largos postes de pino que habían servido para sujetar redes), que el mar dejaba en la playa, y los aserrábamos para leña. Nos sentábamos alrededor del fuego mientras el viento del norte aullaba en el exterior. Nuestro padre contaba cuentos, o jugábamos todos al parchís. En estas conversaciones familiares fui enterándome de cómo había desarrollado mi padre sus capacidades parapsicológicas, y de por qué no quiso nunca aprovecharlas para ganar dinero.

Edgar Cayce nació cerca de Hopkinsville, Kentucky, en 1877. De niño había tenido algunas experiencias extrañas, y su primera «lectura» fue para sí mismo. El joven Cayce, que trabajaba de empleado en una librería, había perdido la voz. Ninguno de los médicos de la localidad habían sido capaces de hacer nada por él. Desesperado, acudió a un hombre que había estado experimentando con el hipnotismo, que era una novedad por entonces. Ayudado por el hipnotizador, Cayce fue capaz (por voluntad propia) de entrar en un estado semejante al sueño. El hipnotizador le incitó a que describiera su enfermedad y a que sugiriera un tratamiento para la misma, y Cayce

empezó a hablar en su estado autohipnótico. Describió un tratamiento para su enfermedad con el cual recuperó en efecto la voz.

Un médico de la localidad, que había presenciado lo sucedido, sintió interés. Pensó que de diagnosticarse a uno mismo a diagnosticar las enfermedades de los demás sólo había un paso. Los experimentos fueron positivos, y el éxito del doctor y la fama de Cayce se extendieron como consecuencia de la precisión de los diagnósticos o «lecturas» que hacía Cayce a sus pacientes. La palabra «lectura» hizo fortuna, y las charlas de Cayce en su estado semejante al sueño se llamaron así desde entonces. En un principio, Cayce desconfiaba de su propia capacidad, por miedo a equivocarse de algún modo y a que alguna persona sufriera daños a causa de un diagnóstico equivocado. Pero sus peores temores no se cumplieron jamás, y, en vez de sufrir, cada vez eran más las personas que encontraron alivio siguiendo las sugerencias que ofrecía en sus lecturas físicas. Cayce no recordaba nunca nada de lo que decía en sus sueños semejantes a un estado de trance. Se anotaban sus palabras en taquigrafía, y después se pasaban a máquina. Por lo tanto, Cayce nunca conocía las preguntas que le formulaban al final de una lectura, antes de que le sugirieran que se despertase. De vez en cuando, la persona que conducía la lectura buscaba un beneficio personal, y le preguntaba el resultado futuro de una carrera de caballos o le pedía consejos sobre inversiones en Bolsa o en bienes. Cayce respondía a las preguntas, con el consiguiente beneficio para el interrogador, pero se despertaba nervioso y cansado, normalmente con fuertes dolores de cabeza.

Cuando Cayce supo cómo se estaban aprovechando de él, renunció a las «lecturas parapsicológicas» y se dedicó plenamente a su trabajo de fotógrafo, en el que tuvo que sufrir verdaderamente unas pruebas de fuego. Un incendio le destruyó sus materiales, dejándolo gravemente endeudado. En otra ocasión, la explosión de una lata de magnesio (que utilizaban los fotógrafos para la iluminación) quemó los ojos a Hugh Lynn. Los médicos indicaron que se debía extirpar uno de los ojos, y que seguramente quedaría ciego del otro. Mi padre estaba desesperado. Como último recurso, volvió a intentar una «lectura» para Hugh Lynn. La lectura indicó un tratamiento que no sólo salvó los dos ojos a Hugh Lynn, sino que le devolvió la vista.

Animado por este éxito notable, Cayce empezó de nuevo a ofrecer lecturas. Pero, para evitar los problemas que le habían surgido anteriormente, insistió en que fuera siempre su esposa la que dirigiera las lecturas. Desde aquel momento, fue mi madre, Gertrude, quien le daba las sugerencias que necesitaba para la lectura: era ella quien formulaba las preguntas, y era ella quien le daba la sugerencia de despertarse.

Durante los veintisiete años siguientes, millares de personas encontraron alivio para sus dolores y sus sufrimientos siguiendo las indicaciones de las lecturas de Edgar Cayce. Los registros que se conservan en los archivos de la Association for Research and Enlightenment (A.R.E., Asociación para la Investigación y la Iluminación) en Virginia Beach dan fe de su precisión. Allí están los informes médicos y las historias clínicas, a disposición del que quiera consultarlas. La conclusión a la que llegan los muchos libros y artículos que se han escrito sobre él es que Edgar Cayce era, sin duda alguna, un diagnosticador parapsicológico maravillosamente preciso. Como ejemplo de una lectura física, voy a presentarles una experiencia personal.

En 1934, cuando tenía dieciséis años, yo estaba practicando el fútbol americano. Intenté bloquear a un compañero de equipo que casi me doblaba en tamaño. Fue un mal bloqueo, pues perdí pie en mi intento de hacerlo caer. Él levantó la rodilla para desviar mi cuerpo en el aire, y su rodillera me golpeó en la parte superior de la cadera. Todo mi cuerpo se inundó de dolor, y perdí la sensibilidad en la pierna, desde la cadera. No pude volver a jugar al fútbol americano en toda la temporada, y el dolor de la cadera me hacía cojear, hasta que recibí la ayuda de mi padre por medio de una lectura. La lectura decía así:

En lo que se refiere concretamente al costado o cadera derecha, encontramos que se ha producido una lesión de la cubierta del hueso de la pelvis (...) con una torcedura de las fuerzas musculares de las membranas y de los músculos que cubren, o que son adyacentes, a esas partes del mismo. Se trata más bien de una inflamación de la *cubierta*, o de la piel que cubre al hueso propiamente dicho.

Y lo que encontramos es que para evitar que el daño o la inflamación se extiendan de tal modo que produzcan desórdenes o daños posteriores (...) o para evitar que la inflamación afecte a la actividad de las del diafragma mismo, o la cubierta, o el diafragma de la región intestinal inferior, se deberá aplicar algo que absorba o reduzca la tendencia a la acumulación de tejidos engrosados (...) o lo que podría llamarse propiamente una situación en que los tejidos, la inflamación y el engrosamiento provoquen adhesiones. ¿Comprendes?

A continuación, aplicaríamos al costado un masaje a fondo, con un preparado en forma de loción.

A una onza (28 gramos) de aceite puro de oliva (caliente, caliente pero no hirviendo), añade, mientras el aceite de oliva siga caliente, los ingredientes siguientes, añadiéndolos y revolviéndolos en la mezcla por el orden y en las cantidades citadas:

Tintura de benjuí	1/2 onza (14 gramos)
Tintura de mirra	1/4 de onza (7 gramos)
Russian White Oil	1/2 onza
Aceite de avellana	1/4 de onza
Aceite de sasafrás	2 o 3 gotas

Úsalo por la mañana y por la noche para dar masaje al costado derecho, cubriendo la región del intestino ciego, y también todas las partes de la pelvis ¿comprendes? Desde la parte superior a la parte inferior de la región del sacro; por el intestino ciego; por la pelvis; hasta la parte inferior de la región del sacro, en el costado derecho.

Procura mantener una buena actividad intestinal, suficiente para eliminar las cosas que pudieran arrojarse a la circulación.

No fuerces el cuerpo hasta que se reduzca esta situación.

(Mi madre pregunta si debo abstenerme de todo ejercicio.) No. Simplemente, no fuerces ese costado, como podrías hacerlo boxeando, practicando la lucha libre o algo parecido.

Seguí durante cuatro o cinco meses las indicaciones que se me habían dado en la lectura. El dolor de mi costado se redujo, pero conservaba una ligera irritación. Mi padre me ofreció otra lectura, en la que me recomendaba constancia. Dijo que mi situación había mejorado, pero que tardaría un tiempo en curarme del todo. Insistí, y conseguí un alivio completo. Pude jugar al béisbol, al baloncesto y al tenis sin

consecuencias negativas. Para mí, las lecturas de Edgar Cayce fueron muy eficaces. Me devolvieron el uso pleno de mi pierna.

Las lecturas físicas representan cerca de un 60 por 100 de las 14.000 que realizó Edgar Cayce, aproximadamente. Existen algunos grupos de menor importancia, tales como las lecturas de consejos comerciales y de interpretación de sueños, pero la segunda categoría en importancia con diferencia, que representa aproximadamente el 20 por 100 del total, es la de las lecturas vitales. Estas lecturas trataban de problemas psicológicos más que físicos. Intentaban responder a preguntas que pudieran tener las personas sobre sus problemas de vocación, su propósito en la vida y sus relaciones matrimoniales y humanas. La primera lectura vital se produjo de la manera siguiente:

A principios de los años 20, un hombre que tenía una curiosidad insaciable sobre temas de metafísica abrió una nueva dimensión para Cayce y para sus lecturas parapsicológicas. Arthur Lammers intentaba conseguir que Cayce le proporcionara un horóscopo astrológico; pero éste le dijo que el efecto de las estrellas y de los planetas sobre la vida de una persona no era tan influyente ni mucho menos como el efecto de la vida anterior de esa persona sobre su vida presente. A continuación, Cayce presentó a Lammers un resumen de sus vidas anteriores.

Cuando Cayce se despertó y oyó lo que había dicho, se quedó atónito. Despierto, sabía tan poco de reencarnaciones y de ocultismo como de medicina. ¿Era posible que fuera cierta la reencarnación? ¿Cómo encajaba todo eso con sus estudios bíblicos y con sus raíces cristianas? Cayce no lo sabía. Nunca se había preocupado por las cuestiones abstractas de los sistemas filosóficos. Estaba versado en el cristianismo y en la Biblia, pero jamás había estudiado otras religiones del mundo. Ignoraba el hecho de que la reencarnación era una creencia central de las enseñanzas del hinduismo y del budismo.

Entre 1923 y 1924, cuando Cayce estaba azotado por las oleadas de dudas acerca de esta nueva información de su inconsciente, yo sólo tenía cinco o seis años. Me perdí todas las vivas discusiones entre Lammers y Cayce, y las largas discusiones filosóficas en familia. Sí que acompañe a la familia a Dayton (Ohio), donde Lammers nos costeó la estancia a todos para saciar su sed de conocimiento.

¿Cómo llegó a convencerse mi padre de que estas nuevas «lecturas vitales» eran verdaderas? Fue a partir de las discusiones filosóficas con Lammers, que estaba bien informado? ¿Fue por la coincidencia de la información, ofrecida a personas completamente desconocidas, con los hechos reales? ¿O fue por el modo en que las lecturas conciliaban los ideales cristianos con el marco de la reencarnación? Probablemente, cada uno de estos argumentos tuvo su importancia, pero yo sospecho que fue el último de ellos el que la tuvo mayor.

Sea cual fuera la razón de ello, Edgar Cayce se convenció de que las lecturas vitales era tan útiles como los diagnósticos físicos. Parecía que no hacían daño a nadie, de modo que siguió ofreciéndoselas a los que se las solicitaban. Llegó a sentir que las lecturas vitales se realizaban para ayudar a una persona a comprender y a responder a preguntas y a problemas sobre su vida actual, y que obtener una lectura vital por motivos livianos era una pérdida de tiempo. Este concepto se expresó de la manera siguiente en sus lecturas:

No alcances conocimientos que sólo sirvan para tu perdición. Recuerda a Adán. No consigas aquello que no puedas hacer constructivo en tu propia experiencia y en la experiencia de aquellos con los que estás en contacto cada día. No intentes forzar o imprimir tus conocimientos sobre otros; ni siquiera intentes impresionarle con ellos. Por lo tanto, debes saber adónde te diriges en tus estudios. Alcanzar los conocimientos simplemente para tu propia satisfacción es una cosa, una situación, una experiencia digna de alabanza, si no produce en tu propia experiencia un sentimiento o una manifestación de que tú eres mejor que otro por tus conocimientos. Salta a la vista que entonces se convertirían en un tropiezo, a no ser que sepas lo que harás con tus conocimientos.

(...) Pues descubrir que viviste, que moriste y que te enterraron bajo el cerezo del jardín de tu abuela no te mejora en lo más mínimo como vecino, como ciudadano, como madre o como padre. Pero saber que hablaste con dureza y que padeciste por ello, y que ahora puedes corregirlo siendo recto, *eso* si vale la pena. ¿Qué es la rectitud? Es, simplemente, ser amable; es, simplemente, ser noble; es, simplemente, ser sacrificado; es, simplemente, estar dispuesto a servir de manos para el ciego, de pies para el cojo: éstas son experiencias cons-

tructivas. Puedes alcanzar el conocimiento de ellas, pues las encarnaciones son un hecho. ¿Cómo puedes demostrarlo? En tu vida diaria (núm. 5753-2. 29 de junio de 1937)*.

Mi padre no siempre mantenía una actitud de seriedad grave. Dormido o despierto, daba muestras de su sentido del humor y de su ingenio siempre a punto. No dudaba en regañar a un paciente que le formulase preguntas necias, o que fingiese haber seguido sus consejos cuando no lo había hecho así. Por ejemplo, en una lectura sobre temas comerciales, el paciente empezó a formular una pregunta con estas palabras:

—El consejo de las fuerzas se ha seguido durante la semana pasada...

—¡No demasiado bien! —le interrumpió Cayce (núm. 257-137, 7 de agosto de 1934).

La misma persona, en una lectura posterior, realizó la afirmación siguiente, como preparación antes de formular una pregunta:

—Puesto que he seguido las instrucciones de la última lectura...

—¡En parte! —le interrumpió de nuevo Cayce (núm. 257-151, 22 de junio de 1935).

Este hombre no estaba muy dispuesto a seguir los consejos de Cayce. Diecisiete lecturas más tarde, afirmó:

—Bueno, hemos pedido una orientación y la seguiremos.

—Bueno, ¡ya se te ha dicho cerca de cuarenta veces lo que debes hacer, y todavía no lo has hecho! (núm. 257-168), 2 de julio de 1936).

Una gran parte de las burlas y de las bromas de Cayce adoptaban la forma de comentarios irónicos. A la pregunta sobre una pomada:

* Hemos asignado a cada una de las lecturas de Edgar Cayce una clave compuesta de dos cifras para simplificar las referencias. Cada una de las personas que recibía lecturas se identificaba con un número, para conservar su anonimato; este número forma la primera parte de la clave. Como fueron muchos los individuos que recibieron más de una lectura, la segunda cifra de la clave indica el número de cada lectura concreta entre todas las que recibió ese individuo. La lectura número 5753-2 la recibió la persona cuyo historial se designa con el número 5753, y esta lectura concreta fue la número 2 entre las que Cayce ofreció a esa persona.

«¿La debo aplicar por fuera?», Cayce respondió: «¡No puedes aplicarla por dentro!» (núm 34-7, 9 de junio de 1911). Y a la pregunta sobre como debía tomarse una medicina:

—¿Cómo debo tomar exactamente la bromoquinina?

—¡Tragándotela! (núm. 528-15, 17 de enero de 1938).

Son incontables los ejemplos de la importancia que daba Cayce al sentido del humor. En muchas lecturas indicaba la importancia que tenía el humor como factor para conservar la salud.

El tipo de informaciones que se contenían en una lectura vital queda claro con el ejemplo siguiente. Hemos sustituido el nombre del paciente por el número de su historial, el 2962. La lectura comentaba así sus características de ensimismamiento o de indiferencia:

(2962) es uno que, al parecer, muchas veces, incluso en compañía de otros, parece ensimismado. Uno que con frecuencia, por su conducta o su gesto, puede parecer a otros con los que puede relacionarse, ya sea profesional o socialmente, que le resulta muy indiferente que se llegue a esta o aquella conclusión, o las relaciones que puedan derivarse de cualquier contacto personal.

Uno que está interesado por muchas cosas; le gusta leer un buen libro; algunas veces le gusta interpretar los rompecabezas, los acertijos y cosas semejantes; otras veces resultan algo aburridas para la entidad en cuestión.

Uno al que le interesan mucho las cosas del aspecto invisible, oculto o parapsicológico de la vida; pero uno que parecería ser bastante detallado en sus observaciones, pero que concede muchas cosas que otros ni siquiera se plantearían conceder.

Pues sus características resultan ser más bien de carácter especulativo por parte de los demás. Si bien la entidad en cuestión es un buen gastador, raramente puede decirse de él que sea una buena fuerza activa en el control de sus intereses. No obstante, en las cosas de carácter mecánico, o en las que tienen que ver con el transporte, o de naturaleza semejante, se encontrarían canales en los que la entidad podría descubrir la oportunidad para alcanzar los mayores privilegios o las mayores experiencias en esta estancia concreta.

(En la lectura se describieron cuatro encarnaciones anteriores. La más reciente transcurrió entre los primeros colonos establecidos en Nueva York, la segunda en Inglaterra durante las Cruzadas, la tercera

entre los israelitas que salían en Egipto, y la cuarta en el Egipto prehistórico. De la encarnación en Inglaterra procedía un interés por las comunicaciones y por las cosas de naturaleza mecánica, que se afirmaba que era una influencia sobre el presente.)

A continuación, la entidad manifestó su inclinación hacia la preparación de cosas de naturaleza mecánica, tales como las comunicaciones, que se manifestarían en la telegrafía o en la radio modernas, o en las comunicaciones de cualquier naturaleza, para la distribución de productos concretos de una localidad determinada, o de aquellos que pudieran servir para el bien común de todos.

Y en esos campos de servicio que pudieran tener que ver con las comunicaciones (los aviones, la telegrafía o la radio, cualquiera de éstos o todos ellos), se le ofrecerán ventajas particulares a la entidad (núm. 2962-1, 13 de abril de 1943).

En el momento en que se realizó la lectura, el sujeto estaba alistado en el ejército canadiense. En su solicitud de la lectura, había afirmado que estaba casado, pero separado de su mujer. No formuló ninguna pregunta. Después de recibir la lectura, 2962 escribió a Edgar Cayce y le agradeció la información. Reconoció que le interesaban los temas ocultos, los rompecabezas y la aptitud mecánica, pero dijo que en el caso de la radio y de la televisión le estaban interesando más las cuestiones relacionadas con la preparación y la presentación del material que las cuestiones mecánicas del proceso.

No se supo nada más de él hasta treinta y tres años más tarde. El señor 2962 había muerto, pero antes se había vuelto a casar. Su segunda esposa vivía todavía, y había entrado en contacto con la Asociación para la Investigación y la Iluminación (A.R.E.) a través de un representante regional de la A.R.E. Comentó que su antiguo esposo, el señor 2962, había recibido una lectura vital. Mi hija, Gail Cayce Schwartz, que trabajaba por entonces para la fundación Edgar Cayce, escribió a la mujer con la esperanza de que ésta pudiera confirmar algunas de las afirmaciones que se hacían en la lectura vital del señor 2962. Los pasajes siguientes de la respuesta de la mujer ilustran la precisión de Cayce. Sobre el tema de su ensimismamiento y de la indiferencia, comentó lo siguiente:

(2962) no era especialmente tímido, pero solía parecerlo porque daba la impresión de estar retraído. Antes de casarnos, cuando ambos trabajábamos en la misma emisora de televisión, un vendedor me dijo que parecía algunas veces que (2962) no le prestaba atención cuando intentaba comentar con él alguna cuestión de trabajo. Se lo comenté a él con todo el tacto que me fue posible, esperando que (2962) pudiera quizás cambiar su conducta. Aunque lo tomamos a broma, me insistió en que era capaz de estar pensando en más de una cosa a la vez, y que verdaderamente estaba prestando atención incluso cuando no lo parecía. Mi propia opinión es que a veces se quedaba absorto en sus pensamientos, y que era culpable de aquello de lo que le acusaban. Pero no era indiferente. Era, incluso, una de las personas más consideradas que he conocido.

(En la lectura también se había afirmado que los campos de actividad que tuvieran que ver con la comunicaciones —los aviones, la telegrafía, la radio— ofrecerían ventajas a 2962. Su viuda confirmó que había trabajado en la radio en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, y más tarde había llegado a ser director de televisión en los Estados Unidos. Dijo que le habían interesado profundamente todos los medios de comunicación visual, y que primero le había interesado el teatro, para pasar más tarde al cine y a la televisión.)

No era un simple medio de vida: era su interés principal.

(Dijo, además, que a 2962 le gustaban los libros, los acertijos y los rompecabezas, y que le interesaba mucho el lado oculto o parapsicológico de la vida.) Una gran capacidad para las cosas mecánicas. Cierta comentario que hizo un cámara con el que trabajaba significó siempre mucho para mí: «(2962) nos pide que hagamos cosas imposibles, y a continuación nos enseña cómo hacerlas.»

La lectura vital y los comentarios que acabamos de citar no se proponen como prueba de la reencarnación, sino como ejemplo de una lectura vital y como demostración de la precisión de sus afirmaciones. La segunda esposa del señor 2962 no lo conocía en 1943, cuando se realizó la lectura. Él la conoció más tarde y se casaron en 1948. Pero las características que se atribuían a 2962 en la lectura debieron ser muy claras para que ella las recordase y las asociase con él ¡treinta y tres más tarde!

El relato de la Atlántida de Cayce está extraído del conjunto de las lecturas vitales. A mí, como ingeniero que soy, me resulta difícil presentar el relato. Apenas soy capaz de tragármelo yo mismo, a pesar de que era miembro de la familia, de que he recibido lecturas físicas y vitales, y de que he escuchado muchas otras lecturas realizadas para otras personas. Sólo puedo decirles que las pruebas de la precisión de las lecturas físicas son irrefutables. Sobran informes de pacientes y de médicos que siguieron los tratamientos sugeridos y obtuvieron buenos resultados. Las pruebas están archivadas en la biblioteca de la A.R.E., en Virginia Beach, y están a la disposición del público. Yo sé que muchas de las lecturas vitales también resultaron útiles para las vidas de los que las solicitaron. Parece razonable suponer que también tenían cierto grado de precisión.

Esto no demuestra que las lecturas que hablaban de la Atlántida fueran ciertas. Pero los datos descubiertos en los últimos años sobre los cambios antiguos de la Tierra, sobre los cambios climáticos y sobre las migraciones de los pueblos de la Prehistoria apuntan hacia la precisión de las lecturas más que hacia su falsedad. El relato fascinante de la Atlántida por Edgar Cayce merece, por lo menos, ser tenido en cuenta seriamente.

EDGAR EVANS CAYCE

PREFACIO

El nombre «Atlántida» evoca imágenes de una civilización misteriosa en el antiguo pasado. Se han escrito millares de libros sobre esta tierra; en algunos, se intenta demostrar su realidad; en otros, se intenta rechazarla como una ficción. En este libro, nuestro planteamiento es diferente. En él conocerá usted a un notable vidente, Edgar Cayce, y a sus textos sobre la Atlántida. Pero nosotros equilibramos los textos videnciales con un examen científico de la precisión de Cayce. ¿Tenían razón, o no? ¿Podemos llegar a saber con seguridad si existió la Atlántida?

Este libro contempla la leyenda de la Atlántida en sus muchas manifestaciones: desde Platón, que fue el primero que escribió sobre la Atlántida, pasando por los sabios que intentaron demostrar que jamás existió. Hemos reconstruido el relato de la Atlántida de Edgar Cayce basándonos en más de setecientas «lecturas parapsicológicas» que realizó a lo largo de veintiún años. El relato de Cayce empieza por la llegada de la humanidad a la Tierra hace unos diez millones de años, y termina con el hundimiento de los últimos restos de la Atlántida hacia el año 10000 a. C.

Cuando se realizaron las lecturas, la Atlántida formaba parte del reino de lo oculto, y la ciencia no daba mucha validez a las informaciones de este tipo. La ciencia todavía está muy poco dispuesta, en general, a tomarse en serio la información parapsicológica, una postura que está bastante justificada en muchos casos. Pero no cabe duda de que es posible evaluar unos textos videnciales comparándolos con

Dat.
CNP.

los descubrimientos científicos. Vamos a repasar los descubrimientos geológicos y arqueológicos que tengan repercusiones sobre el relato de Cayce, desde el momento en que se realizó la primera lectura sobre la Atlántida, en 1923, hasta el momento actual. Las nuevas técnicas de investigación, de las que no se disponía cuando Cayce realizó sus lecturas, posibilitan actualmente evaluar muchas de sus lecturas. Algunas afirmaciones que realizó Cayce en lecturas de hace años, y que parecieron ridículas en aquel momento, han pasado a encuadrarse en las ideas científicas aceptadas; otras siguen siendo polémicas, pero algunos investigadores las están estudiando cuidadosamente. Algunas predicciones suyas de catástrofes geológicas futuras están siendo tomadas muy en serio por los geólogos de hoy.

Un aspecto singular de la labor de Cayce son las expediciones patrocinadas por la Fundación Edgar Cayce en busca de los registros de la Atlántida: desde la esfinge de Egipto hasta la isla de Bimini en las Bahamas. En este libro se relatan por primera vez estas expediciones y sus hallazgos.

Creemos que cuando usted termine de leer este libro apreciará mejor las posibilidades de la información parapsicológica a la hora de aportar algo a nuestro conocimiento del mundo. Las lecturas de Cayce no solicitaban una fe ciega, sino que subrayaban la importancia de poner a prueba los conceptos y de buscar pruebas y hechos concretos. Una lectura de 1927, para un hombre que estaba publicando artículos sobre las lecturas de Cayce, afirmó: «Preséntalos, y verás los zarpazos (...) Pondrán a muchos a favor y a muchos en contra; pero ¡lo que más se necesita de la humanidad es que piense! ¡Esto hará pensar!» (núm. 195-43, 19 de julio de 1927).

Este libro es la invitación que le hacemos a que piense: acerca de las pruebas científicas, y acerca de las consecuencias del relato sobre su propia vida. Descubrirá una nueva visión de la historia humana sobre la Tierra y lo que podemos esperar para el futuro.

PRIMERA PARTE
RELATOS SOBRE LA ATLÁNTIDA

LA LEYENDA DE LA ATLÁNTIDA

LA ATLÁNTIDA. DEBATE SOBRE LA BÚSQUEDA DE LA «CIVILIZACIÓN PERDIDA». Así decía un titular en el número del 23 de abril de 1987 del periódico *Virginian-Pilot*. El artículo trataba de un simposio sobre el continente perdido, patrocinado por la Universidad Atlantic y por la Fundación Edgar Cayce, de Virginia Beach. Entre los oradores figuraban desde escépticos hasta creyentes ardorosos: exploradores que estaban convencidos de la autenticidad de los polémicos descubrimientos de los años 60 y 70 cerca de la isla de Bimini; investigadores que opinaban que algunos de los yacimientos pudieran ser simples formaciones naturales; y arqueólogos a los que los indicios sobre la Atlántida no les convencían, pero que estaban dispuestos a recomendar unas exploraciones cuidadosas evitando la destrucción de yacimientos. Para muchos, el simposio era indicativo del resurgimiento del interés por la historia de la Atlántida, una leyenda que se niega a desaparecer. Los indicios (sorprendentes en algunos casos, pero frecuentemente ambiguos) no dejan de aparecer, a pesar de los duros esfuerzos de los escépticos por relegar la cuestión al reino de la ficción.

A la mayoría de las personas, el nombre «Atlántida» les evoca la imagen de una tierra situada en algún lugar del Océano Atlántico, que se hundió bajo las olas en la Antigüedad. Surgen una serie de interrogantes inmediatos:

- ¿Dónde surgió el relato sobre la Atlántida?
- ¿Por qué se llama «el continente perdido»?

- ¿Hay alguna prueba de que haya existido tal lugar?
- ¿Por qué querría alguien buscarlo en nuestros tiempos?

He aquí lo que dice de la Atlántida la *Enciclopedia Británica*:

Atlántida. Isla legendaria situada en el océano Atlántico. Platón cuenta en su *Timeo* que los sacerdotes egipcios dijeron a Solón que aquella isla era una tierra mayor que Asia Menor con Libia, situada inmediatamente después de las columnas de Hércules. Más allá, se encontraba un archipiélago de islas menores. La Atlántida había sido un reino poderoso 9.000 años antes del nacimiento de Solón, y sus ejércitos habían conquistado todos los países del Mediterráneo; sólo Atenas se había resistido a ellos. El mar había terminado por tragarse a la Atlántida, y su ubicación estaba señalada por bajíos. En su *Critias*, Platón añade la descripción de la constitución ideal de la Atlántida. Es imposible decidir en qué medida se debe esta leyenda a la imaginación de Platón, y en qué medida se basa en datos que no han llegado hasta nosotros.

Las columnas de Hércules eran el peñón de Gibraltar (que en la Antigüedad se llamaba Calpe o Alybe) y el monte Abyla, en África, al otro lado del estrecho de Gibraltar, cerca de Ceuta. Estos dos hitos dominaban el paso entre el mundo conocido, las orillas del Mediterráneo, y el mundo desconocido del océano Atlántico.

Según Platón, la información que recibió Solón de boca de los sacerdotes egipcios decía que la Atlántida, una isla del Atlántico que podría llamarse continente por su tamaño, había sido tragada por el mar en una catástrofe volcánica violenta, hacía unos 9.000 años. Platón vivió del 428 al 348 a. c.; Solón había vivido unos 200 años antes de Platón. Así, la Atlántida habría estado en el Atlántico hacia el 9600 a. C.

¿Existen alusiones más antiguas a la Atlántida? Hesíodo, poeta griego que vivió en el siglo VIII a. C., habla de las «Islas de los Benditos» o «Islas Afortunadas». Pasaron a formar parte de la mitología griega, y estaban situadas en el «océano occidental», es decir, en el océano Atlántico. Se decía que estaban habitadas por mortales a los que los dioses habían concedido la inmortalidad, y que disfrutaban de un verano y de una fertilidad perpetuos.

COP:
AT.

Es posible que se encuentre una alusión a la Atlántida más antigua todavía en Homero (las estimaciones sobre la época en que vivió fluctúan entre el 850 y el 1200 a. C.), que habla en su *Odisea* de la tierra Fecea. Por desgracia, Homero no indica la situación exacta de esta «tierra Fecea».

CD12
AT

Los adversarios del relato sobre la Atlántida preguntan por qué no existen datos egipcios sobre dicho país. Los defensores del mismo arguyen que dichos datos pudieron perderse cuando se quemó la biblioteca de Alejandría.

Los escritores medievales, que habían escuchado el relato de Platón a los geógrafos árabes, creyeron en él. Ya tenían otras tradiciones sobre islas legendarias en el mar occidental. Los portugueses, por ejemplo, hablaban de la isla de Antilia (o Antillia, Isla de las Siete Ciudades), que aparecía en un mapamundi dibujado en Nuremberg, Alemania, en 1492. El geógrafo Martin Behaim cuenta que, cuando los moros conquistaron España y Portugal en el año 714, la isla de Antilia fue colonizada por refugiados cristianos. Quizás sea posible relacionar la palabra «Antilia» con la palabra latina «anterior», es decir, que designaría a una isla a la que se llegaba antes de llegar a Cipango (Japón), o incluso antes de a la Atlántida. Existe una leyenda galesa que habla de Avalón, un reino de los muertos; y una leyenda de Cornualles que habla de Lyonnesse, una isla legendaria próxima a la costa de Inglaterra, que se hundió en el mar. Los franceses tienen una leyenda sobre la «Isle Verte», y los portugueses otra sobre la «Ilha Verde». La isla de San Barandán, y otras leyendas sobre islas perdidas, han dado tema a muchas sagas en diversas lenguas, e incluso aparecían en las cartas de navegación y se convirtieron en objetivos de viajes de descubrimiento hasta el siglo XVIII.

Se han escrito literalmente millares de libros, artículos y tratados acerca de la Atlántida. Hace pocos años, la Asociación para la Investigación y la Iluminación (A.R.E.) adquirió la colección Egerton Sykes de libros sobre la Atlántida. Esta colección de libros cubre las cuatro paredes de una habitación de dos metros y medio de lado, desde el suelo hasta el techo. Una lista de sus títulos sería tan larga como este libro.

Entre sus autores figuran desde científicos y arqueólogos aficionados hasta parapsicólogos y ocultistas. Algunos escritores acumulan

datos para demostrar que la veracidad del relato de Platón no sólo es posible, sino que es probable. Otros intentan racionalizarlo, modificando la ubicación y adelantando la época hasta una fecha más reciente. Otros consideran que el relato no es más que un mito, y recogen datos para demostrar su opinión.

LOS MUCHOS RELATOS SOBRE LA ATLÁNTIDA

La versión de Donnelly

Sin duda alguna, el libro más leído sobre la Atlántida ha sido el de Ignatius Donnelly, *Atlantis, the Antediluvian World* («La Atlántida, el mundo antediluviano»). Se publicó por primera vez en 1882; lo revisó Egerton Sykes en 1949, y todavía se publica. Donnelly había leído mucho. Durante los muchos años en que ostentó el cargo de senador por Minnesota, exploró a fondo las colecciones bibliográficas de la biblioteca del Congreso. Recogió una enorme cantidad de datos legendarios, geológicos y arqueológicos como apoyo de sus teorías. Sus argumentos a favor del relato de Platón son muy convincentes. William Gladstone, primer ministro de Gran Bretaña, se entusiasmó tanto con el libro de Donnelly que pidió al Parlamento que asignase fondos para fletar un barco que explorase el Atlántico en busca de los restos del continente. Pero los escépticos pusieron en tela de juicio las fuentes de Donnelly y sus razonamientos, y suscitaron una polémica que sigue en pie hoy día.

Donnelly pretendió demostrar que la Atlántida era una isla del tamaño de un continente, que existió antaño en el océano Atlántico. Estaba convencido de que el relato de Platón no era una fábula, sino que estaba basado en la realidad. Creía que la Atlántida era la cuna de la civilización, donde los seres humanos habían salido de su estado de barbarie. En su opinión, los reyes, las reinas y los héroes de la Atlántida eran los dioses y las diosas de los mitos griegos, fenicios, hindúes y escandinavos. Los hechos que se les atribuían en la mitología eran en realidad un recuerdo confuso de sucesos históricos.

Para Donnelly, la Atlántida representaba un recuerdo universal de una gran tierra, y era la base de los relatos del jardín del Edén, del jardín de las Hespérides, del monte Olimpo y de otros lugares donde, según las tradiciones, la humanidad vivía antiguamente en paz y con felicidad. Los habitantes de la Atlántida habían comerciado con Egipto, con África, con América del Norte y del Sur, con Escandinavia, y con los países de las costas del mar Mediterráneo. Los atlantes eran adoradores del sol, y difundieron su religión hasta Egipto por el este y hasta el Perú por el oeste. Como Egipto era la colonia más antigua de la Atlántida, su civilización era la que más se parecía a la de la Atlántida.

legado

La imaginación de Donnelly se reforzaba con cada nueva idea. Llegó a la conclusión de que los atlantes habían sido los primeros en trabajar el bronce y el hierro, y de que su alfabeto había sido el predecesor del alfabeto fenicio y de los ideogramas mayas. La cuna de la familia de pueblos arios o indoeuropeos, así como la de los semitas, debió ser la Atlántida. Por último, llegó a la conclusión de que, después de que la Atlántida fuera destruida en un terrible cataclismo, sus sobrevivientes se dirigieron tanto al este como al oeste, llevando consigo los relatos de la catástrofe, que sobrevivieron en las leyendas sobre un diluvio.

legado

Donnelly razonaba que la crónica de Platón está basada en hechos reales, porque su historia de la Atlántida no parte de dioses ni de demonios, sino de personas que construyeron templos, barcos y canales, y que comerciaban y guerreaban con los países vecinos. Dado que Platón era un filósofo de renombre, Donnelly llegaba a la conclusión de que no caería en la ficción.

Donnelly hace notar que los geólogos están de acuerdo en que la superficie de la Tierra era muy diferente en tiempos pasados. Muchas regiones que antes estuvieron emergidas ahora están sumergidas, y otras regiones que estuvieron sumergidas son ahora tierra firme. En lo que no están de acuerdo es en el tiempo que tardan en producirse esos cambios. Los geólogos piensan en términos de miles y de millones de años, y no en plazos tan breves como los que cuenta Platón.

Desde luego, los terremotos y las erupciones volcánicas pueden producirse con rapidez. Por ejemplo, el 18 de mayo de 1980, el monte

St. Helens, en el sudoeste del estado de Washington, a sólo 65 kilómetros al norte de Portland (Oregón), hizo erupción. En una explosión que rara vez han contemplado los seres humanos, se pulverizaron cinco kilómetros cúbicos de la montaña. La explosión equivalió a 500 bombas atómicas del tamaño de la que destruyó Hiroshima. Una nube de polvo, cenizas y gases se elevó a una altura de 20.000 metros y oscureció el sol. Saltaron más de 400 metros de la cumbre de la montaña. La nieve y el hielo de las laderas se fundieron, y el desprendimiento subsiguiente de barro y de rocas hizo desaparecer el lago Spirit, llenándolo de detritos. El barro y el cieno llegaron hasta el río Columbia, y al día siguiente su lecho habitual estaba tan encenagado que sólo tenía 6 metros de profundidad, en vez de los 14 metros habituales.

Por supuesto, este desastre sólo tuvo un alcance local. Aparte de los informes en los noticiarios y de las puestas de sol espectaculares a consecuencia del polvo en suspensión en la atmósfera, los habitantes de la región central y oriental de los Estados Unidos fueron relativamente poco conscientes de que hubiera sucedido nada. Los geólogos creen que la mayoría de tales erupciones volcánicas y terremotos son locales, y no son capaces de imaginarse un suceso que provocase el hundimiento de un continente. Algunos afirman que una colisión o el paso próximo de un asteroide o de un cometa podrían provocar cambios generalizados en toda la Tierra, pero también señalan que ese suceso es poco probable.

Hablando de las semejanzas de la flora y de la fauna, Donnelly cita a autoridades de su época: «Cuando comparamos las plantas y los animales del Viejo Mundo con los del Nuevo, no podemos menos de sorprendernos por su identidad. Casi todas pertenecen a los mismos géneros, y muchas, incluso de las mismas especies, son comunes a ambos continentes. Esto es importante por sus consecuencias sobre nuestra teoría de que se difundieron desde un centro común, después del Periodo Glacial.»

Donnelly señala que un examen de los yacimientos de fósiles del Mioceno en Suiza revela los restos de más de 800 especies, la mayoría de las cuales han emigrado hasta América. Si no había un puente terrestre entre Europa y América del Norte, o personas que las llevarsen, ¿cómo pudieron viajar entre ambos continentes? Cita el caso del

bananero o platanero, que se encuentra en Asia y en África y que ya se cultivaba en América antes de la llegada de Colón. Es una planta sin semilla, con sólo una raíz perenne. Debió ser transportada por hombres de un lado a otro del mar. Donnelly cree que el bananero o platanero fue cultivado en la Atlántida y llevado desde allí hacia el este y hacia el oeste, pues una planta cultivada que no tiene semillas debe haberse cultivado desde hace mucho tiempo. Dice que no es probable que en dos países, cada uno de ellos a un lado del océano, se haya cultivado esa misma planta durante tanto tiempo. Pero el platanero no es el único ejemplo. Donnelly cita a autoridades que aseguran que ciertas rosas, las tuberosas, la lila, y ciertos cereales (el trigo, la avena, el centeno, la cebada y el maíz) se llevan cultivando desde hace tanto tiempo que ya no se conocen en su estado silvestre. Lo que es más, su origen es desconocido. Donnelly busca el origen de estas plantas en la Atlántida.

Volviéndose a continuación al estudio de las costumbres, Donnelly presenta una larga lista de prácticas semejantes a ambos lados del océano, que indican un centro de origen común. Por ejemplo, dice que la costumbre de fumar tabaco prevalecía entre los indios de América del Norte y del Sur antes de la llegada de los europeos. Los nativos de ciertas partes de África también usan pipas para fumar cáñamo y tabaco, y el empleo de las pipas para fumar hachís y opio se extendía desde la China hasta Arabia. Cita otras incontables costumbres comunes de los peruanos y de los europeos antiguos. Por ejemplo, ambos adoraban al sol y a la luna, creían en la inmortalidad humana y en la resurrección del cuerpo, y embalsamaban a los muertos. A ambos lados del Atlántico, los hombres examinaban las entrañas de las víctimas de los sacrificios, personas o animales, y tenían vírgenes vestales a las que enterraban vivas si quebrantaban sus votos. Entre otras prácticas comunes, se cuentan la división del año en doce meses, la numeración de base diez, la existencia de castas, y la transmisión del oficio del padre al hijo. Donnelly llena páginas enteras con otras comparaciones de este tipo. Afirma que tantas costumbres semejantes no podrían haber surgido de manera independiente a ambos lados del océano.

Volviendo a Platón, Donnelly hace notar que el filósofo alude a un camino que lleva más allá de las islas de la Atlántida, hasta llegar a

Llegada

Llegada

Llegada

Llegada

Dato

regresar

otras islas y al continente que está más allá, que ciñe el mar verdadero. Llama al Atlántico un «mar verdadero», a diferencia del Mediterráneo, que es una superficie de agua rodeada de tierra, como una bahía. Pero los griegos no habían viajado por mar a América; entonces, ¿cómo sabía Platón esto? Los nombres «Atlántico» y «Atlas» no proceden de ningún lenguaje europeo conocido. Existe un monte Atlas en la costa occidental de África (conocido desde la remota Antigüedad), y una ciudad llamada Atlán en la costa oriental de América. Los aztecas dicen que proceden de Aztlán. Incluso en la mitología existe un personaje mítico, Atlas, que sostiene el mundo sobre sus hombros.

Donnelly intenta relacionar los mitos griegos con la Atlántida, afirmando que los antiguos dioses y diosas griegos eran los reyes y las reinas de la Atlántida. Señala que el historiador egipcio Manetón habla de un periodo de 13.900 años en el que reinaron los dioses.

Por último, resume las semejanzas culturales a ambos lados del Atlántico como prueba de que surgieron de un centro común. Se apoya en el hecho de que los vascos de los Pirineos difieren de sus vecinos en aspecto físico y en lenguaje.

El estilo vigoroso de Donnelly, su erudición y su entusiasmo tienden a arrastrar al lector y le hacen pasar por alto debilidades que críticos posteriores han encontrado en sus razonamientos. A pesar de su ingenio y de su elocuencia, sus detractores alegan que construye «una montaña de conclusiones a partir de una molécula de hechos reales». También señalan que algunas de las fuentes de Donnelly eran incorrectas y le condujeron a conclusiones equivocadas. Por ejemplo, es verdad que el vascuence es la única lengua no aria de la Europa occidental, pero no es semejante a las lenguas indias de América del Norte, como aseguraba Donnelly. Una gran parte del estudio de la civilización maya por parte de Donnelly se basa en la obra de un estudioso francés, el abate Brasseur de Bourbourg. Brasseur intentó traducir uno de los tres únicos manuscritos mayas que han llegado hasta nosotros, el *Troano Codex*, basándose en el «alfabeto» maya del obispo Diego de Landa, que había ordenado la quema de todos los demás libros de los mayas. Con el alfabeto erróneo del obispo de Landa, y con la falta de conocimientos lingüísticos de Brasseur, la «traducción» que éste obtuvo como resultado no tenía

valor alguno. Ahora sabemos que el *Troano Codex* es un tratado de astrología, y no una descripción de las erupciones volcánicas. Donnelly y su contemporáneo, el explorador Augustus LePlongeon, tomaron en serio la traducción de Brasseur, y realizaron en sus relatos sobre la Atlántida afirmaciones como la de que «una tercera parte de la lengua maya es griego puro».

La versión de Spence

Después de Donnelly, muchos otros escritores siguieron amontonando pruebas de la existencia de la Atlántida. Entre 1924 y 1928, Lewis Spence publicó tres libros: *The Problem of Atlantis* («El problema de la Atlántida»), *The History of Atlantis* («La historia de la Atlántida») y *Atlantis in America* («La Atlántida en América»). El primero es el mejor de los tres, en cuanto que los argumentos y el estilo de Spence son más científicos. Afirma que la geología, la biología y la prehistoria de las culturas europeas y de América del Sur aportan datos suficientes para llegar a la conclusión de que la existencia de la Atlántida pueda considerarse probable. Llega a la conclusión de que Platón describía verdaderamente hechos reales y no un relato inventado en su *Timeo* y en su *Critias*. El segundo libro de Spence, *La historia de la Atlántida*, contiene más especulaciones que análisis lógicos, y procura relacionar los mitos griegos con la Atlántida. En su tercera obra, *La Atlántida en América*, intenta demostrar que la Atlántida constituía un puente terrestre entre Europa y América del Sur. Teoriza que el hombre de Cro-Magnon podría haber llegado desde la Atlántida hasta Europa por esa ruta. En el libro se citan a continuación costumbres y leyendas semejantes de los nativos de América del Norte y del Sur y de los nativos de Egipto y de África.

La versión de Bramwell

James Bramwell escribió en 1937 *Lost Atlantis* («La Atlántida perdida»). Cree que la relación de Platón sólo contiene verdades a medias:

un núcleo de hechos reales rodeado de datos imaginarios e irrelevantes. Señala los errores cometidos por otros autores que escribieron acerca de la Atlántida, pero también resume otros argumentos a favor de la existencia del continente; uno de ellos es la invasión de Europa por el hombre de Cro-Magnon, hace 25.000 años. El hombre de Cro-Magnon medía un metro y noventa y cinco centímetros, tenía la frente alta, los pómulos marcados y la barbilla firme, y su capacidad craneana era superior a la de los seres humanos modernos. Pero nadie sabe de dónde procedía esta raza. Hubo otra invasión por una raza semejante hace 16.000 años, y una tercera por una raza llamada aziliense hace unos 10.000 años, en una época más próxima a aquella en que Platón sitúa el hundimiento de la Atlántida. El libro de Bramwell contiene críticas oportunas a los malos razonamientos de otros autores en sus intentos de demostrar la existencia de la Atlántida, además de unos pocos datos a favor de su posible existencia. Termina el libro afirmando que la Atlántida probablemente no sea más que un mito.

La versión de Berlitz

En 1969, Charles Berlitz revisó los argumentos a favor de la existencia de la Atlántida en su libro *The Mystery of Atlantis* («El misterio de la Atlántida»), y aportó algunos descubrimientos propios. Una de las ilustraciones más sorprendentes de su libro es una comparación de lo que parecen ser una especie de jeroglíficos, encontrados en la isla de Pascua, en el Pacífico, y otra muestra procedente del valle del Indo, en Pakistán. Ninguno de los dos textos se ha descifrado de momento, pero su semejanza es tan notable que es difícil dudar de su origen común. En 1984, Berlitz actualizó sus textos sobre la Atlántida publicando *Atlantis, the Eioth Continent* («La Atlántida, el octavo continente»). Sus pruebas parecen contundentes; pero, como veremos en otro capítulo, la cuestión tiene muchas facetas, y algunos de los nuevos descubrimientos han sido recibidos con mucho escepticismo.

A casi cualquier lector que busque un resumen rápido e imparcial le interesará la obra de Roy Stemman *Atlantis and the Lost Lands* («La

Atlántida y las tierras perdidas»). Este libro, publicado en 1977, es uno de los más recientes. Mantiene un punto de vista neutral, y condensa los argumentos de algunos de los escritores más conocidos, tanto a favor como en contra de la existencia de un antiguo continente en el océano Atlántico. Habla de los resultados de exploraciones recientes con baridos y perforaciones del fondo submarino: las muestras de piedra caliza y de granito continental indicaron que algunas partes del fondo marino estuvieron sobre la superficie en tiempos pasados. Su obra está llena de fotografías a todo color y de ilustraciones fantasiosas. Por ejemplo, ofrece fotos de la formación de la isla de Surtsey, a 20 millas (37 kilómetros aproximadamente) al suroeste de Islandia, que se formó entre 1963 y 1966 por erupciones volcánicas. Pocas páginas más adelante se encuentra un dibujo lleno de imaginación que representa a un lemurio, basado en la descripción de W. Scott-Elliott, conocido ocultista. Junto a unas fotos de los enormes colosos de piedra de la isla de Pascua aparece el dibujo de una imaginada aeronave atlante.

LOS OCULTISTAS DESCUBREN LA ATLÁNTIDA

Hasta aquí, los relatos sobre la Atlántida (los de Platón, Donnelly y otros) se basaban en la erudición. Esta erudición, aunque discutida por la ciencia oficial, se basaba no obstante en textos escritos, en pruebas empíricas y en especulaciones razonadas. La tradición «ocultista» se aparta de este planteamiento erudito. Se basa en enseñanzas «secretas» a las que sólo tienen acceso unos «iniciados».

El método de Cayce consistía en la percepción clarividente directa de los registros metafísicos. Pero, si bien algunos de los términos usados por Cayce eran populares entre los ocultistas de su época, las lecturas de Cayce suelen diferir de muchas características de la tradición ocultista. Parece que Cayce fue mucho más exacto, al compararlo con las ideas científicas modernas. Pero, dado que a muchas de las personas que le solicitaban lecturas les resultaban familiares las enseñanzas ocultistas de aquella época, es posible que Cayce quisiera explicar sus vidas anteriores basándose en conceptos que ellos pudieran comprender.

¿Qué quería decir «ocultismo» para una persona que solicitaba a Edgar Cayce una lectura? La palabra *ocultismo* puede inspirar a muchas personas connotaciones negativas, desde la brujería hasta el vudú. Pero en el contexto de Cayce y de su obra, el ocultismo tiene un significado muy diferente. Se refiere a una tradición de enseñanzas secretas, transmitidas a lo largo del tiempo por unos iniciados que han sido entrenados para la percepción clarividente, que presentan una comprensión de la naturaleza de la realidad más precisa que la que ofrece la religión tradicional o las teorías científicas modernas. El sistema ocultista más popular en la época de Cayce era la teosofía, fundada a finales del siglo XIX por Helena P. Blavatsky. Estas enseñanzas ocultistas se basan en parte en las religiones orientales, entre ellas el budismo y el hinduismo, y describen un complicado plan mundial de planos múltiples de la existencia y de sucesiones de «razas raíces» de la humanidad. En la tradición ocultista, la experiencia mística desempeña un papel clave, y las revelaciones por clarividencia amplían y mejoran constantemente los datos.

Los ocultistas no rechazaron los trabajos sobre la Atlántida basados en la erudición; por el contrario, los usaron a modo de punto de partida. Su objetivo era mucho más elevado que una simple explicación de por qué eran semejantes las lenguas o los edificios de ambos lados del Atlántico. Querían comprender el descenso de la humanidad, desde su origen espiritual hasta el mundo físico. Para muchos, los textos de Cayce están relacionados muy de cerca con estas tradiciones, pues él también pretendía explicar las relaciones de lo espiritual con lo físico.

La base del planteamiento ocultista es que existen fuentes de información que no están limitadas por el tiempo ni por el espacio. Rudolf Steiner, que fue un destacado ocultista, además de ser uno de los sabios más célebres de Europa, señaló que es muy poco lo que puede decirnos la Historia sobre la humanidad en tiempos prehistóricos. Incluso la geología y la arqueología están limitadas por la cantidad de datos físicos que han llegado hasta nosotros. Los que tienen la capacidad de la percepción clarividente del mundo espiritual pueden informar sobre sucesos a los que no tienen acceso los historiadores. Los escépticos dirían que todos estos datos eran el fruto de unas ima-

Parece
Tráfico de

Siempre

ginaciones desenfadadas, pero estas ideas han merecido el interés de muchos estudiosos, y son algo más que un capricho popular. Steiner reconoce que la videncia espiritual no es infalible; su visión puede ser inexacta, distorsionada, o incluso puede ser contraria a los hechos reales. Pero Steiner creía que las personas que han alcanzado cierto nivel de espiritualidad reciben una información coherente. La pregunta a la que intenta responder nuestro libro es la de si los textos de Cayce fueron simples imaginaciones, o si accedió a alguna fuente que le permitiera ver un registro de hechos pasados.

¿Que dijeron las lecturas de Cayce acerca de los ocultistas? El propio Cayce no pertenecía a ninguno de estos grupos, ni estaba familiarizado con sus doctrinas; pero algunos de sus seguidores sí lo estaban. En su primera disertación sobre el tema general de la Atlántida, las lecturas dijeron: «Tal como vemos, se ha prestado una notable atención a un continente perdido, por tales como el autor de los Dos Planetas, o la Atlántida, o Poseidia y Lemuria, que se ha publicado a través de la literatura teosófica. Si esta información es verdadera o no, depende del crédito que otorguen los individuos a las informaciones de este tipo» (núm. 364-1, 3 de febrero de 1932).

Así, Cayce prestaba reconocimiento a algunos de los libros ocultistas más populares, como *A Dweller on Two Planets* («Habitante de dos planetas»), pero advertía a sus oyentes de que debían tener cuidado al escoger los textos ocultos que se tomaban en serio. Los términos que usaba Cayce, como «registros akásicos», «Atlántida» y «Lemuria», son también usados por los ocultistas. En lo que difiere Cayce es en la relación que establece entre la historia antigua y las vidas anteriores de las personas individuales. Todos los ocultistas presentan un cuadro complicado de la Atlántida y la evolución de la conciencia humana, pero Cayce añade la historia de los individuos y de su desarrollo personal.

El sumario que presentamos a continuación de las ideas ocultistas sobre la Atlántida se aproxima a lo que habían oído contar los contemporáneos de Cayce. No lo confunda con el relato de Cayce; tómelo más bien como un antecedente histórico. Cayce modificó o contradijo muchos de sus detalles.

La versión de los teósofos

Helena P. Blavatsky, más conocida por Madame Blavatsky, fundadora de la teosofía, escribió sobre la Atlántida en su libro más importante, *La doctrina secreta*. Madame Blavatsky aseguraba que había aprendido la doctrina a partir del estudio comparativo de las tradiciones ocultistas de todo el mundo durante sus largos viajes. *La doctrina secreta* consiste en extractos del *Libro de Dzyan*, que ella aseguraba que era un antiguo libro de sabiduría, además de comentarios suyos como traductora. Sus detractores, como el escritor L. Sprague de Camp, dudan de la autenticidad del *Libro de Dzyan*, y le acusan de plagiarlo de diversos textos filosóficos orientales. También es posible que simplemente recibiera el libro por clarividencia. Sea cual fuere su origen, *La doctrina secreta* tuvo una influencia de primer orden sobre el pensamiento acerca de la evolución espiritual de la humanidad.

El objetivo del punto de vista teosófico es explicar el origen y la evolución del universo y el origen y la evolución de la humanidad. La Atlántida desempeña en ello un papel decisivo. La teosofía considera que el siete es un número místico: existen siete planos de la existencia, ciclos séptuples a lo largo de los cuales todo evoluciona, y siete «razas raíces» de la humanidad. Son estas razas raíces, sobre todo la cuarta o atlante, las que nos interesan en este momento. En vista de que el término «raza raíz» también fue utilizado en las lecturas de Cayce, con un sentido muy diferente, es importante clarificar el concepto teosófico.

La saga teosófica describe el descenso del espíritu humano hasta ocupar la materia, seguido de una evolución ascendente. Las razas raíces no se corresponden con nuestro concepto habitual de raza, ni siquiera con el de humanidad. Las razas raíces parten de la primera, la polar. La raza raíz polar sólo existió en forma de cuerpo astral, en la «Tierra Sagrada Imperecedera», y no como materia física. La segunda raza raíz, la hiperbórea, vivió en el continente ártico llamado Hiperbórea, un continente del que se habla en la mitología griega, situado en regiones muy al norte. Los hiperbóreos tenían cuerpos físicos, pero estaban vinculados muy estrechamente con lo etéreo. No se parecían a las personas tal como nosotros las concebimos, y normalmente no eran visibles.

Con la tercera raza, la de los lemúrios, el relato teosófico empieza a conectar con las ideas de los científicos de finales del siglo XIX, y a servir de antecedente para las lecturas de Cayce. La distribución por el mundo de los lemúridos, animales relacionados con los monos, es extraña. El biólogo alemán Ernst Haeckel descubrió que los lemúridos abundan en la isla de Madagascar, y que también se encuentran en África, en la India y en algunas islas del archipiélago malayo. Planteó la hipótesis de que pudo haber existido en algún momento un puente terrestre que uniese estas tierras entre sí, permitiendo la libre migración de los lemúridos. Haeckel propuso a continuación que este puente terrestre, ahora sumergido, pudo ser la patria de origen de la humanidad. La teoría evolucionista darwiniana iba adquiriendo popularidad, y los geólogos habían advertido sorprendentes coincidencias entre formaciones rocosas de la India y de África del Sur. El zoólogo británico Philip Sclater propuso el nombre de «Lemuria» en un contexto científico ortodoxo, para designar este puente terrestre hipotético entre el océano Indico, entre la India y Madagascar. La idea de Lemuria fue uno de los primeros datos que condujeron a la teoría de la deriva continental, que ahora se acepta de manera general. Pero en aquella época fue una entre muchas teorías que pretendían explicar la distribución de las formaciones geológicas antiguas y de los animales fósiles.

Los teósofos reconocen abiertamente que se apropiaron del término propuesto por Sclater para describir su concepto, mucho más amplio. La Lemuria teosófica, cuya superficie era muy superior a la propuesta por Haeckel y Sclater, era un gran continente austral, que ocupaba una gran parte de lo que ahora es África, Asia, el océano Indico y partes del océano Pacífico. El relato de los lemúrios describía el descenso del ser humano hasta ocupar la materia física. Se consideraba al «hombre» lemúrio como a un animal destinado a alcanzar la humanidad, más que como a un ser humano. Según el teósofo W. Scott-Elliot, los primeros lemúrios tenían cuerpos gigantescos y gelatinosos, que empezaron a solidificarse hacia la mitad del periodo lemúrio. Estos lemúrios posteriores medían entre 3 y 4 metros de altura, no tenían frente, tenían los ojos tan separados que eran capaces de ver de lado y de frente, y tenían un ojo en la parte posterior de la cabeza. Muchos de ellos tenían un aspecto menos humano todavía.

La versión de Scott-Elliott

Con la aparición de la cuarta raza raíz, la de los atlantes, el relato teosófico se complicaba. W. Scott-Elliott es el teósofo cuyas obras se relacionan más directamente con la Atlántida de Cayce. Scott-Elliott publicó por primera vez en 1986 su libro *The Story of Atlantis* («El relato de la Atlántida»); pero era seguramente su libro ampliado, *The Story of Atlantis and The Lost Lemuria* («El relato de la Atlántida y la Lemuria perdida»), publicado en 1925, el que conocía una parte de los oyentes de Cayce.

Los textos de Scott-Elliott también se recibieron por clarividencia, y seguían la línea teosófica establecida de las siete razas raíces. Entra en grandes detalles en lo que se refiere a las razas raíces y sus subrazas. Scott-Elliott también ofrece mapas detallados y fechas concretas de las destrucciones de la Atlántida.

El relato de la Atlántida de Scott-Elliott cubre unos 5 millones de años de historia, con cuatro grandes destrucciones. La primera catástrofe se produjo hace 800.000 años. Los mapas indican que la Atlántida ocupaba la mayor parte del océano Atlántico. Hace unos 200.000 años, la mayor parte de la Atlántida desapareció, dejando dos grandes islas en el Atlántida, a las que Scott-Elliott llamó Ruta y Daitya. Es digno de señalarse que, a diferencia de los textos de Cayce, las Bahamas no formaban parte de la Atlántida teosófica. La tercera destrucción se produjo hace 80.000 años, y sólo dejó la isla de Poseidonis, centrada en lo que ahora son las islas Azores, en la región central del Atlántico. Por último, la cuarta destrucción se produjo en el año 9564 a. C. Scott-Elliott ofrece esta fecha exacta, y también aporta otras fechas. Dice que la primera emigración a Egipto tuvo lugar hace 400.000 años, y que existían incas peruanos hace 14.000 años.

La cronología de Scott-Elliott no concuerda con la de Cayce, y, como veremos más adelante, la cronología de Cayce es mucho más razonable a la luz de los conocimientos científicos modernos. No obstante, la descripción de la Atlántida por Cayce estaba relacionada mucho más estrechamente con el pensamiento ocultista que con el pensamiento científico de su época. Scott-Elliott repite muchas de las especulaciones a finales del siglo XIX, cuya falsedad ya habían

demostrado los científicos en 1925: entre ellas, que la lengua vascuence de Europa tenía semejanzas con las lenguas indias de América del Norte; que la escritura maya es semejante a los jeroglíficos egipcios; y, siguiendo a LePlongeon, que una tercera parte de la lengua maya es griego puro. Cayce no dio entrada a ninguno de estos datos erróneos en sus lecturas.

La versión de Churchward

Antes de terminar con los ocultistas, debemos hacer mención de James Churchward y de Mu. Mu era el nombre de una tierra que LePlongeon imaginó a partir de una falsa traducción del código maya *Troano Codex*. Actualmente sabemos que *Troano Codex* trata principalmente de astrología y de calendario; pero, a finales del siglo XIX, esta traducción que hablaba de la antigua tierra de Mu parecía tan razonable como cualquier otra de las muchas interpretaciones de la escritura maya. Churchward amplió mucho el relato de Mu en una serie de volúmenes publicados en los años 20 y 30. Mu, que por entonces no se confundía con Lemuria, ocupó en su época la mayor parte del océano Pacífico.

Aunque Churchward aseguraba que había traducido documentos, no tenemos pruebas de que esos documentos existieran, y resulta más prudente considerarlo un ocultista más. En la época en que Cayce realizaba sus lecturas vitales, los ocultistas confundían a veces entre sí los nombres de Mu y Lemuria, aplicándolos ambos a un continente en el océano Pacífico, y el propio Cayce aplica los nombres de este modo en algunas de sus lecturas vitales.

Cayce contra los ocultistas

¿Qué consecuencias debemos extraer de esta complicada historia ocultista? Y ¿qué relaciones tiene con el relato de Cayce? Los ocultistas, Como Cayce, recibieron una gran parte de sus textos en trances clarividentes. Un teósofo que oyera hablar a Cayce podía haber creído en

un primer momento que sus textos no eran más que una nueva exposición del relato básico teosófico. Pero, aparte del hecho de que se utilizan algunas denominaciones comunes, el relato de Cayce se parece poco al ocultista. Parece que sí se incorporó a los textos de Cayce una pequeña cantidad de material ocultista. No podemos discernir si esto se debió a que ambos accedían a la misma fuente, o a que Cayce recogía datos de sus oyentes. Pero los ocultistas fueron los primeros que hablaron de alta tecnología, tal como máquinas voladoras, en relación con la Atlántida. Cayce llevó adelante este tema más tarde en muchas lecturas vitales. Del mismo modo, los ocultistas fueron los primeros que hablaron de destrucciones múltiples de la Atlántida, aunque Cayce no estaba de acuerdo con las fechas ni con el número de destrucciones.

Por otra parte, Cayce habla de Lemuria, pero sólo de paso; no habla para nada de las demás razas raíces. No hay rastro de las siete subrazas de la Atlántida. Cayce utiliza el término «raza raíz», pero aplicándolo a cinco razas completamente humanas de diversas partes del mundo. Del mismo modo que los teósofos utilizaban términos científicos de la época para expresar sus conceptos, Cayce utilizaba términos teosóficos para sus oyentes. Pero hacer equivalentes los conceptos de Cayce y la teosofía o cualquier otra doctrina oculta es interpretar mal a Cayce. Las lecturas no son una refundición de trabajos anteriores, pero parece que se basan en esos trabajos para exponer con más claridad los conceptos a personas que estaban bien versadas en el lenguaje ocultista de la época.

LA REACCIÓN DE LOS ESCÉPTICOS

Aunque los libros de los escépticos sobre el tema de la Atlántida son menos en número, son entretenidos y suelen presentar los hechos con mayor exactitud. En su libro *Voyage to Atlantis* («Viaje a la Atlántida»), el doctor James Mavor nos da la impresión de que se aprovecha del título y de la leyenda para llamar la atención sobre su descubrimiento de una posible ciudad sumergida en el mar Egeo. Para ello, afirma que Platón se equivocaba sobre la situación de la Atlántida con una ciudad minoica en la isla de Tera. Como la Atlánti-

da, esta isla era la sede de una civilización avanzada, y fue destruida por un terremoto y por una erupción volcánica. Pero su destrucción tuvo lugar hacia el año 1500 a. C.

En *Another Look at Atlantis* («Otra mirada a la Atlántida»), Willy Ley empieza atacando el origen del relato, asegurando que no todos los compañeros de Platón le creyeron. Dice que Aristóteles (discípulo de Platón) dio a entender que el relato de la Atlántida era ficticio; que el geógrafo Estrabón no se quiso pronunciar al respecto, y que cuando Plinio el Viejo habló de la Atlántida, añadió: «En la medida en que podamos creer a Platón.» Ley se manifiesta de acuerdo con Mavor en que Platón debió de equivocarse sobre la fecha y sobre la ubicación de la Atlántida. Cree que es probable que la civilización de la que hablaba Platón fuera la civilización minoica de la isla de Tera, destruida por una erupción volcánica en el 1500 a. C.

El libro *Lost Continents* («Continentes perdidos»), de L. Sprague de Camp, es quizás la crítica más exhaustiva a los diversos relatos sobre la Atlántida. Sigue la misma línea que el de Willy Ley, afirmando que el relato de Platón no era más que una ficción. Insiste en que los hombres y mujeres siempre han soñado con una tierra de belleza y de abundancia donde reinasen la paz y la justicia, y que, al no encontrarla en la realidad, crearon paraísos y utopías imaginarias. Ataca el relato de Platón, afirmando que no se encuentra ninguna otra referencia a la Atlántida, aparte de la de Platón, en toda la literatura griega o egipcia, pero reconoce que es posible que se hayan perdido o destruido los textos.

De Camp acusa a Donnelly de llegar a conclusiones precipitadas y poco críticas. Afirma que las creencias comunes se extienden por todo el mundo, y que el hecho de que las costumbres sean semejantes a ambos lados del Atlántico no demuestra nada. Dice que no es cierto que los indios peruanos tuvieran un sistema de escritura; y que, si bien es cierto que se encuentran algodones a ambos lados del océano, son de especies diferentes. Cree que es posible seguir el origen de la cultura egipcia remontándolo hasta pueblos primitivos en la época de la célebre IV dinastía. Refutando a Spence, De Camp asegura que se han encontrado restos del hombre de Cro-Magnon en Palestina, y que podría proceder del este en vez del oeste.

Donnelly comparaba los nombres de las ciudades de Asia Menor con las de América Central, tales como Chol y Cholula, Colua y Coluacán, Zuivana y Zuiván, Cholina y Colina, y Zulissa y Jalisco. Dijo que la existencia de ciudades con nombres tan parecidos a ambos lados del Atlántico debía suponer alguna relación mutua. De Camp no está de acuerdo, y dice que no es posible que la existencia de palabras de sonido semejante, como la inglesa *water* y la alemana *Wasser* (agua), o la francesa *dix* y la hotentote *disi* (diez) demuestre que las lenguas están relacionadas entre sí. Dice que, dado que cada idioma sólo posee entre veinte y cincuenta fonemas (sonidos elementales) y varios miles de palabras, es inevitable que muchas se parezcan entre sí. De Camp también dice que existen más diferencias que semejanzas entre las plantas del Viejo Mundo y las del Nuevo, y que no existe relación alguna entre los jeroglíficos egipcios y los mayas.

Se burla de los ocultistas y de los teósofos que han escrito tan abundantemente sobre la Atlántida, y no cree que nadie pueda tomarse en serio el relato. No obstante, reconoce que todavía no está claro lo que quiso decir Platón cuando habló de «el océano y el continente que están más allá de la Atlántida».

El antropólogo Robert Wauchope es otro disidente, autor de *Lost Tribes and Sunken Continets* («Tribus perdidas y continentes sumergidos»). Se lamenta de que la mayoría de los antropólogos profesionales no escriban libros que tengan popularidad entre el lector medio. Dice que se prefiere el periodismo sensacionalista, o las obras de los místicos que hablan de tribus perdidas y de continentes perdidos. Se preocupa por el peligro de que muchos lectores incautos se convengan de que la investigación es un proceso de manipulación de los datos reales, combinándolos con la intuición y la imaginación. Al contrario de lo que atribuye a la mayoría de los antropólogos, Wauchpe escribe con destreza y con sentido del humor. Vale la pena leer su libro para comprender el escepticismo con que la mayoría de los científicos reciben cualquier cosa relacionada con la palabra Atlántida. Wauchope llega a la conclusión de que la leyenda de la Atlántida es un mito.

Hemos visto las opiniones de los creyentes y de los escépticos, de los científicos y de los ocultistas, pero no disponemos de una con-

clusión del relato convencional. Estas fuentes se plantean el tema de la Atlántida desde incontables puntos de vista, pero ninguno de ellos nos sirve para responder a la pregunta de si los textos de Cayce nos ofrecen una visión que pueda resolver la polémica.

LA ATLÁNTIDA SEGÚN EDGAR CAYCE

El último estudio sobre la Atlántida que estudiaremos, *Edgar Cayce on Atlantis* («La Atlántida según Edgar Cayce»), se publicó en 1968. Surgió de la labor de Edgar Evans Cayce, que se basó en 700 lecturas vitales de Cayce que hablan de encarnaciones personales en la Atlántida, y de la influencia de estas vidas anteriores sobre la vida actual del individuo. Está claro que si ese lugar no hubiera existido jamás, muchas lecturas vitales serían sospechosas. Pero Cayce habló con frecuencia de la Atlántida, sobre todo en lo que se refiere a su destrucción final y a la emigración de los refugiados de la Atlántida a Egipto, a los Pirineos y a América Central y del Sur. Dijo que algunas de estas gentes fugitivas llevaban consigo registros históricos de su patria perdida. El descubrimiento de algún registro histórico de este tipo demostraría sin duda la existencia de la Atlántida y validaría el relato de Cayce sobre este continente perdido.

Cayce describió el desarrollo de la civilización desde el momento en que los seres humanos aparecieron sobre la Tierra (hace más de 10 millones de años, según Cayce) hasta el 10000 a. C., aproximadamente, cuando se hundieron en el Atlántico los últimos restos de la Atlántida. Edgar Evans Cayce relacionó los descubrimientos arqueológicos realizados hasta 1968 con afirmaciones realizadas en las lecturas. Pero en 1968 los conocimientos arqueológicos relacionados con estas cuestiones eran muy inferiores a los actuales. Los descubrimientos arqueológicos y geológicos realizados en los últimos veinte años, desde la publicación de *Edgar Cayce on Atlantis*, tienden a dar mayores visos de realidad a muchas de las afirmaciones de Cayce. Estudiaremos estos descubrimientos en capítulos posteriores. Pero ahora vamos a escuchar el relato de la Atlántida según Edgar Cayce.

EL RELATO DE LA ATLÁNTIDA POR EDGAR CAYCE

«Hoy escupo a una milla»

Esta frase, ligeramente desvergonzada, se atribuye a un niño pequeño que estaba en la punta Bright Ángel, en el lado sur del Gran Cañón, contemplando el río Colorado, una milla más abajo. Si se quiere echar una ojeada al pasado, nada mejor que visitar el Parque Nacional del Gran Cañón. Esta inmensa garganta, tallada por el río Colorado en la alta meseta de Arizona del norte, es una verdadera ventana abierta al tiempo. La escala del cañón es enorme. Su anchura oscila entre los 6 y los 27 kilómetros. Desde la punta Bright Ángel se domina una magnífica vista del río Colorado, una milla más abajo. Dentro del cañón mismo existe una multitud de picos, lomas, mesetas, precipicios, barrancos y cañones menores. Se registran varios tipos de climas a sus diferentes niveles.

En las laderas y en las rocas del cañón podemos leer un registro histórico del pasado que se remonta a millones de años. Aquí se encuentran las arenas de un desierto, azotadas por el viento; aquí se encuentran conchas, corales y restos de vida marina de mares poco profundos y ya olvidados; aquí hay restos de plantas y de vida acuática de un antiguo lago de agua dulce. El registro de las eras retrocede en el tiempo desde la superficie hasta el basalto negro, que aflora en el río. Una excursión por la senda del cañón bastará para convencer al mayor escéptico de que las ideas de los geólogos sobre la larga historia de la Tierra se basan en datos tangibles y no en simples especulaciones.

Edgar Cayce también retrocedió mucho en el pasado. En vez de leer la historia de la Tierra en las rocas, leyó los registros akásicos, que en sus lecturas se describen como un registro psíquico de todos los sucesos que han tenido lugar en toda la historia, «tejidos con el ovillo del tiempo y del espacio». Los geólogos sólo pueden observar los estratos rocosos y los esqueletos fosilizados de los animales antiguos; pero el viaje de Cayce por los registros akásicos nos reveló una vasta riqueza de información, entre ella las vidas pasadas de muchos individuos.

Disperso por esos centenares de lecturas vitales transcurre el relato de un continente que una vez fue grande, que alcanzó un nivel de cultura y de tecnología inigualado en toda la historia. Las lecturas también relatan el modo en que esta gran sociedad (en la lucha entre las personas dedicadas a Dios y las apegadas a los deseos materiales) destruyó todo lo que tenían, como resultado su lucha moral y del mal empleo que dio a su tecnología.

Las lecturas de Cayce coinciden con los geólogos en que la superficie de la Tierra era muy diferente en el pasado. Muchas tierras han desaparecido, han vuelto a aparecer y han desaparecido de nuevo. Pero las lecturas van más allá de las teorías geológicas aceptadas, y la geología no nos puede decir nada acerca de las personas mismas, de cómo vivían, de cómo murieron, y del significado que pudieran tener sus vidas para nosotros hoy día.

Vamos a presentar la descripción que hizo Cayce de la Atlántida tal como fue reconstruida a partir de sus viajes a través del tiempo. El capítulo está organizado cronológicamente, a partir de la entrada de los seres humanos en el plano físico hace 10 millones de años, y terminando con las últimas emigraciones de la Atlántida.

El relato presenta una visión del pasado muy diferente de la que aceptaba la ciencia en tiempos de Cayce. Desafiaba las nociones científicas, hablando de grandes catástrofes en fechas tan recientes como el año 10000 a. C., en las que se hundieron bajo el mar islas e incluso todo un continente. Pero no se limitaba a seguir a Platón ni a los ocultistas. El relato de Cayce nos habla de múltiples catástrofes atlántidas que sucedieron a intervalos, en un periodo de 40.000 años, y no de una destrucción en un solo día y una sola noche, como narraba Platón.

Como Donnelly, las lecturas de Cayce hablan de emigraciones por todo el mundo, pero la descripción de Cayce del resultado de estas emigraciones llega mucho más allá de Donnelly. La Atlántida de Cayce, con sus grandes logros tecnológicos y con sus grandes conflictos morales, se parece al mundo de hoy más que al concepto ortodoxo del mundo antiguo, o incluso más que al mundo de la época de Cayce.

¿Qué tienen de especial las lecturas sobre la Atlántida? Como todas las lecturas vitales, se realizaron para ayudar a ciertas personas a comprender y a dar respuestas a las preguntas y a los problemas que pudieran tener en sus vidas actuales. En el caso de las personas que tenían encarnaciones pasadas en la Atlántida, los problemas tienen un interés especial, tanto para las propias personas como para el mundo en general. Según Cayce, muchas personas que vivían en la Atlántida eran individuos activos, influyentes y capacitados. Estos atlantes se están encarnando de nuevo en el mundo de hoy. Como su influencia sobre la civilización mundial era tan grande en el pasado, es probable que puedan volver a influir de nuevo sobre los sucesos mundiales.

Cayce expresó así esta idea: «Siendo verdadero el hecho de la encarnación, y que las almas que ocuparon una vez tal entorno (la Atlántida) están entrando en la esfera de la Tierra y habitando en individuos del presente, ¿es acaso de extrañar —si efectuaron tales transformaciones en los sucesos de la Tierra en su época, hasta llegar a atraerse la destrucción sobre sus cabezas— que, si están entrando ahora, puedan efectuar cambios sobre los asuntos de las personas y de los individuos del presente?» (núm. 364-1, 3 de febrero de 1932). Y, en otro pasaje: «Conocemos a pocas personas por casualidad; todas son oportunidades para una experiencia u otra. Nosotros les debemos, o ellas nos deben, ciertas consideraciones» (núm. 3246-1, 28 de septiembre de 1943).

Si lo que dijo Cayce es cierto, muchos de nuestros problemas con los demás pueden venir arrastrados de alguna experiencia pasada. Si no se resuelven ahora, bien pueden volver para perseguirnos en encarnaciones futuras. Llevando esto un paso adelante, si muchos individuos que atravesaron encarnaciones en la Atlántida están regresando ahora a la Tierra, bien pueden estar volviendo a caer en los mismos problemas que provocaron tales agitaciones en la Atlántida.

No resulta demasiado difícil establecer paralelismos entre la sociedad atlántida descrita por Edgar Cayce y la de los Estados Unidos de hoy día. Ambas desarrollaron una sociedad altamente tecnificada. Ambas eran potencias mundiales, y ambas estaban plagadas de problemas raciales o sociales. Ambas desarrollaron armas que, si se utilizaban mal, podían destruir su propio país, e incluso afectar al clima mundial.

En la Atlántida sucedió lo peor; no sólo una vez, sino en tres ocasiones diferentes. La última de ellas provocó la destrucción final y el hundimiento del país. No es de extrañar que tantas lecturas vitales que hablaban de encarnaciones atlántidas estuvieran cargadas de advertencias a las personas sobre el mal empleo de sus capacidades. Las personas que ya habían hecho una vez un mal uso de sus aptitudes podían seguir fácilmente el camino más fácil y volver a emplearlas mal.

No todos los que vivían en la Atlántida eran «malos sujetos». Muchas de las encarnaciones fueron presentadas como encarnaciones en que los individuos habían «ganado», como decía Cayce, o habían mejorado su comprensión de sus relaciones con Dios y con los demás. Sin duda, uno de los mensajes de las lecturas vitales era que es posible vivir una vida constructiva bajo cualquier circunstancia.

Si la idea de la reencarnación le produce desazón, el relato de Cayce de la formación de la humanidad en la Atlántida y la filosofía del mismo puede desazonarle todavía más. Seguramente no agrada ni a los evolucionistas ni a los creacionistas, pues contiene un poco de cada una de estas dos teorías, y todo un acervo de otros materiales que ponen en tela de juicio los dogmas de muchas disciplinas. No le pido que modifique sus creencias, sólo que lea con la mente abierta, sobre todo a la luz de los descubrimientos que se han realizado y han salido a la luz desde que se efectuaron estas lecturas.

RECONSTRUYENDO EL RELATO DE CAYCE

Al contrario de Platón, de Donnelly, o incluso de ocultistas como Steiner, Edgar Cayce no escribió libros sobre la Atlántida. Debemos reconstruir el relato a partir de las casi 700 lecturas vitales que realizó en un periodo de veintiún años y que hablan de una o más encarnacio-

nes atlántidas. Este conjunto de lecturas representa un poco menos del 30 por 100 de las cerca de 2.500 lecturas vitales realizadas.

Recomponer el relato de la Atlántida a partir de las lecturas vitales es una tarea abrumadora por dos motivos. En primer lugar, la mayor parte de las frases sobre la Atlántida, o sobre cualquier otro país, se pronunciaban a modo de comentarios al margen. Las lecturas presentaban los motivos de los deseos de un individuo, de sus tendencias y de sus características personales, e incluso de sus capacidades y limitaciones mentales y físicas, pero no describían con detalle las épocas y los lugares en que había vivido esa persona.

En segundo lugar, no se solía dar la fecha en que tuvo lugar una encarnación determinada. En vista de que las encarnaciones en la Atlántida se extendían hasta fechas prehistóricas muy remotas, era difícil determinar cuánto tiempo hacía de la encarnación.

Es preciso reconocer que una gran parte del relato no es más que un esbozo. Pero, a pesar de estos problemas, muchas lecturas contenían comentarios sobre las costumbres o sobre la época, y unas pocas daban fechas concretas. Muchos comentarios se oponen al pensamiento convencional; muchos parecen tan fantásticos como cualquier relato de ciencia-ficción, e igualmente increíbles. Pero cuando yo (Edgar Evans Cayce) repasaba el calidoscopio de vidas, me impresionó la *consistencia interna* de la información. Se encontraban lecturas realizadas con hasta veinte años de diferencia, para individuos diferentes, que concordaban hasta en los detalles más minúsculos. Se encontraban pocas contradicciones entre las lecturas realizadas para el mismo individuo o para individuos diferentes con años de diferencia. Se ofrecían los nombres de más de 400 personas diferentes en las lecturas sobre la Atlántida, sin confusiones.

Cayce relata tres grandes periodos de cambios geológicos, con erupciones volcánicas, terremotos, maremotos y hundimientos de tierras, entre el 50000 y el 10000 a. C.:

- El primero tuvo lugar hacia el 50000 a. C., en que se destruyó una parte del continente.
- El segundo tuvo lugar hacia el 28000 a. C., en que la tierra que quedaba se disgregó en islas.

- La última destrucción tuvo lugar hacia el 10000 a. C., en que se sumergieron las últimas islas (sin duda es ésta la destrucción de la que hablaba Platón).

Éstos no fueron los únicos cambios geológicos que tuvieron lugar en la Atlántida; se citan otras fechas. Pero fue en estos tres periodos cuando se produjeron los cambios principales, cuando cambió la forma de la superficie terrestre y grandes números de personas se vieron obligadas a huir o a emigrar a otras tierras.

Para descubrir lo que pudo decir Edgar Cayce sobre la Atlántida, leímos cada una de las 700 lecturas que hablaban de ella. Reprodujimos los párrafos en los que se aludía a la Atlántida, e intentamos ordenar los datos cronológicamente. Decidimos finalmente tomar los tres periodos de destrucciones catastróficas, asociando cada uno de ellos con una fecha concreta, como puntos clave de la historia atlántida, e intentamos asociar cada una de las referencias que habíamos acumulado con alguno de estos periodos. Cayce solía referirse a estos periodos como el primero, el segundo o el tercer periodo de agitación o de destrucción. Cuando alguna lectura vital determinada afirmaba que la persona había vivido en la Atlántida «antes de la primera destrucción», o antes del periodo de la segunda destrucción, o que había emigrado a otro país durante la destrucción final, resultaba posible situar a ese individuo, a grandes rasgos, en un momento cronológico. Por desgracia, muchas lecturas no hablaban de ninguna de las destrucciones, y, por lo tanto, resultaba imposible determinar la época aproximada de la encarnación de esa persona.

Las 700 lecturas atlántidas se distribuyen en estos tres periodos de tiempo de la manera siguiente:

A) Asociadas a la primera destrucción, 50000 a. C.	21
B) Asociadas a la segunda destrucción, 28000 a. C.	52
C) Asociadas a la destrucción final, 10000 a. C.	352
D) De fecha indeterminada	275
TOTAL	700

Tabla 2-1

Basándonos en las descripciones generales de situaciones y de costumbres, creemos que la mayoría de las lecturas clasificadas como «de fecha indeterminada» corresponden a algún momento entre el 50000 y el 10000 a. C., de las cuales la mayoría estarían más cerca de la segunda fecha.

Cayce no describía todas las encarnaciones que hubiera sufrido un individuo, sino sólo aquellas que tenían mayor influencia sobre su vida actual. En la mayoría de las lecturas vitales, las vidas anteriores correspondían a periodos con intervalos de centenares de años, retrocediendo desde el presente. En general, las encarnaciones atlántidas eran las más antiguas, y algunos individuos habían tenido dos encarnaciones o más en la Atlántida. Parece probable que las vidas más recientes tengan mayores efectos sobre la vida presente de un individuo que una vida vivida hace muchos millares de años, porque la persona habrá tenido tiempo de solucionar muchos problemas. La tabla 2-1 muestra que la gran mayoría de las encarnaciones atlántidas que, según Cayce, tenían una influencia sobre la vida actual de la persona, transcurrieron hacia el 10000 a. C. Otro factor que pudo influir sobre esta desigualdad de la distribución es que el propio Edgar Cayce había atravesado una encarnación en Egipto hacia el 10000 a. C., y muchos atlantes emigraron a ese país para escapar del hundimiento de las últimas islas. Como se habían tratado con Cayce en aquella época, se sintieron atraídos por él en ésta vida y obtuvieron de él lecturas físicas y vitales que afectaron a su vez a las estadísticas.

Además de las lecturas sobre los tres periodos de destrucción de la Atlántida, existen otras lecturas que no sólo aumentan la edad de la Atlántida, sino la de toda la humanidad, remontándola a un pasado muy, muy lejano. No todas estas lecturas son lecturas vitales sobre encarnaciones en la Atlántida. Algunas se ofrecieron como respuesta a preguntas de tipo general sobre la historia de esa tierra mítica; otras trataban de la naturaleza de los seres humanos y sobre nuestras relaciones con Dios y con los demás. El motivo por el que incluimos datos de tales lecturas en un capítulo que trata de la Atlántida es que, según Cayce, la Atlántida fue uno de los primeros lugares en que aparecieron los seres humanos sobre la Tierra. Fue el lugar donde los seres humanos avanzaron con más rapidez hacia lo que nosotros llamamos civili-

zación, y fue el lugar donde los problemas que se atrajeron los seres humanos sobre sí mismos adquirieron mayor relevancia.

En el capítulo primero explicamos cómo se dirigían las lecturas de Cayce a muchos intereses de los ocultistas de su época. Un escéptico podría imaginarse que Cayce introdujo el tema de la Atlántida como respuesta a una moda popular. Pero cuando se reconstruye el relato de la Atlántida a partir de las lecturas, queda claro que el relato de Cayce no fue una moda que surgiera en un año determinado. La tabla 2-2 muestra la distribución de lecturas vitales que tratan de la Atlántida en un periodo de veinte años.

Año de la lectura	Número de lecturas realizadas en ese año en las que se hablaba de la Atlántida
1923	2
1924	7
1925	14
1926	10
1927	6
1928	5
1929	10
1930	21
1931	17
1932	7
1933	25
1934	35
1935	45
1936	42
1937	35
1938	48
1939	66
1940	66
1941	58
1942	35
1943	64
1944	54
TOTAL	672

Tabla 2-2

La columna de la tabla 2-2 no arroja un total de 700, porque sólo cuenta las lecturas vitales individuales y no las lecturas generales sobre la Atlántida. La serie número 364, de trece lecturas realizadas como respuesta a la petición de una disertación general sobre la Atlántida en 1932, deberían sumarse al total de dicho año. Su distribución es probablemente paralela a la de todas las lecturas vitales, y a la de todas las lecturas de cualquier tipo. Por ejemplo, 1927 y 1928 fueron años «de escasez», en el sentido de que se realizaron pocas lecturas de cualquier tipo. Lo que me interesa de las lecturas que realizó Cayce durante veintiún años es que las afirmaciones realizadas con veinte años de diferencia concuerdan entre sí. Esto se cumple con respecto a la información que ofreció sobre la primera aparición de la humanidad sobre la Tierra y su índole, así como con los textos que describían la situación en la Atlántida en diversos momentos de su historia.

LA LLEGADA DEL HOMBRE

¿Dónde y cuándo tuvieron su origen los seres humanos? El relato de la Atlántida se inicia en el pasado más remoto. La geología nos habla de los esqueletos de seres humanos y de sus parientes, pero el relato de Cayce es mucho más complejo. Cayce describe nuestro origen espiritual, nuestro descenso al plano físico y nuestra evaluación gradual hasta llegar a una conciencia de nuestra verdadera naturaleza espiritual.

¿Cuáles son las fechas más antiguas que se citan en las lecturas? Encontré dos lecturas que citaban fechas de hace 10 millones de años y más:

En la tierra que ahora llamamos Utah o Nevada, cuando las primeras gentes se separaron por grupos en forma de familias (...) la entidad (el término «entidad», llamado a veces «entidad de alma», se refiere al alma o al espíritu, la parte del individuo que sobrevive a la muerte, según Cayce) se desarrolló mucho, y dio mucho a las personas que habían de sucederse en esa tierra, y en las ruinas que se

encuentran en los túmulos y en las cuevas del noroeste de Nuevo México pueden verse algunos de los dibujos que hizo la entidad. Hace unos diez millones de años (núm. 2665-2, 17 de julio de 1925).

Para presentar esto de una manera comprensible al hombre de hoy, es necesario que se comprendan las condiciones de la superficie de la Tierra y la situación del hombre en el plano terrestre, pues se han producido cambios frecuentes desde esta era de residencia terrenal del hombre. Muchas tierras han desaparecido, muchas han reaparecido y vuelto a desaparecer una y otra vez durante estos periodos. En aquella época, sólo las tierras que ahora llamamos el Sáhara, el Tíbet, Mongolia, el Cáucaso y Noruega aparecían en Asia y en Europa; sólo las de las cordilleras del sur y el Perú en el hemisferio suroccidental, y el plano de lo que ahora es Utah, Arizona y México en el hemisferio noroccidental.

La residencia del hombre eran entonces las regiones del Sáhara y del alto Nilo; las aguas de la región del Nilo desembocaban entonces en el Atlántico en vez de fluir hacia el norte; las aguas de las regiones del Tíbet y del Cáucaso llegaban al mar del Norte; las de Mongolia llegaban al Pacífico; las de la meseta llegaban a los mares polares del norte... (núm. 5748-1, 28 de mayo de 1925).

El número de almas humanas que había entonces en el plano terrestre era de 133.000.000 (...) El tiempo de la existencia del mundo hasta el presente es de 10.500.000 años. Cuando el hombre llegó al plano terrestre como señor de esa esfera, el hombre apareció en cinco lugares al mismo tiempo: los cinco sentidos, las cinco razones, las cinco esferas, los cinco desarrollos, las cinco naciones (núm. 5748-2, 28 de mayo de 1925).

Hace sesenta años, la historia humana se medía en miles de años. La sugerencia de que hace 10 millones de años habían vivido seres humanos, o aunque sólo fueran criaturas humanoides, provocaba risas y burlas. La manera de pensar ha cambiado desde entonces. Los nuevos descubrimientos han adelantado millones de años los albores de la humanidad. En un capítulo posterior, examinaremos estos descubrimientos con mayor detalle y los compararemos con afirmaciones concretas de las lecturas de Cayce. De momento, basta con advertir que los últimos descubrimientos científicos suelen tender a dar mayor probabilidad a las lecturas, en vez de a refutarlas.

hacer Mg.

S. S. S. S. S.
V. S. S. S.

fofofofo

¿Eran esas «gentes» tales como las imaginamos ahora? El entorno de hace 10 millones de años según Cayce era muy diferente de las opiniones científicas aceptadas en su época, pero como herejía científica es muy suave si se compara con sus lecturas que describen la llegada de la humanidad a la Tierra. Cayce habló en primer lugar de proyecciones por «formas de pensamiento», en vez de seres físicos: «Cuando se produjeron esos cambios por los cuales los individuos fueron capaces de dar ser a lo que ahora se llamarían pensamientos completos» (núm. 2906-1, 19 de septiembre de 1931). «Comprendiendo mucho acerca de los cambios que se produjeron a raíz del cambio desde la forma de pensamiento hasta las diversas asociaciones con las cosas materiales de aquel periodo» (núm. 268-3, 15 de febrero de 1933).

Muy pocas lecturas vitales aluden concretamente a encarnaciones en este periodo tan antiguo. En las pocas que lo hacen, los comentarios son extraños sobremanera. Cierta lectura afirma: «(...) la entidad estaba en la tierra atlántida, y en los periodos anteriores a la estancia de Adán en la Tierra. La entidad estaba entre aquellas que eran entonces proyecciones de pensamiento, y el ser físico tenía la unión del sexo en un solo cuerpo...» (núm. 5056-1, 6 de mayo de 1944).

¿Qué quieren decir estas afirmaciones? ¿Qué es una «forma de pensamiento»? ¿Acaso no fue Adán el primer hombre, según la Biblia?

Seguramente, la mejor explicación de lo que quieren decir estas lecturas se encuentre en un opúsculo redactado por Hugh Lynn Cayce en 1935. *The Coming of Man* («La llegada del hombre») se basaba en la serie número 364 de lecturas, las únicas lecturas que realizó Edgar Cayce movido directamente por la solicitud de una disertación sobre la Atlántida. Su artículo se inicia con una cita de la Biblia:

«Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y domine los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias, y toda la tierra, y todos los reptiles que se arrastran por la tierra.” Y Dios creó al hombre en Su imagen y semejanza; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó» (Génesis 1, 26-27).

Biología

Es importante que capturemos claramente una idea de lo anterior: el hombre fue creado originalmente a imagen de su Creador. Dios es un Ser espiritual, y siempre lo será. Cuando el hombre entró por primera vez en este plano, no lo hizo en forma física. Entró como alma, como entidad espiritual, en la que estaba engarzada una chispa del Fuego Divino. Fue el hombre, y no Dios, quien hizo existir los cuerpos físicos en los que ahora se aloja el alma mientras está en la Tierra; fue el hombre quien se limitó gradualmente a sí mismo a la conciencia tridimensional que es su punto de percepción actual.

Dios creó la Tierra como nosotros podemos crear un pensamiento hermoso. Cada parte, cada elemento, sólo aspiraba a magnificar, a glorificar, al Creador. La paz y la belleza imperaban en una expresión armoniosa de la Gran Voluntad. A esta esfera, a este estrato de vibración, llegó uno llamado Amilius, Hijo del Altísimo, y con él llegaron otras almas, entidades de otros reinos. En perfecta concordancia con las leyes que ya había puesto en marcha el Creador, estas entidades disfrutaban verdaderamente de una vida espiritual en un reino en que el poder del pensamiento controlaba todas las cosas, y los atributos del alma encontraban una manifestación normal.

Éste no era el mundo que vemos a nuestro alrededor hoy día; era un mundo sintonizado con la voluntad Suprema.

Amilius estaba dotado de libre albedrío y del impulso creador del Padre. Empezó a crearse compañeros, figuras de pensamiento, cuyas formas imitaban las de las criaturas a las que había dado Dios la vida. Estas formas de pensamientos eran proyecciones de la mente del alma. Cuando empezaron a buscar la complacencia de sus sentidos, como hacían las criaturas físicas que las rodeaban, empezaron a endurecerse y a buscar formas físicas a través de las cuales pudieran ser más conscientes de la actividad de los sentidos físicos. Hoy comprendemos que cada uno se convierte en lo que incorpora a su organismo como alimento, en lo que respira y en lo que absorbe de los elementos que lo rodean; del mismo modo, uno se convierte en lo que mantiene continuamente como una visión mental. Estas creaciones y mezclas, incompletas y desequilibradas, trajeron la discordia y la falta de armonía. El engrandecimiento de cualquier deseo que sólo busca la complacencia egoísta acaba por producir necesariamente a su creador angustia y, por último, su destrucción.

Las formas en el sentido físico tenían la naturaleza de formas de pensamiento, capaces de salir de sí mismas en el sentido en que se

Amilius

producía el desarrollo en el pensamiento, de un modo muy parecido a los movimientos de la ameba en una charca.

Cuando tomaban forma, por medio de la complacencia de sus propios deseos por lo que construía o añadía a las condiciones materiales, se condensaban o fraguaban en cuerpos semejantes a los de hoy, cuyo color participaba del entorno que los rodeaba. Tenían la capacidad de proyectarse a sí mismos en el sentido que deseasen. Eran capaces de identificarse con ese entorno, en color, en armonía, en el sentido que se desease. Y este poder tuvo como consecuencia proyecciones en la música, en el arte, en todas las maneras concebibles; sometiendo a todos los reinos.

A través de estas formas de pensamiento, el hombre empezó a atarse a sí mismo, pues su egoísmo se volvió contra él; era, verdaderamente, un Frankenstein. La consecuencia fue el caos. La paz y la belleza huían ante el horror y la desgracia. Fue entonces cuando Dios creó a la mujer, dividiendo el ser espiritual del hombre, creando así un equilibrio espiritual y preparando el camino para una conquista del bien sobre el mal.

(Varias lecturas indican esto con frases semejantes a las siguientes: «... cuando se produjo la primera separación de los sexos... entre los primeros vástagos de esa separación» (núm. 2753-2, 14 de julio de 1942) y «cuando se produjo el cambio del sexo doble, o de las capacidades de propagación de actividades del yo» (núm. 2390-1, 2 de noviembre de 1940.)

Amilius se dio cuenta de lo que sucedía, se dio cuenta de que la armonía había sido derrocada por la complacencia egoísta y por el abuso del poder creador; de modo que tomó sobre sus hombros la carga del mundo, la responsabilidad del mundo. Con la ayuda de entidades que llegaron en su ayuda, se dispuso a conquistar a las autoproyecciones que cada vez perdían más el contacto con Dios. De entre las muchas formas físicas, de muchas figuras y tamaños, que resultaban de las mezclas, eligió la forma del hombre actual como vehículo más adecuado para la manifestación física en este planeta. A continuación, se proyectó a sí mismo en cinco centros al mismo tiempo, bajo la figura de Adán, el primer hombre, eligiendo las cinco manifestaciones necesarias porque eran cinco los sentidos físicos que tenía que conquistar antes de poder alcanzar la conciencia espiritual.

Estas cinco proyecciones aparecieron simultáneamente en cinco lugares de la Tierra. La raza blanca apareció en la región de los mon-

Amilius

Amilius

tes Cárpatos, la raza negra en la región superior de África, la morena en Lemuria, la roja en la Atlántida, y la amarilla en el Gobi.

De este modo, Amilius, el primer y último Adán, se preparó el camino para su conquista del mundo, a través del hombre. A lo largo de incontables siglos se ha movido entre los hombres, sustentándolos, atendiendo a sus necesidades, disipando sus temores, impulsándolos siempre adelante. Ha caminado y ha hablado con hombres de todas las regiones del mundo; ha alimentado las semillas de todas las grandes religiones que proclamaban la Unidad de Dios, ha avivado los fuegos de todas las grandes filosofías que apuntaban hacia arriba a lo largo del Camino. En los corazones y en las mentes de los hombres, ha mantenido en pie el grito de batalla para una conquista del yo, y, como entidad individual, ha dirigido el camino hacia la salida del gran engaño que el hombre interior creó y se crea para sí mismo.

Éste es un relato de la creación y de la entrada en escena de la humanidad completamente distinto a los que plantean las teorías del creacionismo o de la evolución. Seguramente no satisfará a ninguna de las dos. Si las lecturas son ciertas, entonces parece ser que los hombres tuvieron problemas muy poco después de adquirir forma material. Los problemas surgieron casi inmediatamente, pues muchos de estos seres hicieron uso de sus nuevos cuerpos físicos para la satisfacción de todos sus deseos. Estas formas de pensamiento se condensaron en cuerpos físicos verdaderos que eran una parodia de las formas de vida animal de aquella era, produciendo resultados grotescos. Es posible incluso que se cruzaran con la vida animal de ese periodo. Algunas lecturas hablan de criaturas humanoides con atributos animales, como colas, plumas, aletas, pelo largo, escamas y pezuñas; hablan incluso de enanos y de gigantes. Quizá tengan algo de base los antiguos mitos griegos que hablan de los sátiros, los centauros, las ninfas y otras criaturas extrañas.

Amilius

Cuanto más sucumbían estas almas ante el placer sensual complaciendo sus propios deseos egoístas a costa de los demás, menos capaces se hacían de salir libremente de sus cuerpos físicos. Por último, se quedaron atrapados en ellos desde el nacimiento hasta la muerte, y muchos olvidaron o despreciaron sus relaciones con su Hacedor.

En las lecturas de Cayce para individuos se enfocan con mayor nitidez los problemas de la Atlántida. Alude a grupos concretos y a conflictos concretos. Un par de citas de las lecturas vitales que tratan de la Atlántida aluden a este periodo antiguo anterior a la primera destrucción de una parte del continente: «En la tierra Atlántida, cuando se produjeron esas fuerzas perturbadoras, o inmediatamente antes de las primeras fuerzas perturbadoras que produjeron la primera destrucción del continente, a causa de la aplicación de las cosas espirituales para la satisfacción de las gentes materiales. Eran los periodos de que habla la Escritura cuando dice: “Los hijos de Dios vieron a las hijas de los hombres, y las vieron hermosas”» (núm. 1406-1, 13 de julio de 1937).

Tradición

Seis años más tarde, otra lectura hablaba del mismo problema: «... la entidad estaba en la Atlántida cuando se produjeron aquellos tumultos entre los hijos de Belial y los hijos de la Ley del Uno. La entidad se encontraba entre las hijas de los hijos de la Ley del Uno, y los hijos de Belial le parecieron deseables por los deseos materiales, para la gratificación de las emociones materiales» (núm. 3376-2, 22 de noviembre de 1943).

Citemos de nuevo a Hugh Lynn Cayce:

En una época muy temprana de la historia de la Atlántida, surgieron dos bandos que estaban profundamente divididos por la cuestión de cómo tratar a aquellas almas que se habían complicado tanto con la materia. Las lecturas acuñaron los términos «hijos de la ley del uno» e «hijos de Belial». Los hijos de la ley del uno eran los que creían que el alma era un don de Dios, y aspiraban a mantener pura la raza, libre de características y de apéndices animales. Querían ayudar a los que estaban complicados profundamente en el mundo físico; ayudarles a recuperar sus puestos como criaturas de Dios. Los hijos de Belial eran los que no tenían principios ni moral, y creían en la satisfacción de los sentidos sin respeto a los demás. Despreciaban a las almas complicadas como a «cosas» a las que se debía tratar como a esclavos o como a máquinas.

Esas «cosas», o almas que se habían adentrado en la materia desconsideradamente y sin capacidad de autocontrol, habían caído bajo

el control de otros y habían pasado a depender de otros para su gobierno y para su manutención, como si fueran esclavos o animales domésticos.

Esta situación se manifiesta en la cita siguiente: «... un sacerdote que cuidaba de las necesidades físicas del pueblo. Así, los que estaban en aquella etapa de desarrollo o de conciencia en la que sus mentes sólo funcionaban para los demás o realizaban las actividades manuales que tenían un interés especial para la entidad; se intentaba hacer uso de fuerzas espirituales para despertar la conciencia de estos individuos hasta el punto en que pudieran alzarse de esas situaciones hasta otras de mayor relación con la conciencia universal» (núm. 2246-1, 11 de junio 1941).

Es importante comprender el modo en que se desarrollaron las personas en la Atlántida, y reconocer a los dos bandos que surgieron en consecuencia. Los individuos miembros de estos dos bandos (los seguidores de la Ley del Uno y los seguidores de Belial) se hicieron la guerra durante todas sus vidas. Muchas de estas luchas debieron durar largos periodos de tiempo, porque algunas lecturas indican que vivir entre 500 y 700 años en aquella época era como vivir entre 50 y 70 en nuestros tiempos. Parece que Cayce se hace eco del capítulo quinto del Génesis, en el que se habla de algunos hombres, entre ellos Matusalén, cuyas vidas fueron larguísimas.

Según Cayce, estas personas eran extremistas. Sus capacidades, bien aplicadas, les conducían a grandes avances espirituales y materiales; pero cuando se aplicaban mal producían unos retrocesos espirituales igualmente importantes, y a la satisfacción de los deseos y a la lucha física.

Desde aquellos tiempos antiguos, las personas se han tenido que enfrentar con la elección entre desarrollar una naturaleza no egoísta, que aspira a volver a unas relaciones espirituales con Dios, o sucumbir a la faceta egoísta que anhela la satisfacción de los deseos, incluso a costa de los demás, y mantiene que sólo existe lo físico. No resulta demasiado difícil establecer un paralelismo entre la situación de aquellos tiempos y la actual: consideremos las diferencias entre los países pobres y los ricos; consideremos las relaciones raciales en Sudáfrica, o incluso en Estados Unidos.

*Poros
y vida
trabaja*

Los grandes problemas con que se enfrenta el mundo hoy día (nuestras relaciones con Dios y nuestras relaciones con los demás) no son nuevos. En la Atlántida, estos problemas condujeron a una lucha entre los habitantes del país, y, por último, a la destrucción del propio país.

LA PRIMERA DESTRUCCIÓN

Parece que la primera destrucción de una parte de la Atlántida fue accidental, o que fue causada por explosivos descontrolados que desencadenaron una actividad volcánica: «... con la despreocupación continua de los que estaban manteniendo la raza pura y los pueblos puros (...) el hombre introdujo fuerzas destructivas para que fueran usadas por las gentes que eran los jefes. Estas fuerzas destructivas, combinadas con los recursos naturales de los gases, de las fuerzas eléctricas generadas en la naturaleza, provocaron erupciones volcánicas en la Tierra, que se estaba enfriando poco a poco, y esa parte que ahora está cerca de lo que más tarde se llamaría el mar de los Sargazos fue la primera que se sumergió en las profundidades. Con esto se produjo el éxodo de las gentes» (núm. 364-4, 16 de febrero de 1932).

Desgraciadamente, no existe una cronología sencilla de los sucesos entre el 10000000 y el 50000 a. C., que es la segunda fecha concreta que se cita en las lecturas de Cayce. Algunas lecturas hablan de una época «anterior a la primera destrucción». Dado que al primer hundimiento de una parte de la Atlántida se le asigna la fecha del 50000 a. C., suponemos que las alusiones a los sucesos «anteriores de la primera destrucción» pertenecen a algún periodo anterior a este primer hundimiento. Anterior ¿en cuánto tiempo? Sólo podemos hacer conjeturas. Pueden ser cien años, mil, o incluso un millón. Nuestra impresión es que, dado que muchas de estas alusiones hablan de «inmediatamente antes» o de «poco antes», los intervalos temporales deben de ser relativamente cortos: unos pocos siglos, o algunos milenios a lo sumo.

Dos pasajes hablan de este periodo y de la alta tecnología que se había desarrollado desde la entrada humana en el plano físico: «En la Atlántida, antes de que surgieran las fuerzas destructivas —relacio-

Cayce

nadas con las comunicaciones (...) máquinas más ligeras que el aire (...)—, fuerzas radiactivas» (núm. 1023-2, 17 de octubre de 1935). «En la Atlántida, antes de la primera de las fuerzas destructivas (...), la entidad construyó aquellas que servían para transportar aquellas máquinas de destrucción que navegaban tanto por el aire como bajo el agua» (núm. 1735-2, 16 de octubre de 1930).

Otra indicación de la tecnología atlántida y de sus posibilidades de ser mal aplicada aparece en una lectura realizada en 1941: «(...) En la tierra Atlántida (...) inmediatamente antes de la primera ruptura de la tierra, cuando se utilizaban muchas de estas influencias que se están descubriendo de nuevo, y que los hijos de Belial convirtieron en fuerzas destructivas (...) pensadas para el bien de las comunicaciones, el transporte, etcétera» (núm. 2560-1, 8 de mayo de 1941).

¿De qué podía estar hablando Cayce cuando se refería a influencias que se estaban descubriendo en 1941, y que tenían poder suficiente para provocar la destrucción de un país, pero que también podían tener aplicaciones beneficiosas en las comunicaciones y en el transporte? En 1940, los científicos descubrieron que la fisión del uranio común no se producía en el U-238, sino en el isótopo U-235. En diciembre de 1942 se consiguió la primera generación constante y controlada de energía atómica en la Universidad de Chicago. Si Cayce tenía razón, ésta no era la primera vez que los seres humanos habían tenido bajo su control a una fuerza tan poderosa que podía ser una bendición o una maldición. Desde 1941, los avances en el uso de la energía atómica han resultado extremadamente útiles. Por ejemplo, muchos de los procedimientos médicos más modernos se deben a estos avances.

Parece que la destrucción de la Atlántida partió de un intento de destruir un gran número de animales que se habían convertido en una amenaza. La información de las lecturas es muy consistente. He aquí ocho alusiones diferentes, pertenecientes a ocho lecturas independientes realizadas a lo largo de dieciocho años, y que se refieren al mismo suceso:

... en aquella tierra a la que llegaron gentes en nombre de los que querían proteger las tierras de las bestias del campo y de las aves del aire o de los animales del aire (núm. 2740-2, 21 de enero de 1926).

... entre ellos que llegaron como mensajeros de tierras extranjeras, cuando las gentes pensaron protegerse de las bestias del campo y de las aves del aire (núm. 2675-4, 15 de abril de 1926).

... en los días en que las gentes de las naciones se reunieron para defenderse de las aves del aire y de las bestias del campo (...) acudieron a la reunión en una máquina más ligera que el aire (núm. 2749-1, 13 de mayo de 1926) ... del país al que llegaron mensajeros cuando se reunieron los hombres para defenderse de las bestias del campo y de las aves del aire (núm. 2855-1, 29 de mayo de 1926).

... en esa tierra, cuando se celebraron reuniones de las naciones para combatir a las fuerzas del mundo y del reino animal, que hacían desgraciados a los hombres y sus vidas; la entidad era uno de los que votaron por el empleo de los elementos del aire, de los elementos del mar, de los elementos de la tierra, aplicándolos como fuerzas para enfrentarse y para combatir a las del reino animal. Muchas veces ha sido capaz la entidad, a partir de esta experiencia, de casi adivinar dónde se produjo la desaparición de los que llamamos animales prehistóricos (núm. 2893, 13 de agosto de 1929).

... en la tierra de la Atlántida, durante esos periodos en que se produjeron las primeras de aquellas rebeliones que produjeron la mala aplicación de los conocimientos, o de las fuerzas que pudieran haber sido utilizadas constructivamente pero que se utilizaron para actividades destructivas. La entidad se unió a los hijos de Belial, que aplicó fuerzas destructivas en su intento de destruir la vida animal que invadía otras tierras (núm. 1378-1, 1 de junio de 1937).

... cuando se convocó la reunión de los de muchas tierras, para determinar los medios modos en que se controlaría a los animales que eran destructivos para muchas tierras. La entidad era uno de los que pilotaban las naves que navegaban tanto por el mar como bajo el agua, y también era constructor de aquello que producía los elevadores y los tubos conectores que se utilizaban para el aire comprimido, el vapor y las emanaciones de los metales (...), sobre todo en lo que se refería a lo que se controlaba por la actividad de radiación del sol sobre los metales, y el control de lo mismo y de las aeronaves (núm. 2157/1, 27 de marzo de 1940).

... en la tierra de la India, cuando Saad era su jefe (...) entre aquellos que se reunieron para liberar la tierra de los animales enormes que la invadían; pero el hielo, la naturaleza, Dios, cambió los polos, y los animales fueron destruidos, aunque el hombre lo intentó en aquel tiempo (núm. 5249-1, 12 de junio de 1944).

¿Pudo suceder? Veremos en el capítulo siguiente que la alusión de Cayce a un cambio polar y del clima nos permite estudiar científicamente las lecturas. En cualquier caso, está claro que éste fue uno de los grandes sucesos próximos al momento de la gran destrucción.

Cayce aludió repetidamente a una reunión mundial y a una amenaza animal. En una lectura dedicada especialmente al tema, le preguntaron acerca de la reunión. Respondió:

En el periodo en que esto se hizo necesario, se suscitó la conciencia en las mentes de los grupos, en las diversas partes de la Tierra, de modo muy parecido a como se haría hoy día por medio de un programa difundido a todo el mundo, de una amenaza en algún punto concreto, o en muchos puntos concretos. Y la reunión de los que hicieron caso, como si fueran las mentes científicas de hoy día, fue para arbitrar modos y maneras de eliminar ese tipo o clase determinada de amenaza.

Y el modo en que se reunieron fue muy semejante a si el Graf (¿el zepelín Graf?) se dirigiera sucesivamente a las diversas tierras para recoger a representantes, o a los que debían reunirse, o colaborar en esa labor. Y como esto sería en aquella tierra que ha perdido desde hace mucho tiempo su identidad, salvo en los pensamientos o visiones interiores de los que hemos regresado o van a regresar a la esfera presente, los modos que se arbitraron consistieron en alterar o modificar el medio ambiente que necesitaban esas bestias, o lo necesario para su sustento en las partes determinadas de la esfera o de la Tierra que ocupaban en aquella época. Y esto se aplicó casi del mismo modo y manera como si se enviase desde diversas centrales lo que ahora se llama el rayo de la muerte o el rayo supercósmico, que se descubrirá en los próximos 25 años (...) La fecha a. C. de esta reunión fue el 50722 (núm. 262-39, 21 de febrero de 1933).

Es interesante considerar la alusión de Cayce al rayo de la muerte, y su afirmación de que se descubriría al cabo de 25 años, es decir, en 1958. En 1958, tres ingenieros de los laboratorios de la compañía de telecomunicaciones Bell Telephone consiguieron construir y hacer funcionar un MASER, antecedente del láser. Por supuesto, las aplicaciones de los máseres y de los láseres se han generalizado en las

comunicaciones, la medicina y en muchos otros campos. El empleo del láser como rayo de la muerte es un secreto de Estado, aunque es un secreto a voces el hecho de que los militares están trabajando en ese sentido dentro del programa de armamentos llamado «la guerra de las galaxias». Tres años antes, en 1955, los científicos descubrieron el antiprotón. En 1957 llegaron a la conclusión de que era posible la existencia de la antimateria. Si la antimateria entrara en contacto con la materia corriente, la explosión resultante sería muchas veces mayor que la de una reacción de fisión o de fusión (es decir, que una bomba atómica o que una bomba de hidrógeno). Sin duda, el término «rayo de la muerte» podía aplicarse a cualquiera de estos dos descubrimientos.

Aunque muchas personas perecieron en la primera destrucción, y muchas más emigraron a otros países, la civilización atlántida no quedó completamente destruida. Las lecturas que cubren el periodo entre el 50000 y el 28000 a. C. hablan de una civilización superior continuada. Al hablar de las encarnaciones descritas correspondientes a este periodo se les atribuyen ocupaciones que suponen un alto nivel de tecnología. Se habla de que algunas personas trabajaron con maquinaria, con fuerzas eléctricas y químicas, con radiaciones y calor, y con aparatos mecánicos. Se habla de otras que trabajaron en labores artísticas y decorativas, o como embajadores y diplomáticos. Otras más trabajaron con «cristales», que nos recuerdan a los láseres modernos. Muchas lecturas dan a entender la existencia de centrales nucleares y la capacidad de transmitir la energía sin cables. Recordemos que muchas de estas lecturas se pronunciaron antes de la invención de la bomba atómica y de la construcción y el empleo de las centrales nucleares y de los navíos que funcionan con energía nuclear. En aquella época, el empleo del átomo para generar energía se consideraba irrealizable. Ahora, su aplicación es común: muchos servicios dependen en gran parte de la energía eléctrica que se produce en las centrales nucleares.

Todavía nos parece improbable que una civilización pudiera desarrollar tal tecnología hace muchos millares de años. Pero la tecnología puede desarrollarse muy deprisa. Hace poco más de cincuenta años, por ejemplo, el empleo del átomo para generar energía

o para fabricar bombas era desconocido; los ordenadores y los láseres eran ciencia-ficción. Los aviones a reacción, el radar y la televisión hicieron su aparición a partir de la Segunda Guerra Mundial. Sólo ahora estamos empezando a vislumbrar las posibilidades de la ingeniería genética y a realizar avances en la superconductividad, que pueden revolucionar nuestra ciencia. Todo esto ha sucedido en menos de cien años. El periodo entre el 50000 y el 28000 a. C., 22.000 años, es más largo que nuestra propia historia registrada: desde luego, es un periodo suficiente para unos avances científicos considerables.

LA SEGUNDA DESTRUCCIÓN

Millares de años después de la primera destrucción, aquella tierra volvió a encontrarse sumida en un tumulto, pues proseguía el conflicto entre los hijos de la Ley del Uno y los hijos de Belial. Como siempre, las lecturas ponían de manifiesto la influencia de las vidas anteriores en la Atlántida sobre las oportunidades en la vida actual:

... la entidad estaba en lo que ahora llamamos la tierra de la Atlántida, durante aquellos periodos de tiempo que se llaman el segundo cambio o la segunda agitación, cuando empezaron los intentos por parte de los hijos de Belial y de los de la Ley del Uno de enseñar a parte de los profanos, o a los que eran como jornaleros en los campos activos de servicio en aquella tierra concreta.

La entidad era por entonces una sacerdotisa en el templo de la Ley del Uno.

De aquí que las cosas mecánicas, pero que sean cosas relacionadas con fuerzas eléctricas, cosas relacionadas con la limpieza (que pueden encontrar su expresión en el cuidado de los niños, en la enseñanza, en el ministerio religioso), se harán y son una parte de las fuerzas innatas que se encuentran manifestándose a través de las emociones del cuerpo.

La tendencia a sumergir las emociones debe, pues, ser superada, ¡pero dirigiéndola! (núm. 1206-3, 16 de diciembre de 1936).

Las lecturas que hablan de la segunda destrucción dicen que el país se dividió en tres islas principales y en algunas menores. Cayce llamó a estas islas «Poseida (¿Poseidia?), Aryan y Og» (núm. 364-6, 17 de febrero de 1932). Son frecuentes las alusiones a Poseidia en que se habla de ella como la principal de las islas que quedaban.

Afortunadamente, conocemos una fecha para este segundo periodo de destrucción. A una pregunta sobre una encarnación en el Perú, Cayce respondió:

Como se desprende de lo que se acaba de decir, la entidad estaba en la Atlántida cuando se produjo el segundo periodo de agitaciones, que sucedería unos veintidós mil quinientos (22.500) años antes de la época de actividad egipcia que se describe en el Éxodo, o sea, unos veintiocho mil (28.000) años antes de Cristo, ¿comprendes?

Después, tuvimos un periodo en que las actividades de la tierra Atlántida se repartieron más por provincias, o existían canales pequeños a través de muchas de las tierras.

Y hubo algunos, entre ellos la entidad y sus acompañantes o compañeros, que abandonaron las actividades para dedicarse a la construcción de las actividades en la tierra del Perú. Pues los atlantes estaban cayendo en la decadencia, o se estaban disgregando por las disputas entre los hijos de la Ley del Uno y los hijos de Belial (núm. 470-22, 5 de julio de 1938).

Cierto número de atlantes intentaron escapar de las luchas entre los seguidores de Belial y los seguidores de la Ley del Uno. Algunos se dirigieron al oeste, a lo que ahora es el Perú, el Yucatán, partes de Nevada y Colorado. Otros grupos se dirigieron al este, a los Pirineos y a Egipto.

El desarrollo tecnológico continuó, y se convirtió en un elemento clave en la lucha entre los hijos de la Ley del Uno y los hijos de Belial. Por ejemplo: «En la tierra Atlántida, cuando se produjo la segunda división o cuando sucedió la destrucción de las tierras que hizo de Poseidia la parte que quedaba, en la que se produjo la mayor actividad de los hijos de la Ley del Uno. Estos periodos en los que se aplicaba una gran parte de lo que se está descubriendo o redescubriendo hoy, aplicando su poder a medios de transporte, así como al

empleo de los medios de la naturaleza como fuerza útil para producir mayores cosechas para el consumo individual, fue un periodo en que se pensó mucho en las utilidades de todo tipo» (núm. 2562-1, 9 de mayo de 1941).

¿Qué tipo de cosas se pudieron «redescubrir» o aplicar a medios de transporte o al logro de mejores cosechas en 1941? Según la *Enciclopedia Británica*: «A mediados de los años 30, la locomotora diesel empezó a sustituir a la de vapor, y en 1950 sólo una pequeña proporción de las locomotoras eran de vapor.» También: «Los años de la Segunda Guerra Mundial marcaron el comienzo del rápido desarrollo del uso del aeroplano como medio de transporte de carga comercial.» En pocos años, las líneas aéreas de carga de los Estados Unidos estaban transportando más de 100 millones de toneladas-milla de carga, y más de 80 millones de toneladas-milla de correo aéreo al año. En esos años también se empezó a hacer uso del helicóptero como medio de transporte para distancias cortas.

En lo que se refiere a la agricultura, en esa época fueron los comienzos de la mecanización agraria. El número de tractores en las explotaciones agrícolas aumentó de 250.000 en 1920 a más de dos millones en 1945. En cuanto a fertilizantes, la cantidad de abonos y cal que se utilizaron en 1944 fue superior en un 85 por 100 a la empleada entre 1935 y 1939. El empleo de semillas híbridas aumentó la cosecha de cereales en 400 millones de *bushels* a principios de los 40. Los Estados Unidos se convirtieron en la reserva alimenticia de las Naciones Unidas.

No quiero dar a entender con esta analogía que los atlantes utilizaran locomotoras diesel o tractores agrícolas. Parecería razonable suponer, a la vista de sus logros tecnológicos, que hubieran desarrollado semillas híbridas y que utilizaran los fertilizantes y la cal para aumentar sus cosechas, y que realizaran avances semejantes en los medios de transporte.

Numerosas lecturas que describen este periodo de avance tecnológico contienen advertencias dispersas para los que recibían las lecturas, en las que se les aconsejaban que dieran buen uso a sus capacidades, aplicándolas a intenciones constructivas más que a motivaciones malas o destructivas. Por ejemplo: «... en la tierra de la Atlántida,

cuando se realizaron actividades que produjeron la segunda agitación de la tierra. Entonces la entidad era más bien un ingeniero eléctrico, o así lo llamaríamos actualmente; pues la entidad aplicaba esas fuerzas o esa influencia al gobierno de aeroplanos, navíos y a lo que ahora llamaríamos la radio, con propósitos destructivos así como constructivos» (núm. 1574-1, 19 de abril de 1938).

Las lecturas también siguen aludiendo al conflicto entre los dos bandos, los hijos de la Ley del Uno y los seguidores de Belial. Los inicios de este conflicto habían surgido hacía muchos siglos, pero continuaron hasta esta época: «... en la tierra Atlántida, durante los periodos en que se estaba determinando si se aplicarían las leyes de los hijos del Uno o las de los hijos de Belial en convertir en canales destructivos las influencias de poder infinito que se estaban adquiriendo de los elementos, así como lo que ahora llamamos poderes espirituales o sobrenaturales. La entidad dudaba en su elección, y cuando se produjo la destrucción por el empleo de aquellos rayos que se aplicaban como fuerzas beneficiosas, la entidad aplicó mal su capacidad; de aquí que la influencia de las energías atómicas o de las fuerzas eléctricas de cualquier naturaleza se convierte hoy día en un canal para el bien o para el mal» (núm. 1792-2, 11 de febrero de 1939).

Otra cita se refiere a una encarnación en la que una mujer ayudaba a los que querían perder sus rasgos animales y desarrollar un cuerpo físico más perfecto. La época de esta encarnación se situaba en «el tiempo anterior a la segunda destrucción», es decir, antes del 28000 a. C.: «... colaboró en los intentos de establecer para los que se estaban desarrollando o llegando de las formas de pensamiento a manifestaciones físicas que adquiriesen el concepto de lo que debían ser sus actividades, para desarrollarse hacia una perfección en el cuerpo físico, perdiendo muchos de sus accesorios que eran un obstáculo» (núm. 444-1, 16 de noviembre de 1933).

La piedra de fuego

Fue durante este periodo de la segunda destrucción cuando Cayce, al hablar del desarrollo técnico de los atlantes, habla de «la

pedra Tuaoi», «la piedra de fuego» y «los cristales», para describir una fuente de energía. Esta fuente de energía se convertiría en un elemento clave de la civilización atlántida, y fue responsable por último de su propia destrucción. Cuando le preguntaron acerca de la piedra Tuaoi, Cayce respondió:

Tenía la forma de una figura de seis lados, en la que aparecía la luz como medio de comunicación entre lo infinito y lo finito, o como medio por el cual se producían las comunicaciones con esas fuerzas de las que emanaban las energías, como centro del que salían las actividades radiales que guiaban las diversas formas de transiciones o de viajes durante aquellos periodos de actividad de los atlantes.

Estaba dispuesta como un cristal, aunque de una manera muy diferente a la habitual entre nosotros. No confundáis las dos, por lo tanto, pues están a muchas generaciones de distancia. Era en aquellos periodos en que se dirigían los aeroplanos, o los medios de transporte; aunque ellos, en aquellos tiempos, podían viajar por el aire, o por el agua, o bajo el agua, indiferentemente. Pero la fuerza con la que se gobernaban estaba en esta central de energía, o piedra Tuaoi, que era como el rayo sobre la que actuaba.

En un principio, era la fuente de la que procedía el contacto espiritual y mental (núm. 2072-10, 22 de julio de 1940).

El significado de este pasaje parece ser que, en un principio, la llamada pedra o cristal Tuaoi era un medio para comunicarse con el reino espiritual en los primeros días de la historia atlante, cuando las gentes habían empezado a proyectarse en la materia. Más tarde se convirtió simplemente en una fuente de la que emanaba una gran energía, y entonces la llamaban «piedra de fuego» o «cristal terrible». Otra lectura, que contiene una descripción detallada de la piedra de fuego o del cristal, me parece que es un intento por parte de un profano de describir un láser gigante. Pidieron a Cayce que ofreciera «una descripción de los conocimientos eléctricos y mecánicos de la entidad cuando estaba encarnada como Asal Sine en la Atlántida». Como siempre, Cayce relacionó en su respuesta las vidas anteriores con las oportunidades para los individuos en el presente:

Sí, tenemos las actividades de la entidad durante esa experiencia. Como se indicó, la entidad estaba relacionada con los que trataban con los aparatos eléctricos y con su aplicación durante la experiencia. Y vemos que se trataba de un periodo en que existían muchas cosas que ni siquiera hemos soñado en nuestra experiencia actual.

Sobre la piedra de fuego que estaba en la experiencia se aplicaron entonces las actividades de la entidad que se relacionaban tanto con las fuerzas constructivas como las destructivas del periodo.

Sería bueno ofrecer cierta descripción de esto, para que la entidad pueda comprender mejor cómo se generaban fuerzas constructivas y destructivas por la actividad de esta piedra.

En el centro de un edificio, que ahora diríamos que estaba revestido de metales aislantes, o de piedras aislantes; algo semejante al asbestos con las fuerzas combinadas de la baquelita o de otros aislantes que se están fabricando ahora en Inglaterra con un nombre que resulta bien conocido para muchos de los que tratan con esas cosas.

El edificio sobre la piedra era ovalado, o una cúpula en la que se podía producir o se producía una rotación, de modo que la actividad de la piedra se recibía de los rayos del sol, o de las estrellas; era la concentración de las energías que dimanaban de cuerpos que están ardiendo ellos mismos, con los elementos que se encuentran y que no se encuentran en la atmósfera de la Tierra. La concentración a través de los prismas o vidrios, como los llamaríamos en el presente, era de tal modo que actuaba sobre los instrumentos que estaban conectados con los diversos medios de transporte, por métodos inductivos; así, su control era de un carácter muy parecido al control remoto por vibraciones o instrucciones de radio en nuestros días; aunque el modo de la fuerza que era impulsada por la piedra actuaba sobre las fuerzas motrices de los propios vehículos.

Había una preparación, para que cuando se hiciera rotar la cúpula se presentasen pocos obstáculos o ninguno a la aplicación directa a los diversos vehículos que se debían impulsar por el espacio, ya fuera en el radio de visión del ojo, como podríamos llamarlo, o dirigidos bajo el agua o bajo otros elementos o a través de otros elementos.

La preparación de esta piedra sólo estaba en las manos de los iniciados en aquella época, y la entidad era uno de aquellos que dirigían las influencias de la radiación, que surgía en forma de rayos invisibles para el ojo, pero que actuaba sobre las propias piedras instaladas en las fuerzas motrices: ya fuera en las aeronaves que se elevaban por

gases en aquel periodo, o dirigiendo los vehículos más de placer que podían pasar más cerca de la tierra, o lo que llamaríamos las naves sobre el agua o bajo el agua.

Estas, pues, eran impulsadas por la concentración de los rayos de la pedra que estaba colocada en el centro de la central de energía, o casa de energía (como podíamos llamarla en el presente).

[En la lectura se dice a continuación que estas centrales de energía estaban instaladas en diversas partes de la Atlántida. Por desgracia]... las hicieron funcionar a demasiada potencia; y produjeron el segundo periodo de fuerzas destructivas para las gentes de aquella tierra, y la tierra se disgregó en islas (núm. 440-5, 20 de diciembre de 1933).

Esta fuente de energía también se utilizaba para los tratamientos médicos, del mismo modo que se utilizan los láseres hoy día en ciertos tipos de cirugía: «A través de la misma especie de fuego se regeneraban los cuerpos de los individuos, por la quemadura, a través de la aplicación de los rayos de la piedra, de las influencias que llevaban las fuerzas destructivas a un organismo animal. De aquí que el cuerpo se regenerase a sí mismo con frecuencia, y que permaneciese en aquella tierra hasta que llegó la destrucción» (núm. 440-5, 20 de diciembre de 1933).

La Atlántida no fue destruida por completo en este segundo periodo de destrucción. Las lecturas dan a entender que una serie de erupciones volcánicas, de terremotos y de inundaciones disgregaron la tierra que quedaba en islas. Probablemente se produjo otro desplazamiento polar, pues algunas lecturas hablan de un cambio de clima. Todavía subsistía una civilización avanzada, aunque una parte de la tecnología pudo perderse en el hundimiento de una gran parte de la tierra. Los dos bandos sobrevivieron a este cataclismo y prosiguieron con su enfrentamiento. Una lectura habla de este periodo: «... en la tierra de la Atlántida, entre la segunda agitación y la última; cuando existían grandes sentimientos de antagonismo entre los hijos de Belial y los hijos de la Ley del Uno. La entidad estaba entre los hijos de la Ley del Uno que realizaron los mayores intentos de acercamiento a estas gentes para el reconocimiento de los trabajadores, y para facilitar sus experiencias; aquellos trabajadores que eran consi-

derados por muchos como simples *objetos* más que almas individuales» (núm. 1744-1, 12 de noviembre de 1938).

El hecho de que alguna tecnología sobrevivió a la segunda destrucción de la Atlántida también queda de manifiesto a partir de los extractos siguientes: «... en la tierra de la Atlántida, cuando se realizaron los intentos de reconstruir las actividades de las gentes después de la segunda agitación o ruptura de la tierra o del continente (...), aplicó materialmente electricidad o fuerzas eléctricas» (núm. 1861-2, 23 de noviembre de 1939). Y «... en la tierra que ahora se llama Atlántida, durante aquellos días en que se realizaron los intentos de aquellos para traer la tranquilidad, para traer orden del caos por medio de las fuerzas destructivas que habían provocado las erupciones en la tierra, que habían dividido las tierras y que no sólo habían cambiado la región templada haciéndola más tórrida, sino que habían modificado las actividades de la Tierra misma» (núm. 884-1, 9 de abril de 1935).

Es poca más la información de las lecturas sobre el periodo entre el 28000 y el 10000 a. C. Pero parece que prosperaron la cultura y la tecnología atlántidas.

LA DESTRUCCIÓN DEFINITIVA

La mayoría de las lecturas sobre la Atlántida se refieren a la época de la destrucción definitiva. Del mismo modo que las lecturas que se centraban en los periodos más antiguos, describían situaciones vitales en encarnaciones pasadas que tenían una repercusión sobre el presente. Estas vidas nos ayudan a comprender la cultura atlántida de la época, y nos conducen a la destrucción definitiva y a las emigraciones a tierras más seguras.

Estos últimos atlantes habían adquirido forma humana hacía mucho tiempo. Una lectura describe a un atlántido en la época de la destrucción definitiva: «El atlántido (378), un metro setenta y cinco, pesa setenta kilos; tez como el oro bruñido, pero de mirada aguda; ojos grises. Cabello tan dorado como su cuerpo. Activo, atento, de visión penetrante, e influyente sobre aquellos con que se relaciona» (núm. 275-38, 16 de febrero de 1934).

Las gentes de la Atlántida eran tan diversas como las gentes de hoy; algunos se beneficiaban de sus experiencias y otros salían perdiendo. En los 18.000 años que transcurrieron entre la segunda destrucción y la tercera y definitiva, se conservó algo de ciencia, y también se mantuvieron los dos bandos, los hijos de la Ley del Uno y los hijos de Belial. Los pasajes siguientes de las lecturas cuentan vidas de personas de la Atlántida, e ilustran la diversidad de las vidas de aquella época.

Algunos ayudaron a los oprimidos y ganaron mucho a lo largo de esta lucha: «... la entidad estaba en la tierra de la Atlántida, durante aquellos periodos de opresión por los hijos de Belial y por los hijos de la Ley del Uno, y de aquellas personas de la clase trabajadora en situación menos privilegiada. La entidad ayudó entonces a su compañero a defender a los más vejados, a los más oprimidos, a los que recibían cada vez menos privilegios para el disfrute de las asociaciones de sus propias familias, de las asociaciones de los frutos de su propio esfuerzo» (núm. 1261-1, 14 de septiembre de 1936).

Otros se beneficiaron del desarrollo de sus capacidades concretas y del esfuerzo de soportar los tiempos difíciles durante la destrucción definitiva: «... la entidad era entonces uno de los mayores artistas del espectáculo de su época, aunque no destacó a gran altura debido al cambio del jefe de las fuerzas relacionadas con los espectáculos de las gentes, durante el cambio. En estas vicisitudes, la entidad ganó mucho, sobre todo por haber aprendido a adaptarse a las condiciones y a ser capaz de trabajar en cualquier circunstancia» (núm. 2665-2, 17 de julio de 1925).

Otra persona era una sacerdotisa, que en aquella vida se centró en los aspectos físicos: «... en aquel país que ahora está sumergido, y la entidad era una de las sumas sacerdotisas (...) Se complacía en la pompa, se complacía en la gloria, se complacía en los deseos de estar rodeada de las cosas que daban regalo, comodidad y sensaciones de condiciones terrenales; pero perdió poco en esa experiencia» (núm. 37-1, 2 de agosto de 1927).

Entre el 11000 y el 10000 a. C., ya fuera por percepción extrasensorial o por una interpretación de los hechos naturales, los gobernantes de la Atlántida se dieron cuenta de que las islas que quedaban

estaban a punto de deshacerse y de hundirse. El hundimiento de estas últimas islas tuvo lugar a lo largo de un periodo de tiempo, y muchos de sus habitantes fueron capaces de huir del país. No queremos negar con esto que la desaparición de las últimas tierras no fuera violenta ni sin pérdida de vidas; pero, según Edgar Cayce, muchos atlantes pudieron escapar a otros países, llevando consigo registros históricos de su patria. Esto se desprende de los siguientes pasajes, tomados de lecturas vitales:

Cuando los hijos de la Ley del Uno se dieron cuenta de que se iba a producir la ruptura definitiva de las tierras de Poseidía-Atlántida, hubieron muchas emigraciones, con muchos de los gobernantes, hacia diversas tierras (núm. 1007-3, 26 de junio de 1938).

... en la tierra de la Atlántida, cuando se produjo la ruptura de las islas y se había sabido que los que quisieran o pudieran salvarse debían viajar a los diversos centros para los cuales los gobernantes habían expedido los pasaportes. La entidad estaba entre los que llegaron en primer lugar a lo que ahora se llaman los Pirineos, y, más tarde, después de estar establecidos durante algunos años, a las actividades de la tierra de Egipto (núm. 633-2, 26 de julio de 1935).

... en las tierras atlántidas, durante los periodos en que se realizaron las actividades que produjeron la última destrucción, por las luchas de los hijos de la Ley del Uno contra los hijos de Belial (...) entre los que fueron enviados a la tierra que después se llamó el Yucatán (núm. 1599-1, 29 de mayo de 1938).

... en la tierra de la Atlántida, durante los periodos de las últimas agitaciones o la desaparición de las islas de Poseidia (...) entre los que se dirigieron a la tierra que después se llamó Inca (...) la tierra del Perú, como se llama en la actualidad (núm. 3611-1, 31 de diciembre de 1943).

En la mayoría de los casos, los detalles sobre las emigraciones están dispersos por las lecturas vitales; pero se realizó una lectura general sobre el origen y el desarrollo de la civilización maya. Citamos el pasaje siguiente de dicha lectura por su relación con la Atlántida y porque aporta una fecha concreta.

Del tiempo, tal como lo contamos en el presente, volvamos la mirada a 10.600 años antes que el Príncipe de la Paz llegara a la tierra prometida, y nos encontramos con una civilización alterada por su propia corrupción, en tal medida que los elementos se unen para llevar la devastación a un pueblo soberbio y adúltero.

Con la segunda y la tercera agitación de la Atlántida, algunos individuos abandonaron esas tierras y llegaron a esta parte determinada, que entonces era visible.

Pero comprended que su superficie era muy diferente de cómo la veríamos en el presente; pues, en vez de ser una región tropical, era más templada, y muy variada en las condiciones y en las situaciones de las superficies de las tierras mismas.

Al seguir esa civilización como presentación histórica, puede ser más fácil comprenderla teniendo en cuenta las actividades de un individuo o de un grupo, o su aportación a tal civilización. Así, necesariamente no tendríamos todos los datos históricos, sino más bien las actividades de un individuo y de sus seguidores, o de los que eligieron como jefe a uno de los suyos.

Así, con los que habían abandonado la civilización de la Atlántida (de Poseidia, para ser exactos), Iltar, con un grupo de seguidores suyos que habían pertenecido a la casa de Atlan, seguidores del culto del Uno, con unos diez individuos, abandonó esta tierra de Poseidia y se dirigió al oeste, y llegó a lo que ahora sería una parte del Yucatán. Y allí empezó, con las actividades de las gentes del lugar, el desarrollo de una civilización que surgió de manera muy parecida a la que había existido en la tierra de la Atlántida. Otros salieron de aquella tierra más tarde. Otros habían salido antes. También se habían producido las agitaciones de la tierra de Mu, o Lemuria, y éstas habían desempeñado su papel en los cambios, o habían impuesto sus principios en las diversas partes de esa tierra, que era mucho más extensa hasta la agitación definitiva de la Atlántida, o de las islas que se agitaron más tarde; entonces, una gran parte de las tierras de América Central y de México adoptaron unos contornos semejantes a los que pueden verse en la actualidad (núm. 5750-1, 12 de noviembre de 1933).

Algunos atlantes aprovecharon sus habilidades para construirse una nueva vida en los tiempos de las emigraciones:

... la entidad estaba en la tierra Atlántida, durante los periodos en que se produjeron muchas de las divisiones que incitaron y provocaron las fuerzas destructivas de aquella tierra. Pero cuando se produjeron las manifestaciones de los que ostentaban el poder para elevar a los que eran de la clase de los siervos, o a los trabajadores en los campos de actividad que prestaban lo que llamamos servicios agrícolas o sociales, la entidad fue intermediadora entre las propias gentes de la clase o casta inferior y los de la superior...

... entre los que se dirigieron (...) por fin a lo que llamamos el Yucatán y la tierra de la América Central; pues en estas estancias la entidad fue activa en el establecimiento de un desarrollo en el terreno agrícola, o en el cultivo de las cosas que permitían el sustento en la nueva tierra (núm. 801-1, 27 de enero de 1935).

Una serie de lecturas hablan de encarnaciones en Egipto en la época de la destrucción definitiva de la Atlántida. En estas lecturas aparecen bastantes textos sobre la llegada de los atlantes a Egipto, y sobre los registros históricos que llevaban consigo. Estudiaremos con detalle esta cuestión en el capítulo quinto, que trata de las exploraciones de la Fundación Edgar Cayce en Egipto.

Aunque es posible que su tecnología no fuera tan elevada como en épocas anteriores, la Atlántida todavía tenía una civilización avanzada cuando las últimas islas desaparecieron en el mar. Existían comunicaciones y se hacían viajes entre la Atlántida y otras tierras, como la India, Gobi, los Pirineos, el Perú, el Yucatán, partes de América del Norte y Egipto. En una lectura se habla incluso de Indochina y de Siam (llamado ahora Tailandia). Las vocaciones profesionales eran tan variadas como en nuestros tiempos; había psicólogos, químicos, maestros y diplomáticos. Todavía se utilizaba cierto tipo de aeronave, y en los hospitales se utilizaba algún tipo de tratamiento eléctrico para eliminar los «apéndices» de los que todavía tenían rasgos animales. Por ejemplo: «... en Poseidia, antes de la ruptura final (...), controlaba las actividades relacionadas con las comunicaciones con muchas tierras, y las naves voladoras que viajaban por el aire o por el agua eran los medios por los que la entidad llevó a muchos a la tierra ibérica, y después a Egipto, donde se había determinado que debían conservarse los registros históricos (...), encontró que en la

tierra reinaba el tumulto (...) después, al volver el sacerdote, se sumó a los movimientos a favor de la regeneración de los cuerpos de las «cosas» en aquel periodo. Volvió a ser activo en las comunicaciones» (núm. 3184-1, 28 de agosto de 1943).

Otra lectura habla específicamente de la destrucción definitiva: «... llevó a Egipto a las gentes de la Atlántida antes de la destrucción definitiva (...) trabajó en el adorno de los edificios con gemas y piedras preciosas» (núm. 955-1, 20 de julio de 1935).

Otra habla de la «destrucción completa», que podemos suponer se trate de la definitiva: «... en la Atlántida, cuando se rebelaron los hijos de Belial (...) y se hicieron preparativos para marcharse, por las agitaciones y las influencias que debían producir la destrucción completa (...), viajaron a un lugar que ahora forma parte de España; después, a la tierra de Egipto» (núm. 2283-1, 14 de junio de 1940).

La destrucción definitiva de las últimas islas, como las primeras dos destrucciones, pudo venir acompañada de un desplazamiento polar y de un cambio climático, además de las erupciones volcánicas y los terremotos. No conocemos los detalles, salvo que el hundimiento de la tierra duró cierto tiempo, y muchos de sus habitantes tuvieron tiempo de marcharse a otros países.

Cayce no dio fechas exactas de la desaparición de la última isla; habló de gentes que habían huido de la Atlántida en fecha tan temprana como el 10500 a. C.; se habla de gentes que huyen a Egipto en otras fechas más próximas al 10000 a. C., llevando consigo registros históricos. La desaparición definitiva fue probablemente posterior al 10000 a. C., pues la lectura siguiente (que fue una de las primeras en que se habló de la Atlántida) nos habla de una encarnación en la Atlántida hacia el 10000 a. C.: «En la anterior, nos lo encontramos en aquel bello país de Alta, o, más propiamente, Poseidia (...) en la casa del gobernante de aquel país (...) Esto fue casi 10.000 años antes de la llegada del Príncipe de la Paz» (núm. 288-1, 20 de noviembre de 1923).

Con la desaparición de las últimas islas finaliza la historia de la Atlántida, y finalizamos nosotros este capítulo. En el capítulo quinto se estudia la posibilidad de que se conserven registros históricos de la Atlántida enterrados en Egipto, y se describe la búsqueda de estos

registros por parte de la Fundación Edgar Cayce. Si aparecen algún día tales registros, sería preciso volver a escribir la Historia.

¿Cómo pudo florecer una civilización avanzada técnicamente entre una fecha tan antigua como la de hace 50.000 años y otra tan reciente como la de hace 12.000 años, y desaparecer sin dejar rastro? Quizás queden rastros, pero no los hemos buscado en el lugar adecuado. El trabajo arqueológico es caro y lento. Al público no le interesa tanto como quién ganará las World Series de béisbol o el Super Bowl de fútbol americano. No recibe ni una fracción del presupuesto que el gobierno de los Estados Unidos asigna para la defensa.

¿Cómo podría desaparecer una civilización avanzada? Piénselo un momento. Cuanto más avanzada es técnicamente una civilización, más fácil resulta destruirla. Imagínese que los Estados Unidos se hundieran en el mar. Imagínese que los supervivientes tuvieran que huir a regiones remotas, como la del alto Amazonas o el corazón de África, donde la gente vive de una manera muy primitiva. Los supervivientes no podrían llevarse consigo sus vehículos de todo terreno: no tendrían carreteras ni combustible. Sus radios y televisores resultarían inútiles sin emisoras. A la mayoría les resultaría difícil sobrevivir al primer año sin tarjetas de crédito ni supermercados. Los que sobrevivieran, tendrían que adaptarse a una vida muy semejante a la de los nativos de las tierras en las que se habían establecido. Al cabo de algunos siglos, de sus país de origen sólo quedarían leyendas. Al cabo de 12.000 años, es muy difícil que pudieran encontrarse rastro alguno de ellas.

Antes de que usted se cierre mentalmente a la posibilidad de que existiera una civilización avanzada en un pasado remoto, lea en los capítulos siguientes los testimonios de la geología y de la arqueología, y descubra cuántas de las afirmaciones de Cayce (que parecían absurdas cuando se realizaron) resultaron ser exactas. Observe todas las investigaciones que se han realizado hasta el momento para descubrir registros sobre la Atlántida. Vea las posibilidades prometedoras que surgen de nuevos descubrimientos. Los hechos pueden sorprenderle.

SEGUNDA PARTE
EL PUNTO DE VISTA CIENTÍFICO

EL TESTIMONIO DE LA GEOLOGÍA

«La Atlántida, como continente, es un relato legendario (...). Pero, recientemente, el tema ha adquirido mayor importancia, porque algunos científicos han declarado que tal continente no sólo era una posibilidad razonable y plausible, sino que su existencia era muy probable, a la luz de los datos que se iban recogiendo» (núm. 364-1, 16 de febrero de 1932).

Edgar Cayce emprendió esta lectura como respuesta a la petición de que realizase una disertación sobre la Atlántida. Las lecturas que realizó se relacionaban con muchas de las lecturas vitales, presentando un cuadro de geografía, geología y arqueología que cubría un periodo de más de diez millones de años. ¿Tiene alguna validez científica el relato de Cayce sobre la Atlántida?

Como vimos en el capítulo primero, se ha escrito mucho sobre la Atlántida, desde los libros de Ignatius Donnelly en el siglo XIX hasta el diluvio de literatura popular en los años posteriores a 1970. Por desgracia, si bien algunas de las afirmaciones de estos libros se basan en las opiniones científicas más autorizadas de sus épocas respectivas, otros se basan en habladurías no confirmadas. Muchos de estos libros hacen circular rumores que surgieron por primera vez en otros libros sobre la Atlántida sin citar su fuente ni contrastar su exactitud. Con demasiada frecuencia se añaden relatos sobre el triángulo de las Bermudas y los OVNIS, formando tales revoltijos que resulta difícil diferenciar en ellos los datos reales de las ficciones. Nosotros seguimos un camino diferente. Los descubrimientos científicos reales sue-

len ser más emocionantes que las habladurías, y resulta sorprendente el grado en que concuerdan con las lecturas de Cayce. Ofrecen la posibilidad muy real de que todavía podamos descubrir la Atlántida.

En este capítulo y el siguiente presentamos descubrimientos científicos relevantes para las lecturas, pero no intentamos cubrir en profundidad todos los campos. Para ello nos haría falta llenar muchos tomos. Pero todo lo que se contiene en estos capítulos está tomado de la literatura científica, e incluimos las referencias necesarias para que usted pueda llevar a cabo sus propias investigaciones si le interesa. Esta información no es necesariamente la verdad definitiva, pues muchos descubrimientos y teorías científicas se modifican por descubrimientos posteriores, y las polémicas científicas pueden alargarse durante muchos años. Pero sí refleja el estado de la opinión científica, tanto en tiempos de Cayce como en la actualidad. Muestra cómo muchas de las afirmaciones de Cayce que fueron tenidas por ridículas en su propia época forman parte ahora del conjunto de los conocimientos científicos aceptados. Otras afirmaciones de Cayce siguen sin ajustarse a los conceptos de la ciencia moderna; unas pocas se oponen a algunas teorías científicas principales; para otras más, todavía no disponemos de pruebas ni a su favor ni en su contra.

Repararemos las pruebas directas a favor y en contra de la existencia de la Atlántida. ¿Existían tierras emergidas en el océano Atlántico en las fechas que se citan en las lecturas? ¿Existen ruinas de una civilización avanzada? También repasaremos algunos indicios indirectos. ¿Se produjeron erupciones volcánicas e inundaciones catastróficas? ¿Es la humanidad tan antigua como decían las lecturas? ¿Pudieron América del Norte y del Sur poblarse de los refugiados de la Atlántida?

LA VISIÓN CIENTÍFICA DEL MUNDO EN TIEMPOS DE CAYCE

Desde la época de la Biblia, por lo menos, los hombres han sabido que el mundo era muy diferente en épocas anteriores. Se han encontrado conchas marinas fósiles en las cumbres de los Alpes, y se

ha encontrado petróleo, procedente de la descomposición de plantas tropicales en el Ártico. La explicación bíblica era que una enorme catástrofe, el «Diluvio», había arrasado la mayor parte de la vida terrestre. Según los cálculos que realizó en 1654 el obispo irlandés Ussher, basándose en las genealogías de la Biblia, la creación habría tenido lugar en el año 4004 a. C., de modo que cualquier fuerza que hubiera causado los enormes cambios geológicos debió ser repentina y catastrófica.

En el siglo XIX, el *catastrofismo*, la teoría de que la Tierra había adoptado su forma actual tras una serie de catástrofes antiguas, formaba parte de la ciencia aceptada. El barón Cuvier, gran naturalista francés, publicó en 1812 su *Teoría de la Tierra*, en la que interpretaba las configuraciones geológicas basándose en cambios catastróficos. Cuvier opinaba que la superficie del globo se había visto sometida a «una revolución vasta y repentina», que había enterrado países habitados por los hombres, y había dejado seco el antiguo fondo del mar. Esta catástrofe la situaba hace sólo cinco mil o seis mil años.

El principio de las *causas actuales*, que se formuló en su forma definitiva en la obra *Elementos de geología* del geólogo inglés Charles Lyell, publicada en 1830, se oponía a las ideas de Cuvier. El principio de las causas actuales mantiene que los procesos geológicos de la Tierra han actuado de manera invariable, y aproximadamente en las mismas velocidades de cambio, durante toda la historia de la Tierra. Estas velocidades de cambio son las mismas que observamos hoy, y es indudable que tienen un carácter gradual. Una consecuencia inmediata de este principio es que la Tierra debe tener millones de años de antigüedad, y no sólo unos miles, para que hayan podido tener lugar los cambios observados.

La polémica se mantuvo durante todo el siglo XIX. Charles Darwin, cuya teoría de la evolución estaba inspirada en la obra de Lyell, opinaba que debió ser necesaria alguna catástrofe que provocase la extinción simultánea de muchas especies. Pero, ya en el siglo XX, la polémica se ha resuelto en gran medida a favor del concepto de unos procesos geológicos uniformes.

Los geólogos creían que el mundo tenía millones de años de antigüedad, pero sólo podían calcular las fechas a base de estimar la velo-

cidad de un proceso actual. Por ejemplo, un geólogo podía medir la velocidad de sedimentación en el fondo de un lago, o la erosión de los lechos de los ríos, y calcular cuánto tiempo debió de tardar un lago en llenarse de sedimentos o en tallarse un cañón profundo. Se asignaban nombres a los estratos de sedimentos que contenían fósiles, correspondientes a eras geológicas, pero la antigüedad de dichas eras seguía siendo estimada por aproximaciones. Los procesos catastróficos imposibilitarían el cálculo de las fechas y no se tenían en cuenta.

Ésta era la paradójica situación en tiempos de Cayce: las teorías basadas en catástrofes se consideraban acientíficas, pero la cronología geológica se basaba en gran medida en estimaciones. El escritor Francis Hitching cita unas palabras de Derek Ager, catedrático de geología de la Universidad de Swansea, en Inglaterra, que dijo: «El catastrofismo se convirtió en objeto de burlas, y ningún geólogo se atrevía a postular la posibilidad de nada que pudiera ser considerado “una catástrofe”, so pena de que se riesen de él.» Por lo tanto, las referencias de Cayce a unas catástrofes múltiples no se podían tomar en serio, y la ciencia no era capaz de confirmar ni de rechazar las fechas concretas que él facilitaba.

LA GEOGRAFÍA ANTIGUA DE CAYCE

¿Cuáles eran exactamente las afirmaciones de Cayce sobre el mundo antiguo que resultaban tan polémicas? Sus lecturas sobre la Atlántida cubren el periodo desde los 10,5 millones de años hasta los 12.000 años antes del presente. Hablan de grandes cambios catastróficos: «Muchas tierras han desaparecido; muchas han aparecido y han vuelto a desaparecer durante estos periodos...» (núm. 5748-2, 28 de mayo de 1925).

Las lecturas describen una geografía totalmente distinta a la de hoy:

... lo que ahora llamamos la parte sur de América del Sur, y las regiones del Artico o del Ártico Norte, mientras que lo que ahora se conoce como Siberia, o como la bahía de Hudson, estaba más bien en la región de los trópicos... (núm. 364-4, 16 de febrero de 1932).

Las regiones del extremo norte eran las regiones del sur, o las regiones polares estaban dirigidas entonces hacia donde ocupaban más bien las regiones tropicales y semitropicales (...) el Nilo desembocaba en el océano Atlántico. Lo que ahora es el Sáhara, era una tierra habitada y muy fértil. Lo que ahora es la región central de nuestro país, o la cuenca del Misisipí, estaba todo ello bajo el mar; sólo existía la meseta, o las regiones que ahora forman parte de Nevada, Utah y Arizona, que formaban la mayor parte de lo que ahora llamamos los Estados Unidos. La tierra de la costa atlántica formaba entonces la parte exterior, o las tierras bajas, de la Atlántida. La costa andina o del Pacífico de América del Sur ocupaba entonces la parte más occidental de Lemuria (núm. 364-13, R-6, 17 de noviembre de 1932).

En las afirmaciones de Cayce se combinan al parecer aspectos de diversas teorías sobre la geografía antigua y sobre los cambios climáticos; pero en la importancia que da a las catástrofes se aleja de las posturas ortodoxas de la época. La descripción que hace Cayce del mundo de hace 10 millones de años parecía aproximarse mucho a la situación en el periodo que ya se llamaba Cretácico Superior, hace unos 80 millones de años. Pero la visión del mundo según Cayce era bastante consistente consigo misma. En 1959, un geólogo escribió para la A.R.E. un opúsculo titulado *Cambios geológicos*, en el que se estudiaba la consistencia de la visión de Cayce del mundo antiguo. Fue el primer intento por parte de un científico de sacar algo en limpio de las lecturas de Cayce. Prefirió conservar el anonimato, por miedo a que el mero hecho de manifestar interés por la obra de Cayce pudiera afectar a su carrera profesional.

El geólogo demostró que, si se hace girar un globo terrestre situando sus polos en las posiciones que describe Cayce, las situaciones respectivas de las regiones del mundo que se citan en las lecturas están en lugares adecuados para los climas que se les atribuyen. La situación geográfica del polo Norte estaría próxima a los 15° de latitud sur, y a los 40° de longitud este; donde ahora está Mozambique, poco más o menos. El polo Sur geográfico estaría próximo a los 15° de latitud norte y a los 140° de longitud oeste, es decir, a unas 1.300 millas al este-sudeste de las islas Hawai.

Los geólogos de la época de Cayce reconocían que los climas habían sido muy diferentes en el pasado, pero todavía no habían llegado a una teoría unificada que explicase la geografía antigua. Algunos estratos geológicos que contenían fósiles de plantas y de animales tropicales se encontraban en regiones templadas. Muchas regiones que evidentemente habían estado sumergidas en la Antigüedad formaban parte ahora de cordilleras. Algunos animales, como los lemúridos de los que hablamos en el capítulo primero, tenían una distribución poco común. Esto condujo a los geólogos a proponer la posibilidad de los puentes terrestres. Pero el cuadro geológico en tiempos de Cayce no estaba completo ni mucho menos; no había llegado a resolver la cuestión de la existencia de los puentes terrestres ni de los continentes perdidos.

La revolución de la teoría geológica

Desde la muerte de Cayce, en 1945, el mundo ha visto una revolución de los conceptos vigentes sobre la geología antigua. Nuestra comprensión de los movimientos de los continentes se basa actualmente en una teoría que en su día fue considerada tan improbable como el cuadro que presentaba Cayce. El primer paso hacia la comprensión de los argumentos geológicos modernos a favor y en contra de la Atlántida es comprender los principios elementales de la teoría de la deriva continental.

Alfred Wegener, en su libro *Los orígenes de los continentes y de los océanos* (su traducción al inglés se publicó en 1929), fue el primero que propuso de manera detallada la idea de que los continentes podían desplazarse a la deriva, y de que África y América del Sur habían encajado antiguamente como las piezas de un rompecabezas. Wegener fue puesto en ridículo por no haber explicado qué fuerza podía hacer «que los continentes de granito navegasen por océanos de piedra». Wegener tenía una intuición poderosa; pero, como la de Cayce, no estaba respaldada en su época por pruebas científicas sólidas.

A Wegener le encantaría saber que la teoría de la deriva continental es ahora la clave de la geología moderna. Sólo en la década de

los 40 se empezaron a descubrir las pruebas que faltaban para la teoría de Wegener. El sonar, que se desarrolló en la Segunda Guerra Mundial, se utilizó para dibujar el mapa de la dorsal medio-atlántica, que desde Donnelly se considera que es una de las posibles ubicaciones de la Atlántida. La geología de la dorsal medio-atlántica era poco común. Parecía que toda la dorsal, que transcurre desde América del Sur hasta el polo Norte, sufría una actividad volcánica constante. Era extremadamente activa geológicamente, y parecía que el lecho marino se estaba abriendo verdaderamente. Ésta podía ser la fuerza impulsora de la deriva continental. La demostración llegó a partir de un estudio de los campos magnéticos de la antigua lava submarina.

Cuando la lava fundida se endurece, se conserva en ella el sentido del campo magnético terrestre en el momento de su endurecimiento. Se puede medir millones de años más tarde. A principios de los 60 se descubrió que los polos magnéticos habían cambiado de polaridad muchas veces en los últimos millones de años. Las medidas realizadas a ambos lados de la dorsal medio-atlántica mostraban bandas magnéticas, de varios kilómetros de anchura cada una, magnetizadas en sentidos alternos. Esto daba a entender que las erupciones de lava de la dorsal estaban creando nuevo lecho marino, y que el lecho marino estaba aumentando verdaderamente. Hacia 1965, los geólogos admitieron que el lecho marino podía expandirse, y nació la nueva ciencia de la tectónica de placas. Se concebían los continentes como placas gigantescas, impulsadas por la expansión del lecho marino nacido en las dorsales medio-oceánicas. Uno de los mejores libros que describen estos conceptos es *Continentes en movimiento*, de Walter Sullivan, relación de uno de los miembros de las expediciones que condujeron a la aceptación del concepto de la tectónica de placas.

La nueva tecnología para la datación prehistórica

Desde la muerte de Cayce en 1945, el mundo ha visto una revolución de la tecnología para la datación prehistórica, que ha dado la vuelta por completo a los conceptos que prevalecían en la primera

mitad del siglo. Ahora es posible calcular con exactitud la fecha de sucesos de muchos millones de años de antigüedad; estos métodos de datación han demostrado que la Tierra es mucho más antigua incluso que lo que habían anunciado los seguidores de la doctrina de las causas actuales, y han confirmado que algunas veces sí se producen cambios catastróficos.

La mayoría de las técnicas de datación prehistórica se basan en la medición de pequeñas cantidades de radiactividad en muestras de materiales antiguos. Los diversos elementos emiten partículas radiactivas en proporciones diferentes, y se transmutan de manera natural en otros elementos a lo largo de periodos de tiempo muy largos. Midiendo los porcentajes relativos de estos elementos radiactivos, es posible determinar la antigüedad de una muestra.

Para la arqueología, en su estudio de las épocas cubiertas por las lecturas de Cayce, la técnica más útil ha sido la datación por el carbono 14. El carbono 14 es un isótopo radiactivo del carbono; la datación por el carbono 14 consiste en medir la cantidad de carbono 14 presente en un organismo que estuvo vivo, comparándola con la cantidad de carbono no radiactivo. El carbono radiactivo se produce en la atmósfera por el bombardeo de los rayos cósmicos sobre los átomos de nitrógeno. Este carbono radiactivo lo asimilan las plantas en la fotosíntesis y lo ingieren los animales que se alimentan de las plantas. Al morir el organismo, cesa la asimilación de carbono 14 y el carbono radiactivo presente empieza a descomponerse, volviendo a convertirse en nitrógeno a una velocidad fija. Al cabo de un periodo determinado, la cantidad de radiactividad de una sustancia se reduce exactamente a la mitad; al cabo del mismo periodo, a la cuarta parte de su nivel original, y así sucesivamente. El periodo de semi-desintegración del carbono 14 es de unos 5.730 años; por ello, este método permite realizar dataciones hasta unos 40.000 años de antigüedad.

Midiendo la cantidad de radiactividad residual en los huesos de animales, en los antiguos materiales de origen vegetal y en los restos de fuegos de carbón vegetal en antiguos poblados, ha sido posible llegar más allá de las dataciones basadas simplemente en la estratificación geológica y obtener fechas «absolutas» de la fecha de la

muerte de los animales o de las plantas. Observando el tipo de estrato geológico al que pertenecen, se puede llegar a conclusiones sobre la edad del mismo estrato en capas en las que no existe carbono. A veces se han formulado críticas a la técnica del carbono 14, porque se basa en el supuesto de que la cantidad de carbono 14 en la atmósfera ha permanecido constante a lo largo de los siglos. Afortunadamente, los niveles de carbono radiactivo se pueden calibrar por medio de la datación basada en los anillos de crecimiento de los árboles. Un árbol vivo produce cada año una capa de células que aparecen como un anillo en un corte transversal. Contando los anillos, es posible determinar la edad del árbol. En los desiertos del oeste americano y en otras regiones existen algunos árboles antiquísimos, vivos o muertos. Midiendo el carbono radiactivo de los anillos de los árboles muertos, es posible calibrar la escala del carbono 14. Los resultados han demostrado que la técnica tiene un error máximo del 10 por 100, aproximadamente.

A partir de la invención de la datación por carbono 14, se han desarrollado muchos otros métodos para la datación absoluta; cada uno de ellos es más preciso con ciertos tipos de materiales y para unos periodos determinados. Para la cerámica, la datación por termoluminiscencia, que se basa en la luminiscencia provocada por la cocción de la cerámica, ha dado muy buenos resultados en los mismos periodos cubiertos por el carbono 14. Para los depósitos geológicos, la datación por el potasio-argón resulta útil para antigüedades de millones de años.

Con la aparición de estas nuevas teorías y técnicas, nuestras interpretaciones de los datos geológicos y arqueológicos empezaron a cambiar espectacularmente. ¿Qué consecuencias tiene todo esto sobre la Atlántida? En primer lugar, ahora que se comprendían mejor los movimientos de los continentes, podían volverse a examinar los indicios de la existencia de la Atlántida. En segundo lugar, el descubrimiento de los desplazamientos de los polos magnéticos abría una nueva línea de investigaciones que confirmaría un concepto importante en las lecturas de Cayce: la idea de que los polos de la Tierra se habían desplazado en el pasado, provocando las catástrofes que destruirían la Atlántida. Por último, la invención de las técnicas para la

datación prehistórica planteaba la posibilidad de confirmar o de refutar las fechas atribuidas por Cayce a esos sucesos catastróficos. Vamos a estudiar más de cerca las lecturas de Cayce a la luz de estos nuevos descubrimientos.

¿ERA CORRECTA LA GEOGRAFÍA ANTIGUA DE CAYCE?

¿Qué datos nuevos poseemos desde tiempos de Cayce que puedan confirmar o refutar sus palabras? Si bien la existencia de la Atlántida como continente sigue siendo objeto de cierta polémica, las opiniones expresadas en sus lecturas sobre geografía y sobre los procesos geográficos están recibiendo cada vez mayor apoyo. A primera vista, los textos de Cayce describen un mundo muy diferente del de hoy. ¡El Sáhara, un territorio fértil! ¡El Nilo desembocando en el Atlántico! Pero las opiniones escépticas se han debido con mayor frecuencia a una falta de pruebas que a una existencia de pruebas contrarias a las ideas de Cayce. La existencia de la Atlántida sigue siendo polémica; pero incluso una de las afirmaciones más aventuradas de Cayce, la de que el Nilo desembocaba en el océano Atlántico, se ha confirmado recientemente por medio del radar y de la fotografía por satélites.

El caso del Nilo es un ejemplo notable de la rapidez con que pueden cambiar las opiniones científicas cuando aparecen nuevos datos. Las lecturas habían afirmado: «La morada del hombre estaba entonces en las regiones del Sáhara y del alto Nilo; las aguas de la región del Nilo daban a lo que ahora es el Atlántico, en vez de fluir hacia el norte» (núm. 5748-1, 28 de mayo de 1925). «... El Nilo (que entonces se llamaba Nole) desembocaba en lo que ahora es el océano Atlántico, en la parte del país que corresponde al Congo» (núm. 5748-6, R-15, 13 de julio de 1925). «... Esta misma tierra que ahora se llama Egipto (antes de que las montañas surgieran al sur, y cuando las aguas que ahora se llaman Nilo desembocaban en lo que ahora es el océano Atlántico)» (núm. 276-2, 20 de febrero de 1931).

Las descripciones del antiguo Nilo por Cayce, y la fecha que les asigna de hace 10,5 millones de años (núm. 5748-2, 28 de mayo de

1925), se aproximan mucho ahora a las opiniones científicas aceptadas. En un artículo publicado en la revista científica *Science* en agosto de 1986, R. Kerr explicaba el modo en que, utilizando el radar de imágenes instalado en la Lanzadera espacial, los científicos habían descubierto una red de valles fluviales, que antes había pasado desapercibida, bajo las partes más secas del Sáhara, en la región que limita con Libia, Egipto y Sudán. Cuando se excavaron los yacimientos, los científicos descubrieron poblados fluviales de 250.000 años de antigüedad. El río nacía en las colinas del mar Rojo, situadas entre el mar Rojo y el curso actual del Nilo, y fluía a lo largo del Sáhara para desembocar en el Atlántico, en la parte inferior del semicírculo de la costa africana occidental, exactamente donde había dicho Cayce. Cayce había indicado con precisión la región habitada por los seres humanos, situándola en el alto Nilo («alto» por ser la parte de su cauce más próxima a sus fuentes), región cuya fertilidad se ha confirmado ahora.

Las fechas indicadas por los nuevos descubrimientos también concuerdan con las fechas de Cayce. Cayce dijo que el Nilo desembocaba en el Atlántico hace 10,5 millones de años, y habló de asentamientos posteriores en la región. Los nuevos descubrimientos han establecido que este antiguo Nilo existió probablemente casi hasta hace seis millones de años, época en la que el surgimiento de montañas cambió su curso y abrió su cuenca actual hacia el Mediterráneo.

¿Existió la Atlántida?

La ciencia actual ofrece cierto apoyo a los conceptos expresados en las lecturas de Cayce sobre el Nilo; pero la cuestión de la Atlántida es bastante más problemática. La cuestión del Nilo jamás fue debatida con ardor, pero sí se han dedicado muchas energías a demostrar la existencia o la no existencia de la Atlántida. ¿Dónde dijo Cayce que había estado situada exactamente la Atlántida? ¿Existen pruebas geológicas de que estuviera allí verdaderamente?

La situación que ocupaba el continente de la Atlántida era entre el golfo de México por un lado y el Mediterráneo por el otro (...)

Existen algunas partes que asoman a la superficie en esta región que debieron formar parte en algún tiempo de este gran continente. Las Antillas Británicas o las Bahamas, y una parte del mismo que puede verse en la actualidad (si se realizara un estudio geológico en la zona), sobre todo, o especialmente, en Bimini y en la corriente del Golfo en las proximidades, podrían determinarse todavía (núm. 364-3, 16 de febrero de 1932).

(Pregunta 3) ¿Qué tamaño tenía la Atlántida en tiempos de Amilíus (el primer atlante)?

(Respuesta 3) Como comparación, el de Europa contando el Asia europea; no toda Asia, sino el Asia europea, ¿comprendes? Esto conformaba, tal como hemos visto, durante o después de la primera de las destrucciones, lo que llamaríamos ahora, con su situación actual, el extremo sur de las mismas islas creadas por las primeras (como las llamaría el hombre) fuerzas volcánicas o eruptivas que entraron en juego en la destrucción de las mismas.

(P-4) ¿Era la Atlántida un gran continente, o un archipiélago de islas grandes?

(R-4) ¿No sería mejor leer lo que ya se ha entregado? ¿Por qué confundir en las preguntas? Como ya se ha entregado, lo que sería considerado un gran continente hasta que las primeras erupciones produjeran esos cambios (...) Después, con la disgregación, lo que se produjo era más de la naturaleza de islas grandes... (núm. 364-6, 17 de febrero de 1932).

¿Qué quiere decir todo esto en términos de la geología del océano Atlántico? Dentro del patrón de la deriva de los continentes, ¿existió alguna vez lugar para una masa terrestre mayor que Europa? La pregunta es difícil de responder. La geología del Atlántico no es sencilla; diversas regiones tienen diferentes probabilidades de haber estado emergidas. Según las teorías geológicas actuales, resulta imposible aceptar que todo el océano Atlántico fuera alguna vez un continente, pero los geólogos han considerado la posibilidad de que ciertas regiones del océano fueran alguna vez tierra firme.

Una parte de la polémica sobre la Atlántida se centra en la palabra «continente». Según la teoría de la deriva continental, los continentes son grandes masas de granito, muy diferentes de las rocas del

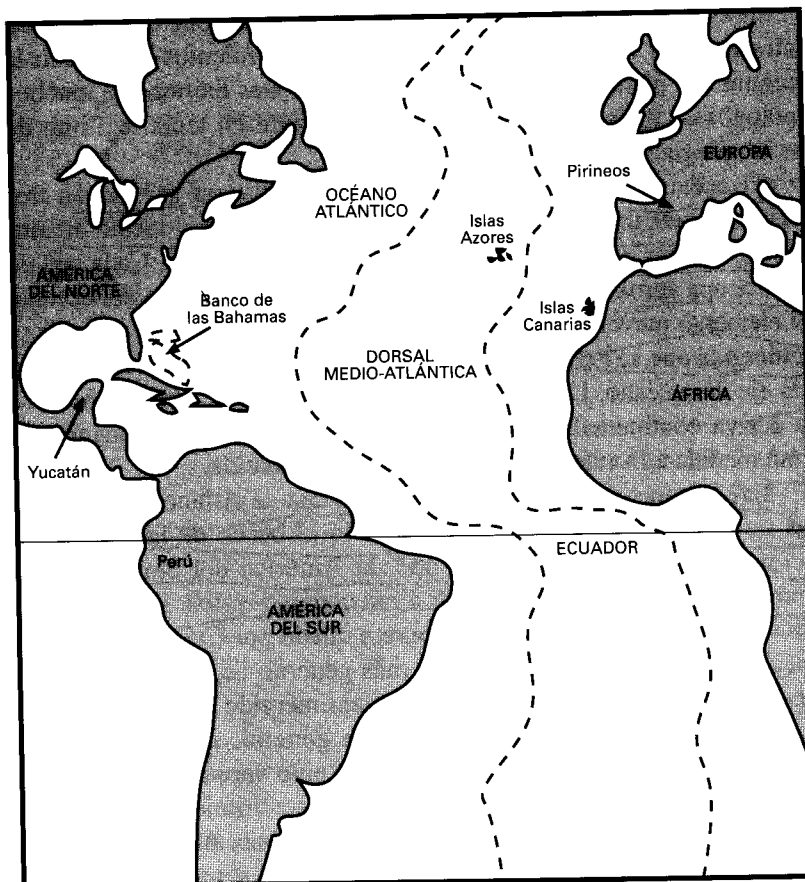


Figura 3-1. Mapa del Océano Atlántico y de los continentes que lo rodean con indicación de las posibles situaciones de la Atlántida y de los destinos de las emigraciones atlántidas.

lecho marino. Cuando el lecho marino se abría por las erupciones volcánicas de la dorsal medio-atlántica, el fondo del océano se formaba de la lava. Así, para un geólogo, el término «continente» resulta inadecuado. Resultaría mucho más apropiado plantear la cuestión de la Atlántida de la manera siguiente: «¿Podría haber estado emigi-

da alguna parte de lo que ahora es el fondo del océano Atlántico entre hace un millón de años y hace algunos milenios?» Cuando la pregunta se plantea de este modo, las objeciones teóricas de muchos geólogos se disipan. La Atlántida se convierte en tema legítimo de las investigaciones científicas.

El océano Atlántico se puede dividir de manera general en tres regiones, cada una con una geología diferente: la dorsal medio-atlántica, las cuencas oceánicas y las plataformas continentales. Cada una de ellas ocupa aproximadamente la tercera parte de la anchura del océano. El elemento mayor es la dorsal medio-atlántica, una cadena montañosa sumergida que se extiende como una larga columna vertebral a lo largo del eje del océano. La dorsal desempeña un papel de primer orden en la deriva continental. Se conoce desde el siglo pasado, e inspiró en gran medida a Donnelly sus teorías sobre la Atlántida.

Las lecturas de Cayce dan a entender que la Atlántida existió en las tres regiones del Atlántico, pero sólo el banco de las Bahamas, cerca de la plataforma continental de América del Norte, se citó como lugar donde podrían llegar a encontrarse restos. Estudiaremos las tres regiones, pero el lugar concreto citado por Cayce ha arrojado mejores frutos que su descripción más general. La cuestión de si el centro del océano Atlántico llegó a estar emergido todavía es objeto de debate entre los geólogos, pero, en general, se admite que el banco de las Bahamas estaba emergido. Como veremos en el capítulo sexto, los exploradores han realizado descubrimientos discutidos de estructuras subacuáticas que pudieran ser ruinas atlántidas.

Pero empezaremos por buscar un continente perdido en el centro del océano Atlántico. La dorsal medio-atlántica es una cadena de montañas que está formada por crestas paralelas separadas por valles de entre 30 y 45 kilómetros de ancho. Las montañas que bordean estos valles dorsales dan a ambos lados a cuencas oceánicas profundas, a las que descienden por una serie de escalones. Una serie de dorsales transcurren desde la dorsal medio-atlántica hacia los continentes; por ejemplo, la dorsal de las Azores y Gibraltar. Robert Ballard, que descubrió los restos del *Titanic*, ha publicado un atlas de los valles de las dorsales y las crestas, que muestra el accidentado terreno submarino. Sus empinados barrancos, sus profundos cañones

y sus montañas plantearían un desafío mayor a los montañeros que cualquier accidente de tierra firme.

Muchos geólogos han comentado la posibilidad de una Atlántida sumergida en la dorsal medio-atlántica, pero, en general, sus opiniones se han basado en informaciones reales muy escasas. Ya en 1949, el geólogo Maurice Ewing, que llegó a ser uno de los padres de las nuevas teorías geológicas, publicó un artículo breve en el número de abril de dicho año de la revista científica *Science Digest*, titulado «Afirma que el continente perdido es un mito». Asegura que ha «levantado mapas, sondeado, tomado muestras y visitado las profundidades del océano desde 1935». Tomó fotografías submarinas a lo largo de la dorsal medio-atlántica hasta profundidades de 5.500 metros, y «no encontró restos de ciudades sumergidas». Por supuesto, ahora se han realizado exploraciones durante cuarenta años más. Aunque no simpaticen con las teorías sobre la Atlántida, pocos geólogos serían de la opinión de que los estudios de Ewing habían sido completos.

Con todos los estudios geológicos que se han realizado, la dorsal sigue siendo uno de los lugares donde existen más probabilidades de encontrar las pruebas de la existencia de una civilización sumergida; pero ha resultado difícil encontrar estas pruebas. En muchos casos, las cumbres de estas montañas se alzan hasta menos de tres kilómetros de la superficie del mar; varias la alcanzan y forman islas en la actualidad. Algunas tienen las cumbres planas, y contienen arrecifes de coral y sedimentos propios de las aguas poco profundas, lo que indica que en alguna época estuvieron próximas a la superficie. A finales de los 70, los soviéticos anunciaron que habían descubierto las ruinas de la Atlántida. Según un artículo de Oleg Sulkin, publicado en la revista *La vida soviética* en septiembre de 1980, el barco científico soviético *Moskovsky Universitet* había tomado fotografías subacuáticas de lo que parecían ser escaleras gigantes en el monte submarino Ampere. Las interpretaciones de las fotografías oscilaban desde los que las consideraban ruinas atlántidas hasta los que juzgaban que se trataba de formaciones naturales. Un año más tarde, el doctor Andrei Aksyonov, director adjunto del Instituto Shirsov de Oceanografía, anunció a la prensa (en un reportaje de la agencia

Associated Press, publicado en el diario *Virginian-Pilot* el viernes 26 de junio de 1981) que se consideraba que las fotografías más recientes recogían formaciones naturales, y que se había abandonado la búsqueda de la Atlántida en aquella zona. Teniendo en cuenta el carácter catastrófico de la destrucción de la Atlántida, puede ser demasiado optimista esperar encontrar edificios reconocibles en esta región de actividad volcánica.

No obstante, los científicos soviéticos y los de Europa Oriental han solido tomarse más en serio que los americanos la cuestión de la Atlántida. Zdenek Kukal, geólogo checo escéptico, consideraba la posibilidad de que las islas actuales de la dorsal medio-atlántica sean los restos de la Atlántida. Todas las islas de la dorsal son extremadamente volcánicas e inestables. Las islas Azores, al oeste de la península Ibérica, son una de las ubicaciones más probables de la Atlántida. Todas ellas están situadas sobre una amplia plataforma submarina cuya profundidad es poco superior a un kilómetro y medio, y cuya superficie es de unos 130.000 kilómetros cuadrados. Las Azores son un lugar de dispersión activa del lecho marino, y tienen importante actividad volcánica y sísmica. Existen muchos picos submarinos de cumbre plana en la región. Resulta especialmente interesante una importante anomalía gravitacional, que indica un exceso de masa bajo la plataforma de las Azores. También resulta interesante la presencia de numerosos guijarros de origen no local: de granito, arenisca, caliza, y otros, sin que se disponga de una buena explicación de cómo llegaron hasta allí.

Toda la plataforma es anterior al Mioceno (periodo geológico que terminó hace aproximadamente siete millones de años), y debió de empezar a formarse cuando el océano Atlántico empezó a expandirse en el periodo Cretácico, que terminó hace unos 65 millones de años. Una buena parte de la plataforma estaba sobre el nivel del agua, y se han producido muchas subidas y bajadas. Pero Kukal, como la mayoría de los geólogos, no acepta la idea de las catástrofes recientes. Admite que la mayoría de las islas del Atlántico, incluso las mayores, se formaron en periodos cortos y relativamente esporádicos de actividad volcánica, separados por periodos de estabilidad mucho más largos. Pero le parece poco probable que la plataforma

de las Azores pudiera estar emergida en mayor o menor medida hacia el 10000 a. C.

Uno de los indicios más interesantes fue publicado por R. W. Kolbe, geólogo sueco, en 1957. Kolbe estudió muestras de perforaciones realizadas a una profundidad de unos tres kilómetros en la dorsal medio-atlántica, entre el Caribe y el norte de África, en lo que pudiera haber sido la parte sur de la Atlántida. Relató en la revista *Science* su hallazgo de plantas que sólo son de agua dulce (diatomeas) en las muestras de perforaciones. Entre sus conclusiones afirmaba que esta parte de la dorsal medio-atlántica había estado sobre el nivel del mar, y que las diatomeas habían vivido en un lago de agua dulce. Kolbe se plantea seriamente la posibilidad de la existencia de la Atlántida. Cita a otro geólogo, René Malaise, que opinaba que algunas partes de la dorsal medio-atlántica debieron existir como islas grandes hasta finales de la última glaciación, o más tarde, y que se sumergieron al principio de los tiempos históricos.

Los hallazgos de Kolbe, y otros descubrimientos semejantes, condujeron a los escépticos a intentar encontrar explicaciones a los mismos. Las dos explicaciones principales fueron la del polvo arrastrado por el viento y la de las «corrientes turbulentas» submarinas que arrastraban materiales de los ríos continentales. Muchos geólogos son partidarios de estas explicaciones alternativas. Por ejemplo, J. K. Rigby y L. H. Burckle, en un artículo publicado en 1958 en la revista *Science*, optaron por la explicación basada en las corrientes turbulentas; otros han presentado pruebas de que la arena profunda lejos de la tierra firme pudiera explicarse por la arena arrastrada por el viento. Kolbe respondió a estas críticas señalando que cualquiera de los dos mecanismos produciría una mezcla de diatomeas de agua dulce y marinas, mientras que él había encontrado un estrato en que sólo aparecían diatomeas de agua dulce. Con todo, la polémica sigue en pie, a veces con mucha pasión, pero a nivel científico, no ocultista.

El estudio serio más completo de la posibilidad de la existencia de la Atlántida fue publicado por el científico soviético N. Zhironov en 1970. Zhironov comenta la gran complejidad de la geología de la dorsal medio-atlántica, citando más de 800 referencias, y culpando a los geólogos estadounidenses de no conocer las publicaciones extranje-

ras, ¡sobre todo las soviéticas! Zhirov afirma que las diatomeas de agua dulce, los guijarros y la arena submarina y las laderas erosionadas de la dorsal medio-atlántica son verdaderas anomalías que indican que grandes partes de la dorsal estuvieron alguna vez sobre el agua. Tenemos que esperar a disponer de más datos para saber si Zhirov tiene razón, pero no cabe duda de que sus estudios son más profundos que los de sus críticos.

Por lo tanto, sin duda existe la posibilidad de que grandes partes de la dorsal medio-atlántica pudieran estar sobre el agua en el periodo expresado por Cayce, pero la mayoría de los geólogos dirían que de momento no disponemos de pruebas concluyentes al respecto. La dorsal medio-atlántica tiene actividad volcánica y sísmica, pero para que una parte de ella se hubiera sumergido hacia el 10000 a. C. habría hecho falta una catástrofe reciente mayor de lo que se considera posible de momento.

¿Qué hay de la cuenca profunda del Atlántico, a los lados de la dorsal? ¿Pudo estar emergida? «... esa parte que ahora está junto a lo que llamamos el mar de los Sargazos fue la primera que se sumergió en las profundidades...» (núm. 364-4, 16 de febrero de 1932).

Las afirmaciones de Cayce sobre el mar de los Sargazos, en plena cuenca oceánica, son más problemáticas que las especulaciones sobre la dorsal medio-atlántica. El mar de los Sargazos es una gran región del Atlántico donde las corrientes hacen que se acumulen grandes cantidades de algas flotantes. Las algas flotantes (sargazos) hicieron temer a los marinos de tiempos de Colón la existencia de bajíos. Pero, en tiempos de Cayce, los sondeos habían demostrado que el mar de los Sargazos era una de las zonas más profundas del océano Atlántico, y que el alga sargazo no está unida al fondo del mar. El fondo está a más de cinco kilómetros bajo el nivel del mar, y forma parte de la cuenca profunda del Atlántico. Es tan llana que estas regiones se llaman llanuras abisales.

En los últimos años, hemos aprendido mucho más acerca del fondo oceánico gracias a la labor del Proyecto de Sondeos de los Fondos Marinos. Este equipo de investigación ha realizado sondeos de los sedimentos de los fondos marinos para tomar muestras del plancton fósil (plantas y animales microscópicos), para determinar

así la historia de los sedimentos. Las perforaciones del Proyecto de Sondeos de los Fondos Marinos ponen de manifiesto la existencia de gruesas capas de sedimentos en las regiones oceánicas profundas. Así, si bien puede ser cierta, la afirmación de Cayce de que el Mar de los Sargazos fue la primera parte de la Atlántida que se sumergió los geólogos están de acuerdo en que sucedió hace millones de años, y no milenios. No encaja en el resto de la escala temporal presentada por Cayce sobre la Atlántida.

Aunque el cuadro general de sedimentos marinos profundos debilita la verosimilitud de una inmersión reciente de la cuenca del océano Atlántico, la mayoría de los sondeos a través de los sedimentos ponen de manifiesto algunos grandes espacios vacíos, que a veces cubren millones de años. Éstos podrían explicarse de tres maneras. En primer lugar, las condiciones antiguas del océano podían impedir que se depositaran sedimentos durante ciertas épocas. O bien, los estratos de sedimentos pudieron erosionarse por algo parecido a las corrientes turbulentas que hemos citado más arriba. Por último, toda la región pudo estar emergida durante una breve época, en la cual no se habrían depositado sedimentos marinos. Los geólogos no son partidarios de esta idea, porque exige una catástrofe, y porque ninguna región del fondo oceánico profundo está ahora emergida. Pero todavía existen algunas anomalías difíciles de explicar.

Dos puntos estudiados en la cuenca oceánica a cierta distancia de la dorsal medio-atlántica tienen una relevancia especial para la Atlántida de Cayce. Una de ellas es la región de los altos de las Bermudas, unas alturas que se alzan sobre el fondo profundo del mar en el Atlántico noroccidental, que es otra posible situación de la Atlántida hundida. En general, los resultados de los sondeos submarinos confirmaron la idea de que esta región lleva más de 80 millones de años sumergida. Pero un artículo publicado en febrero de 1977 en la revista *Science News* anunció que entre los sedimentos se encontraba una serie de guijarros redondeados y muy pulidos, muy semejantes a los que se encuentran en las playas. En aquel momento no se extrajo conclusión alguna, pero puede querer decir que aquella zona, una de las más profundas del Atlántico, estuvo alguna vez casi al nivel del mar.

El otro punto de interés es la meseta de Blake, una zona sumergida poco profunda al norte de las Bahamas, objeto de un artículo en la revista Geotimes en febrero de 1976. Los sondeos en la meseta de Blake muestran que se formó sobre el agua, como un arrecife de coral, pero en el periodo Cretácico, hace más de 65 millones de años. Desgraciadamente para la hipótesis de la Atlántida, ésta fue seguramente la última vez que la meseta de Blake estuvo sobre el agua. Está cubierta por los sedimentos marinos de millones de años; pero la geología es compleja, y algunos periodos geológicos de sedimentos faltan por completo. Esto puede indicar que la zona estuvo emergida en aquella época, pero los geólogos prefieren otras explicaciones, tales como la erosión de los sedimentos por las corrientes turbulentas o la falta de depósitos por las condiciones desfavorables del agua. Los geólogos necesitan indicios claros de depósitos terrestres, tales como fósiles de agua dulce, para convencerse de que esta zona estuviera emergida.

Quizás la Atlántida estuviera más cerca de los continentes, incluso sobre la plataforma continental. Es bien sabido que grandes zonas de las plataformas continentales se sumergieron al subir el nivel del mar cuando se deshelaron los glaciares. Una región que todos los geólogos admiten que estuvo emergida, y que se sumergió en la época indicada por Cayce, fue también la única zona en la que Cayce afirmó concretamente que se encontrarían las ruinas de la Atlántida: el banco de las Bahamas. El banco de las Bahamas es una meseta que se alza a unas 45 millas al este de la costa de Florida, y cubre una superficie equivalente a la de Florida. La isla más próxima a Florida se llama Bimini: «Sí, tenemos la tierra llamada Bimini, en el océano Atlántico (...) ésta es la parte más elevada que quedó sobre las olas de un continente que una vez fue grande, sobre el que la civilización que ahora existe en la historia del mundo encontró mucho de lo que se aprovecharía para alcanzar esa civilización» (núm. 996-1, 14 de agosto de 1926).

Cayce ha sido el único en proponer el banco de las Bahamas como situación de la Atlántida. Ni los ocultistas ni los estudiosos de la atlantología lo han tenido en cuenta. Pero es indiscutible que estuvo sobre el agua en las fechas que indica Cayce, y que se sumergió al deshelarse los glaciares hacia el 10000 a. C.

¿Es razonable buscar en las Bahamas las ruinas de la Atlántida? Que estaba sobre el nivel del mar en el 10000 a. C. está bien demostrado por estudios como los de J. D. Milliman y K. O. Emery, publicados en la revista *Science* en 1968. También pudieron determinar los antiguos niveles del mar, hasta hace 35.000 años. Los asentamientos humanos en aquella época resultan cada vez más probables a la vista de los indicios recientes de asentamientos en Florida y en las islas del Caribe. Un artículo publicado en 1979 en *Science* describe el descubrimiento, por un equipo dirigido por Carl Clausen, arqueólogo de Florida, de indicios de asentamientos humanos de por lo menos 12.000 años de antigüedad, sumergidos en pozas en Florida. Se han encontrado montones de conchas (vertederos de los poblados) y otros restos, de varios milenios de antigüedad, en Cuba y en Santo Domingo, las dos islas más próximas a las Bahamas, según los arqueólogos José Cruxent e Irving Rouse, en un artículo publicado en la revista *Scientific American* en noviembre de 1969. Se han descubierto colmillos de mamut en antiguas zonas costeras sumergidas por la subida del nivel de las aguas a consecuencia del deshielo de los glaciares, según un artículo publicado en *Science* en 1967 por un grupo de geólogos, entre ellos F. C. Whitmore y K. O. Emery. El grupo de Emery ha buscado también artículos humanos en la plataforma continental de los Estados Unidos. No resulta descabellado suponer que el banco de las Bahamas estuvo ocupado por el hombre cuando estaba sobre el agua, aunque los arqueólogos de la ciencia oficial todavía no han admitido la existencia de pruebas de tales asentamientos. En el capítulo sexto describiremos la búsqueda actual de la Atlántida cerca de Bimini.

¿Qué hay del factor cronológico? ¿Pudo sumergirse la Atlántida en una inundación relativamente repentina, provocando la destrucción de una civilización? Las lecturas dicen: «En aquellos periodos posteriores, diez mil setecientos (10.700) años antes de que viniera el Príncipe de la Paz (...) la *consunción* en las montañas; después, en los valles; después, en el propio mar, y la rápida desintegración de las tierras...» (núm. 364-3, 16 de febrero de 1932).

Una de las grandes fuerzas que dieron forma al mundo durante la época de la Atlántida de Cayce fueron los glaciares, grandes hojas de

hielo que avanzaban hacia el sur, cubriéndolo todo a su paso. Enormes cantidades de agua quedaron encerradas en este hielo, con lo que el nivel del mar bajó quizás a decenas de metros por debajo de su nivel actual. Esto bastaría para dejar sobre el agua zonas como las de Bimini. Los glaciares avanzaron y retrocedieron muchas veces a lo largo de los milenios, hasta su última retirada hacia el 10000 a. C., muy cerca de la fecha en la que tanto Cayce como Platón sitúan la destrucción definitiva de la Atlántida. La lectura número 364-3, antes citada, contiene una descripción excelente del deshielo de los glaciares. En América del Norte, el agua del deshielo formó la bahía de Chesapeake, y amontonó sedimentos en su orilla oriental. Creó la isla de Long Island (Estado de Nueva York), con los miles de toneladas de piedras y de detritos que arrastraba. Inundó grandes regiones de la plataforma continental.

¿Cuánto tiempo tardó en suceder? ¿Un solo día, como aseguraba Platón? ¿Centenares de años, como da a entender Cayce? ¿O millares de años, como creían los geólogos en tiempos de Cayce? En 1979, el geólogo Hermann Flohn, de la Universidad de Bonn (Alemania) repasó algunos indicios que podían servir para apoyar la descripción de Cayce. Flohn estaba estudiando el tiempo que tardaban en formarse los glaciares. En un artículo publicado en 1979 en la revista *Quaternary Research*, informó de que, según los sondeos realizados en el hielo en el campamento Century, en Groenlandia, se produjo un cambio casi instantáneo (para los geólogos, en unos cien años) de un clima más cálido que el actual a todos los rigores de la glaciación. Flohn presenta lo que él considera «pruebas concluyentes» de unas relaciones estrechas entre la glaciación, las erupciones volcánicas importantes y las series de terremotos violentos. Señaló que dentro de una escala temporal «humana», de cien años o menos, nuestro clima puede cambiar *mucho más* aprisa de lo que se había supuesto hasta ahora.

¿Se puede decir lo mismo con respecto al *deshielo* de los glaciares? En 1975, Cesare Emiliani, célebre geólogo marino, presentó en la Universidad de Miami pruebas poderosas que indicaban lo repentina que podía haber sido una inundación causada por el deshielo. El artículo de Emiliani es significativo, porque cita expresamente el

relato de Platón y la fecha que indica dicho autor, el 9600 a. C., que se aproxima bastante a la fecha de Cayce. Emiliani realizó sondeos en el fondo del golfo de México. Basándose en datos obtenidos por pruebas de isótopos de oxígeno para medir las temperaturas antiguas y de radiocarbono para la datación, y en los hallazgos de fósiles, identificó un episodio de deshielo rápido de los glaciares y subida del nivel del mar que bien podría llamarse «un diluvio».

EL DESPLAZAMIENTO DE LOS POLOS

¿Qué otros indicios tenemos de que las grandes destrucciones de las que habló Cayce pudieran haber tenido lugar? El concepto del desplazamiento de los polos, asociado también al cambio climático y a las extinciones, es un factor clave según las lecturas de Cayce para los cambios geológicos catastróficos. Las pruebas de que los desplazamientos de los polos estuvieron relacionados con las erupciones, con los terremotos, con las extinciones de animales y los cambios climáticos se cuentan entre las pruebas más poderosas a favor del relato de Cayce.

Las lecturas hablan de desplazamientos de los polos relacionados con los cambios geológicos en el pasado remoto y con los cambios geológicos en nuestro futuro:

Verás, con los cambios (cuando se produjeron los alzamientos en la tierra de la Atlántida, y los viajes hacia el sur), al girar el eje... (núm. 364-13, R-8, 17 de noviembre de 1932).

... los cambios produjeron las agitaciones y los desplazamientos de los polos... (núm. 378-16, 29 de octubre de 1933).

... Se producirán agitaciones en el Ártico y en la Antártida, que causarán erupciones de volcanes en las regiones tórridas, y entonces se producirá el desplazamiento de los polos: de modo que la región que ha sido fría o semitropical será más tropical, y crecerá en ella el musgo y los helechos (núm. 3976-15, 19 de enero de 1934).

¿Qué es un desplazamiento polar? La Tierra tiene dos tipos de polos: los polos geográficos y los polos magnéticos. Los polos geo-

gráficos son los extremos del eje sobre el que rota la Tierra, y se les llama el Norte y el Sur «verdaderos». Los otros polos son aquellos a los que apunta la aguja magnética de una brújula, y se les llama norte y sur «magnéticos». Ahora mismo, el polo norte magnético está en un punto del Canadá, a varios centenares de kilómetros del polo Norte geográfico, y se desplaza un poco cada año. En casi todo el mundo, la diferencia no se aprecia como importante. En Virginia Beach, por ejemplo, la diferencia sólo es de unos tres grados. Se desconoce el origen del campo magnético de la Tierra y de sus polos, pero parece estar relacionado con la rotación de la Tierra.

Existen pruebas de que los polos de un tipo u otro, o ambos, se han desplazado en el pasado, y casi todas ellas se han recogido después de que Cayce realizara sus lecturas. En la época de Cayce, el único indicio de un posible desplazamiento polar era que se solían encontrar fósiles tropicales en regiones templadas. Esto podía indicar un desplazamiento polar, pero también podía indicar simplemente un calentamiento de todo el mundo.

Desplazamientos de los polos magnéticos, cambio climático y extinciones

En los años 60, cuando se realizaron una gran parte de los trabajos que confirmaron la deriva continental, la medición de las inversiones de la polaridad magnética eran más bien rudimentarias. Se creía entonces que las inversiones de la polaridad magnética se producían aproximadamente cada millón de años, y que la más reciente había sucedido hacía aproximadamente 700.000 años. Pero en los años 70, los científicos realizaron descubrimientos que coincidían exactamente con las fechas en las que Cayce situaba la destrucción de la Atlántida. Las lecturas afirman: «... la entidad estaba en la Atlántida cuando se producía el segundo periodo de disturbios, que sería unos veintidós mil quinientos (22.500) años antes de los periodos de actividad cubiertos por el Éxodo; o bien, unos veintiocho mil (28.000) años antes de Cristo, ¿comprendes?» (núm. 470-22, 5 de julio de 1938).

En un artículo publicado en 1972 en *Nature*, dos geólogos australianos, Michael Barbetti y Michael McElhinney, anunciaron el descubrimiento de una inversión de los polos magnéticos, fechada hace 30.000 años (28000 a. C.): exactamente en la fecha citada por Cayce para una destrucción de la Atlántida. El descubrimiento se había conservado en las hogueras de los antiguos habitantes de Australia. Barbetti y McElhinney habían estudiado terrones de arcilla, cuyas orientaciones magnéticas se habían conservado al endurecerse al fuego. La datación por carbono 14 del carbón vegetal de la hoguera permitía conocer su antigüedad. Cuando compararon sus resultados con los de otros estudios, llegaron a la conclusión de que la inversión de los polos había durado menos de 4.000 años, un periodo demasiado corto para que se apreciara en las medidas del magnetismo de los fondos marinos.

Cayce habló de un desplazamiento de los polos que estaba relacionado con el hielo y con la destrucción de los grandes animales: «La entidad era entonces uno de los que formaban aquel grupo que se reunió para liberar a la Tierra de los animales enormes que la invadían, pero la entidad descubrió que el hielo, la naturaleza, Dios, cambió los polos, y los animales fueron destruidos, aunque el hombre lo había intentado en la actividad de las reuniones» (núm. 5249-1, 12 de junio de 1944).

Dos de las fechas de Cayce se ajustan a esta cronología, la de la primera destrucción y la de la definitiva. La primera, a la que se refiere la cita anterior, tuvo lugar en el 50772 a. C., fecha de la reunión mundial. Todavía no se ha descubierto ninguna inversión de los polos en esta fecha, pero sí coincide muy bien con una extinción importante de grandes animales. Paul Martin, de la Universidad de Arizona, sitúa una extinción catastrófica de animales grandes en África hacia el final del periodo Achelense de tecnología arqueológica, de hace unos cincuenta mil años. En un artículo publicado en la revista *Nature* en 1966, Martin expuso su opinión de que las extinciones están relacionadas claramente con la expansión de los seres humanos y con su desarrollo cultural. La cultura achelense de esta época usaba herramientas rudimentarias de piedra, entre ellas grandes hachas de mano y hendidores, que se encuentran repartidos por

todos los continentes. Los achelenses fueron reemplazados por las culturas de la Edad de Piedra Media, mucho más especializadas, hacia la fecha que indica Cayce para la primera destrucción.

Una confirmación todavía más interesante de las lecturas, en la que se combinan todos los elementos que cita Cayce, proviene de una inversión polar llamada por su corta duración el «salto» magnético de Goteburgo, próxima en este caso a la fecha que asigna Cayce a la destrucción definitiva de la Atlántida, hacia el 10000 a. C.; muchas lecturas citan fechas concretas entre el 10000 y el 10700 a. C.

Los geólogos suecos Nils-Axel Morner y Johan Lanser, que expusieron sus descubrimientos en un artículo publicado en *Nature* en 1974, fueron los primeros que detectaron el «salto» de Goteburgo, basándose en medidas de un sondeo realizado en el Jardín Botánico de Goteburgo, en Suecia. Desde entonces, el salto ha sido confirmado por otros investigadores de todo el mundo. Fue breve; no duró más de dos mil años, y terminó hace entre 12.400 o 12.350 años (entre el 10400 y el 10350 a. C.), justo en el centro del periodo indicado por Cayce.

En 1977, Rhodes Fairbridge, geólogo de la Universidad de Columbia de Nueva York, publicó en la revista *Nature* un trabajo sobre el salto de Goteburgo que coincidía muy estrechamente con la situación presentada por Cayce. Fairbridge estudió las relaciones de los desplazamientos de los polos en los climas mundiales. Durante una gran parte de la época de la Atlántida de Cayce, cuando los glaciares cubrían grandes regiones de América del Norte y de Europa, grandes animales, a los que llamamos «megafauna», vagaban por el mundo: mamuts, perezosos terrestres gigantes, tigres de dientes de sable. Fairbridge advirtió que, en la época de la inversión, aunque los glaciares se estaban desheliando, el hielo volvió. Se produjo un enfriamiento breve, pero intenso. Advirtió concretamente que los grandes cambios de la evolución humana están relacionados con las inversiones polares de este tipo. Como veremos en el capítulo siguiente, Paul Martin tiene todavía más que decir sobre las extinciones extrañas en la época de la destrucción definitiva de la Atlántida.

Un estudio publicado en *Nature* en 1977 por J. P. Kennett y N. D. Watkins, de la Facultad de Oceanografía de la Universidad de Rhode

Island, también puede servir de apoyo a las ideas de Cayce. Este estudio relaciona las inversiones polares mucho más antiguas no sólo con las extinciones, sino también con periodos de mucha actividad volcánica y sísmica. Las extinciones que se contemplaban en este estudio eran de especies microscópicas de plancton. Las pruebas que relacionan las catástrofes de actividad volcánica, los cambios climáticos y las extinciones son poderosas. No demuestran que Cayce tuviera razón en sus textos sobre la Atlántida, pero no cabe duda de que se adelantó a su época en sus ideas geológicas.

Otra fecha que se cita en las lecturas coincide también con los cambios climáticos, aunque la fecha carecía de la precisión suficiente para establecer una coincidencia exacta. La lectura núm. 364-11 habla de una destrucción anterior en 7.500 años a la destrucción definitiva (es decir, que habría tenido lugar en el 18000 a. C., aproximadamente; depende de la fecha que se asigne a la destrucción definitiva). Esta fecha se aproxima bastante a la época en que los glaciares empezaron su retirada definitiva; está relacionada con cambios climáticos generalizados, aunque no con desplazamientos conocidos de los polos.

Desplazamientos de los polos geográficos

La mayor parte de estos indicios han estado relacionados con los desplazamientos de los polos magnéticos. ¿Qué hay de los desplazamientos de los polos geográficos? Cayce no siempre da detalles concretos, pero parece que habla de un desplazamiento del eje de rotación de la Tierra. Parece ser que los polos magnéticos son consecuencia de la rotación de la Tierra, pero las pruebas de un desplazamiento del eje de rotación son ambiguas.

El escritor John White, en su libro *Pole Shift* («Desplazamiento de los polos»), describe las diversas teorías sobre los desplazamientos de los polos geográficos. En los tiempos de Cayce, el consenso científico (basado en análisis realizados por James Clerk Maxwell y sir George Darwin, hijo de Charles Darwin) era que no se podía concebir ninguna fuerza que se originase dentro de la propia Tierra y que

desplazase su eje. Más recientemente, los indicios fósiles se han interpretado en términos de la deriva continental: los polos son estables, pero los continentes se mueven a la deriva y producen desplazamientos aparentes de los polos. Está claro que se ha producido una deriva continental, pero ¿se descartan por ello los desplazamientos de los polos?

En 1955, Thomas Gold volvió a revisar la cuestión en un artículo publicado en la revista *Nature*. Supuso que las oscilaciones de la Tierra sobre su eje podían provocar un flujo plástico del interior del planeta que reajustase su engrosamiento por el ecuador. De este modo se podía esperar que se produjesen grandes movimientos de los polos a lo largo de los periodos geológicos, y la Tierra podía haber girado sobre sí misma varias veces a lo largo de su historia. Las duraciones que atribuía Gold a sus inversiones polares oscilaban entre los 10.000 y el millón de años.

En fecha más reciente, 1978, Edwar Weyer resucitó la idea de Gold en un artículo que publicó en *Nature*. Advirtió que una glaciación podía ser el mecanismo que desencadenase un desplazamiento de los polos en alguna medida, relacionando así los desplazamientos de los polos geográficos con el cambio climático. Las investigaciones de Weyer demostraban que se habían producido oscilaciones rítmicas de los polos en ciclos de 5.600 años, sincronizados con los periodos de las glaciaciones entre el 14700 y el 28000 antes del presente, en plena época de la Atlántida de Cayce.

La consideración sería más reciente de una inversión *rápida* de los polos fue publicada en la prestigiosa revista científica *Journal of Physics* en 1978. Peter Warlow, físico y matemático británico, propuso la teoría de que no es el campo magnético el que se invierte, sino que la Tierra se da la vuelta con él. Calcula que una perturbación, causada por el paso de un asteroide por ejemplo, podría ejercer un arrastre gravitacional suficiente para hacer que la Tierra oscilase. ¡Un hecho así puede suceder en un tiempo tan breve como un día! El trabajo de Warlow es especulativo, pero está basado en análisis detallados.

Estas ideas sobre los desplazamientos de los polos geográficos siguen siendo puntos de vista minoritarios entre los geólogos. La mayoría son de la opinión de que es muy poco lo que se han despla-

zados los polos, y de que el movimiento de las placas continentales es suficiente para explicar la distribución de los fósiles tropicales y templados. Pero el concepto sigue vigente, y es muy posible que sea demostrado en el futuro. Mientras tanto, son claras las pruebas de los desplazamientos de los polos magnéticos y de su vinculación con terremotos, actividad volcánica, cambios climáticos y extinciones. Cuando se aplican las afirmaciones de Cayce a los desplazamientos de los polos magnéticos, resultan completamente consistentes con el pensamiento científico moderno, en cuanto a su contenido teórico y en cuanto a su cronología.

En términos generales, la revolución de la geología ha tendido a apoyar los conceptos de Cayce, aunque con grandes reservas sobre la existencia misma de la Atlántida. Admite que algunas partes del océano Atlántico (no necesariamente un «continente») pudieron estar sobre el agua. Los geólogos, en trabajos independientes, han ido relacionando entre sí los mecanismos de cambio propuestos en las lecturas de Cayce: inversiones de los polos, terremotos, erupciones volcánicas y deshielos glaciares. Pero ¿qué hay de los indicios de la existencia de los propios atlantes: sus construcciones, su cultura, sus huesos? Para encontrarlos, debemos volver la mirada a la arqueología.

EL TESTIMONIO DE LA ARQUEOLOGÍA

Las afirmaciones de las lecturas sobre la existencia de la Atlántida son polémicas, pero encajan dentro de un contexto general de la «geología catastrófica», que en ciertos aspectos está siendo admitida cada vez más por los geólogos de la ciencia oficial. Pero el relato sobre los orígenes de los seres humanos y sobre las migraciones de la Atlántida contradecía abiertamente la opinión de la arqueología aceptada en tiempos de Cayce. Les parecía una vuelta a la idea de Donnelly, a la afirmación simplista de que los atlantes que huían de su tierra eran los creadores de las civilizaciones egipcia, maya e inca. Ya en tiempos de Cayce, los arqueólogos advertían que los paralelismos que había señalado Donnelly contenían muchas inexactitudes, y que las fechas en que situaba sus ramificaciones de la Atlántida resultaban imposibles por diferencias de miles de años.

Pero el relato de Cayce difiere de las ideas de Donnelly en algunos aspectos importantes. Si bien los descubrimientos arqueológicos han tendido a restar verosimilitud a muchas de las especulaciones de Donnelly, en general han tendido a *aumentar* la verosimilitud de la versión de Cayce. Las lecturas de Cayce hablan de mucho más que de las emigraciones en la época de la destrucción definitiva de la Atlántida. Parten del origen de la humanidad, siguen sus ascensos y caídas repetidas a lo largo de tres destrucciones de la Atlántida, y hablan de emigraciones a diversas partes del mundo. En este capítulo estudiaremos lo que tiene que decir la arqueología, comparándolo con el relato de Cayce sobre los orígenes y las migraciones.

EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD

Del mismo modo que los teósofos, Cayce no se limitaba a intentar explicar nuestros orígenes físicos, sino también nuestros orígenes espirituales. Pero, a diferencia de los teósofos, Cayce presentó un cuadro relativamente claro y significado del origen de la humanidad y de su evolución. No habló de «polares» ni de «hiperbóreos»; ni de lemuriotes gigantes con cuerpos gelatinosos, sin frente y con los ojos a los lados de la cabeza. Cayce sí habló del descenso del espíritu humano a los cuerpos físicos, y sus conceptos espirituales resultan difíciles de interpretar a la luz de la ciencia. Pero las descripciones físicas de gentes antiguas que realizó Cayce, aunque son polémicas, no salían de los límites de las especulaciones científicas serias de su época. Mucho de lo que dijo parece todavía más verosímil hoy día, aunque aún existen algunas anomalías que a la ciencia le resultaría difícil aceptar.

Cuando la Tierra hizo brotar la semilla a su tiempo, y el hombre llegó al plano terrestre como señor de esa esfera, el hombre apareció en cinco lugares al mismo tiempo: los cinco sentidos, las cinco razones, las cinco esferas, los cinco desarrollos, las cinco naciones (núm. 5748-1, 28 de mayo de 1925).

El periodo de la existencia del mundo hasta los tiempos actuales es de diez millones y medio (10.500.000) de años... (núm. 5748-2, 28 de mayo de 1925).

... en las ruinas que se encuentran en los túmulos y en las cuevas del noroeste de Nuevo México, pueden verse algunos de los dibujos que hizo la entidad. Hace unos diez millones de años (núm. 2665-2, 17 de julio de 1925).

Éstos (atlantes) eran de muchos tamaños en cuanto a estatura, desde los que podrían llamarse enanos hasta los gigantes; pues en aquellos tiempos había gigantes en la Tierra (núm. 364-11, 29 de abril de 1932).

Las teorías sobre los orígenes de la humanidad, tanto en tiempos de Cayce como hoy día, han provocado algunas de las polémicas más encontradas de la historia de la ciencia; ni siquiera podemos

aspirar a esbozarlas en pocas páginas. Lo que pretendemos aquí es examinar qué luz puede arrojar la ciencia, si es que puede arrojar alguna, sobre las preguntas siguientes, que surgen de las lecturas de Cayce:

- ¿Aparecieron por primera vez los seres humanos hace unos 10 millones de años?
- ¿Existen indicios de la existencia de cultura humana en el pasado lejano?
- ¿Cuál es el origen de las razas? ¿Existieron cinco razas raíces, y existe algún indicio de la existencia de «enanos» o de «gigantes»?
- ¿Donde aparecieron por primera vez los seres humanos, y en qué períodos se dispersaron por el mundo?

¿Qué datos considera la ciencia que prueban la existencia de los seres humanos primitivos? En cuanto a nuestro origen espiritual, la ciencia poco tiene que decir al respecto. Una gran parte del contenido de *La llegada del hombre*, de la que hablamos en el capítulo segundo, pertenece a los dominios de la teología. Rudolf Steiner, cuyas teorías describimos en el capítulo uno, seguramente tenía razón cuando dijo que la percepción clarividente era el método más útil para recoger informaciones de este tipo. Pero algunas afirmaciones en las lecturas que tratan de los seres humanos primitivos se pueden confirmar o refutar por medio de los métodos científicos. La ciencia sólo puede estudiar los restos físicos: nuestros artefactos y nuestros huesos. La mayoría de las teorías sobre la evolución humana se basan en fragmentos de cráneos y de mandíbulas. Otros indicios consisten en útiles de piedra y en cenizas de hogueras. El problema es que estos artefactos suelen encontrarse sin que se encuentren huesos asociados a ellos, de modo que la especie a la que corresponden sólo puede suponerse. Incluso con los métodos modernos de datación, los depósitos geológicos suelen ser tan complicados que resulta difícil realizar dataciones precisas. No obstante, se han realizado grandes avances, y se han encontrado probables antepasados humanos de tres millones de años de antigüedad, y quizás más antiguos.

Los conceptos sobre los orígenes en tiempos de Cayce

¿Qué ideas se tenían sobre los orígenes y la evolución humana en tiempos de Cayce? El famoso «juicio de los monos» a Scopes se celebró en 1925; en él se enfrentaron el evolucionismo darwiniano y el creacionismo bíblico. Este juicio a un profesor de instituto por haber enseñado el evolucionismo avivó el interés por la cuestión a nivel nacional e internacional, y abrió el camino a la aceptación generalizada del pensamiento evolucionista. Pero no sirvió para aclarar la cuestión de los orígenes de la humanidad. Los restos fósiles que se conocían en tiempos de Cayce eran tan escasos que de ellos podía deducirse casi cualquier teoría.

Los primeros fósiles de un antiguo pariente del ser humano, al que se llamó «hombre de Neandertal», se descubrieron en 1848 en Gibraltar. Otro fósil, que dio nombre al tipo, se descubrió en el valle de Neander, en Alemania, en 1856. El hombre de Neandertal se convirtió en el prototipo del «cavernícola», y en tiempos de Cayce el consenso establecido entre los evolucionistas era que el hombre de Neandertal era una forma intermedia entre los simios y los hombres. En los años 30 se encontraron huesos antiguos más primitivos todavía, entre ellos los del hombre de Java y los del hombre de Pekín. En aquellos años, lo único que podía afirmarse con certeza era que existían formas primitivas de los seres humanos, y que su antigüedad era indeterminada. Todavía se hacían conjeturas sobre el «eslabón perdido» entre los simios y los seres humanos, pues aún no se habían inventado las técnicas de datación absoluta. El mejor candidato para el título de eslabón perdido era el hombre de Piltdown, descubierto en 1912, que ahora sabemos que se trataba de una hábil falsificación que se preparó combinando un cráneo humano con la mandíbula de un simio. Kenneth Oakley, en un artículo publicado en 1953 en la revista *American Scientist*, demostró por medio de métodos modernos de datación que el cráneo de Piltdown sólo tenía algunos centenares de años de antigüedad.

La primera lectura en la que Cayce habló de una antigüedad de 10 millones de años fue realizada en 1925. Fue el mismo año en que

se descubrieron los primeros restos de unos parientes nuestros verdaderamente humanos, aunque en aquellos tiempos no se reconocieron como tales. El cráneo de Taung, cuya antigüedad se cifra ahora en unos tres millones de años, fue descubierto en 1925 por el antropólogo Raymond Dart; en aquella época, fue recibido con burlas o con indiferencia por parte de los demás arqueólogos. Roger Lewin, en un artículo publicado en 1985 en *Science*, hace ver que Dart, basándose en el contexto geológico, opinaba que el cráneo era muy antiguo. Pero en 1925 se consideraba que la Tierra misma sólo tenía 65 millones de años de antigüedad, y los mamíferos sólo ocupaban apretadamente los tres últimos millones de años de esta cronología. Los antropólogos de la época consideraron que un fósil de tal antigüedad no podía, sencillamente, ser un antepasado humano: la raza humana sólo tenía algunos milenios de antigüedad, como mucho.

Por lo tanto, las lecturas de Cayce no encajaban fácilmente con las opiniones científicas de su época. Abogaban por el concepto de una gran antigüedad del linaje humano, postura que ahora sabemos que es consistente con los indicios fósiles conocidos en aquella época, pero no con la interpretación que se les daba por entonces. Por otra parte, si bien Cayce dijo que la raza humana era mucho más antigua de lo que aceptaba la ciencia, se opuso a la versión popular de la teoría de la evolución, cuando dijo: «... el hombre *no* desciende del mono; el hombre ha evolucionado; una reanimación de tiempo en tiempo... ¿entiendes? (núm. 3744-4, R-46, 14 de febrero de 1924).

— También se distanció de los creacionistas, cuando afirmó: «¡Recordemos, y no nos confundamos, que la Tierra estuvo poblada de animales antes de que estuviera poblada por el hombre!» (núm. 364-6, 17 de febrero de 1932); y, hablando de nuestros antepasados: «¡Sabed que casi todas las personas tenían cola por entonces!» (núm. 5748-6, 1 de julio de 1932).

La postura de Cayce era personal, y no podía esperar mucho apoyo ni de la ciencia ni de la religión de su época. ¿Hemos descubierto algo desde entonces que nos pueda arrojar luz sobre la cuestión de si Cayce tenía razón o no?

Conceptos actuales sobre los orígenes de la humanidad

Científicamente, la teoría de la evolución se ha alzado con la victoria; pero la polémica sobre los orígenes de la humanidad no ha decaído en lo más mínimo desde los tiempos de Cayce: incluso se ha avivado. Todavía se realizan «juicios de los monos», en los que los creacionistas se enfrentan con los evolucionistas. Incluso entre los propios evolucionistas existe bastante falta de acuerdo sobre lo que puede considerarse o no un antepasado humano.

Una buena presentación divulgativa, aunque algo polémica en sus interpretaciones de los indicios fósiles, se encuentra en el libro *Lucy: The Beginnings of Humankind* («Lucy: los inicios de la humanidad»), de Donald Johanson y Maitland Edey. Johanson descubrió huesos de más de tres millones de años de antigüedad, que bien pueden pertenecer a un antepasado directo del hombre actual. El libro de Johanson no dice la última palabra sobre el tema, ni mucho menos. En otros como *The Bone Peddlers* («Los mercaderes de huesos»), de William Fix, se ponen de manifiesto las lagunas de nuestros conocimientos, señalándose las diversas interpretaciones que pueden darse a los escasos restos fósiles. Pero, en general, muchas de las afirmaciones de Cayce parecen sustancialmente más verosímiles hoy día que en los años 30, sobre todo en lo que se refiere a la antigüedad de los antepasados humanos, y a la presencia simultánea de diversas especies de diversos tamaños. Si bien los hombres y los monos tuvieron un antepasado biológico común en un pasado remoto, parece que ese antepasado existió antes de la fecha en que Cayce sitúa el descenso del espíritu al plano físico, hace 10 millones de años. Desde entonces, el cuadro de la evolución se ha hecho confuso y complicado.

Se han descubierto una multitud de fósiles desde los tiempos de Cayce, pero han complicado el relato más que simplificarlo. Desde la invención de las técnicas modernas de datación, las épocas en que vivieron los antiguos parientes del ser humano se han ido retrasando hacia un pasado cada vez más remoto. La polémica actual más importante es la de qué especies fósiles son verdaderos antepasados del ser humano y cuáles son ramificaciones en otros sentidos. Ni

siquiera se considera que el hombre de Neandertal pertenezca a la línea directa de los antepasados del hombre actual.

Pero una de las afirmaciones de Cayce sí que está confirmada claramente: vivieron muchas especies de criaturas humanas o humanoides, hace millares o incluso millones de años, tanto gigantes como enanas. Existieron especies a las que llamamos *ramapithecus*, *gigantopithecus* y *australopithecus*, cuyos miembros pudieron ser antiguos parientes nuestros.

El *ramapithecus*, antiguo primate (orden en que se incluye a los monos, a los simios y a los seres humanos), es un posible candidato al título de antepasado de los seres humanos. El *ramapithecus* era pequeño: medía poco más de un metro. En 1964, según cita que aparece en el libro de William Fix, el paleontólogo Elwyn Simons escribió: «El *ramapithecus punjabicus* es, casi con seguridad, el antepasado del hombre de hace 15 millones de años. Esta conclusión multiplica por diez el periodo aproximado para el que podemos seguir con cierta confianza los orígenes del ser humano.» Muchos autores se hicieron eco de esta opinión en los años 70, aunque las teorías actuales han considerado que el *ramapithecus* pertenece a una ramificación secundaria de la evolución.

La cita bíblica de Cayce: «En aquel tiempo había gigantes en la Tierra» (Génesis 6, 4), se confirmó con el descubrimiento en 1946 de los enormes huesos del *gigantopithecus*, al que se asigna una antigüedad de casi 10 millones de años. El *gigantopithecus* medía más de 2 metros y 40 centímetros, y pesaba entre 180 y 230 kilos. En los años 40 se creyó que el *gigantopithecus* era un buen candidato para representar al eslabón perdido, pero, como el *ramapithecus*, hoy se cree que pertenece a una ramificación evolutiva secundaria.

Los fósiles del *gigantopithecus* y del *ramapithecus*, aunque no sean antepasados del hombre moderno, eran contemporáneos de nuestros verdaderos antepasados. Estos primates eran verdaderos gigantes y enanos, y algunos vivieron en fecha anterior a la de hace 10 millones de años, cuando Cayce dijo que aparecieron por primera vez los seres humanos. No eran hombres modernos anatómicamente; es probable que nuestros antepasados sí tuvieran «cola por entonces». La opinión científica más aceptada en la actualidad es la de que

el mejor candidato al título de antepasado directo del hombre es un primate llamado *australopithecus*.

El *australopithecus* tiene casi cuatro millones de años de antigüedad. Donald Jones llamó «Lucy» a un esqueleto de *australopithecus* que descubrió en África en 1974, completo en un 40 por 100. Lucy destacaba notablemente porque jamás se había recuperado un esqueleto tan completo de un antiguo homínido. Los huesos de las piernas de Lucy indicaban que caminaba erguida, como nosotros. Todavía se discute mucho el grado de parentesco de Lucy con los seres humanos modernos; pero el descubrimiento da más peso todavía al concepto de la gran antigüedad de la línea que conduce hasta los seres humanos modernos.

Si bien estas criaturas caminaban erguidas, y pudieron ser nuestros antepasados, a nosotros también nos define nuestra cultura. Las lecturas de Cayce hablan de grandes logros culturales en un pasado remoto. ¿Qué indicios tenemos de la existencia de tal cultura?

Louis Leakey, uno de los grandes descubridores de fósiles humanos primitivos, ha descubierto en África Oriental los útiles de piedra más antiguos que se pueden fechar, sin lugar a dudas, pertenecientes al *australopitheacus* especie primitiva del género *homo* (nuestro propio género), que son de hace 2,61 millones de años, aproximadamente. En 1986, según un artículo de Bruce Bower publicado en *Science News*, son casi 300 los útiles de piedra conocidos fabricados aparentemente por el *Homo habilis*, pariente muy próximo del *Homo sapiens*, y a los que se ha asignado una antigüedad de 2,5 millones de años. Además de los indicios que aportan los útiles de piedra, el anatomista Dean Falk, de la Universidad de Puerto Rico, comunicó en la revista *Science* en 1983 que había encontrado configuraciones cerebrales semejantes a las humanas en cráneos fósiles de unos dos millones de años de antigüedad procedentes del África Oriental, y en otros de tres millones de años procedentes de África del Sur.

Teniendo en cuenta la antigüedad de estos hallazgos, los mismos útiles de piedra son pruebas convincentes de que, fuera cual fuese el aspecto de aquellas criaturas, no cabe duda de que éstas eran algo más que los «monos» del evolucionismo popular en tiempos de

Cayce. Demuestran que nuestros vínculos con los demás primates son anteriores en millones de años a lo que se creía en los años 20. Pero Cayce habló de algo más que de útiles de piedra. Habló de lo que hoy llamaríamos «alta tecnología», y describió lo que parecen ser láseres y energía atómica, y habló de máquinas voladoras. Las lecturas en las que describe los elevados logros tecnológicos de las gentes antiguas son de las más polémicas entre todas las suyas. Toda-
vía no se ha encontrado ningún vestigio de tecnologías como aque-
llas de las que habló que tenga millares, no ya millones, de años de
antigüedad. Está claro que uno de los problemas que se presentan a
la hora de encontrar vestigios de este tipo es que la piedra se conser-
va bien, pero otros materiales como los metales, la madera y el papel
se descomponen. Como veremos en el capítulo siguiente, las lecturas de Cayce indican algunos puntos donde pueden encontrarse restos de esta alta tecnología. Pero los científicos de hoy verían las descripcio-
nes de altas tecnologías de Cayce con escepticismo, en el mejor de
los casos.

Pero existen por lo menos algunas pruebas de que algunos pueblos antiguos tenían un sorprendente nivel de sofisticación cultural. Alexan-
der Marshack, en el número de enero de 1975 de la revista *National
Geographic*, comenta un artefacto de hueso de un pueblo de la era gla-
cial que es un registro de observaciones astronómicas. Las muescas
talladas sobre un trozo de hueso de reno, que tienen por lo menos
30.000 años de antigüedad, muestran con una precisión asombrosa un
registro de las fases de la luna, indicando un grado de comprensión
mucho más grande del que cabría atribuir a un pueblo «primitivo». Marshack también comenta un trabajo publicado en 1969 por el geólogo y arqueólogo francés François Bordes, sobre el descubrimiento en una cueva de Francia de una costilla de bóvido con grabados poco comunes de más de 250.000 años de antigüedad. Desconocemos el simbolismo de los grabados, pero Marshack demostró que habían sido realizados intencionadamente, siguiendo una estructura secuencial y formando una imagen. Marshack opina que estas imágenes son pruebas de inteligencia, de abstracción, e incluso del uso del lenguaje.

Existen más indicios de la cultura humana. Parece que el mismo hombre de Neandertal tenía respeto por los muertos, y que se preocu-

paba del viaje espiritual. En un artículo publicado en 1975 en *Science*, el arqueólogo R. S. Solecki comenta que el descubrimiento de restos de polen de diferentes flores en la tumba de un neandertal en la cueva de Shanidar, en Irak, fechada hacia el 60000 a. C., es posiblemente un vestigio de un ritual funerario. Da a entender que si bien su cuerpo era arcaico, su espíritu era moderno.

Mientras tanto, del mismo modo que sucede con la antigüedad del ser humano, cada vez es mayor la antigüedad que se atribuye a la tecnología. En 1975, en un artículo publicado en *Science*, Fred Wendorf, de la Universidad Metodista del Sur, fechaba útiles avanzados de piedra procedentes de Etiopía central, que indicaban que el Mesolítico empezó en el África Oriental hace más de 180.000 años. Todavía en 1970, la fecha más antigua que le atribuía era la de 40.000 años antes del presente. Esto da a entender que los avances tecnológicos que caracterizan al Mesolítico tienen una antigüedad muy superior a la que se había calculado anteriormente.

Tenemos muchos menos indicios de una tecnología verdaderamente avanzada. Sólo se han encontrado artefactos mucho más recientes que las fechas que se indican en las lecturas. Según algunos estudios, los antiguos griegos pudieron tener baterías eléctricas y máquinas de calcular; pero el hecho de que haya resultado tan difícil identificar incluso la tecnología de los griegos (una cultura bien documentada) sólo sirve para hacer resaltar el problema de la Atlántida, haciéndonos ver lo difícil que sería confirmar la presencia de una tecnología prehistórica. La alta tecnología muy antigua de la que hablaban las lecturas todavía no aparece por ninguna parte; pero los hallazgos de la arqueología siguen demostrando que la mente humana estaba avanzada, aunque no lo estuviese su tecnología, más de lo que creían los arqueólogos contemporáneos de Cayce.

EL ORIGEN DE LAS RAZAS Y LA DISPERSIÓN DE LA HUMANIDAD

¿Qué hay de las afirmaciones de Cayce sobre el origen de las razas? Cayce habló de cinco razas raíces:

(P-5) ¿Sucedió de manera simultánea la aparición de las que serían las cinco razas? (R-5) Sucedió a la vez (núm. 364-13, 17 de noviembre de 1932).

(P-7) ¿Son exactas las situaciones siguientes? ¿La raza roja en la Atlántida?

(R-7) La raza roja en la Atlántida y en América.

(P-8) ¿La raza negra en el África Superior?

(R-8) O en lo que ahora llamaríamos la región más occidental del alto Egipto para la raza negra. Verás, con los cambios (cuando se produjeron los levantamientos en la tierra de la Atlántida, y los viajes hacia el sur), al girar el eje, las razas blanca y amarilla entraron más en aquella parte de Egipto, la India, Persia y Arabia (núm. 364-13, 17 de noviembre de 1932).

En 1932 se consideraba que Asia era la cuna de la humanidad, tras el descubrimiento del hombre de Java y del hombre de Pekín. Todavía no se habían realizado los numerosos descubrimientos de África, y no se habían descubierto resto alguno de ningún tipo en América. Era poco lo que los huesos fosilizados y los útiles de piedra podían decirnos acerca de los tipos raciales humanos, y las teorías sobre el origen de las razas han tenido poderosos tintes racistas. Es decir, que un antropólogo europeo blanco podía asegurar que los aborígenes africanos o australianos estaban más próximos a los simios que los europeos blancos.

Cayce confundió a los racistas: dijo que las cinco razas habían aparecido simultáneamente. Estas ideas contrastaban con la doctrina de los ocultistas, con su confuso conjunto de siete razas raíces, cada una de ellas con siete subrazas. Tampoco apoyaba las teorías de la superioridad racial blanca. Los ocultistas decían que los arios, la raza blanca actual, descendían de los atlantes. Los atlantes de Cayce, a los que se atribuía la cultura más sofisticada del mundo, se identificaban con la raza roja, más próxima a los indios americanos, que eran considerados pueblos primitivos por entonces.

Cayce señaló claramente los orígenes de la raza blanca en el Cáucaso, región asiática, de acuerdo con las ideas antropológicas modernas. Cuando se le pidió que aclarase el lugar de origen, dijo: «La blanca, más bien en los Cárpatos que en la India... En el sur de

Europa y en Rusia, en Persia y en esa tierra. En los montes del Cáucaso» (núm. 364-13, 17 de noviembre de 1932).

¿Qué dice la ciencia de hoy día sobre el origen de las razas? ¿Fueron cinco, y pudieron surgir al mismo tiempo en diferentes partes del mundo?

El primer estudio científico sobre las razas que se aproximó mucho al relato de Cayce fue un libro polémico titulado *The Origin of Races* («El origen de las razas»), publicado en 1962. Su autor era un antropólogo célebre de la Universidad de Pensilvania llamado Carleton Coon. Antes de Coon, se creía que las razas eran un fenómeno relativamente reciente. Se suponía que se habían diferenciado entre sí después de que los seres humanos hubieran evolucionado hasta adquirir plenamente su forma moderna, hará unos 30.000 años. La tesis de Coon, como la de Cayce, era que existieron cinco razas básicas, y que habían evolucionado en paralelo durante centenares de miles de años. Coon opinaba que hace 500.000 años existía una única especie humana, el *Homo erectus*, y se consideraba capaz de seguir la pista a los rasgos de las razas modernas hasta relacionarlos con los rasgos de los esqueletos de *Homo erectus* encontrados en distintas partes del mundo. Si esto fuera cierto, coincidiría estrechamente con la versión de Cayce según la cual las cinco razas habrían aparecido en la antigüedad remota. Coon planteaba incluso la hipótesis de que el linaje del *homo* podía remontarse hasta ocho millones de años de antigüedad, lo que también coincidiría de cerca con Cayce. Dado que algunas de las afirmaciones de Coon suponían que las razas negras eran más primitivas, el libro de Coon fue bastante polémico en su tiempo. Actualmente, su teoría sólo representa un punto de vista más entre la diversidad de explicaciones que se ofrecen para la aparición de los hombres modernos.

Los antropólogos modernos creen hoy día que el propio concepto de raza es una simplificación excesiva de la diversidad genética de la especie humana. La composición de las poblaciones ha variado tanto con las migraciones que existen pocas líneas limítrofes bien marcadas, y las diferencias de los rasgos físicos visibles no siempre indican con seguridad diferencias de ascendencia. Según el antropólogo Clyde Kluckhohn, el número de razas que distinguen los especialis-

tas oscila entre dos y doscientas. Teniendo en cuenta el alcance de las antiguas migraciones que se describen en las lecturas de Cayce, sería difícil establecer la validez del número simbólico de las «cinco» razas raíces.

Las últimas teorías sobre los orígenes de la humanidad fueron el tema de una conferencia celebrada en 1987 en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, de la que informó Roger Lewin en un artículo publicado en *Science*. La situación es complicada: las teorías basadas en los análisis genéticos compiten con las teorías basadas en la datación de los huesos antiguos. La cuestión es si los hombres modernos evolucionaron en un solo lugar y luego emigraron al resto del mundo, o si evolucionaron independientemente en varios lugares. Las lecturas de Cayce hablan de cinco lugares, pero dan a entender que con las emigraciones de la Atlántida, a partir de hace 50.000 años aproximadamente, los atlantes se repartieron por todo el mundo. De este modo, cabe esperar que en el presente nos encontremos con indicios contradictorios.

Un momento clave es la sustitución del hombre de Neandertal por el de Cro-Magnon en Europa hace unos 35.000 años. El hombre de Cro-Magnon tenía un aspecto completamente moderno: tanto su altura como su capacidad craneana eran superiores a la media de los europeos modernos. Los antropólogos siguen sin tener claro de dónde vino el hombre de Cro-Magnon. Las fechas de la desaparición de los neandertales varían mucho: según el artículo de Lewin, sucedió hace 45.000 años en el Oriente Próximo, y hace 32.000 años en Europa. La cronología concuerda, sin duda, con las fechas en las que Cayce sitúa las emigraciones de la Atlántida, en el 50772 a. C. (núm. 262-39, 21 de febrero de 1933) y en el 28000 a. C. (núm. 470-22, 5 de julio de 1938).

Una de las teorías más interesantes que concuerdan con las lecturas de Cayce está relacionada con los trabajos recientes de investigación genética, según un artículo publicado en la revista británica *New Scientist* el 14 de mayo de 1987. Las lecturas habían dicho: «... las variaciones de la Atlántida encontramos que abarcan un periodo de unos doscientos mil (200.000) años...» (núm. 364-4, 16 de febrero de 1932). Los bioquímicos Allan Wilson, Mark Stoneking

y Rebecca Cann, de la Universidad de California en Berkeley, estudiaron las relaciones evolutivas entre los grupos raciales. Observaron los genes de los mitocondrios, que son componentes de las células humanas que sólo se heredan de la madre. A base de comparar las diferencias entre las razas y de estimar la velocidad de los cambios genéticos, llegaron a la conclusión de que todos los seres humanos vivos descienden de un antepasado materno común, «Eva», que vivió hace 200.000 años. Es decir, que todos los seres humanos vivos comparten estos genes, y que la divergencia entre las razas se ha producido desde esa época. ¿Pudo iniciarse en la Atlántida? Basándose en las diferencias relativas entre los grupos raciales que han estudiado, estos investigadores opinan que se inició en África; pero, naturalmente, no disponen de atlantes vivos para realizar comparaciones genéticas.

En lo que respecta a la dispersión de los seres humanos por el mundo, otra de las fechas indicadas por Cayce coincide muy estrechamente con las que se desprenden del trabajo de Christy Turner, antropóloga de la Universidad del Estado de Arizona que estudia la anatomía dental. Cayce habló de la primera destrucción de la Atlántida en el 50772 a. C., fecha en que se celebró una reunión de los gobernantes del mundo, por lo que ya debía de haberse producido la dispersión de los seres humanos (núm. 262-39, 21 de febrero de 1933). Comparando la velocidad de los cambios de la anatomía dental en los grupos raciales de todo el mundo, Turner llegó a la conclusión de que la dispersión de la humanidad se habría iniciado hace unos 50.000 años (*Science*). Esta medida no es exacta, pero concuerda con las lecturas de Cayce. Pero el análisis de Turner sugiere que los indios americanos son de origen asiático principalmente, coincidiendo con la opinión de la mayoría de los antropólogos que siguen las ideas de la ciencia oficial, y no con el relato de Cayce. El planteamiento conservador de la humanidad antigua por parte de Turner da a entender su gran escepticismo en lo que se refiere a la Atlántida (ver, por ejemplo, la crítica de Turner al libro de Jeffrey Goodman *American Genesis* («El Génesis americano»), publicada en la revista *Archaeology*, 1982, vol. 35, núm. 1, pág. 72). Pero los orígenes de los indios americanos pueden ser muy complejos. Volveremos a esta

cuestión en el apartado siguiente, que trata de las emigraciones de la Atlántida.

Los científicos no disponen de restos fósiles de la propia Atlántida, por lo que no resulta sorprendente que los antropólogos no tengan en cuenta a la Atlántida como posible ubicación de la primera cuna de la humanidad. Pero las lecturas de Cayce concuerdan de una manera sorprendente con las ideas modernas sobre la historia antigua de la humanidad. Como veremos en el apartado siguiente, los indicios indirectos sobre la existencia de la Atlántida que se desprenden de las migraciones de los antiguos también aportan paralelismos interesantes con las lecturas de Cayce. El trabajo de Louis Leakey ofrece una posibilidad de que hace 500.000 años ya vivieran antepasados de los seres humanos modernos en Norteamérica.

Los biólogos modernos todavía rechazarían inmediatamente una de las afirmaciones de las lecturas: el concepto de Cayce de la existencia de «cosas» que tenían partes humanas y partes animales, semejantes a los centauros, mitad hombre y mitad caballo, de la mitología griega. En las lecturas de Cayce, las «cosas» aparecieron en una fecha temprana de la evolución humana, como seres espirituales que experimentaban con la vida en el plano físico, y existieron hasta poco antes de la destrucción definitiva de la Atlántida, hacia el 10000 a. C. La creencia mitológica en estas «cosas» nos es bien conocida, no sólo por la mitología griega, sino por las representaciones en las tumbas egipcias de dioses con cabeza de ave, y por el propio cuerpo de la esfinge. Pero, ¿tenemos motivos para creer que estas criaturas existieron verdaderamente?

La respuesta directa es «no», tanto desde el punto de vista evolutivo como desde el creacionista. En una cosa sí que estarían de acuerdo los evolucionistas con los creacionistas: en que sus teorías no pueden aceptar la idea de que existieran animales formados con partes de dos linajes divergentes. Para los evolucionistas, los seres humanos y los caballos tuvieron un antepasado común; pero se distanciaron en la evolución, y es imposible que un ser humano tuviera el gen de los cascos de caballo. Para los creacionistas, los seres humanos y los caballos fueron creados como animales de especies diferentes, que no se pueden mezclar entre sí. El problema con los textos de Cayce

for

es que, incluso si fueran ciertos, puede ser imposible encontrar pruebas fehacientes de ello, por las limitaciones en los registros fósiles. Los científicos reconstruyen los esqueletos, muchas veces a partir de un amasijo de huesos fósiles, basándose en supuestos evolucionistas. Si se encuentran cascos de caballo junto a un esqueleto humano, se supondrá que pertenecían a otro animal. Carl Dunbar lo expone bien en su libro *Historical Geology (Geología histórica)*, donde presenta un dibujo realizado en 1663 por un paleontólogo lleno de imaginación, que reconstruía los huesos de un mamut para formar un unicornio (¡un solo colmillo era el cuerno!). Todas las reconstrucciones se basan en una teoría, y las teorías de hoy considerarían que aquellas «cosas» eran tan improbables como los unicornios.

Tendría que producirse un cambio de primer orden de los conceptos básicos de la biología para que pudiera empezar a tomarse en serio este concepto de Cayce. Pero los últimos avances de la ingeniería genética han hecho que la idea de combinar partes de animales diferentes deje de pertenecer al mundo de lo imaginario para pasar al mundo de lo científico. Ya no existen obstáculos insalvables a la creación de nuevas formas de vida. Pero la ingeniería genética moderna es alta tecnología, y nadie ha encontrado vestigios de alta tecnología en el pasado remoto. ¿Se equivocó Cayce? Como veremos en el apartado siguiente, las emigraciones de la Atlántida llevaron a los atlantes a muchos lugares, donde las lecturas nos hablan de registros históricos enterrados. Quizás se encuentre la respuesta en estos registros.

LAS EMIGRACIONES DE LA ATLÁNTIDA

El centro de interés principal de la mayoría de las lecturas vitales que hablaron de la Atlántida no fueron los orígenes humanos, sino más bien las vidas de personajes individuales durante las destrucciones de la Atlántida, y sus emigraciones a tierras más seguras. En el capítulo segundo leímos parte de las vidas de algunas de estas personas, con detalles de su historia tomados de las lecturas de Cayce. Como hemos visto, además de Platón, Donnelly y Cayce, ha surgido

una extensa literatura ocultista sobre las emigraciones atlántidas, que difiere de las lecturas de Cayce en aspectos importantes. Vale la pena señalar aquí lo que *no* dijeron las lecturas, pues muchas veces se confunden ideas populares sobre la historia de la Atlántida con la versión de Cayce.

Las lecturas de Cayce hablaron mucho de las emigraciones de los atlantes a Egipto, el Yucatán en América Central y el Perú en América del Sur. Las lecturas hablan de la participación atlántida en la construcción de las pirámides de Egipto, pero no dicen que los atlantes llevasen las pirámides al Yucatán, ni que construyesen pirámides ellos mismos. Las lecturas tampoco dicen que los atlantes fueran las primeras gentes que se asentaron en Egipto, ni en el Perú, ni en el Yucatán. Ya existían civilizaciones florecientes en aquellos lugares, aunque la llegada de los atlantes tuvo un impacto de primer orden. El concepto de Donnelly y otros autores de que esas culturas surgieron y alcanzaron su plenitud sin antecedente alguno no está apoyado por la ciencia, ni por las lecturas de Cayce.

Las lecturas tampoco dicen que los atlantes fueran los originadores de las civilizaciones clásicas maya e inca, ni que fueran los originadores directos de la civilización de los constructores de túmulos en América del Norte. Fueron *sus descendientes* quienes formaron estas civilizaciones, lo que es un punto de vista muy diferente. De hecho, a pesar de los conocimientos científicos notables sobre estas civilizaciones, incluso en tiempos de Cayce, las lecturas suelen expresarse en unos términos que indican que no hablaba de las civilizaciones que conocemos históricamente. Con raras excepciones, su Yucatán es pre-maya, y su Perú es pre-inca.

Vamos a ver ahora qué es concretamente lo que dijo Cayce. Lo compararemos con las opiniones científicas que prevalecían en su propia época, y con los últimos descubrimientos científicos.

Cayce habló de migraciones procedentes de la Atlántida en las épocas de cada una de las destrucciones, y sobre todo en la de la destrucción definitiva. Estas migraciones se dirigieron a las tierras que rodeaban a la Atlántida, entre ellas el continente americano, Europa y Egipto:

Se encontrarán vestigios de esta civilización perdida en los Pirineos y en Marruecos, por un lado; en Honduras Británica, en Yucatán y en América, por el otro (núm. 364-3, 16 de febrero de 1932).

De allí (...) asentamientos en el Yucatán, en Luzón, en lo que sería la tierra inca, en la tierra de América del Norte, y en lo que después se llamaría la tierra de los constructores de túmulos, en Ohio (núm. 1215-4, 4 de junio de 1937).

La entidad era una de aquellas que navegaron hacia la tierra de Egipto, pero que llegaron a los Pirineos, y a lo que ahora son las tierras de Portugal, Francia y España. Y todavía se pueden ver en los acantilados de caliza de Calais las señales que dejaron los seguidores de la entidad... (núm. 315-4, 18 de junio de 1934).

Estudiaremos, en primer lugar, las emigraciones al Nuevo Mundo; después, las emigraciones a Europa, y en el capítulo siguiente nos dirigiremos a Egipto. Las lecturas de Cayce indicaban las fechas exactas de las emigraciones de la Atlántida: el 50772 a. C. (núm. 262-39, 21 de febrero de 1933); el 28000 a. C. (núm. 470-22, 5 de julio de 1938); y una serie de fechas entre el 10000 y el 11000 a. C. en muchas lecturas que hablaban de la destrucción definitiva. Hemos visto que existe cierta base científica para creer que se produjeron grandes cambios geológicos hacia esas fechas. ¿Existen pruebas de que existieran hombres hace tanto tiempo en el continente americano, y de que se produjeran grandes migraciones en las épocas que indica Cayce?

La arqueología en tiempos de Cayce

La corriente oficialista de la arqueología estadounidense en los años 20 estaba dirigida por el doctor Ales Hrdlička, director del Museo Nacional de los Estados Unidos en la Institución Smithsonian de Washington, D. C. La postura de Hrdlička era que los seres humanos habían llegado hacía relativamente poco tiempo a América del Norte, hacía 2.000 o 3.000 años a lo sumo. Se creía que los hombres habían llegado de Asia en barco, a través del estrecho de Bering,

mucho después del deshielo de los glaciares. Se creía que los indios americanos tenían un origen completamente mongol, a pesar de las grandes diferencias de tipo físico que señalaron muchos de los primeros exploradores. Las ideas de Hrdlička se impusieron durante tres décadas, según el arqueólogo Jesse Jennings en su libro *Prehistory of North America* («Prehistoria de América del Norte»), y los estudiosos estadounidenses no se planteaban seriamente la posibilidad de que los asentamientos humanos en el continente americano fueran más antiguos. De hecho, no se encontraba prueba alguna que contradijera esta opinión.

Mientras tanto, las lecturas de Cayce decían lo siguiente en 1923: «... encontramos a la entidad en aquel hermoso país de Alta, mejor llamado Poseidia (...) Esto lo encontramos casi diez mil años antes de la venida del Príncipe de la Paz» (núm. 288-1, 20 de noviembre de 1923); y, en 1925: «... nos encontramos a la entidad en la región de llanuras de lo que ahora es el norte y el oeste de Arizona, cuando las gentes gobernaban ese país por el gobierno de los colonos del país de la Atlántida» (núm. 4211-1, 16 de junio de 1925).

El primer desafío serio al punto de vista de Hrdlička se presentó en 1926, tres años *después* de que Cayce citara por primera vez la fecha del 10000 a. C., y muy cerca del lugar donde se había hablado de una colonización atlántida. Cerca del pueblo de Folsom, en el Estado de Nuevo México, un vaquero llamado George McJunkin encontró puntas de lanza junto a los huesos de unos grandes bisontes que se habían extinguido hacia el 8000 a. C. Otros arqueólogos realizaron hallazgos similares, y pronto estas puntas de Folsom demostraron que habían vivido hombres en América del Norte antes del 1000 a. C. Pero Hrdlička todavía mantenía su postura en 1928.

En 1932, otro descubrimiento realizado cerca de Clovis, Nuevo México, confirmó la antigüedad del ser humano en América del Norte. Las puntas de lanza de Clovis, más antiguas que las de Folsom, indicaban que habían existido allí seres humanos en fecha tan antigua como la del 10000 a. C. Su ruta más probable era a través del estrecho de Bering, esta vez a través del puente terrestre que quedó entre Siberia y Alaska al bajar el nivel del mar con la glaciación. La aceptación de estas fechas se produjo casi diez años después, y cente-

nares de lecturas más tarde de que Cayce dijera por primera vez que habían emigrado gentes de la Atlántida en el 10000 a. C. Pero no se reconoció a Cayce el mérito de haber inspirado este cambio de opinión, a pesar del hecho de que en por lo menos seis lecturas anteriores a 1934 había citado la misma fecha del 10000 a. C. para las emigraciones de la Atlántida a América. Es probable que fueran pocos los arqueólogos que hubieran oído hablar siquiera de las lecturas de Cayce.

Antes de los tiempos de Cayce, las teorías sobre el origen de los tipos raciales del Nuevo Mundo se basaban en puras especulaciones. Las ideas populares proponían orígenes que iban desde los atlantes hasta los vikingos, pasando por los judíos. En la comunidad científica dominaban las ideas de Hrdlička de un origen exclusivamente asiático. Pero, en 1933, las opiniones estaban cambiando. Ernest Hooton, de la Universidad de Harvard, señaló que si bien los indios tienen una serie de características homogéneas, difieren mucho en otras. Hooton señaló en 1940, en un capítulo del libro *The Maya and Their Neighbors* («Los mayas y sus vecinos»), que los esqueletos mayas encontrados en un pozo de Chichén Itzá, en el Yucatán, no diferían mucho de esqueletos encontrados en el Oriente Medio, en el Viejo Mundo, y que no eran muy mongoloides. La diferencia podía explicarse por la diferenciación de un tipo único que llegó al Nuevo Mundo (es decir, el tipo mongoloide), o por la perpetuación de variedades existentes entre diversos grupos primitivos de inmigrantes (esto concordaría con el relato de la Atlántida según Cayce, así como con otras explicaciones). W. W. Howells, de la Universidad de Winsconsin, retomaba esta idea en otro capítulo del mismo libro, y opinaba que el grueso de los indicios indicaban que el tipo racial era fundamentalmente asiático. Pero señalaba que, sobre todo entre los indios del este de los Estados Unidos, los indicios también indican afinidades con el tipo racial blanco. Así, todavía en vida de Cayce, las opiniones habían empezado a variar.

En los años siguientes, hasta la muerte de Cayce en 1945 y después de aquella fecha, numerosos hallazgos fechados entre el 10000 y el 9000 a. C. convencieron a la mayoría de los arqueólogos de que habían llegado gentes al Nuevo Mundo en ese periodo y se habían

dispersado rápidamente. Aunque estas fechas coincidían de cerca con las de Cayce, no se habían encontrado restos más antiguos que confirmasen los relatos de Cayce sobre emigraciones más antiguas; y no se planteó seriamente la posibilidad de la Atlántida como lugar de origen humano.

Las pruebas actuales

Los métodos modernos de datación, además de las excavaciones constantes, nos han llevado a una visión completamente nueva de la ocupación humana primitiva del Nuevo Mundo. Sólo podremos resumir aquí una pequeña parte de las pruebas principales.

Antes de los años 70, o incluso hasta los 80 para algunos, se consideraba que las puntas de lanza de Clovis eran las pruebas más antiguas de la existencia de seres humanos en el Nuevo Mundo. Ahora se han fechado de manera fiable en el 12000 antes del presente (10000 a. C.) ¿De dónde procedían las gentes que fabricaron las puntas de Clovis? La idea más aceptada es la de que llegaron a Alaska a través del estrecho de Bering, cruzando un puente terrestre que existía en una época en que el nivel del mar había descendido a causa de la glaciación. El clima de aquella región era inhóspito, pero no se apreciaba ninguna otra posible vía de acceso al Nuevo Mundo, y se sabía que el puente terrestre estaba abierto hace 12.000 años.

La teoría más popular era la de Paul Martin, que propuso que los seres humanos habrían entrado en el Nuevo Mundo emigrando de Asia a través del estrecho de Bering, hacia el 10000 a. C., y su población había aumentado rápidamente, provocando la extinción de los grandes animales que vagaban por América en aquella época. Ésta fue la hipótesis llamada «de las matanzas excesivas». Se basa en la observación de que, en el mismo periodo, nos encontramos con un incremento pronunciado del número de asentamientos humanos y con una caída pronunciada de la población de animales grandes. Las lecturas de Cayce apoyan en cierto grado la idea de que los hombres habían planificado la extinción de los animales grandes, pero también dicen que el cambio climático fue responsable en gran medida

de la extinción más antigua, próxima al 50000 a. C. (núm. 5249-1, 12 de junio de 1944). Esta teoría del cambio climático también recibe cierto apoyo científico, y el debate entre Martin y otros autores sobre si fueron los seres humanos o el clima los que aceleraron las extinciones prosigue en un libro titulado *Quaternary Extinctions: A Prehistoric Revolution* («Las extinciones del cuaternario: una revolución prehistórica»). Con todo, todavía en 1970 eran pocos los que discutían la fecha del 10000 a. C. para la primera llegada de los hombres a América del Norte.

En 1976, esta barrera del 10000 a. C. empezaba a resquebrajarse. Richard S. MacNeish, director del Museo Peabody de Arqueología en Massachusetts, escribió un artículo en la revista *American Scientist* en el que resumía los diversos hallazgos más antiguos que se habían descubierto recientemente, que llegaban hasta el extremo sur de América del Sur. Esto daba a entender que habían entrado gentes en el Nuevo Mundo hace más de 12.000 años. El problema era que, en una gran parte de ese tiempo, no existía un puente terrestre en el estrecho de Bering. Jesse Jennings señala en *Prehistory of North America* que la única época anterior en que el estrecho de Bering pudo estar sobre el agua fue en la época central de la última glaciación (hacia el 28000 a. C.), o antes de que empezara siquiera la última glaciación (hacia el 70000 a. C.). ¿Cómo llegaron los hombres al Nuevo Mundo *por primera vez*, si no fue a través del estrecho de Bering? La respuesta que ofrecen las lecturas de Cayce es, por supuesto, que emigraron desde la Atlántida: desde el este, y no desde el oeste.

¿Existen pruebas científicas de que pudieran llegar gentes a través del Atlántico, quizás incluso procedentes de la Atlántida? La opinión de la mayoría es que esta posibilidad es poco probable, pues existen muchos indicios de que algunos pueblos, como los esquimales, han atravesado el estrecho de Bering en época reciente. Pero cada vez se ha hecho más difícil encontrar puentes terrestres en las fechas anteriores necesarios para explicar los numerosos hallazgos antiguos. En 1963, el antropólogo E. F. Greenman propuso una idea mucho más consistente con la explicación basada en la Atlántida.

Greenman, catedrático de antropología de la Universidad de Michigan, proponía, en un artículo publicado en la revista *Current*

Anthropology, que los hombres habían llegado de Europa al Nuevo Mundo en barco. Encontraba muchas semejanzas culturales entre los pueblos de la Edad de Piedra en Europa y en América del Norte. En su imponente catálogo de semejanzas se contaban tanto obras de arte como útiles de piedra, tales como puntas de lanza. Aquí nos encontramos con pruebas de la difusión de tecnología a través del Atlántico, exactamente en el periodo indicado por Cayce. No se trata de alta tecnología maya ni egipcia, sino de útiles sencillos de piedra. Con todo, para los pueblos paleolíticos se trató de una revolución cultural. Esta tecnología pudo ser la única que sobreviviese tras las emigraciones de una civilización que se derrumbaba. Cayce señaló a los Pirineos como otro de los lugares a los que huyeron los atlantes, y ésta y otras regiones de Europa son las fuentes de los paralelismos de Greenman. Estos indicios son mucho más consistentes con Cayce que con los paralelismos de Donnelly entre los mayas y los egipcios. Por supuesto, Greenman no habla de la Atlántida; la suposición que le parece más probable es la de viajes en barco, quizás por el borde de los hielos; pero los indicios concuerdan sin duda con la hipótesis de la Atlántida.

El mejor indicio de que existían personas en el Nuevo Mundo en la época de la primera destrucción de la Atlántida es el número elevado de yacimientos arqueológicos importantes, y el hecho de que cada año se encuentran y se fechan más. Las fechas más antiguas siguen siendo muy polémicas, pero se aceptan algunas fechas anteriores a los 12.000 años antes del presente. En el artículo de MacNeish se resumen los yacimientos descubiertos antes de 1976, y un libro editado por el antropólogo Richard Shutler en 1983 actualiza esta información con todavía más yacimientos. Jeffrey Goodman, en su libro *American Genesis*, publicado en 1981, presenta una visión divulgativa que intenta demostrar que el hombre moderno apareció en América *antes* que en otras partes del mundo. Puede que no tuviera pleno éxito en su intento, pero sí proporciona un resumen detallado de los vestigios de los antiguos habitantes humanos de América. Como suele suceder con todos los intentos de encajar los indicios parapsicológicos con la arqueología, la labor de Goodman ha sufrido las críticas de los escépticos. Los antropólogos Marshall McKusick,

en la revista *Archaeology*, y Ken Feder, en *Skeptical Inquirer*, han atacado todo el concepto de la arqueología parapsicológica, con especial atención a los libros de Goodman y a las lecturas de Cayce. El lector tendrá que juzgar por su cuenta cuáles son las fuentes que presentan el punto de vista más razonable.

Un yacimiento que los arqueólogos opinan que ha sido fechado de manera válida es la cueva de Pikimachay, en el Ayacucho, Perú. En numerosas lecturas de Cayce se hablaba del Perú como destino de los atlantes en las primeras destrucciones. Richard MacNeish ha fechado estratos que contienen útiles humanos en el 14500 antes del presente; los útiles se encontraron asociados a muchos huesos de mamíferos ya extinguidos. MacNeish opina que los seres humanos probablemente ocuparon la zona hace veinte mil años, por lo menos.

Uno de los mejores yacimientos de América del Norte es el abrigo rocoso de Meadowcroft, en el sur del Estado de Pensilvania. Al excavar las profundidades del abrigo, el equipo de arqueólogos dirigidos por James Adovasio, de la Universidad de Pittsburgh, encontró más de 400 útiles de piedra de un estrato fechado en 15.000 años antes del presente según los restos de carbón de una hoguera. Entre ellos figuraban útiles delgados como hojas de cuchillo, semejantes a los que se encuentran en los yacimientos europeos del hombre de Cro-Magnon. En un nivel todavía más profundo se fechó por carbono 14 un posible resto de cestería de hace más de 17.000 años. El trabajo de Adovasio se publicó en *American Antiquity* en 1977.

En un descubrimiento todavía más reciente, presentado por Bruce Bower en *Science News* en 1986, un abrigo rocoso de Brasil llamado Pedra Furada se ha fechado por el carbono 14 en 32.000 años antes del presente. Un hogar en el abrigo, fechado en el 17000 antes del presente contiene una roca que tiene pintadas dos líneas, lo que da a entender que el arte rupestre se inició en el continente americano hacia la misma época en que apareció en Europa y en África. Las paredes y el techo de Pedra Furada todavía están cubiertas de pinturas prehistóricas.

Otros yacimientos más discutidos hacen pensar en fechas más antiguas todavía. El yacimiento de Hueyatlaco, en México, puede tener hasta 250.000 años de antigüedad. Virginia Steen-McIntyre, del

Servicio de Prospección Geológica de los Estados Unidos, demostró en 1981 que los estratos que contenían útiles humanos tenían 250.000 años de antigüedad. A los arqueólogos les resultó difícil aceptar una fecha tan elevada, pues era diez veces más antigua que cualquier otra fecha propuesta en el continente americano. El debate sigue en marcha en la revista *Quaternary Research*.

Más antiguo todavía, y más polémico, es el yacimiento de Calico Hills, en California, excavado por Louis Leakey (revista *Science*, 1970). Leakey calculó a los útiles de piedra encontrados en el yacimiento de Calico Hills una antigüedad de hasta 500.000 años. Esta idea resultaba inconcebible para los demás arqueólogos, que pronto propusieron la explicación alternativa de que los útiles de piedra no eran más que piedras esculpidas de forma natural por los agentes de la naturaleza. Vance Haynes, de la Universidad de Arizona, ha sido uno de los principales propugnadores de la teoría de los útiles geológicos naturales, y ésta es actualmente la opinión más generalizada (*Science*, 1973). Leakey murió poco después de excavar el yacimiento, sin poder seguir con el debate. El yacimiento sigue siendo polémico, pero, como sucede con el yacimiento de Hueyatenco, la polémica la mantienen los arqueólogos oficialistas entre sí, y no es un enfrentamiento entre la ciencia y el ocultismo.

Para el relato de Cayce, los indicios son muy consistentes. Una explosión demográfica importante, combinada con un desplazamiento de los polos, un cambio climático y la extinción de grandes animales, se produjo hace aproximadamente 12.000 años, en la época de la emigración definitiva de la Atlántida. Los vestigios de asentamientos humanos anteriores a esta fecha no sólo existen en el suroeste de los Estados Unidos, donde se habían descubierto en tiempos de Cayce; algunos de los restos más antiguos se han encontrado en México, en América del Sur y en el este de los Estados Unidos (oeste de Pensilvania), otras regiones que Cayce indicó como destino de las emigraciones de la Atlántida. La conclusión a la que llegó Richard Shutler en 1983 fue que el avance reciente más significativo de toda la arqueología humana antigua es el hecho de que ahora podamos situar la fecha mínima de la primera ocupación de América del Norte en el 20000 antes del presente, por lo menos, con la posibilidad de que sucediera

hasta en el 50000 antes del presente. Los arqueólogos de tiempos de Cayce no se habrían planteado siquiera la posibilidad de buscar a seres humanos antiguos en esas zonas o según esa cronología. La cuestión de si los primeros americanos atravesaron el estrecho de Bering o vinieron de la Atlántida todavía no tiene respuesta; pero las afirmaciones de Cayce, y sobre todo sus fechas, ya no están fuera, ni mucho menos, del reino de la ciencia como lo estaban en sus tiempos.

¿Qué sucedió a los atlantes tras su huida de la Atlántida? Las respuestas de Cayce no apoyan mucho las opiniones de Donnelly ni las de los ocultistas, cuando se toman literalmente, pero concuerdan con algunos hallazgos científicos recientes.

Emigraciones al Yucatán

Cuarenta y una lecturas de Cayce hablan de la región del Yucatán, en América Central, relacionándola en la mayoría de los casos con las emigraciones de la Atlántida. Cuando se pidió a Cayce que ofreciera una disertación histórica sobre el origen y el desarrollo de la civilización maya, Cayce respondió: «Sí. Al presentar una relación de la civilización en esta parte concreta del mundo, deberá recordarse que ha existido más de una, y que se encontrará más de una cuando avancen las investigaciones (...) volveríamos la mirada a 10.600 años antes de que el Príncipe de la Paz llegase a la tierra prometida» (núm. 5750-1, 12 de noviembre de 1933). La lectura prosigue con una descripción de los inicios de una civilización en el Yucatán, que más tarde llegaría a ser la civilización maya.

Otras lecturas hablan también del Yucatán. «... La entidad estaba en la tierra que ahora se conoce o se llama la tierra Poseidia, o de la Atlántida, durante los periodos en que se estaba disgregando, y entonces los hijos de la Ley del Uno (a los que pertenecía la entidad) viajaron de aquella tierra a partes de lo que ahora es la tierra del Yucatán» (núm. 2073-2, 12 de abril de 1940). «Pero la entidad era uno de aquellos que fueron enviados a lo que después sería, o es ahora, la tierra del Yucatán, de la experiencia maya» (núm. 1599-1, 29 de mayo de 1938).

Así, las lecturas de Cayce no hablan del desarrollo final del pueblo maya, sino de sus orígenes pre-mayas del 10600 a. C. ¿Tenían sentido las lecturas según los conocimientos arqueológicos sobre los mayas en tiempos de Cayce? En los años 30, la arqueología maya había avanzado mucho desde mediados del siglo XIX, a pesar de que seguían siendo populares los libros como el de Donnelly. Los exploradores habían descubierto una gran parte de la civilización maya, entre ella los tres «libros» que habían sobrevivido a los españoles, las altas pirámides, los enormes monumentos, e incluso las canchas de un deporte parecido al baloncesto.

La traducción de LePlongeon del libro maya al que se llama *Troano Codex*, en la que se hablaba de Mu (que fue la «prueba» en que se basaron los relatos de Donnelly y de Churchward) estaba completamente desprestigiada, y ya se conocía el significado de cerca de un tercio de los símbolos de la escritura maya. Sylvanus Morley, célebre experto en la lengua maya, escribió en 1940 que dos arqueólogos, Erns Forstemann y G. T. Goodman, habían demostrado de forma convincente, en sendos trabajos independientes realizados antes del año 1900, que el *Dresden Codex* era un tratado de astrología basado en el Sol, en la Luna y en Venus. Estaba claro que la lengua maya no tenía ningún parecido con el griego, como había afirmado Donnelly.

En tiempos de Cayce todavía se desconocían los orígenes de los que procedían los mayas. El arqueólogo A. L. Krober resumió el estado de la arqueología maya en 1940, basándose en datos recogidos en la época en que Cayce realizaba sus lecturas:

Actualmente es un hecho aceptado de forma general que en aquellas regiones donde hemos sido capaces de descifrar las secuencias arqueológicas completas, como en algunas partes de México y en el suroeste de nuestro propio país, éstas nos llevan hasta hace 2.000 años, pero no más atrás. Las ideas anteriores, que situaban en el segundo milenio a. C. las primeras etapas descubiertas, parece que ya no se sostienen. También en el Perú, aunque todavía nos falta una cronología absoluta, las estimaciones más conservadoras tienden a situar todo el transcurso de los hechos conocidos después del comienzo de la era cristiana. (*The Maya and Their Neighbors*).

Alfred Kidder, otro notable arqueólogo, dijo que todavía se perdían en la antigüedad los factores primitivos y fundamentales del origen de los mayas. Hizo notar que la creencia en un héroe blanco y barbudo (Quetzalcóatl para los aztecas, Kukulcán para los mayas, Bochica para los chibchas de Colombia, y seguramente también Viracocha para los indios peruanos) era una idea ampliamente difundida, pero que resultaba imposible situar su origen en una región determinada. Donnelly había utilizado la creencia en este héroe/dios blanco como prueba de la existencia de la Atlántida, pero esa explicación ya no se aceptaba en tiempos de Cayce, ni se acepta ahora.

Si Cayce intentó apoyar las teorías de Donnelly, la verdad es que no se aproximó siquiera a las cronologías aceptadas en su época.

¿En qué sentido han variado nuestros conocimientos sobre los mayas desde los tiempos de Cayce? ¿Han dado mayor o menor verosimilitud a las lecturas los descubrimientos científicos? También aquí las técnicas modernas de datación, junto con las excavaciones extensas, han revelado muchas cosas acerca de la historia de los mayas. En este caso, aparecen pocas cosas que confirmen directamente a Cayce, pues sólo han aparecido algunos yacimientos que pudieran ser muy antiguos, como el de Hueyatenco. Las lecturas hablan de un periodo de tiempo muy anterior a los grandes monumentos mayas que hacen volar la fantasía de los lectores no especializados. Pero, por lo menos, lo que dicen las lecturas no está en desacuerdo con los hallazgos de la arqueología.

Gordon Willey, en un capítulo del libro *Social Progress in Maya History* («Progreso social en la historia maya»), publicado en 1977, presentaba los avances realizados en la arqueología maya desde 1940. En 1977, la fecha más antigua de los antiguos mayas preclásicos se había retrasado al 2000 a. C. La primera construcción de grandes centros de ceremonias se emprendió después del 300 a. C. La civilización clásica floreció entre el 300 y el 900 d. C. Cuando llegaron los españoles de Cortés en 1541, los mayas llevaban mucho tiempo de decadencia. Un artículo más reciente de Willey, publicado en 1982 en la revista *Science*, cita vestigios recogidos por Richard MacNeish que demostrarían la existencia de habitantes más antiguos, pre-mayas, en fecha tan antigua como el 9000 a. C. Ya no se cree que

los mayas apareciesen como tal pueblo. Además, estos vestigios se descubrieron en Belice (antes Honduras Británica), en la parte sur de la península del Yucatán, región de la que se habló específicamente en la lectura número 364-3, en 1932. Aunque se produjeron importantes migraciones de entrada y salida de la región, ya es posible seguir la pista de los pre-mayas casi hasta la época indicada por Cayce.

Podemos encontrar nuevas pruebas de consistencia de la cronología de Cayce en su descripción del clima: «Más que ser una región tropical, era más bien templada...» (núm. 5750-1, 12 de noviembre de 1933). Nuestro conocimiento de la climatología de la región hacia el 10000 a. C. confirma esta afirmación. Los glaciares todavía se estaban desheliando, y toda América del Norte era notablemente más fría que en nuestro tiempo.

Hasta aquí hemos presentado indicios indirectos de la consistencia y de la posibilidad del relato de Cayce. Pero las lecturas contienen una pista que puede confirmar el relato de Cayce sobre la misma Atlántida, así como sobre los mayas. Habló de un templo enterrado lleno de registros históricos, donde se encontraría información sobre la construcción de la «piedra de fuego» o del «gran cristal»: «En el Yucatán se encuentra el símbolo de ésta (de la piedra de fuego). Dejemos esto claro, pues así será más fácil encontrarlo. Pues lo traerán a esta América, a estos Estados Unidos. Encontramos que una parte será llevada al Museo Estatal de Pensilvania. Una parte será llevada al lugar de Washington donde se conservan estos hallazgos, o a Chicago» (núm. 440-5, 19 de diciembre de 1933). Cuando le preguntaron: «¿Quién está realizando esta labor en el Yucatán?», la lectura dijo: «¿Sería enviado a un lugar distinto del de los mismos que la realizaban?»

¿Se ha encontrado algo? Muchos han deseado que Cayce se hubiera expresado con mayor claridad en algunas de sus lecturas. Efectivamente, se realizaron expediciones a la región cuando Cayce realizó la lectura en 1933, pero identificar un único artículo cuya descripción no conocemos es todo un desafío.

Por desgracia, las lecturas no detallaron la índole del artículo, ni el lugar exacto donde se llevaría. «A Chicago»: puede tratarse del

Museo Field de Historia Natural de Chicago, o a cualquier otro lugar de esa gran ciudad. «El lugar de Washington donde se conservan esos hallazgos» será seguramente el museo Smithsonian, pero existen otras colecciones arqueológicas en Washington.

Tampoco queda claro cuál es el «Museo Estatal de Pensilvania», pues existen varias posibilidades. Muchos supusieron que Cayce se refería al museo de la Universidad de Pensilvania. Jeffrey Goodman, en su libro *Psychic Archeology* («Arqueología parapsicológica»), intentó localizar la referencia de Cayce. Descubrió que, en 1933, el museo de la Universidad estaba realizando excavaciones, efectivamente, en el yacimiento de Piedras Negras, en Guatemala. Los informes sobre los descubrimientos tenían mucho en común con la descripción de Cayce; se encontraron superposiciones de varios periodos diferentes, y el investigador jefe, el doctor Linton Satterthwaite, dijo que «estaba tentado de considerar que se encontraba ante una mezcla de estilos mayas y no mayas». ¿Era éste el yacimiento que describió Cayce? Quizás, pero en la biblioteca de la Asociación para la Investigación y la Iluminación se encuentran fotografías y un catálogo del Museo Memorial William Penn, de Harrisburg, en las que aparecen otras excavaciones arqueológicas realizadas en el Yucatán, por personas que no han sido identificadas, en los años 30. Este museo se llamó *antiguamente* Museo Estatal de Pensilvania. Pero todavía no se ha encontrado nada que parezca ser el símbolo de la piedra de fuego.

Emigraciones al Perú

Cayce realizó setenta y tres lecturas en las que se hablaba de encarnaciones en el Perú, desde antes de la destrucción de la Atlántida hasta la conquista de los incas por los españoles. Parece que los periodos históricos son consistentes en las lecturas: ¡no mezcla a los españoles con los atlantes! Sus incas, como sus mayas, llegan mucho después de la destrucción de la Atlántida. Antes de los atlantes, el Perú estaba habitado por unas gentes llamadas los ohlms o los ohums: «En la anterior a ésta, nos la encontramos en aquella tierra

llamada peruana, durante el periodo de los ohlms, antes de que llegaran los incas y los pueblos de la tierra de Poseidia» (núm. 1916-5, 19 de enero de 1931). «En la experiencia, la entidad era una sacerdotisa, en aquellas interpretaciones de lo que luego se llamarían los incas, las tribus perdidas, los pueblos de la tierra atlántida, los pueblos que viajaron al oeste desde las actividades en la tierra de Lemuria» (núm. 1159-1, 5 de mayo de 1936).

¿Qué sabemos acerca de los incas y de sus orígenes? La antropóloga Loren McIntyre describió su civilización en un libro publicado por *National Geographic* en 1975. Los incas como tales no son muy antiguos. El primer emperador inca, Pachacuti, empezó a conquistar su imperio hacia el 1438 de nuestra era. Cuando el imperio inca alcanzó su máxima extensión, abarcaba unos 4.000 kilómetros: su extensión era semejante a la del Imperio Romano. En 1532, el español Francisco Pizarro capturó al inca Atahualpa; con ello destruyó el imperio en la cúspide de su poderío.

Los que nos interesan aquí son los predecesores de los incas. Richard MacNeish, del que hemos hablado antes en relación a las fechas antiguas, ha publicado en *Scientific American* un estudio sobre los pueblos primitivos del Perú. El valle del Ayacucho, a gran altura entre los Andes peruanos, contiene indicios de ocupación humana en una secuencia ininterrumpida que cubre todos los milenios entre el 20000 a. C. y el 1500 de nuestra era. Se encuentra la progresión desde los antiguos cazadores, pasando por los agricultores, hasta los súbditos del imperio. En las profundidades de una cueva, MacNeish encontró una colección de útiles de piedra bastante rudimentarios, a la que llamó «el complejo de Paccaicasa», por el nombre de una aldea cercana. Las gentes que fabricaron estos útiles característicos ocuparon el valle de Ayacucho desde hace 22.000 hasta hace unos 13.000 años. ¿Eran éstos los ohlms? Los útiles de piedra no pueden aportarnos la riqueza de detalles que necesitamos para validar por completo las lecturas de Cayce, pero volvemos a encontrarnos con que a las afirmaciones de Cayce sobre los predecesores de los incas no les falta cierto apoyo científico.

Las lecturas hablan también de fechas posteriores en la historia del Perú, pero todavía anteriores a la llegada de los españoles: «... en

aquella tierra que ahora puede llamarse peruana, durante aquellos periodos en que hubo las persecuciones; no las de los españoles, muy posteriores, sino las que surgieron como consecuencia de la ruptura de la reunión con los de la tierra maya o del Yucatán» (núm. 1637-1, 12 de julio de 1938).

Incluso en tiempos de Cayce se admitía que los mayas habían penetrado en América del Sur, y que se habían mantenido importantes intercambios culturales. Samuel Lothrop estudió en 1940 las diferentes opiniones sobre cuáles rasgos culturales se habían intercambiado exactamente. Algunos autores (Lothrop cita el ejemplo de Max Uhle) opinaban que *todas* las manifestaciones de la cultura andina procedían de América Central, en gran parte como consecuencia de una emigración. Sin duda es razonable suponer que uno de los resultados del contacto cultural fue la persecución por los invasores del Yucatán, como dijo Cayce.

Las lecturas hablan también de una destrucción del Perú antes de la destrucción de la Atlántida, en una época en que los ohlms representaban la civilización: «En la (vida) anterior a ésta nos encontramos en los tiempos de los pueblos que llegaban de las aguas de las regiones sumergidas de la parte sur de lo que ahora es el Perú...» (núm. 470-2, 15 de mayo de 1925). «En la (vida) anterior a ésta, nos encontramos en el país que ahora es el Perú, cuando las gentes fueron destruidas por el hundimiento de la tierra. La entidad era entonces de los que eran más próximos al gobernante en el gobierno de los ohlm» (núm. 2903-1, 26 de junio de 1925).

Como hemos visto, los geólogos no son partidarios en general de las teorías que hablan de hundimientos catastróficos de tierras. Pero, sorprendentemente, sí existen algunos indicios de hundimientos profundos junto a la costa del Perú, e incluso algunas posibles ruinas sumergidas. El doctor Robert Menzies, director del programa oceanográfico de la Universidad Duke, anunció en el diario *New York Times*, del 17 de abril de 1966, y en la revista *Science World*, del 15 de abril de 1966, que había descubierto columnas de piedra tallada sobre una llanura cenagosa a 2.800 metros de profundidad, junto a la costa del Perú. Menzies y sus compañeros estaban buscando neoplías, un molusco marino que es uno de los «fósiles vivientes» más

antiguos. Sus dragados encontraron algunos ejemplares, pero sus cámaras de fotografía submarina mostraron indicios fotográficos de la existencia de las columnas, cubiertas de lo que parecía ser algún tipo de escritura. Se atribuyen a Menzies las palabras siguientes: «La idea de una ciudad sumergida en el Pacífico parece increíble; los indicios que hemos encontrado hasta el momento plantean la posibilidad de uno de los descubrimientos más interesantes de todo el siglo.» No hemos encontrado ningún informe que confirme o refute este descubrimiento, y resulta difícil determinar si los científicos lo llegaron a tomar en serio. Desde luego, fue un investigador respetable quien lo realizó.

Emigraciones a América del Norte

Las lecturas de Cayce hablan de seres humanos en América del Norte en fecha tan temprana como la de hace 10 millones de años. Las pruebas científicas más antiguas que se han encontrado hasta la fecha, las de Leakey en Calico Hills, se remontan hasta quizás 500.000 años, pero no se han aceptado plenamente. La mayoría de las lecturas hablan de migraciones muy posteriores, durante la época de las destrucciones atlántidas.

El problema más arduo que plantea el concepto de las emigraciones atlántidas desde el punto de vista de los antropólogos es que la mayoría de los vestigios indican que la población americana nativa descendería de inmigrantes que atravesaron el estrecho de Bering. A pesar de sus paralelismos culturales con Europa, como los que señaló Greenman, parece que los indios americanos están más emparentados genéticamente con los asiáticos. ¿Qué consecuencias tiene esto sobre el relato de Cayce?

Las lecturas reconocen una mezcla compleja de inmigrantes en América: «... la entidad estaba en la tierra de su natalicio actual (Nebraska) durante los periodos en que se realizaron actividades de separación de las gentes del sur de las que llegaban de las tierras occidentales o de las islas del mar» (núm. 3179-1, 26 de agosto de 1943).

Robert Wauchope, en *Lost Tribes and Sunken Continents*, ha estudiado extensamente todas las teorías «delirantes» sobre los orígenes de los indios americanos. Mucho antes de Cayce, desde el siglo XVIII, se popularizaron muchas teorías fantásticas. Es difícil evitar que nos cataloguen como tales por el mero hecho de mencionar el tema. Está claro que al público de Cayce le resultarían familiares algunas de estas ideas. ¿Existe algún tipo de base que apoye la idea de que los indios americanos pudieron tener un origen múltiple; que no sólo llegaron a través del estrecho de Bering, sino también de África, de Europa, o incluso de la Atlántida? Parece que estas especulaciones se reflejan en las lecturas de Cayce, en las que se habla de las tribus perdidas y se atribuye un origen atlántido al pueblo de los constructores de túmulos: «La entidad era uno de los primeros de la segunda generación de atlantes que se abrieron camino penosamente hacia el norte desde el Yucatán, para asentarse en una tierra que ahora forma parte de Kentucky, Indiana, Ohio; era uno de los de aquel periodo antiguo llamado de los constructores de túmulos» (núm. 3528-1, 20 de diciembre de 1943).

Los constructores de túmulos, nombre que se aplica de manera genérica a unas culturas que los arqueólogos llaman de Adena, de Hopewell y del Misisipí, eran los habitantes del este y del medio oeste de los Estados Unidos entre el 1000 a. C. aproximadamente y el 1673 d. C., cuando llegaron los primeros exploradores franceses. Los «túmulos» son grandes montones de tierra, que se solían utilizar para los enterramientos. El más famoso es el túmulo de Cahokia, en Illinois, de 30 metros de altura. Los primeros exploradores consideraron que las construcciones de tierra de los constructores de túmulos, aunque no son tan impresionantes como las pirámides del Yucatán, estaban por encima de las posibilidades de los «primitivos» indios locales. Robert Silverberg, en su libro *The Mound Builders* («Los constructores de túmulos») repasa las muchas teorías caprichosas que se habían formulado sobre sus orígenes, entre ellas la de que habían sido los atlantes, o incluso los vikingos daneses, quienes habían construido los túmulos. Las dataciones por el carbono 14 han demostrado que los túmulos fueron construidos por los antepasados inmediatos de los indios americanos, e incluso que algunos de ellos fue-

ron contruidos después de la llegada de los europeos. Pero esto no resuelve el problema del *origen* de los constructores de túmulos. ¿Cuánto tiempo llevaban allí, y de dónde habían llegado?

Las lecturas de Cayce no nos dicen que los constructores de túmulos fueran atlantes, sino sus descendientes. En un yacimiento llamado Koster, en Illinois, se encuentran restos de los pueblos que llegarían a convertirse en los constructores de túmulos, y nos encontramos con vestigios de una cultura sofisticada que casi se remonta hasta la época de los atlantes de Cayce.

El antropólogo Stuart Streuver, de la Universidad Northwestern, que dirigía las excavaciones en el yacimiento, se quedó maravillado al descubrir estrato tras estrato de antiguas ocupaciones humanas, de más de 9 metros de grosor total y que se remontaban a 9.000 años de antigüedad. Antes de este descubrimiento, se suponía que los indios americanos habían sido durante la mayor parte de su historia cazadores y recolectores primitivos y nómadas. Pero, en Koster, Streuver encontró restos de edificios de construcción avanzada, quizás con muros enyesados, con miles de años de antigüedad. Los constructores de los célebres túmulos no fueron la primera cultura avanzada de la región; simplemente, fueron la más visible. Según Streuver, existieron seres humanos en la región ya en el 9500 a. C. Cree que los constructores de túmulos, posteriores, descendían de estos inmigrantes anteriores, pues los esqueletos más tardíos encontrados en Koster se parecen mucho a los más antiguos. Estos indicios tienden a refutar las tesis de Donnelly, pero apoyan las de Cayce. Si bien alguna influencia cultural posterior procedente de América Central influyó sobre la construcción de los túmulos en épocas posteriores, los primeros colonos bien pudieron pertenecer a «la segunda generación de Atlantes».

¿Se ha encontrado alguna prueba que pueda apoyar a Cayce demostrando que estos primeros antepasados de los constructores de túmulos llegaron del sur, y no del oeste después de cruzar el estrecho de Bering? Uno de los indicios más interesantes que concuerdan con el relato de Cayce sobre los atlantes en América del Norte procede de la lingüística. Las lecturas habían dicho: «La entidad estaba entonces entre los pueblos indios iroqueses; los de noble cuna, los que eran descendientes puros de los atlantes» (núm. 1219-1, 13 de julio de 1936).

Un estudio lingüístico reciente, publicado en 1985 en la revista *Quaternary Research* por Richard Rogers, antropólogo de la Universidad de Kansas, indica que, antes del año 18000 antes del presente, cuando los glaciares cubrían gran parte de América del Norte, ya existía en el sureste una población lingüísticamente diferente. Cuando los glaciares se deshelaron, cerca de la fecha de la destrucción definitiva de la Atlántida de Cayce, aquellas gentes emigraron hacia el norte. Su familia lingüística, la algonquina, es diferente de la de las lenguas del oeste. La iroquesa, otra familia de lenguas orientales, tampoco está relacionada con las lenguas del oeste. El artículo no se plantea la teoría de la Atlántida, pero por lo menos demuestra que los indios americanos no descienden de una población única que atravesara el estrecho de Bering en el 10000 a. C.

Una vez más, los datos científicos dejan a Cayce en relativamente buen lugar. Sea cual fuere su origen, parece que estas gentes llegaron a la región en una época que concuerda con la cronología de Cayce, y que acabaron por convertirse en los constructores de túmulos. Durante miles de años, su cultura tuvo un nivel superior a lo que nadie había creído posible. Estas pruebas no confirman directamente los orígenes atlantes, pero concuerdan con dicha teoría.

¿Descienden los indios americanos de alguna raza que no sea asiática? La respuesta no es sencilla. Aunque se dispusiera de indicios de más de una aportación racial, podrían explicarse propugnando oleadas sucesivas de inmigraciones a través del estrecho de Bering. En algunas de estas inmigraciones pudieron figurar antepasados de los caucasianos modernos, que hubieran atravesado Asia.

El propio Cayce plantea uno de los problemas adicionales que se encuentran a la hora de buscar la influencia atlántida sobre las tribus indias americanas: las migraciones transatlánticas posteriores. Las lecturas hablan de «tribus perdidas». Una de las teorías populares, que la mayoría de los antropólogos no tomaron en serio, era que los indios americanos eran descendientes de las «tribus perdidas de Israel», capturadas en el siglo VIII a. C. por el rey de Asiria. Una teoría de este tipo procede del Libro de Mormón. Los mormones creen en otras dos emigraciones de judíos a América.

Cayce no concretó lo que quería decir cuando hablaba de las tri-

bus perdidas. Aunque no existe ningún científico moderno que crea que los judíos fueron literalmente los principales antepasados de los indios americanos, existen algunas pruebas de contactos transatlánticos. Los científicos siguen debatiendo las importancias de estos contactos, o si es necesario creer en ellos para explicar los paralelismos culturales.

Thor Heyerdahl es uno de los principales defensores de la difusión transatlántica. Heyerdahl es un explorador noruego que ha atravesado los océanos navegando en embarcaciones primitivas para demostrar que los pueblos antiguos también pudieron hacerlo. En 1970 navegó desde el norte de África hasta el Caribe en el *Ra II*. El *Ra II* era un barco de juncos, semejante a los que se utilizan tanto en África como en el lago Titicaca, en América del Sur. En su libro *El hombre primitivo y los mares*, Heyerdahl recuerda la historia del pensamiento difusionista, y presenta una lista de rasgos culturales cuya mejor explicación considera que es la difusión. Entre ellos se cuentan algunos de los paralelismos de Donnelly; pero Heyerdahl opina que se deben a contactos a través del océano, y no a la Atlántida. Pero concuerdan con las lecturas de Cayce, que describen una época

...durante aquel periodo al que llamaríamos 3.000 años antes de la venida del Príncipe de la Paz, aquellos pueblos que pertenecían a las tribus perdidas, una parte de ellos llegó a aquella tierra.

(P-1) ¿Cómo llegó a este país la tribu perdida?

(R-1) En barcos (núm. 5750-1, 12 de noviembre de 1933).

Heyerdahl hace notar que poco después del 3000 a. C. tuvo lugar una actividad cultural excepcional en el Mediterráneo oriental; nuevas dinastías tomaron el poder en Mesopotamia y en Egipto y se desarrollaron civilizaciones locales avanzadas. Relaciona este hecho con el año cero del antiguo calendario maya, equivalente al 3113 a. C., y sugiere que esto es una prueba de los contactos transatlánticos.

Ivan Van Sertima es otro difusionista. En su libro *They Came Before Columbus* («Llegaron antes de Colón») también propone que algunas «tribus» de África pudieron llegar a América Central en barco. Entre las pruebas que presenta se cuentan esculturas olmecas

de piedra y numerosos relieves mayas que muestran rasgos negroides y semíticos. Una gran parte de las pruebas de Van Sertima proceden de los trabajos de Alexander von Wuthenau, catedrático de Historia del Arte Mexicano en la Universidad de las Américas, en México D. F. En sus treinta y cinco años de trabajo recopiló centenares de ejemplos de otros grupos étnicos en el arte maya.

Estas visiones difusionistas no pertenecen a la corriente oficialista de la arqueología. La mayor parte del trabajo antropológico realizado sobre las características raciales de los indios americanos del norte se han ocupado de la mitad occidental del continente y de la costa del Pacífico. Está claro que los esquimales y los nativos del noroeste de los Estados Unidos y de Canadá son inmigrantes asiáticos relativamente recientes. Christy Turner ha demostrado, basándose en la anatomía dental, que también existe un importante componente asiático entre los indios de América Central y del Sur. Quizás la primitiva aportación genética atlántida fuera absorbida por los inmigrantes asiáticos que llegaron más tarde. Pero no se han realizado muchos trabajos que pudieran apoyar el relato de Cayce. Será necesario que se realicen comparaciones a lo largo de la costa atlántica para poner a prueba verdaderamente las ideas de Cayce.

Las lecturas de Cayce son únicas en el sentido de que en ellas se dio cabida a las ideas difusionistas y a las atlántidas, en sus respectivas cronologías, y se ofrecieron fechas concretas mucho antes de que los arqueólogos conocieran dichas fechas. Si alguna de las dos corrientes llegará a ser compatible con la ciencia oficialista, es otra cuestión, pero parece que se ha sentado una base para ello. El debate ya se realiza a nivel científico, en vez de consistir en especulaciones ocultistas.

Emigraciones a Europa

Antes de que pasemos a presentar en detalle las expediciones realizadas a Egipto y a Bimini, repasemos brevemente las emigraciones a la costa oriental del Atlántico: la región europea próxima a los Pirineos, en Francia y en España. Como vimos anteriormente, Europa es

el continente donde se descubrió al hombre de Cro-Magnon, el primer hombre moderno anatómicamente. Esta aparición repentina de una cultura muy superior a la de los hombres de Neandertal ha sido citada por prácticamente todos los escritores que han hablado de la Atlántida desde Donnelly. ¿Sabemos algo más que nos permita confirmar o refutar las lecturas de Cayce?

La región del sur de Francia, España y Portugal, y más concretamente los montes Pirineos, en la frontera entre España y Francia, se cita en varias lecturas de Cayce como destino importante al que huyeron los atlantes. En algunas lecturas se habla de aquella región como etapa en el viaje a Egipto.

Otra lectura hablaba de los acantilados calizos de Calais (núm. 315-4, 18 de junio de 1934). Esta alusión es un ejemplo del tipo de discrepancias que aparecen a veces en las transcripciones de las lecturas de Cayce (que se tomaban al dictado) y que complican su estudio. Calais es un puerto francés bien conocido, pero no está cerca de los Pirineos. Gladys Davis Turner, que recogía las lecturas por estenotipia, pensó más tarde que quizás Cayce se refiriera a otro lugar. Un miembro francés de la A.R.E. señaló que existe en España una región próxima a Portugal y a los Pirineos llamada Galicia, y que los dos nombres se parecen. Galicia está en el norte de España, donde todas las demás lecturas de Cayce situaban a los atlantes emigrados, y tiene acantilados y terrenos montañosos. Calais, por su parte, tiene terrenos llanos, y está a 1.000 kilómetros de distancia, en Francia, junto al canal de la Mancha.

La zona del norte de España y de los Pirineos es bien conocida como rica fuente de hallazgos arqueológicos. Según el arqueólogo L. G. Straus, en un artículo publicado recientemente en la revista *Science* en el que resumía la prehistoria del norte de España, se considera que esta zona es una de las mejores fuentes de información sobre la evolución física y cultural del ser humano. Las investigaciones no han cesado desde la década de 1870, cuando M. Sanz de Sautuola descubrió las pinturas rupestres de la cueva de Altamira. ¡Casi todos los yacimientos conocidos procedentes de la época en que Cayce situó la Atlántida están en cuevas; los yacimientos al aire libre se han destruido o están enterrados a gran profundidad.

Se encuentran restos del hombre del Neandertal en varios yacimientos, y su presencia llega hasta hace 35.000 años. Existen pocos indicios de pinturas o artes decorativas en este periodo, y parece que la tecnología se limitaba a útiles muy sencillos de piedra y de hueso.

Hace unos 35.000 años empezaron a producirse cambios importantes, con la entrada del periodo llamado Paleolítico Superior y con la aparición de gentes anatómicamente modernas. Aunque la tecnología era todavía paleolítica, fue una época de desarrollo de la importancia de la tecnología, de la organización social y de la planificación. Los útiles se sofisticaron mucho. Existen pruebas sólidas de actividades humanas de construcción, fechadas en el 29000 antes del presente en un yacimiento llamado Cueva Morín, con una gran excavación, agujeros para postes, y tumbas con posibles ofrendas.

Las culturas bien fechadas del Paleolítico Superior tardío (la solutense, entre el 20500 y el 17000 antes del presente, y la magdaleniense, entre el 17000 y el 11000 antes del presente) manifiestan gran desarrollo, tanto del arte rupestre bien conocido como en las tecnologías especializadas, tales como el propulsor de lanzas y la flecha. Se han descubierto más de sesenta cuevas con pinturas rupestres en la región. También se desarrollaron usos avanzados del fuego.

La transición al Mesolítico, o Edad de la Piedra Media, tuvo lugar hace unos 11.000 años, hacia la fecha de la destrucción definitiva de la Atlántida. Como hemos visto en América del Norte, se produjeron grandes cambios climáticos, crecieron nuevos bosques y subió el nivel del mar. El Neolítico, periodo que solemos considerar que abre el camino a la civilización, con cerámica y con animales domésticos, empezó hace unos 5.000 años, mucho después del hundimiento de la Atlántida.

Es difícil pronunciarse a favor o en contra de la Atlántida basándonos en lo que sabemos sobre Europa. Por una parte, en las fechas que indica Cayce se produjeron grandes avances culturales en Europa que parece en muchos casos que llegaron desde el exterior. Las pruebas de Greenman de paralelismos culturales con América del Norte dan a entender la existencia de contactos transatlánticos. Por otra parte, del mismo modo que en América del Norte, éstas eran tecnologías de la Edad de Piedra, no las altas tecnologías de las que

hablaba Cayce. Quizás, lo único que sobrevivió a la destrucción de una civilización fueron los conocimientos básicos y la inteligencia, pero no los medios para reconstruir.

Hemos visto en este capítulo cómo geólogos y arqueólogos que no conocían en absoluto las lecturas de Cayce han llegado por su cuenta en muchos casos a descubrir indicios que las apoyan. Pero, dado que Cayce era considerado un vidente, sus lecturas no se tomaban como base para dirigir las investigaciones. Las lecturas han planteado muchas preguntas que simplemente se han quedado sin estudiar científicamente. Jamás se ha emprendido un estudio científico concertado para buscar las ruinas de la Atlántida en la dorsal medioatlántica. La mayor parte de los indicios que apoyan la posibilidad de la existencia de la Atlántida se han descubierto por casualidad, y los científicos tienen razón al afirmar que son ambiguos.

¿Qué haría falta para demostrar que Cayce tenía razón o que estaba equivocado? ¿Dónde tendrían los investigadores mejores posibilidades para encontrar pruebas de la existencia de la Atlántida? Las mismas preguntas se formularon en tiempos de Cayce, y las lecturas las contestaron de una manera muy concreta. Se encontrarían registros históricos de la Atlántida en tres lugares: en Egipto, en Bimini y en el Yucatán. Los oyentes de Cayce en los años 30 se perdieron la posibilidad de localizar las pruebas que procedían del Yucatán, cuando éstas fueron transportadas a los Estados Unidos. Pero en los dos capítulos siguientes seguiremos a los exploradores que, inspirados por las lecturas de Cayce, han llevado la búsqueda a Egipto y a Bimini, y que quizás puedan conducirnos hasta la Atlántida.

TERCERA PARTE

LA BÚSQUEDA DE PRUEBAS

LA BÚSQUEDA EN EGIPTO

El antiguo Egipto: la esfinge de Gizeh, la gran pirámide, los templos cubiertos de jeroglíficos... El tamaño mismo y la grandiosidad de estas estructuras enigmáticas producen asombro y estimulan el interés, inspirando preguntas tanto a los investigadores serios como a los profanos curiosos. ¿Quién las construyó? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué antigua cultura fue capaz de diseñarlas y de construirlas? Desde hace siglos, los arqueólogos han intentado dar respuesta a estas preguntas, que han suscitado teorías y opiniones contrapuestas, ninguna de las cuales resulta satisfactoria para todas las escuelas de pensamiento.

Pero, ¿qué tienen que ver las preguntas sobre Egipto y sobre sus maravillas arqueológicas con Edgar Cayce y con la Atlántida? Los relatos sobre la Atlántida y sobre Egipto aparecen entrelazados en las lecturas de Cayce. En las lecturas vitales en las que se citaba a la Atlántida, Cayce solía detallar a los que huyeron, los individuos en cuestión, durante la destrucción definitiva. Entre otras zonas, habló repetidamente de Egipto como de uno de los destinos principales de los atlantes en su huida. Las lecturas también dicen que una de las encarnaciones más importantes del propio Edgar Cayce fue un sacerdote y dirigente egipcio llamado Ra-Ta o Ta, que vivió en esta época. A muchas personas que recibían lecturas vitales se les dijo que se habían relacionado con él en aquella vida anterior. Por último, en estos textos aparecen diversas alusiones e indicaciones de que Egipto había sido un lugar de depósito de registros históricos: registros his-

tóricos de la Atlántida y del propio Egipto durante la época de Ra-Ta, que quizás se puedan encontrar algún día. También hablan una y otra vez de tumbas y de pirámides «que todavía no se han descubierto» en Egipto, y citan fechas concretas de la construcción de la pirámide de Gizeh.

Pero la historia de Egipto que presenta Cayce difiere en gran medida de las ideas vigentes de la egiptología. Los arqueólogos y los egiptólogos que intentan descifrar la historia de Egipto se han encontrado con una ardua tarea, por la escasez de los registros históricos, por las contradicciones entre las descripciones de los escritores antiguos, y por la destrucción total de la biblioteca de Alejandría, así como por el pillaje y la destrucción de los monumentos de Egipto y de sus textos. La labor de reconstruir los restos de este complicado mosaico es interesante y desalentadora al mismo tiempo. Pero las opiniones convencionales concuerdan en que las fechas que propone Cayce, el 10000 a. C. y otras anteriores, no se aproximan siquiera a las ideas actuales sobre la cronología de los reinados de los faraones. La mayoría de los estudiosos consideran que cualquier fecha anterior al 4000 a. C. debió corresponder a culturas primitivas de la Edad de Piedra. El egiptólogo Cyril Aldred* sitúa el comienzo de la I dinastía hacia el 3168 a. C., y atribuye la construcción de la gran pirámide de Gizeh a QuEops o Khufu, de la IV dinastía, hacia el 2700 a. C. ¿Es posible que se equivoquen los egiptólogos? ¿Es posible que algunas de esas grandes ruinas sean los restos de una cultura muy anterior, que jamás se imaginaran o se plantearan los egiptólogos modernos?

La Fundación Edgar Cayce (FEC), organización responsable de conservar las lecturas de Cayce y de recopilar pruebas que las confirmen o que las refuten, aceptó el desafío del antiguo Egipto. El objetivo de la intervención de la FEC en Egipto era doble: (1) determinar si los datos de Edgar Cayce sobre Egipto y la Atlántida pudieran ser válidos, y (2) descubrir caminos para conseguirlo, concediendo becas a estudiosos y patrocinando proyectos de investigación arqueológica en Egipto.

* Cyril Aldred, *Akhenaton, Faraón de Egipto*, Editorial Edaf, Madrid, 1989.

De este modo, algunos proyectos no estuvieron relacionados directamente con la búsqueda de las cámaras ocultas o de los registros históricos de que se habla en las lecturas. Se centraron en otros paralelismos posibles en estos datos, o fueron aportaciones valiosas por sí mismas a la egiptología.

Los trabajos de este tipo en Egipto no son nuevos; los estudiosos de la Biblia y los arqueólogos se enfrentan desde hace mucho tiempo a un problema semejante. Pues, según la Biblia, «Moisés era docto en la sabiduría de los egipcios» (Hechos de los Apóstoles 7, 22); y «sólo la sabiduría de Salomón superaba la de Egipto» (1 Reyes 4, 29-31). Pero en los textos egipcios no se conserva ninguna alusión a los personajes bíblicos Moisés y José, ni al relato del Éxodo ni a muchos otros hechos que componen la base histórica de las religiones judía y cristiana. Los arqueólogos no son capaces siquiera de determinar con precisión de qué faraones habla la Biblia en aquellos textos concretos. Pero la Biblia se apoya en muchas otras fuentes, y no cabe duda de que proseguirán las investigaciones con el propósito de validar arqueológicamente sus textos históricos.

El descubrimiento de Troya por Heinrich Schliemann en la década de 1870 es otro ejemplo. Schliemann tomó en serio los textos de Homero sobre Troya, se decidió a determinar con seguridad si Homero tenía razón y, a pesar de las burlas y de las risas de sus contemporáneos, desenterró uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de su época: ¡Troya! Su descubrimiento llegó a convertirse en una delicia para los arqueólogos, pero el hecho de que un mito se hiciera realidad obligó a reorganizar las ideas anteriores.

Pero las lecturas de Cayce son mucho más extrañas que la Biblia o que la historia de Troya, y los proyectos arqueológicos en que se pretende confirmar o rechazar un mito son excepcionales. La arqueología es la búsqueda de la historia humana, para comprendernos mejor a nosotros mismos y comprender nuestra cultura, pero ¿ponerse a buscar vestigios de una tierra legendaria, basándose en las informaciones de un vidente? La mayoría de los profesionales se echan atrás, incluso cuando se les plantea la cuestión científicamente.

Hace más de veinte años, la FEC empezó a sentar las bases de los trabajos de campo que más tarde llegaría a realizar en Egipto. Los puntos de interés eran la esfinge, la gran pirámide y la zona que los rodea, conocida como llanura de Gizeh. El impulsor de estas investigaciones fue el hijo mayor de Edgar Cayce, Hugh Lynn Cayce. Motivado por las lecturas parapsicológicas de su padre (en las que se describió sus vidas anteriores en la Atlántida y en Egipto), así como por su propio interés personal por la arqueología, dedicó su energía y su entusiasmo a poner en marcha investigaciones arqueológicas sólidas que pudieran validarlas. Esta labor sólo pudo realizarse gracias a la visión y a la energía de Hugh Lynn Cayce y al modo en que supo inspirar a jóvenes estudiosos y a patrocinadores que prestaron su colaboración monetaria.

Las investigaciones que emprendió en esta época la FEC son asombrosas de por sí; el hecho mismo de que sucedieran es igualmente extraordinario. Una gran parte de la historia no es una descripción de grandes descubrimientos, sino de la lucha por poder emprender siquiera las investigaciones. Aunque una parte del trabajo fue realizado por personas que estaban poco interesadas por los textos de Cayce, la mayor parte de las investigaciones se deben a la labor de personas que estaban dispuestas por lo menos a examinar la información de Cayce y a dar cabida a ideas que desafiaban a la egiptología tradicional. Organizaciones de buena reputación se manifestaron dispuestas a relacionarse con la FEC, una organización desconocida para ellos y a la que veían mal en un principio, porque advirtieron que el interés principal de la FEC era apoyar investigaciones sólidas que fueran relevantes para las lecturas de Cayce, sin preocuparse de si los resultados confirmaban o refutaban la validez de las lecturas. Las investigaciones han desvelado hasta la fecha algunas anomalías que podrían obligarnos a cambiar nuestras ideas sobre la historia egipcia. No han confirmado la validez de Cayce, y en algunos casos contradicen su relato; pero han generado resultados que son difíciles de reconciliar con las conclusiones tradicionales, y algunos proyectos han sido reconocidos por expertos como aportaciones significativas a la egiptología.

En la primera parte de este capítulo estudiaremos las lecturas de

Cayce que condujeron a estas investigaciones. En la segunda parte estudiaremos los proyectos de investigación en los que participó la FEC para determinar la validez de las lecturas. Para facilitar la lectura del capítulo, presentamos en la figura 5-1 un mapa de las grandes zonas arqueológicas de Egipto, y en la figura 5-2 un plano detallado de la llanura de Gizeh.

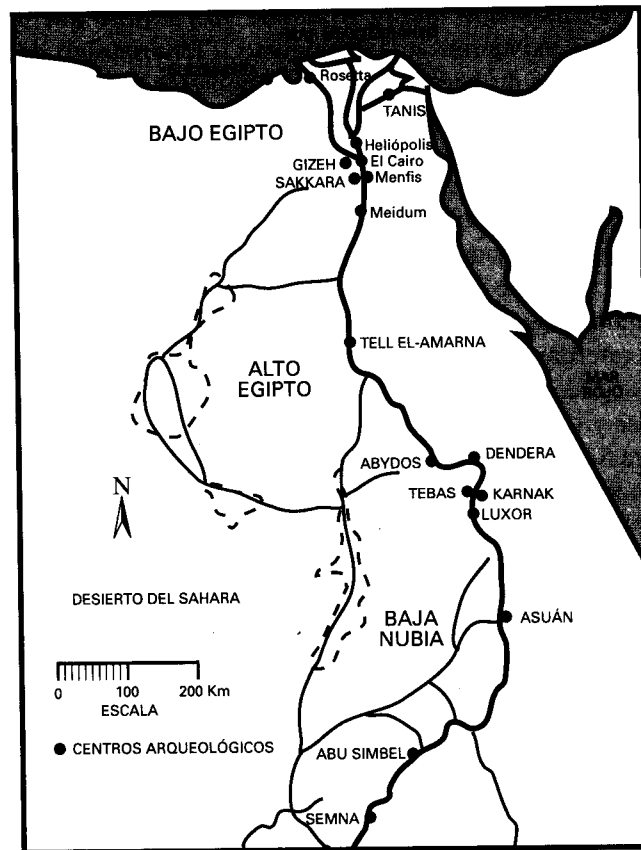


Figura 5-1. Mapa de Egipto, con sus principales centros arqueológicos.

¿REGISTROS HISTÓRICOS EN EGIPTO?

Desde tiempos inmemoriales, los seres humanos han intentado dejar un recuerdo de sus actividades: desde las leyendas y las inscripciones rudimentarias en las paredes de las cuevas, hasta nuestros modernos monumentos y bibliotecas. Los métodos han sido diferentes, pero el propósito ha sido el mismo. La esfinge y la gran pirámide de Gizeh son restos evidentes del intento por parte de los antiguos egipcios de dejar un recuerdo de sí mismos y de sus ideas. Supongamos por un momento que la Atlántida y el Egipto que describió Edgar Cayce existieron verdaderamente. ¿Tendría algo de extraño que los atlantes de hace 12.000 años hubieran querido conservar algún recuerdo de su cultura? ¿O que los egipcios hubieran querido hacer lo mismo? De hecho, si la sociedad atlántida estuvo tan avanzada tecnológicamente como se dice en el capítulo anterior, y si tenían acceso a conceptos filosóficos sobre el espíritu, la mente y la materia como los que se manejan en el capítulo anterior, sería casi ridículo suponer lo contrario.

Cuando hablamos de las estructuras de la llanura de Gizeh, ¿a qué nos referimos? Los extractos de las lecturas hablan de estructuras de primer orden, como la esfinge, la gran pirámide de Gizeh y otras pirámides y tumbas que todavía no se habían descubierto en la zona. La figura 5-1 ofrece una visión general rápida de las zonas arqueológicas importantes de Egipto. Gizeh está en el norte de Egipto, cerca del río Nilo. La figura 5-2 representa la llanura de Gizeh e indica las posiciones relativas de las pirámides y de los monumentos principales. La gran pirámide es la mayor de tres pirámides grandes. La esfinge está hacia el este, más próxima al río Nilo. La zona entre la esfinge y el río estaba más bien desocupada en tiempos de Cayce, pero hoy está ocupada por la aldea apiñada de Nazlet el-Samman. Alrededor de las tres grandes estructuras se encuentran otras muchas pirámides menores, tumbas y templos, muchos de ellos enterrados todavía bajo la arena.

¿En qué pasajes de las lecturas de Cayce se inspiraron las ideas sobre la existencia de registros históricos en Egipto? Como sucede con el relato de la Atlántida, se encuentran comentarios marginales

en las lecturas vitales individuales realizadas a lo largo de veinte años, así como algunas pocas lecturas dedicadas concretamente a los temas de la Atlántida y de Egipto.

En resumen, el relato de Cayce sobre Egipto hace remontarse la cultura egipcia activa hasta darle una antigüedad de casi 12.500 años, situándola hacia el 10500 a. C. Describe la primera sociedad y la primera cultura que se desarrollaron a partir de diversos influjos nomádi-

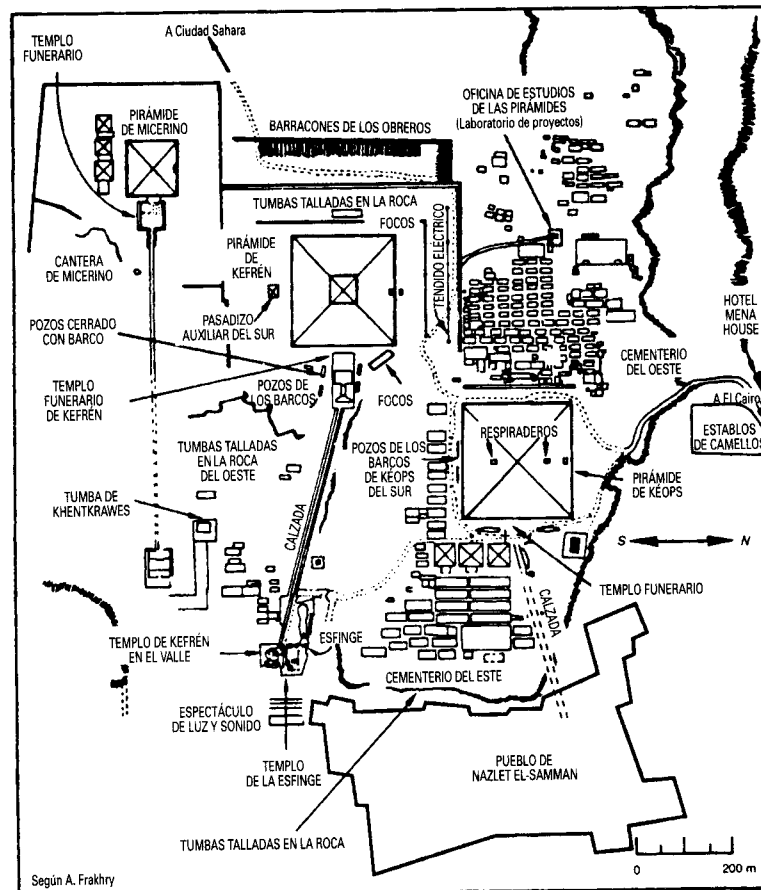


Figura 5-2. Mapa de la llanura de Gizeh, en Egipto.

cos de pueblos al valle del Nilo (llegados de los Cárpatos, en Asia, y de Arabia), que se asentaron junto a las gentes que ya moraban en Egipto y tomaron el control político. Algunas de estas lecturas indican incluso que esta cultura se dedicó activamente a sus propias investigaciones arqueológicas relacionadas con sociedades más antiguas...

Otra gran influencia externa sobre la cultura que describe Cayce es el influjo o inmigración a esta región antes y durante la destrucción definitiva de la Atlántida. Según los datos parapsicológicos de Cayce, las clases altas de la raza atlántida se parecían a los hombres modernos; hacían uso de las «cosas» menos desarrolladas como criados y para sus experimentos. En Egipto, consideraban a la mayoría de las personas como «siervos», por su desarrollo fisiológico y por su nivel cultural y tecnológico, que era bajísimo.

El relato de Egipto en estos textos se centra sobre el modo en que los atlantes se plantearon esta situación y pasaron a corregirla; el modo en que la cultura intentó establecer y mantener entre su pueblo una comprensión de las relaciones entre los seres humanos y las Fuerzas Creadoras; y lo que hicieron para legar a la posteridad un registro de sus conocimientos y de su historia. El relato de todas las agitaciones (políticas, raciales y espirituales) de Egipto que se describen en las lecturas, así como de su resolución final, se sale del alcance de este libro. (Una relación completa se encuentra en el opúsculo publicado por la A.R.E. titulado *The Egyptian Heritage* «La herencia de Egipto»; consúltense también directamente las lecturas de Cayce.) Aquí presentaremos una muestra de pasajes de las lecturas, en los que (1) se describen las emigraciones atlántidas a Egipto y la decisión de conservar registros históricos; (2) se da a entender que todavía se pueden encontrar en Egipto pirámides enterradas y tumbas; (3) se describe en detalle, al parecer, dónde se ocultan esos registros históricos, y (4) se ofrecen fechas exactas de la construcción de las estructuras de Egipto.

¿Qué dijeron exactamente las lecturas de Cayce sobre un influjo atlántido en Egipto en la época de la destrucción definitiva? ¿Qué comentarios dan a entender unas relaciones de la Atlántida con la cultura egipcia y una preocupación por conservar los registros históricos? Según Cayce, en la destrucción definitiva muchos atlantes

supieron que su tierra se estaba disgregando y huyeron hacia el este y hacia el oeste. Por ejemplo: «... en la tierra de la Atlántida, cuando se supo que pronto se iba a producir la destrucción de aquella tierra, y algunos individuos intentaron abandonar la tierra. La entidad era uno de los que marcharon a Egipto» (núm. 708-1, 25 de octubre de 1934). «... Hubo indicios y profecías de que la Atlántida se iba a disgregar, y Egipto fue elegido como uno de los lugares donde se debían depositar los registros de aquella actividad» (núm. 275-38, 16 de enero de 1934).

Para los atlantes, una preocupación de primer orden en su emigración a Egipto fue la conservación de los registros históricos y su depósito seguro tanto en la llanura de Gizeh como en otros lugares. Por ejemplo: «Antes de que la entidad estuviera en aquella tierra que ahora se llama Egipto, durante los periodos en que llegaban los de la tierra de la Atlántida trayendo consigo los registros» (núm. 764-1, 18 de diciembre de 1934). «... pues la entidad estaba al cuidado de los registros cuando las últimas gentes de la Atlántida viajaron a las diversas regiones del globo» (núm. 378-13, 14 de agosto de 1933).

¿Qué dijeron las lecturas sobre las tumbas y las cámaras que todavía no se habían descubierto o no se habían abierto en Egipto? Dan la impresión de que falta mucho por descubrir en Egipto:

... la entidad era uno de aquellos que fueron enterrados en la tumba, en una de aquellas que todavía no se han descubierto; pero está frente a la esfinge, y es el más próximo de los enterramientos en aquel montículo (núm. 1717-1, 25 de junio de 1930).

Muchos fueron los templos que se construyeron más tarde en las llanuras y que todavía no se han descubierto, próximos a la esfinge... (núm. 900-275, 22 de octubre de 1926).

... pues las pirámides posteriores, o las que no se han descubierto todavía (...) están entre la esfinge (o el Misterio) y el Nilo, o el río... (núm. 2124-3, 2 de octubre de 1931).

... la entidad construyó la primera de las pirámides que no se han descubierto todavía. (P-1) En relación con las pirámides no descubiertas de la tierra de Egipto, ¿cerca de qué lugar actual están esas pirámides?

(R-1) Entre lo que llaman el Misterio de los Tiempos y el río (núm. 2124-3, 2 de octubre de 1931).

Otros pasajes son más concretos, indicando que estas pirámides pueden llegar a descubrirse. Por lo menos una de estas cámaras o pirámides no descubiertas contiene registros históricos de la Atlántida, según Cayce: «La entidad era uno de aquellos que participaron en la construcción de algunos de aquellos edificios que todavía existen, y en la preparación del que todavía no se ha descubierto, el salón de los registros, donde pueden salir a la luz muchas cosas» (núm. 519-1, 20 de febrero de 1934).

Otra lectura ofrece mayores esperanzas de que este «salón de los registros» pueda descubrirse algún día: «... la entidad colaboró con aquellos que se dedicaban a preparar los registros, en una forma en la que se utilizaban en parte los caracteres antiguos de los egipcios antiguos o primitivos, y en parte los más modernos de los atlantes. Pueden llegar a encontrarse, sobre todo cuando se abra la casa o la tumba de los registros, dentro de algunos años» (núm. 2537-1, 17 de julio de 1941).

Esta lectura indica de manera general la situación del salón de los registros:

... las actividades o las verdades se inscribieron en tablillas y se colocaron junto a la entidad en la Tumba de los Registros.

(P-7) ¿Dónde están esas tablillas o registros de la experiencia egipcia que yo podría estudiar?

(R-7) En la Tumba de los Registros, como se ha dicho. Pues la tumba de la entidad formaba parte entonces del Salón de los Registros, que todavía no se ha descubierto. Está entre... o junto a la entrada de la esfinge al templo, o en la pirámide: en una pirámide propia, por supuesto (núm. 2329-3, 1 de mayo de 1941).

En otras lecturas se habla más concretamente de cámaras, pirámides y túneles subterráneos bajo las patas de la esfinge, y frente a la esfinge. Parece que existen dos puntos donde se encuentran registros históricos ocultos, uno de ellos en la base de la misma esfinge y el otro en una cámara a la que se puede acceder desde debajo de la esfinge. «Estos hallazgos y muchos otros, tal como se han indicado, se pueden encontrar en la base del antebrazo o pata izquierda de la

bestia tumbada; en la base de los cimientos. No en el canal subterráneo (que fue abierto por el monarca muchos años, siglos, después), sino en la verdadera base, en lo que en el habla de hoy llamaríamos la piedra angular» (núm. 953-24, 12 de junio de 1926). «... fue el primero que preparó los registros que todavía no se han descubierto, o todavía no se conocen, de aquellas actividades en la tierra de la Atlántida, para la conservación de los datos, que todavía no se han encontrado, en las cámaras del camino entre la esfinge y la pirámide de los registros» (núm. 1486-1, 26 de noviembre de 1937).

Otras dos lecturas indican con relativa precisión lugares donde se puede buscar el Salón de los Registros: «Su situación: al salir el sol de las aguas, la línea de la sombra (o de la luz) cae entre las patas de la esfinge, que más tarde se erigió como centinela o guardián, y no se podrá entrar por las cámaras de acceso desde la pata de la esfinge (la pata derecha) hasta que se haya cumplido el tiempo en que los cambios deben ser activos en esta esfera de la experiencia del hombre» (núm. 378-16, 29 de octubre de 1933). «Existe una cámara o pasadizo desde la pata delantera derecha hasta esta entrada de la cámara de los registros o tumba de los registros» (núm. 5748-6, 31 de julio de 1932).

La lectura siguiente parece indicar una relación o plan entre la esfinge y otras pirámides y edificios de la llanura de Gizeh: (P-6) «¿Qué función cumplió la entidad en relación con la construcción de la esfinge?» (R-6) «Cuando los monumentos se estaban reconstruyendo en la llanura de lo que ahora se llama la Pirámide de Gizeh, esta entidad construyó, preparó, los cimientos; es decir, los dirigió, calculó su situación geométrica en relación con los edificios que se erigieron comunicados con la esfinge. Y los datos relacionados con ellos pueden encontrarse en las cámaras de la base de la esfinge» (núm. 195-14, 18 de julio de 1925).

Estos pasajes nos indican una fecha de la construcción de la gran pirámide, así como de la construcción de la esfinge o de trabajos realizados en ella. También indican quiénes las construyeron:

(P-5) ¿En qué fechas se inició y se concluyó la construcción de la gran pirámide?

(R-5) Su construcción duró cien años. Se empezó y se completó en el periodo de tiempos de Araaraart, con Hermes y Ra.

(P-6) ¿Cuál es la fecha de ese periodo en años antes de Cristo?

(R-6) Entre 10.490 y 10.390 antes de que el Príncipe de la Paz entrase en Egipto (núm. 5748-6, 1 de julio de 1932).

Entonces, con Hermes y Ra (...) empezó la construcción de la que ahora se llama de Gizeh... (núm. 281-43, 8 de noviembre de 1939).

... Unos 10.500 años antes de la llegada de Cristo a la tierra, hubo aquel primer intento de restaurar y de añadir a lo que se había emprendido en lo que se llama la esfinge, y en el tesoro o almacén ante la misma, entre ella y el Nilo, donde se conservaban aquellos registros (núm. 5748-5, 30 de junio de 1932).

De las citas anteriores parece desprenderse que se podría excavar bajo las patas de la esfinge y encontrar allí una pirámide oculta. No resulta tan sencillo realizar estas exploraciones. La esfinge es un monumento nacional egipcio. Ponerse a excavar allí sería parecido a si alguien pidiera permiso para excavar en los cimientos del monumento a Washington o del monumento a Lincoln para determinar si existen galerías o cámaras ocultas.

Pero los pasajes tenían el suficiente interés como para inspirar unos preparativos para investigar en Egipto, que con el tiempo condujeron a exploraciones de alta tecnología, a excavaciones en ciertas zonas y a un examen a fondo de la esfinge.

Estas lecturas sobre Egipto son todas de 1941 o de años anteriores, en una época en que nadie tenía la posibilidad de organizar una expedición para buscar los registros. Egipto no era más que un sueño para las muchas personas a las que se dijo que habían vivido allí en vidas anteriores. Sólo en 1957 apareció una persona con la decisión y la energía necesarias para emprender la búsqueda.

1957: COMIENZA LA BÚSQUEDA

Los primeros trabajos de investigación realizados en Egipto se debieron a una estudiante aventurera y decidida. «Rhonda James»

(seudónimo por el que prefiere ser conocida) se interesó por Edgar Cayce, viajó a Virginia Beach y estudió allí muchas de las lecturas vitales que trataban del antiguo Egipto. Los textos en que se hablaba de registros situados cerca de la esfinge despertaron su curiosidad, y decidió investigar la posibilidad de que esta información se basara en hechos reales.

La FEC no disponía de dinero para financiar sus investigaciones, pero ella estaba decidida a ir. Cuando tenía veintisiete años de edad, una amiga suya y ella ahorraron el dinero suficiente para viajar hasta Egipto en un barco carguero, y en otoño de 1957 partían rumbo al El Cairo. Al recordar aquellos tiempos, Rhonda dice que la idea de que dos mujeres jóvenes marcharan a Egipto para intentar demostrar o refutar una parte de los datos de Cayce parece descabellada. Pero entonces a ellas les parecía muy natural. La investigación de campo en el lugar que citó Cayce parecía el único camino lógico a seguir si quería determinar la validez de la información y dar respuesta a sus propios interrogantes personales.

Aunque pueda parecer extraño, Rhonda acabó por conseguir permiso para perforar ocho orificios a unos tres metros de distancia, en la base de la esfinge. Utilizaron taladros manuales, y a unos dos metros y medio encontraron agua. A pesar de intentar todo lo que estaba en su mano en aquel momento, no descubrió cámaras ni pasadizos.

Rhonda volvió a sus estudios y más tarde se casó, pero no perdió su interés por Egipto. Resumió sus resultados en un informe de doce páginas, inédito, que presentó a la FEC. Sus observaciones fueron precursoras de otros trabajos más amplios realizados por otras personas, y su importancia se apreciará más adelante, en este mismo capítulo.

Rhonda habló con una persona que había acompañado al arqueólogo egipcio doctor Selim Hassan años antes, cuando éste dirigió las excavaciones más completas que se habían llevado a cabo en Gizeh hasta entonces. Cita en su informe a esta persona:

... había grandes bloques de piedra caliza en la parte trasera del cuerpo, donde comienza la cola. No se examinaron, sino que se cubrieron de ladrillos, ni se examinaron tampoco los otros bloques.

Al este de la esfinge, al otro lado de la carretera que llega hasta la gran pirámide, hay una pequeña colina de arena. (Se investigó la colina, pero la investigación no avanzó lo suficiente hacia el oeste.) Se encontraron algunas piedras calizas ennegrecidas, que parecían formar parte de una fachada almenada del Imperio Antiguo, que podían proceder de un templo pequeño. Dado que se suponía que existía una pirámide pequeña sobre el punto donde estaba la cámara de los registros, esto puede ser significativo o no serlo.

(En su resumen, dice:) Los indicios, aunque son leves y no decisivos, son prometedores. Los propios indicios visuales bastan como base que justificaría un examen a fondo de la esfinge, pues no disponemos de datos sobre ningún examen de este tipo. El doctor Selim Hassan, en su excavación, despejó de arena la esfinge y reparó las partes deterioradas, pero no retiró piedra alguna. No existe casi ninguna información contemporánea sobre la esfinge. A la cuestión de quién la construyó, o cuándo, se responde principalmente por conjeturas. Los almacenes en que se depositaba dicha información se solían colocar debajo de los templos, en la mayoría de los casos, de modo que es probable que se encuentre alguno bajo uno de los grandes bloques de piedra caliza que forman las patas. Tampoco se dispone de ningún estudio completo de la esfinge en sí misma. Esta obra de referencia se necesita, y constituiría una aportación valiosa a la egiptología.

1973-1976: ESTABLECIMIENTO DE RELACIONES CON INVESTIGADORES EN EGIPTO

«Es lo que dijo el castor al conejo, mientras contemplaban la inmensa presa Hoover: “No, no la construí yo en persona. Pero está inspirada en una idea mía”.» Esta frase de Charles H. Towne, galardonado con el premio Nobel, en la que se refiere al papel que desempeñó en el desarrollo de la tecnología del láser puede aplicarse con la misma justicia a la participación de la Fundación Edgar Cayce en las investigaciones en Egipto, como consecuencia de su primera actuación en 1973. La idea de este proyecto surgió de Hugh Lynn Cayce. La FEC, a través de sus patrocinadores financieros llenos de interés, advirtió las posibilidades a largo plazo de la idea de Hugh Lynn

Cayce, y aportó fondos para su puesta en práctica. El trabajo y la decisión de una persona llena de talento produjeron los resultados finales.

El primer proyecto que puso en marcha la FEC en Egipto con su apoyo financiero no fue una excavación arqueológica «de campo» o sobre el terreno. Fue una beca académica concedida a un estudiante para que asistiera a la Universidad Americana de El Cairo (AUC), además de un pequeño sueldo. Hugh Lynn Cayce tenía la esperanza de que una beca académica «sin condiciones», concedida a una persona a la que le interesase profundamente Egipto y la egiptología, podría tener ventajas mutuas para el estudiante y para la FEC. El estudiante podría graduarse en El Cairo y recoger experiencias de primera mano dentro de la comunidad académica, así como obtener experiencia en el trabajo de campo y establecer contactos en ese terreno. Para la FEC, ese apoyo podría generar una perspectiva realista sobre los trabajos de investigación en Egipto, establecer contactos y conducir con el tiempo a la participación en investigaciones en la región. El estudiante sería independiente de la FEC, pero su presencia en Egipto serviría de medio de contacto efectivo o canal por el cual la FEC podría desarrollar una participación a largo plazo en las actividades en el país.

La FEC costeó los estudios de su estudiante entre 1973 y 1976, y, por fin, la idea de Hugh Lynn Cayce y la financiación directa dieron los frutos esperados. El estudiante empezó a asistir a la AUC en un programa de «año en el extranjero», no de licenciatura; después pasó a realizar estudios de licenciatura y se licenció en 1976 con altas calificaciones. Después de su licenciatura, la FEC le subvencionó como becario de investigación en el departamento de antropología de la AUC durante varios años. Durante este periodo, el estudiante no sólo prosiguió con sus estudios académicos, sino que también estableció contactos con personas y con organizaciones bien conocidas por sus investigaciones en Egipto. Estos contactos permitieron a la FEC patrocinar investigaciones de campo, directamente en algunos casos y parcialmente en otros.

Aunque pueda parecer absurdo, a veces resulta difícil gastar dinero. Muchos estudiosos no quieren que se relacionen sus nombres

con el de una organización cuyo objetivo principal es conservar y estudiar la labor de un vidente. Muchas organizaciones no se atreven a aceptar dinero de tal organización, ni a que sus nombres se relacionen con el de ella. Fue el estudioso de la FEC quien estableció los contactos con personas y con organizaciones, y fue el reconocimiento de sus excelentes trabajos de campo y de su capacidad académica lo que le mereció el respeto hacia él y hacia la organización que le patrocinaba. Esto no se ganó en un día. Exigió cuatro años de trabajo, de paciencia y de colaboración.

No toda la labor de la FEC ni del estudioso se dirigía a las cuestiones planteadas por las lecturas de Cayce sobre la Atlántida y sobre Egipto. Durante este periodo, la FEC patrocinó excavaciones en Egipto que tenían interés propio. Esto permitió al estudioso adquirir una formación en el trabajo de campo y ganar experiencia. El patrocinio de estos proyectos también hizo crecer la credibilidad de la FEC a los ojos de los científicos y de las organizaciones de investigación, y ayudó a despejar el camino para trabajos posteriores.

El patrocinio por la FEC de las excavaciones de Nag-Hammadi, en Faw Quibli, Egipto, en 1976 y 1977, es un ejemplo de un proyecto de este tipo. Bajo los auspicios del Instituto de la Antigüedad y la Cristiandad, de Claremont, California, y bajo la dirección del doctor James Robinson, la Biblioteca Copta de El Cairo tradujo y publicó los cuarenta y dos manuscritos sobre el gnosticismo encontrados a finales de los 40 cerca del pueblo de Nag-Hammadi. Algunos conceptos que se encuentran en estos textos sobre los primeros cristianos concuerdan con los que aparecen en las lecturas de Edgar Cayce. La excavación de Nag-Hammadi empezó después de que se tradujeran y publicaran todos los textos, y se realizó en la zona donde se habían descubierto.

El patrocinio de estas expediciones permitió al estudioso de la FEC unirse a la expedición para adquirir una formación en el trabajo de campo de arqueología, así como para aumentar sus contactos para futuros proyectos comunes. También demostró el interés de la FEC por los proyectos arqueológicos que merecían la pena en Egipto.

1974 Y 1977: LA ARQUEOLOGÍA SIN PALA: LA APLICACIÓN DE LA TECNOLOGÍA MODERNA PARA DESCUBRIR EL PASADO

Durante mediados de los 70, dos proyectos que desembocaron en contactos y en investigaciones de campo por parte de la FEC fueron llevados por otros investigadores y patrocinados por la Fundación Nacional para la Ciencia. Como trabajo conjunto de la República Árabe de Egipto (Universidad Ain Shams) y los Estados Unidos (Instituto de Investigaciones de Stanford, SRI), los equipos de investigación exploraron las posibilidades de aplicación práctica de técnicas modernas a la investigación arqueológica de campo. En el proyecto de 1974 se aplicaron técnicas de radar con penetración en el terreno en las pirámides de Gizeh y en la necrópolis (zona de otros enterramientos) que las rodea. El propósito principal era encontrar anomalías en un yacimiento arqueológico que pudieran indicar la existencia de cámaras ocultas, sin dañar el terreno existente. La detección por medio de estas técnicas permitiría señalar con precisión los puntos que se debían investigar antes de empezar las excavaciones.

Por desgracia, los sondeos por radar en la zona de Gizeh no tuvieron éxito, por la gran porosidad de las rocas de la zona y por su baja calidad, y por las limitaciones de la tecnología disponible. Aunque esta técnica sólo se podía utilizar con éxito en zonas como el Sáhara, con arena seca y arrastrada por el viento, abrió el camino para otros trabajos realizados en los años 80, en los que sí se conseguiría localizar cámaras ocultas. Mientras tanto, los investigadores estudiaron otros métodos para investigar los grandes yacimientos egiptológicos cuyas rocas y cuyo terreno tuvieran estas características.

El proyecto de 1977 fue una consecuencia natural del fracaso de la tecnología del proyecto anterior (la del radar), y también fue patrocinado por la Fundación Nacional para la Ciencia. Fue una continuación del anterior, pero con nuevos instrumentos. Como anteriormente, el propósito era un intento creativo de aplicar la tecnología moderna a la arqueología de campo.

Pero el alcance de este proyecto era mucho más amplio. Se lleva-

ron a cabo investigaciones planificadas en seis notables centros arqueológicos de Egipto: Gizeh, Saquara, Dashur, Alejandría, Tanis y Tebas. En vez de aplicar una única técnica sensible (el radar en el proyecto de 1974), se utilizaron varias técnicas complementarias: (1) mediciones de resistividad eléctrica, (2) magnetometría, (3) fotografía aérea, y (4) imágenes térmicas por infrarrojos.

Las mediciones de resistividad eléctrica se realizan insertando varillas de metal en la tierra a intervalos regulares para medir la resistencia del terreno a una corriente eléctrica. La teoría dice que los espacios huecos o las cavidades presentarán una resistencia elevada al flujo de la corriente, y aparecerán como una anomalía en la gráfica de resistencias. Con este método, el SRI detectó cinco anomalías. ¡Dos de ellas estaban ante las patas de la esfinge! Por desgracia, la esfinge no era uno de los puntos que se habían pensado investigar; los estudios del terreno del SRI con mediciones de resistividad eléctrica se realizaron hacia el final del experimento, y no se pudo emprender un examen más detallado por falta de tiempo.

La cita siguiente del informe del SRI* dará una idea del estudio del terreno y de sus resultados:

Se observaron varias anomalías a raíz de nuestro estudio del terreno por resistividad en la esfinge. Se tomó una serie muy limitada de medidas por las limitaciones de tiempo del proyecto. Como resultado del estudio, el equipo descubrió cinco zonas de interés.

Tras las patas posteriores (extremo noroeste), realizamos dos mediciones transversales. Ambas mediciones transversales indican una anomalía que podría deberse a la existencia de un túnel que transcurriera del noroeste al sureste.

Se encuentra otra anomalía en el centro del lado sur, cerca de una cúpula cuadrada que, al parecer, se añadió en época romana. Esta anomalía se comprobó con dos mediciones transversales superpuestas. Cuando los electrodos se separaron dos metros con relación a la

* L. T. Dolphin, A. H. Moussa y otros autores, *Applications of Modern Sensing Techniques to Egyptology* (Menlo Park, California: SRI International, septiembre de 1977).

medición transversal anterior, el valor de la anomalía se redujo. Estos resultados son los típicos cuando existe un pozo vertical.

Existen dos anomalías ante las patas delanteras de la esfinge. La roca de fondo ante la esfinge está cubierta de losas de época romana, y el mal contacto eléctrico entre las losas y la roca de fondo producía cierto ruido en las mediciones transversales de resistividad. Pero se produce una anomalía en las mediciones con mucha separación de los electrodos, que da a entender la existencia de una cavidad o galería hasta a 10 metros de profundidad. La cavidad, si existe, seguramente está llena de escombros.

La roca de fondo en la zona que rodea a la esfinge parece ser de piedra caliza sólida, sin que se aprecien fisuras ni vetas de minerales, según su observación desde la superficie. Una hondonada poco profunda, de aproximadamente 30 centímetros de anchura, transcurre por el lado sur de la esfinge, en dirección del suroeste al nordeste.

Las anomalías de la resistividad que encontramos alrededor de la esfinge no están lo suficientemente definidas como para permitirnos llegar a conclusiones con certeza, y creemos que se debería realizar un estudio del terreno más detallado.

El informe del SRI recomendaba un estudio de resistividad eléctrica mucho más detallado en la zona de la esfinge para generar planos tridimensionales de las anomalías del subsuelo. También recomendaba el empleo de diversas técnicas para detectar anomalías, y la aplicación de la fotografía perforoscópica para comprobar las que ya se habían detectado antes de emprender la excavación en ninguna anomalía encontrada.

El proyecto del SRI fue importante para la FEC, no sólo porque detectó la existencia de posibles cavidades ocultas cerca de los lugares indicados por Edgar Cayce, sino también porque brindó al estudio de la FEC la oportunidad de relacionarse con personas del SRI y de documentarse más sobre las técnicas empleadas. La utilidad de estas técnicas quedó demostrada con el descubrimiento de otras anomalías, una de las cuales permitió encontrar una cámara en la que había un barco de madera cerca de la gran pirámide, y otras anomalías en Tebas, que no se investigaron hasta 1987.

1978: EL PROYECTO DE EXPLORACIÓN DE LA ESFINGE

El último proyecto del SRI prometía interesantes posibilidades, pero no aportó respuestas definitivas. El equipo descubrió numerosas anomalías, dignas de ser exploradas arqueológicamente, en las inmediaciones de determinadas estructuras, tanto en la llanura de Gizeh como en otros centros arqueológicos de Egipto, todo ello sin afectar significativamente al entorno.

Durante el año 1977, el estudioso de la FEC se reunió con el equipo del SRI a la vuelta de su primera temporada con la expedición de Nag-Hammadi. El estudio preliminar de resistividad eléctrica junto a la esfinge que describimos en el proyecto anterior surgió a consecuencia de las charlas entre ambos y sus sugerencias mutuas. Este estudio arrojó unos resultados alentadores, y la FEC empezó a patrocinar investigaciones en la esfinge.

La FEC y la SRI negociaron un contrato para llevar a cabo un estudio exhaustivo del terreno de todo el santuario de la esfinge (zanja tallada en la roca) y del templo de la esfinge, contiguo al santuario por el este. Al mismo tiempo que el SRI llevaba a cabo su estudio del terreno de la esfinge para el FEC, realizaba un programa semejante en la primera y segunda pirámides de Gizeh bajo contrato con un tercero. El trabajo de campo se realizó en los tres primeros meses del año 1978. El programa para el proyecto de la esfinge exigía un estudio de resistividad, con datos para cada metro cuadrado de toda la base de roca de fondo de la esfinge y de su templo; la confirmación de las anomalías por sondeos acústicos; el sondeo de precisión de las anomalías más notables, y la observación por perforoscopia de todas las cavidades. El último paso consistía en la observación directa con una cámara de perforoscopia que se hacía bajar por el orificio del sondeo. Cualquier elemento que se descubriera se podría observar en un monitor de televisión.

Según el *Informe Provisional - Proyecto de Exploración de la esfinge*, del SRI, la técnica de la resistividad eléctrica permite detectar los espacios vacíos, siempre que la profundidad de la cavidad sea inferior a aproximadamente entre tres y cinco veces su diámetro. También es sensible a las pequeñas cavidades próximas a la superfi-

cie, o a las cavidades grandes que son profundas. Una cavidad que estuviera abarrotada de escombros podría pasar desapercibida.

El estudio de resistividad puso de manifiesto numerosas anomalías, algunas de las cuales estaban relacionadas claramente con fallas que se apreciaban en la superficie. Las anomalías cuya causa no quedaba clara por las características visibles en la superficie se estudiaron más a fondo con sondeos acústicos, y se confirmaron en todos los casos. Pero después de llegar a cada una de ellas con un sondeo y observarla con el perforoscopio, todas ellas resultaron ser de origen natural.

El SRI opinó que era poco probable que se hubiera pasado por alto con este método algún túnel poco profundo, tumba o pasadizo próximo a la esfinge. A más de cuatro metros de profundidad, la certeza es mucho menor, debido a: (1) el nivel hidrostático del agua, (2) la falta de sensibilidad de los instrumentos para las cavidades profundas, (3) la posibilidad de que existieran cámaras o cavidades rellenas de escombros, y (4) el efecto enmascarador de las fallas y de las anomalías.

Por desgracia, no se sondearon todas las anomalías que se detectaron en la esfinge. Una nueva técnica de sondeos, que sólo se aplicó al final del proyecto, pareció muy prometedora. Esta técnica, llamada «acústica de inmersión», funcionaba basándose en el mismo principio general de los sondeos acústicos, pero con un transmisor más profundo que debía sumergirse en agua en el fondo de una perforación. Por medio de una potente carga eléctrica, el transmisor emitía ondas sonoras en todos los sentidos. El receptor se podía colocar en cualquier lugar, entre 20 y 30 metros de distancia; y si no se encontraba ningún «agujero» o fisura en la roca, se percibía en el receptor un golpe apagado. Si una cavidad bloqueaba el sonido, éste no llegaba al receptor. Los operadores podían determinar el tamaño y la forma de la cavidad moviendo el receptor.

Por medio de este instrumento, el SRI descubrió lo que calificó de «“zonas de sombra” muy significativas», o puntos ciegos, que indican la existencia de discontinuidades ocultas, subterráneas, tales como fisuras, en la roca de base entre el transmisor y el receptor. En sólo tres días de trabajo, el SRI descubrió varias zonas de sombra importantes. Algunas de ellas no habían aparecido en los estudios de resistividad

eléctrica. Un punto ciego significativo está situado bajo la cúpula que está junto a la esfinge, en su lado sur. Antes, el SRI había buscado electrónicamente un pozo en esa zona, sin haberlo encontrado. El sondeador de sombras indica que esta zona todavía es sospechosa. Pero no se encuentran fisuras visibles en la roca de la superficie cerca de este punto ciego, ni indicios de pasadizos rellenos.

El proyecto planteó más interrogantes de los que resolvió. Sólo cinco anomalías fueron comprobadas con el perforoscopio, y los puntos ciegos siguieron siendo un misterio; pero quedó claro que era preciso emprender con urgencia trabajos de restauración de la esfinge. Una limpieza a fondo de la esfinge desveló detalles que no se conocían, y se recomendó que se emprendiera su restauración antes de cinco años si se deseaba salvar el monumento.

El proyecto finalizó con una nota de frustración, porque algunas anomalías tuvieron que quedarse sin sondear. Quedaron preguntas sin respuesta en las mentes de muchos de los que habían intervenido en el proyecto; pero el coste de los equipos, del contrato y del personal, además de numerosos problemas internos, impidió llevar adelante las investigaciones.

1978-1982: EL PROYECTO DE LEVANTAMIENTO TOPOGRÁFICO DE LA ESFINGE Y EL ESTUDIO DEL DETERIORO DE LA PIEDRA

Aunque la esfinge de Gizeh es probablemente el símbolo más conocido de Egipto y de toda la Antigüedad, en 1979 todavía no se había estudiado a fondo ni se habían publicado planos suyos en gran escala. No se habían publicado los informes de la excavación más extensa de la esfinge, la de Baraize entre 1925 y 1936. Otras excavaciones anteriores y posteriores sólo habían aportado informes incompletos, o ninguno. El proyecto anterior de la FEC había indicado un grave deterioro de la esfinge, y había señalado la falta de informaciones sobre el monumento.

Reconociendo el valor de un estudio arqueológico y arquitectónico sistemático de la esfinge, el arqueólogo Mark Lehner presentó en

1979 una propuesta de realización de tal estudio al American Research Center in Egypt (Centro Americano de Investigaciones en Egipto). El ARCE se estableció en 1948 para continuar la labor del egiptólogo George A. Reisner en Gizeh y en Nubia; en 1962, amplió sus objetivos y sus fines y ahora es una organización de investigación en Egipto basada en un consorcio de universidades y de museos estadounidenses, con financiación pública y privada. El nuevo objetivo del ARCE fue «el estudio general de todas las fases de la historia egipcia e islámica, desde los tiempos más remotos». Ofrece una amplia gama de servicios, ajustados a las necesidades específicas de los individuos y de los grupos que trabajan en Egipto.

La propuesta de Mark Lehner exigía la realización de trabajos tanto en la esfinge como en el pequeño templo de Isis situado al pie de la gran pirámide. En éste, Auguste Mariette descubrió en 1858 la «estela del inventario», que dice que Khufu o Kéops, el supuesto constructor de la gran pirámide, se había encontrado el templo de Isis y la esfinge en ruinas y las había restaurado. Si prestamos crédito al texto, nos daría a entender que la esfinge es mucho más antigua de lo que afirma la cronología egipcia convencional. Fuera o no una falsificación la estela que encontró Mariette, el estudio del templo brindó oportunidades de comprobar ciertos aspectos cronológicos de la necrópolis de Gizeh.

El doctor Paul Walker, director por entonces del ARCE, apoyó la propuesta de Lehner. El doctor James Allen, egiptólogo y director adjunto del ARCE (en su centro de El Cairo), aceptó el cargo de director del proyecto, con Mark Lehner como director de campo. La propuesta fue aprobada por el comité de control del ARCE, y la Organización Egipcia de las Antigüedades (OEA) concedió el permiso pertinente para los trabajos. La FEC fue el principal patrocinador del proyecto de la esfinge del ARCE, con concesiones adicionales del Banco Nacional Chase de Egipto y de Franzhein Synergy.

En principio, el proyecto consistía en unos trabajos de campo en la esfinge, con instrumentos convencionales para el levantamiento topográfico y el estudio arqueológico. Pero el proyecto se amplió pronto, sus participantes se internacionalizaron, y las técnicas convencionales de medida se combinaron con la fotogrametría. La foto-

grametría es una técnica muy refinada para producir dibujos arquitectónicos de gran detalle, a escala, a partir de fotografías que se analizan muy cuidadosamente. En septiembre de 1979, el Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo se avino a facilitar el personal y el costoso material necesario para un estudio fotogramétrico de la esfinge, para producir planos de planta y de alzado de la esfinge con todos sus detalles estructurales. Más tarde, el doctor K. Lal Gauri, director del Laboratorio de Conservación de la Piedra, del departamento de Geología de la Universidad de Louisville, Kentucky, se unió al proyecto para realizar un diagnóstico de la esfinge y estudiar los posibles medios para su conservación. Con estas nuevas aportaciones, los fines del proyecto se ampliaron.

Dos arqueólogos británicos se unieron al proyecto en 1980 para trabajar en el templo de Isis. El doctor Jihan Ragai, químico egipcio de la AUC, se puso a analizar muestras de piedra y de argamasa antigua. La doctora Christianne Zivie, egiptóloga francesa especializada en la necrópolis de Gizeh y en el Imperio Nuevo, trabajó durante dos años en el proyecto.

Después de tres años de colaboración y de duro trabajo, entre 1979 y 1982, el proyecto consiguió los siguientes resultados: (1) una documentación arquitectónica completa de la esfinge, (2) un análisis geológico y un alzamiento topográfico de la zona de la esfinge, (3) un diagnóstico de las causas del deterioro de la esfinge, y (4) unos estudios preliminares con miras a la determinación del tratamiento adecuado para conservar la esfinge. Se dibujaron planos completos de la esfinge y de toda su zona, que comprende tres grandes templos antiguos situados ante la esfinge, y que se dibujaron con el mismo detalle. Los dibujos se facilitaron a la Organización Egipcia de las Antigüedades para sus trabajos de restauración.

A consecuencia del cuidadoso trabajo topográfico y de documentación, salió a la luz nueva información. En septiembre de 1980 se localizó un pasadizo que se adentraba bajo la parte trasera de la esfinge. Se había encontrado en 1926, en los trabajos de limpieza completa de la esfinge, y después se había tapado con ladrillos y cemento.

Un beneficio añadido del proyecto de la esfinge del ARCE fue la adquisición por el ARCE de doscientas fotos de archivo de la exca-

vacación de la esfinge de 1925 a 1936, para su reproducción y posible publicación futura. No se ha publicado ningún informe sobre estas excavaciones antiguas desde que tuvieron lugar, y las fotos son un registro gráfico mes a mes de los trabajos.

Estas fotos muestran que cuando se despejó por primera vez la esfinge en los años 20, los excavadores retiraron una gran parte de la sillería. Desmantelaron toda la sillería cuadrangular de la superficie y excavaron en el cuerpo, seguramente para buscar cámaras que se pensaba podrían estar ocultas por la sillería de la superficie. Parece que dos o tres fotos muestran una especie de cavidad en la parte norte de la zona media del cuerpo, y un hombre está de pie sobre un fondo de altura inferior al nivel del suelo en la cavidad. Otra muestra un claro orificio en la pata trasera del lado sur. Estos elementos volvieron a cubrirse con la sillería antigua y con cemento moderno. Este importante conjunto de fotos ha yacido olvidado todos estos años en un instituto de París.

Para el estudio del deterioro, K. Lal Gauri dividió la piedra de la esfinge en cuatro grandes componentes para su análisis: piedra de base, granito, piedra caliza y argamasa. Tras el análisis, llegó a la conclusión de que la causa principal del deterioro eran las sales hidrosolubles. Estas sales serían inofensivas sin agua; pero la subida del nivel hidrostático del agua, la humedad de la argamasa utilizada en restauraciones anteriores, y el tipo de piedra caliza utilizada en las reparaciones se convirtieron en factores principales de la erosión. Un dato interesante fue que el *duricrust*, un revestimiento natural de la superficie que impide la erosión y el deterioro, aparecía sobre la piedra caliza y la argamasa de las restauraciones anteriores a 1925-26; no aparece en la piedra caliza de las restauraciones posteriores, a causa del tipo de piedra y de argamasa que se utilizó.

Como consecuencia de este estudio intensivo, se publicaron diversos trabajos y publicaciones, muchos de ellos (como «Geological Study of the Sphinx» («Estudio geológico de la esfinge») por K. L. Gauri, *ARCE Newsletter*, 1984) dedicados a las directrices adecuadas para la restauración segura de la esfinge. El más reciente fue un trabajo presentado en la reunión anual de 1987 de la Sociedad Geológica de América (del 26 al 29 de octubre), titulado «Evolution

of Pore System and Its Influence upon Durability of Limestone at the Great Sphinx» («Evolución del sistema de poros y su influencia sobre la duración de la piedra caliza en la Gran esfinge»).

En 1982 se obtuvo el copyright de algunos de los planos para su publicación futura. Pero, hasta la fecha, el plan primitivo de publicar un atlas completo sobre la esfinge todavía no se ha cumplido. Un informe preliminar sobre este estudio se publicó en el *ARCE Newsletter* («Boletín del ARCE», 1980, núm. 112), y debemos esperar a que se realice pronto su publicación completa; sería un clásico de la egiptología.

DE 1982 A LA ACTUALIDAD: EL PROYECTO DE LEVANTAMIENTO TOPOGRÁFICO DE LA LLANURA DE GIZEH

El proyecto de levantamiento topográfico de la esfinge por el ARCE condujo a un proyecto más amplio de realización de un levantamiento topográfico de toda la necrópolis de Gizeh. Los estudios de la geología de la esfinge y de su alineamiento con otros monumentos de la llanura de Gizeh indicaban que los monumentos principales podían estar distribuidos según un plan maestro. Por ejemplo, durante el proyecto de levantamiento topográfico de la esfinge se realizaron varios descubrimientos poco comunes. Los egiptólogos ya habían llegado a la conclusión de que el templo de la esfinge estaba destinado al culto al sol. Se pensaba que las veinticuatro columnas de la columnata representaban las veinticuatro horas del día y de la noche. Parecía sorprendente que el eje del templo no apuntase a la esfinge, sino que pasase por su lado, hacia el lado sur de la segunda pirámide de Gizeh, la de Kefrén. Es el punto exacto donde se pone el sol en los equinoccios, cuando se contempla desde el santuario este del templo de la esfinge. La distribución arquitectónica del templo divide simbólicamente el día y el año en dos mitades iguales, y su eje apunta a la mitad astronómica del año. En el solsticio de verano, cuando el sol ha subido hasta el norte todo lo posible en el horizonte occidental, antes de empezar su viaje de vuelta hacia el sur, se pone a

mitad de camino entre las dos pirámides mayores de Gizeh, si se contempla desde este punto del templo de la esfinge.

¿Pudieron planificarse intencionadamente estos alineamientos y estas configuraciones? ¿Dispusieron los topógrafos antiguos las pirámides y establecieron las relaciones de toda la llanura?

Estas y otras alineaciones relacionadas con los grandes monumentos de Gizeh plantearon interrogantes e inspiraron el proyecto de levantamiento topográfico de la llanura de Gizeh. Del mismo modo que no había existido un mapa detallado, a gran escala, de la esfinge y del terreno que la rodeaba, tampoco existía un buen mapa a gran escala que incluyera todas las obras arquitectónicas antiguas además de la topografía de la llanura de Gizeh.

La financiación básica procedió de muchos patrocinadores, pero la FEC también contribuyó a este valioso proyecto. Como hemos visto, existen indicaciones en las lecturas de Cayce de que las estructuras de la llanura de Gizeh están relacionadas entre sí.

El proyecto sigue en marcha, y todos los estudios del terreno se completaron en dos temporadas de trabajo. Un informe sobre la marcha de los trabajos se publicó en el *ARCE Newsletter*, núm. 131, otoño de 1985.

El paso siguiente es el empleo de la fotografía aérea para trazar el mapa de la zona por medio de la fotogrametría. La tercera etapa del proyecto consistirá en excavar la zona del antiguo embarcadero y la aldea de los obreros en terrenos inexplorados al este y al sur de las pirámides. Las primeras actividades que surgieron del proyecto de levantamiento topográfico de la esfinge y de las primeras etapas del proyecto de levantamiento topográfico de la llanura de Gizeh se describieron en un artículo publicado en el número de abril de 1986 de la revista *Smithsonian*.

1978-1980: NUEVOS DESCUBRIMIENTOS CERCA DE LA ESFINGE

A pesar de la ambigüedad de los resultados del proyecto del SRI, una serie de descubrimientos fortuitos realizados por otros arqueólogos a finales de los 70 y principios de los 80 demostró que la zona

situada ante la esfinge de Gizeh, de la que habló Cayce, no se conoce bien ni mucho menos, y que existen posibilidades de muchos descubrimientos futuros.

Durante la primavera de 1978, Zahi Hawass, arqueólogo egipcio patrocinado por la Organización Egipcia de las Antigüedades, emprendió excavaciones al nordeste de la esfinge, junto al pueblo de Nazlet el-Samman. Las excavaciones descubrieron artículos romanos, del Imperio Nuevo y del Imperio Medio. Entre el 22 y el 24 de abril se realizó un hallazgo de primer orden: el descubrimiento de una tumba del Imperio Antiguo, tallada en la roca. Había sido desvalijada en la antigüedad, y contenía la fosa del enterramiento, así como relieves que representaban al difunto y a su mujer tallados en la roca de la tumba, y algunos jeroglíficos. Este descubrimiento da a entender que pueden encontrarse otras antigüedades importantes bajo el pueblo que rodea a la esfinge.

En 1980, el Ministerio de Riegos egipcio realizó sondeos para determinar el nivel hidrostático del agua cerca de las excavaciones de Zahi Hawass. En las excavaciones de Hawass se había encontrado la roca de base relativamente cerca de la superficie. Los sondeos hidrológicos se realizaron en septiembre de 1980, entre 15 y 20 metros al este de las excavaciones de Hawass (la figura 5-3 ilustra la situación relativa de los sondeos y la esfinge). Atravesó 16 metros de escombros blandos, no excavados, antes de llegar a una superficie sólida. Así, entre el yacimiento de Hawass y el lugar de los sondeos existe una cortadura de gran profundidad en el subsuelo. A la profundidad indicada, el taladro recogió un buen trozo de granito rojo. El granito rojo sólo se encuentra en estado natural en Asuán, 650 kilómetros al sur de Gizeh, de modo que este granito a tanta profundidad debió de ser traído por los antiguos egipcios. La cortadura y el granito rojo plantean posibilidades interesantes. La cortadura puede ser el borde de un antiguo embarcadero, y el granito, un trozo que se cayera de un barco en la IV dinastía. O bien, el granito puede ser un trozo de un templo o monumento antiguo. Si es así, su gran profundidad indicaría un origen extremadamente remoto. Las preguntas y las posibilidades no se pueden aclarar hasta que no se realicen muchas investigaciones y excavaciones.

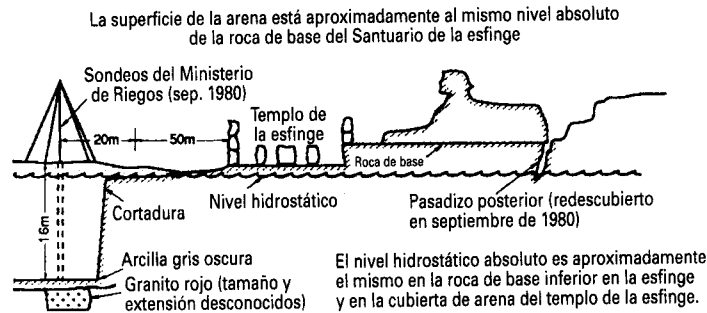


Figura 5-3. Plano de la zona situada ante la esfinge.

DE 1982 AL PRESENTE: DATACIÓN POR CARBONO 14 DE LAS ESTRUCTURAS DE LA LLANURA DE GIZEH

La fecha del 10000 a. C. es fundamental en el relato de la Atlántida y de Egipto según Cayce, pero esta fecha también es el punto de ese relato que los egiptólogos consideran menos probable. Las antigüedades que se atribuyen tradicionalmente a las pirámides se basan completamente en las cronologías históricas, y nunca se ha utilizado ninguna tecnología para obtener una fecha objetiva. La idea de aplicar el carbono 14 a las pirámides surgió de un grupo de la A.R.E. que visitó Egipto en noviembre de 1982. Después de comentar las disparidades arqueológicas entre la egiptología convencional y la información que se ofrece en las lecturas de Cayce, algunos miembros de la A.R.E. manifestaron su interés por poner a prueba la fecha del 10000 a. C. que se atribuía a la gran pirámide por medio del carbono 14, y accedió a prestar su apoyo financiero a las pruebas, a través de la FEC, si se podían llevar a cabo. Mark Lehner presentó la idea al doctor Robert J. Wenke, prehistoriador de la Universidad de Washington, que por aquella época también era director del ARCE.

Un estudio de estas características sólo podría tener un valor significativo, tanto en lo que se refiere a la datación por carbono 14 como a la cronología egipcia, si en el programa se incluía una selección de las grandes pirámides de puntos destacados del Imperio Antiguo, también llamado «la era de las pirámides». Se esperaba ideal-

mente que en el proyecto se analizaran dieciséis estructuras con cinco muestras cada una, un total de ochenta muestras.

La FEC accedió a patrocinar el programa, con un coste estimado de 17.000 dólares. El doctor Wenke localizó un laboratorio que podría encargarse del trabajo de datación, el laboratorio de carbono 14 del Instituto para el Estudio de la Tierra y del Hombre, de la Universidad Metodista del Sur (SMU), bajo la supervisión del doctor Herbert Haas. Para las muestras más pequeñas, para las que era necesario recurrir a un laboratorio que dispusiera de una tecnología más sensible, la datación por acelerador, el doctor Haas llegó a un acuerdo con el Instituto de Física de Energías Medias (Eidgenössische Technische Hochschule - laboratorio ETH), dirigido por el profesor Willy Wölfli, en Zurich, Suiza, que se encargaría de las dataciones por carbono 14. El proyecto de programa de toma de muestras y datación de las mismas presentado por el ARCE a la Organización Egipcia de las Antigüedades (OEA) fue aprobado, y la OEA concedió su permiso para la toma de muestras en diciembre de 1983.

En los tres meses de diciembre de 1983 a febrero de 1984, el equipo recogió setenta y una muestras de trece pirámides, del templo de la esfinge y de una tumba de la I dinastía. Diversos factores obligaron a modificar el plan primitivo. En primer lugar, resultó muy difícil encontrar cinco muestras muy separadas de carbón vegetal o de otro material orgánico en cada estructura para su análisis, de modo que algunas estructuras dieron más muestras que otras. En segundo lugar, algunas estructuras que se pensaba analizar no dieron muestra alguna que permitiese la datación por carbono 14, y en otras fue imposible conseguir las por restricciones de tipo militar. Por último, la recogida de las muestras, su fotografía, su empaquetado y su identificación correcta para las pruebas fue una tarea larga y ardua.

En general, la mayoría de las pruebas eran fragmentos de carbón vegetal de la argamasa de yeso. En las partes de las pirámides de Gizeh que están expuestas a la superficie aparece argamasa de yeso, y entre ella se encuentra carbón vegetal en los intersticios entre las piedras. La mayoría de las muestras de Gizeh se tomaron de la argamasa que asomaba entre las piedras interiores, o que estaba adherida a su superficie, en las partes donde se ha desgastado el fino revestimiento exterior de la

pirámide. En otros casos, la muestra fue extraída completamente cortando la argamasa. El equipo tomó muestras de algunas pirámides que no están en la llanura de Gizeh, pero, debido a las dificultades de obtención de buenas muestras de carbón vegetal de esas otras pirámides, se tomaron a cambio más muestras de la gran pirámide.

La recuperación de muestras muy profundas, en el núcleo de la gran pirámide, era lo ideal. En principio, se pensó que se podrían conseguir en las paredes de las galerías que habían abierto los primeros exploradores de la pirámide, a partir de los pasadizos y cámaras interiores. También existía la posibilidad de tomar muestras de los propios pasadizos y cámaras interiores. Pero, en estas partes, las uniones de la mampostería eran tan finas que no se apreciaban a simple vista restos orgánicos, sobre todo con la poca luz. Además, las paredes de las cámaras y de los pasadizos están parcialmente oscurecidos por las antorchas de los que visitaron las pirámides antes de que se instalara la iluminación eléctrica. Se supuso que las muestras de estas zonas estarían demasiado contaminadas como para que se pudieran limpiar por medio del tratamiento químico previo a que se someten todas las muestras en el laboratorio.

Otra posibilidad era la de la argamasa de las cinco cámaras de descarga sobre la cámara del rey. Pero no fue posible conseguir permiso para instalar los andamios especiales necesarios para obtener las muestras.

Al final, la mayor parte de las muestras procedieron de la superficie exterior. Se obtuvieron dieciséis muestras, en vez de cinco, a diferentes niveles de las doscientas hileras de piedras que componen la gran pirámide:

- 5 muestras procedían de cerca de la base, sobre todo de la hilera de piedras número 2.
- 4 muestras procedían de la hilera número 5.
- 1 muestra procedía de la hilera número 25.
- 1 muestra procedía de la hilera número 65.
- 1 muestra procedía de las hileras número 108-109.
- 3 muestras procedían de la hilera número 198.
- 1 muestra procedía de la plataforma superior.

La última muestra se tomó en la gruta, que está en el mismo corazón de la pirámide, cerca de su centro, donde las enormes piedras reposan sobre la base natural de roca. Inmediatamente después de la gruta hay un pequeño pozo recubierto de pequeños bloques de piedra caliza. Se cree que formaría parte de la ruta de escape de los primeros que cerraron la pirámide, o que sería una entrada que abrieron antiguos ladrones de tumbas, o un respiradero para los constructores. No se encontraron restos orgánicos en la argamasa de los bloques que recubrían las paredes del pozo. Se tomó una muestra de argamasa para buscar restos orgánicos microscópicos, pero no se descubrió en ella ningún compuesto con carbono.

En el plan también figuraba la recogida de muestras de la esfinge. La esfinge está tallada directamente en la roca natural de la llanura de Gizeh, de modo que la talla de la estatua no se puede fechar con el carbono 14. Pero el fondo de la esfinge está revestido de una capa de sillería de piedra caliza, y se encuentran trozos de carbón vegetal en el relleno *entre* las capas más antiguas de sillería de reparación y el cuerpo de roca natural de la esfinge. El cuerpo de la esfinge estaba muy desgastado antes de que se aplicara la primera cubierta de sillería, de modo que la datación del relleno sólo daría una idea de la fecha de su primera reconstrucción. Por desgracia, debido a los trabajos oficiales de restauración de la esfinge durante el programa, no se pudieron obtener muestras de la esfinge.

Los laboratorios de la SMU y del ETH llevaron a cabo análisis concienzudos de las muestras, y los resultados fueron sorprendentes, tanto para los defensores de Cayce como para los egiptólogos tradicionales. ¡Las fechas no coincidían de cerca con ninguna de las dos versiones!

Ninguna de las fechas de las muestras, entre ellas las de la gran pirámide, se aproximan al 10000 a. C., fecha que se desprende de las lecturas de Cayce. Las catorce fechas que asignó el laboratorio del ETH de Zurich a las muestras de la gran pirámide oscilan entre el 3100 y el 2850 a. C. Estas fechas están calibradas por los anillos de crecimiento de los árboles.

Aunque estas fechas preliminares obtenidas por el carbono 14 se aproximan, sin duda, más a la cronología egiptológica que a la de las

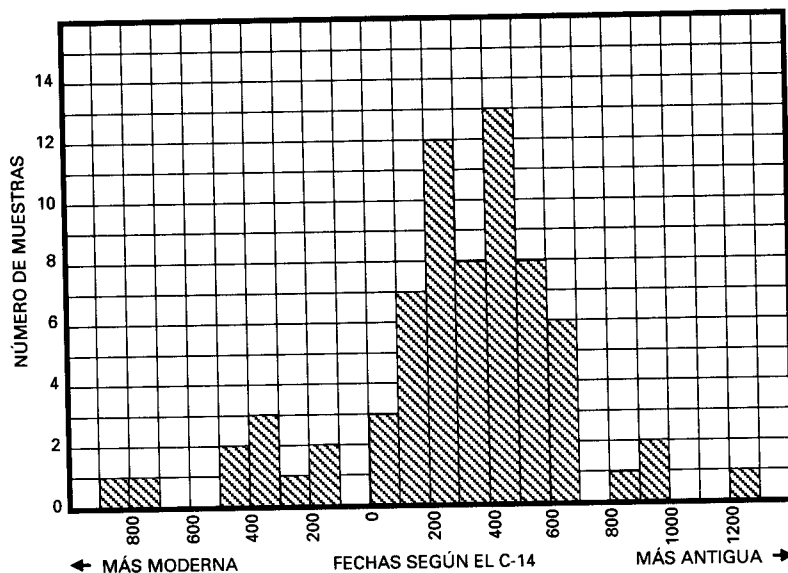


Figura 5-4. Comparación de las diferencias de antigüedad según las cronologías históricas y según el carbono-14.

lecturas de Cayce, todavía serían consideradas radicalmente altas según la cronología egiptológica aceptada. La mejor manera de apreciarlo es examinando la figura 5-4, en la que se tabulan las diferencias de antigüedad entre las fechas obtenidas por el carbono 14 y las fechas históricas.

El 6 de febrero de 1986, cuando se completó la labor de datación, Herbert Haas comentó al equipo editorial de la ARE/FEC en relación a esta tabla: «Por último, un histograma de las fechas de todas las muestras presenta la distribución de éstas, que sigue una forma de campana, centrada en 374 años “antes” de la fecha calculada históricamente. Se encuentra una dispersión de fechas más modernas. Muchas de ellas proceden de templos y de estructuras relacionadas con éstos, donde se sabe que se produjeron enterramientos posteriores de intrusos.»

Está claro que se trata de un resultado decepcionante para los miembros de la Fundación Edgar Cayce, que habían esperado una

verificación de las fechas que ofreció Cayce para la construcción de la Gran Pirámide. Está claro también que estos resultados produjeron consternación por parte de los egiptólogos, que las consideraron «una llave inglesa» arrojada a la maquinaria de sus esquemas actuales de dataciones históricas.

Lo mejor que se puede decir de estos proyectos seguramente sea que sus resultados son lo suficientemente significativos como para plantear muchas preguntas, y sin duda podemos esperar nuevas investigaciones. Una toma de muestras más completa para una datación por carbono 14 de la gran pirámide y de otros monumentos egipcios bien puede sacar a la luz más detalles y más datos sorprendentes cuando se comparen con las cronologías egipcias actualmente aceptadas.

Muestras y número de referencia	Laboratorio	Fecha a. C. por C 14	Nivel de toma de muestra en la pirámide	Diferencia entre fechas según C 14 y según la egiptología
10B carbón vegetal	ETH 0312	3809 ± 160	Nivel 198 (plataforma superior), vértice SO.	*1232 años
10B madera	ETH 0334	3101 ± 414	Nivel 198	524 años
06	ETH 0307	3090 ± 153	Nivel 25-26, lado O, vértice NO	513 años
08	ETH 0309	3062 ± 157	Nivel 108-109, lado O, vértice NO	485 años
10A	ETH 0311	3020 ± 131	Nivel 198 (plataforma superior), vértice SO	443 años
14	SMU 1417	2998 ± 319	Nivel 5, lado S, vértice SE	421 años
14	ETH 0227	2988 ± 170	Nivel 5, lado O, vértice SE	411 años
13	ETH 0226	2975 ± 168	Nivel 5, vértice SE	398 años
04	ETH 0305	2971 ± 120	Nivel 2, bloque interior, lado N, vértice NO	394 años
11	ETH 0313	2950 ± 184	Plataforma superior, vértice SO, carbón fibroso	373 años
15	ETH 0306	2929 ± 100	Nivel 2, lado N, cara E	352 años
07	ETH 0308	2909 ± 97	Nivel 65, lado O, cara NO	332 años
02	ETH 0303	2909 ± 104	Nivel 2, lado N, cara E	332 años
01	ETH 0302	2869 ± 94	Nivel 2, lado N, cara E	292 años
13	SMU 1418	2864 ± 362	Nivel 5, vértice SE	287 años
03	ETH 0304	2853 ± 104	Nivel 2, lado N, vértice NO	276 años

* Esta fecha pertenece a un fragmento minúsculo de material no identificado. No se ha tenido en cuenta en el análisis de los resultados.

Niveles 2 y 5, media de 9 fechas	2928 ± 69
Niveles 25, 65 y 108, media de 3 fechas	3020 ± 80
Nivel 198 y superior, media de 3 fechas	3024 ± 154
Media de las 15 fechas	2966 ± 52

Figura 5-5. Fechas de la gran pirámide de Gizeh, según el carbono 14 calibrado

Otro resultado interesante de este proyecto son los datos de la figura 5-5. Cuando comparamos las fechas de las muestras tomadas de los niveles superiores de la pirámide de Gizeh con las del fondo, ¡las fechas de los niveles superiores tienden a ser más antiguas que las del nivel inferior de la pirámide! Aunque las dataciones tienen un intervalo de incertidumbre, parece ser que la parte superior de la pirámide es por lo menos doscientos años más antigua que su fondo. No es posible que se construyera la pirámide empezando por arriba, de modo que esta discrepancia puede querer decir que se realizaron reparaciones en las capas más bajas en una fecha posterior. Otra explicación posible es que cada vez se quemara leña más antigua durante la preparación de la argamasa al ir ascendiendo la construcción de la pirámide. Por desgracia, no se tomaron muestras del núcleo de la pirámide ni de la esfinge en este proyecto.

Los resultados de este proyecto de datación por el carbono 14 todavía no se han publicado, pero se han presentado dos veces a la comunidad científica. La primera presentación tuvo lugar en noviembre-diciembre de 1986, en el Coloquio Internacional del Centre National de Recherche Scientifique (CNRS), en la Universidad de Lyon, en Francia, sobre el tema «Cronologías relativas y cronología absoluta en el Oriente Próximo». Herbert Haas presentó un informe sobre estos descubrimientos, que ha sido publicado junto a las demás presentaciones del coloquio por *British Archaeological Record*, International Series, vol. 379 (ii), págs. 585-606. La segunda presentación, que describiremos más adelante, fue realizada en el Cairo, Egipto, por el doctor Haas, en otra conferencia internacional.

1987: «LA TECNOLOGÍA ABRE PUERTAS ANTIGUAS»

El 24 de febrero de 1987, el *New York Times* encabezaba con este titular un artículo sobre los descubrimientos arqueológicos realizados en Egipto por medio de técnicas de detección a distancia en enero de 1987. Se detectó una tumba que no se conocía en el valle de los Reyes, en Tebas, en la orilla occidental del Nilo, frente a Karnak y Luxor. El hallazgo fue consecuencia del proyecto Berkeley de levantan-

tamiento topográfico de Tebas, que abarcaba todo el complejo tebano. (Cosa interesante, en 1976 el SRI había encontrado un punto que diez años antes había considerado digno de ser investigado, y había recomendado futuros trabajos en dicho punto.) Al final del artículo, el *New York Times* citaba a Zahi Hawass, ahora inspector jefe de las pirámides de Gizeh, que afirmaba que los equipos de investigación franceses y japoneses, por medio de sensores remotos sísmicos y magnéticos, habían detectado la existencia de varias cavidades en la gran pirámide y bajo la esfinge.

Al parecer, la introducción de altas tecnologías en la arqueología, que se había iniciado diez años antes y en la que había participado la FEC desde 1977, se ha refinado y aceptado, y ahora se utiliza con mucha mayor amplitud. Plantea interesantes perspectivas para las investigaciones arqueológicas futuras. Todavía faltan muchas investigaciones para determinar si se puede descubrir algo de valor arqueológico en las zonas «sospechosas» detectadas tanto en la llanura de Gizeh como en otros yacimientos arqueológicos de Egipto.

La búsqueda arqueológica en Egipto se ha basado sobre todo en progresos lentos a lo largo de muchos años, pero en 1987 se produjo una explosión de nuevos descubrimientos, al empezar a aplicarse a fondo la nueva tecnología. Los descubrimientos de los japoneses y de los franceses, además de algunos de los trabajos que hemos descrito más arriba, condujeron a una interesante conferencia celebrada en El Cairo entre el 14 y el 17 de diciembre de 1987, titulada «Primer Simposio Internacional sobre la Aplicación de las Tecnologías Modernas en la Necrópolis de Gizeh». Asistieron destacados científicos de todo el mundo. En esta conferencia, Herbert Haas presentó por segunda vez a la comunidad científica los descubrimientos del proyecto de datación por carbono 14 patrocinado por la FEC, y ofreció pruebas convincentes de que es preciso replantearse la cronología egipcia. Los siguientes extractos de su informe en este simposio hacen tambalearse la cronología egipcia aceptada:

Todas las fechas calculadas por carbono 14 sobre muestras cuyo origen y calidad no dejan lugar a dudas son más antiguas que la fecha calculada según las cronologías históricas.

El número mayor de muestras, quince, se tomaron de la pirámide de Kéops, que, según los valores medios calculados por el carbono 14 calibrado, es del 2966 a. C., ± 50 años. Esta fecha es aproximadamente 390 años más antigua que el punto medio del reinado de Kéops, según la tabulación de la Historia Antigua de Cambridge.

Es improbable que las fuentes de errores del método del carbono 14, como el empleo de madera antigua o las contaminaciones no detectadas, produzcan la distribución observada de diferencias de antigüedad.

Aunque las fechas de construcción de la gran pirámide que indica Cayce no coinciden con éstas, tampoco coinciden con las de los egiptólogos. También en este caso harán falta muchas investigaciones adicionales para descubrir la verdadera antigüedad de estas estructuras.

Las presentaciones realizadas en este simposio sobre la esfinge y sobre la gran pirámide por un equipo dirigido por Sakuji Yoshimura, de la Universidad Waseda de Japón, también fueron interesantes desde el punto de vista de las lecturas de Cayce. Los japoneses utilizaron dos tipos de radares penetradores del terreno. Uno de ellos medía los reflejos de los objetos subterráneos, y el otro buscaba las cavidades midiendo la transmisión de radar a través de la roca. Descubrieron una serie de cavidades en la gran pirámide, confirmando y ampliando los descubrimientos de un equipo de investigadores franceses en 1986. Algunas cavidades contienen arena, pero parece que existe un pasadizo de 30 metros que parte del lado oeste de la pared norte de la «cámara de la reina». Cerca de la gran pirámide, los japoneses exploraron los famosos pozos de los barcos. Uno de ellos había sido abierto años atrás, y contenía un barco funerario de madera, de tiempos de Kéops. El otro no se había abierto, pero un grupo patrocinado por la National Geographic Society llegó hasta él con un sondeo, tomó muestras del aire y fotografió un barco desmontado.

Cerca de la esfinge, los japoneses descubrieron cavidades subterráneas, ampliando los hallazgos de los proyectos del SRI diez años antes, y ofreciendo la posibilidad de que todavía pueda encontrarse el «salón de los registros» de Cayce. Cerca de la pata derecha, encontraron un posible túnel entre 2,5 y 3 metros por debajo del nivel del suelo. Otras medidas daban a entender la posibilidad de que existiera un túnel por

debajo de la esfinge. Encontraron otras cavidades, que opinaron que podrían contener metal o granito. De momento, no tenemos manera alguna de saber lo que podrían ser esas cavidades o túneles. Una posibilidad, sugerida por Herbert Haas, es que pudiera tratarse de cavidades naturales pequeñas, llenas de compuestos ricos en hierro depositados por los flujos subterráneos. Los japoneses tienen proyectadas nuevas investigaciones, con sondeos incluidos, para dar una respuesta a la cuestión basándose en datos sólidos.

¿Cuáles han sido los resultados de los trabajos de la Fundación Edgar Cayce en Egipto? Es cierto que no se han descubierto registros de la Atlántida, y que la antigüedad de la esfinge y de la gran pirámide siguen siendo desconocidas. Lo que se ha demostrado es la necesidad de realizar nuevas investigaciones. Muchos misterios siguen en pie, incluso después de doscientos años de exploraciones arqueológicas en Egipto.

Aunque los egiptólogos no discuten que han vivido seres humanos en el valle del Nilo desde hace millares de años, consideran que toda vida humana en la región antes del 4000 a. C. debió pertenecer a una cultura de la Edad de Piedra. En general, los egiptólogos creen que la civilización que construyó las pirámides y otros monumentos se inició hacia el 4000 a. C. Hacia el 3150 a. C., los ejércitos del sur de Egipto conquistaron el norte y unificaron el país, durante la I dinastía de Menes. Las pirámides de Gizeh se construyeron después, hacia el 2700 a. C., y la gran pirámide de Gizeh se atribuye a Kéops o Khufu, de la IV dinastía. Esta cronología se basa en las afirmaciones del historiador griego Herodoto, que dice que Kéops fue el constructor de la gran pirámide. Más convincente todavía es el hallazgo de inscripciones con el nombre de Kéops en cámaras selladas de la pirámide que no se abrieron hasta tiempos modernos.

Los datos de Cayce se oponen a estas pruebas, pero estos datos no están solos. Antiguos historiadores árabes dicen que Hermes, con Ra, construyeron la gran pirámide. El Libro de los Muertos, antiguo texto egipcio, así como otras leyendas antiguas, hablan de cámaras subterráneas próximas a la esfinge. El historiador egipcio Manetón hace retroceder la cultura egipcia hasta 13.000 años de antigüedad. Se han descubierto paletas de pizarra con tallas que indican un nivel cultural muy

superior al de la Edad de Piedra en yacimientos de más de 5.000 años de antigüedad. Se encontró una estela «del inventario», que dice que Kéops encontró el templo de Isis en ruinas y que restauró la esfinge. Todavía se pueden apreciar deterioros que se ajustan a la descripción.

Una de las preguntas más desconcertantes sobre la gran pirámide es la de cómo se construyó. Se calcula que la gran pirámide está compuesta de más de dos millones de bloques de piedra, algunos de los cuales pesan más de 13 toneladas. El simple trabajo de colocar estos bloques en su lugar, olvidando por un momento el de tallarlos y transportarlos, exigiría colocar un bloque cada cinco minutos, veinticuatro horas al día, durante veinte años. Tampoco estamos teniendo en cuenta el tiempo necesario para diseñar la estructura ni las épocas de mal tiempo que dificultarían la construcción. Construir una pirámide en un tiempo tan corto sería claramente una tarea imposible, incluso contando con medios modernos.

Éstos y otros enigmas todavía no se han podido explicar. En cuanto al trabajo concreto de la FEC, si bien algunas anomalías descubiertas por el estudio del SRI de la esfinge resultaron ser de origen natural, no se llegó a todas ellas con los sondeos. ¿Qué hay de las aperturas de la esfinge que se cubrieron, y que aparecen en las fotos de la expedición de 1925? Los resultados de la investigación japonesa dan a entender que queda mucho por descubrir. Para la gran pirámide, las fechas calculadas por carbono 14 para las pocas muestras recogidas no coincidían con las fechas de Cayce, pero tampoco coincidieron con las fechas aceptadas. Es evidente que será preciso tomar muestras más extensas. El estudio y el levantamiento topográfico más exhaustivo de la esfinge todavía no se ha publicado. Por desgracia, muchos de los misterios de Egipto siguen siendo misterios que aguardan futuras exploraciones.

DE 1988 A ?: INVESTIGACIONES FUTURAS Y POSIBLES DESCUBRIMIENTOS

La Fundación Edgar Cayce, algunas personas llenas de dedicación, y otras organizaciones siguen estando intensamente interesadas

por desentrañar estos misterios y están avanzando según lo permiten los fondos:

- La publicación definitiva del *Atlas de la Esfinge*, por Robert Wenke, Mark Lehner, James Allen y otros.
- El proyecto de levantamiento topográfico de Gizeh: un esfuerzo continuado de la ARCE y de Mark Lehner, Zahi Hawass y otros. Como se ha dicho, sólo el primer paso de este proyecto se ha completado, y los dos pasos siguientes ofrecen posibilidades de descubrimientos semejantes o tan significativos como los que se describían en el *New York Times* a consecuencia del proyecto de levantamiento topográfico de Tebas.
- Un proyecto totalmente nuevo, independiente de la Fundación Edgar Cayce, está siendo emprendido por Renée Kra, directora de *Radiocarbon*, revista dedicada a la datación por carbono 14 que se publica en la Universidad de Yale.

Este último proyecto, titulado «Base de Datos Internacional de Carbono 14», establecerá una base de datos informatizada central con la aprobación universal de una comunidad internacional de data-dores por carbono 14 y de consumidores de fechas (los arqueólogos). Todas las fechas calculadas por carbono 14 se conservarán en un ordenador central, se actualizarán de manera constante y serán accesibles inmediatamente para los investigadores de todo el mundo, por teleproceso. La tercera conferencia de planificación se celebró en la Universidad de Yale en marzo de 1988. En el primer proyecto piloto se utilizarán probablemente datos de carbono 14 obtenidos en el antiguo Egipto.

Volvamos ahora la vista a las Bahamas y veamos si los descubrimientos ante la costa de Florida han desvelado alguna pista relacionada con la Atlántida.

LA BÚSQUEDA DE LA ATLÁNTIDA EN BIMINI

«Sí, tenemos la tierra llamada Bimini, en el océano Atlántico (...) Es la parte más elevada que quedó sobre las olas de un continente que una vez fue grande, sobre el cual la civilización que ahora existe en el mundo encontró gran parte de lo que utilizaría para alcanzar tal civilización» (núm. 966-1, 14 de agosto de 1926).

Cayce pronunció su primera lectura sobre Bimini, no para unos arqueólogos deseosos de encontrar indicios de la Atlántida, sino para un grupo de buscadores de tesoros y negociantes que querían enriquecerse rápidamente. Las lecturas sobre Bimini formaban parte de un conjunto amplio de lecturas pronunciadas para unos buscadores de tesoros y de petróleo en Florida y en Bimini. Después de meses de trabajo, no encontraron tesoros, y el petróleo también se les resistió. Las lecturas lo explicaron así: «... la información que se entrega es a través de la manifestación de las Fuerzas Universales, manifestadas a través de este cuerpo, Edgar Cayce, en las fuerzas conscientes o inconscientes, y es para la elevación moral, y nunca deberá utilizarse para otra cosa...» (núm. 996-10, 24 de febrero de 1927).

Como proyecto elevador y adecuado, las lecturas sugirieron el desarrollo de un centro arqueológico y balneario, y facilitaron planes detallados para la financiación y la construcción de tal proyecto. Entre los planes figuraban instrucciones para la perforación de un pozo para conseguir agua dulce, e indicaciones para descubrir agua sulfurosa curativa y minerales para ayudar a financiar el proyecto. Aunque los planes de construcción de un balneario todavía no se han

llevado a la práctica, las lecturas pusieron en marcha una búsqueda de la Atlántida que prosigue hasta nuestros días, con polémicas cada vez mayores.

¿Por qué es tan polémica la idea de que pueda existir una civilización sumergida en Bimini? La situación en Bimini contrasta con la de Egipto. En Egipto es fácil encontrar ruinas; lo difícil es demostrar su antigüedad o que tengan algo que ver con la Atlántida. En Bimini, lo difícil es encontrar algo. Si se encontrara resto alguno de una civilización elevada, hasta los mayores escépticos tendrían que plantearse la posibilidad de la existencia de la Atlántida. Vimos anteriormente que los geólogos aceptan que el banco de las Bahamas estaba sobre el agua en la época en que Cayce situaba la Atlántida, y que fue sumergido por la subida del nivel del mar al deshelarse los glaciares. Pero los restos de pueblos antiguos que se han encontrado sumergidos en zonas semejantes pertenecen a culturas primitivas de la Edad de Piedra, y no a las ciudades y templos de la Atlántida de Cayce. Los arqueólogos no se tomaron en serio las lecturas de Cayce en vida de éste, porque el banco de las Bahamas llevaba sumergido por lo menos 8.000 años, y opinaban que seguramente ni siquiera habían existido seres humanos en América del Norte en fecha tan remota. En época más reciente, a pesar de los nuevos indicios, las teorías sobre ciudades sumergidas siguen sin encajar en los conceptos de la arqueología aceptada sobre la ocupación humana antigua en América. Teniendo en cuenta la escasez de datos que ofrecen las lecturas, muchos menos que para Egipto, la exploración de la zona ha avanzado lentamente.

LAS PRIMERAS EXPLORACIONES

Al parecer, las personas que solicitaron a Cayce sus primeras lecturas abandonaron su búsqueda después de sus primeras cazas del tesoro. A pesar de los consejos ofrecidos en las lecturas en los años 20, nadie llegó a intentar construir un balneario en la isla.

La búsqueda se reemprendió en 1935, fecha en que una mujer, que fue de las primeras mujeres aviadoras, se sintió intrigada por las

lecturas y voló hacia Bimini para buscar un pozo. No está claro en qué se inspiraba su búsqueda. Para encontrar el pozo de agua dulce que se mencionaba en la lectura 996-12 se debía perforar hasta 272 metros de profundidad, y el agua sulfurosa se había dicho que estaba a 28 metros de profundidad. Gladys Davis, la estenógrafa de Edgar Cayce, dijo que quizás le hubiera surgido la idea durante sus conversaciones con Cayce sobre cosas que éste había visto en su viaje a Bimini con los buscadores de tesoros en 1927.

Sea cual fuere su fuente de información, la aviadora voló hasta Bimini, y afirmó que había encontrado «un pozo de agua dulce (...) rodeado de un muro en su borde superior, con piedras de composición peculiar y con símbolos extraños», según la correspondencia que se encuentra en los archivos de la Fundación Edgar Cayce. En la lectura núm. 587-4, pidió a Cayce que comentase este descubrimiento. Éste respondió de un modo muy parecido a como había respondido a los buscadores de tesoros:

Pues se podría establecer como un centro para dos propósitos concretos: la regeneración de aquellos que padecen ciertos tipos de enfermedades individuales (no sólo por el pozo, o por su agua, sino por las aguas que lo rodean, por la vida que hay en ellas), y un centro para la investigación arqueológica. Y cuando esas actividades comiencen, ¡se encontrará más oro en las tierras bajo el mar que el que corre por el mundo hoy día!

... Pero esto no debe quedar solo; deberá ser estudiado desde muchos puntos de vista.

También se puede recabar la ayuda de las diversas sociedades que se han formado para el estudio de las actividades geológicas y arqueológicas, o similares. Pues se encontrará mucho.

Y, como puede saberse, cuando empiecen los cambios, estas partes se levantarán entre las primeras (núm. 587-4, 1 de julio de 1935).

(Otra lectura ofrecía alguna información adicional:) ... En las partes sumergidas de la Atlántida, o Poseidía, donde todavía puede descubrirse una parte de los templos, bajo el cieno de siglos del agua del mar, cerca de lo que ahora se llama Bimini, junto a la costa de Florida (núm. 440-5, 20 de diciembre de 1933).

Una vez más, nadie siguió los consejos de las lecturas, y la cuestión de la Atlántida en Bimini pasarían muchos años en estado latente. Sin duda, diversas personas familiarizadas con las lecturas realizaron exploraciones en los años 40 y 50; pero, si encontraron algo, no ha quedado registro alguno de ello. Pero los archivos de la Fundación Edgar Cayce hablan de una expedición cuya historia ilustra las posibilidades y los problemas de la búsqueda de la Atlántida.

Joe Gouveia, aviador y entusiasta de Cayce, organizó la expedición en 1957, y atrajo consigo a arqueólogos aficionados y a hombres de negocios interesados por las lecturas de Cayce. Los miembros del grupo estaban interesados por informes que hablaban de la existencia de columnas submarinas, que podrían ser restos del templo del que había hablado Cayce. Con algunos problemas de mal tiempo y sin medios de navegación para encontrar con precisión los puntos buscados, tuvieron pocas oportunidades para buscar a fondo. Encontraron columnas y bloques de granito, pero no pudieron confirmar si esas piezas eran los restos de un templo atlántido o si procedían de algún naufragio reciente.

Un descubrimiento intrigante de esta expedición sigue sin haberse explicado, pero las fotografías publicadas apuntan a algo bastante menos común que el lastre de un barco. En 1957, el doctor William Bell, miembro de la expedición procedente de Carolina del Norte, buceaba a 13 metros de profundidad cuando encontró una columna vertical que se alzaba hasta algo más de un metro del fondo marino. Medía unos 10 centímetros de diámetro en su parte superior, 20 o 25 centímetros en la base, y penetraba en el barro del fondo. Justo por debajo del barro del fondo, la columna tenía una forma como de un engranaje, de unos 60 centímetros de diámetro. Alrededor de la columna yacían una gran cantidad de losas de piedra. Lo más extraño del descubrimiento de Bell es su registro fotográfico. Tomó varias fotos, en las que se aprecian zonas veladas alrededor de la columna. El explorador David Zink publicó estas fotos en su libro *The Stones of Atlantis* («Las piedras de la Atlántida») y expuso la posibilidad de que la película se hubiera velado por radiaciones que procedieran de la columna. No hay manera de saber si se debió a una radiación de algún tipo, o si simplemente se cometió un error al revelar la pelícu-

la. Bell tomó referencias cruzadas sobre la costa de Bimini, pero en los años 70 Zink fue incapaz de volver a localizar la columna. Es probable que su verdadera naturaleza siga siendo un misterio, pero sirvió para animar a futuros exploradores a proseguir la búsqueda de la escurridiza Atlántida.

UN GEÓLOGO EXPLORA BIMINI

En 1940, como breve comentario marginal en una lectura, Cayce dijo: «Y Poseidia estará entre las primeras partes de la Atlántida que se levante de nuevo. Esperadla en el sesenta y ocho o en el sesenta y nueve (1968 o 1969): ¡No está muy lejos!» (núm. 958-3).

Al irse aproximando el levantamiento profetizado para «el sesenta y ocho o el sesenta y nueve», la búsqueda de la Atlántida se intensificó. Por primera vez, participó en ella un geólogo profesional. Se dio cuenta de que la posible polémica podía afectar a su reputación profesional, por lo que prefirió mantener el anonimato, y se limitó a llamarse a sí mismo «el geólogo». Su libro, *Earth Changes* («Cambios geológicos»), publicado por primera vez en 1959, fue el primer intento de estudiar seriamente de manera científica los textos de Cayce. En los años 60, dirigió su atención a Bimini.

El geólogo quería llevar adelante el concepto de Cayce de un centro arqueológico y balneario, olvidado desde los años 30. Preparó un plan para el establecimiento de un balneario, basándose en las lecturas, y se puso a buscar los minerales y el agua dulce que Cayce había dicho que se encontrarían en las islas:

... pues esas cumbres de montañas (las islas Bimini), sobre todo las de las costas norte y oeste de la parte norte de la isla del sur, producirán muchos minerales diferentes y otras varias condiciones que serán remuneradoras cuando se emprendan los proyectos (núm. 996-12, 2 de marzo de 1927).

(P-1) ¿Es éste el continente llamado Alta o Poseidia (la Atlántida)?

(R-1) Un templo de los poseidianos estaba en una parte de esta tierra.

(P-2) ¿Qué minerales se encontrarán allí?

(R-2) Oro, espatos e ictiólito (?).

(P-3) ¿A qué profundidad se encontrarán bajo el nivel de la tierra?

(R-3) En el muro que se construiría desde la parte occidental de la isla del sur hacia las zonas salientes de las partes del sur de la isla, se encontrará en los niveles de entre 4 y 5 metros. La veta, en su parte accesible, se encontrará que se extiende del nordeste al suroeste...
(núm. 996-12, 2 de marzo de 1927).

(En una lectura posterior también se sugería la exploración geológica de Bimini.) Las Indias Occidentales o Bahamas, y una parte de las mismas que se puede ver en el presente (si se llevase a cabo una exploración geológica en algunas de ellas), sobre todo, o especialmente, en Bimini y en la corriente del Golfo en esta zona, todavía se podrían encontrar (núm. 364-3, 16 de febrero de 1932).

El geólogo repasó la información disponible sobre la geología de Bimini y llegó a la conclusión de que las afirmaciones que se hacían en la lectura eran razonables. Aunque las rocas coralinas y carbónicas que se encuentran en una gran parte de la zona no suelen contener minerales, si las islas Bimini fueran los restos de cumbres de montañas, sí podrían encontrarse minerales en ellas.

El geólogo llevó su búsqueda a la misma Bimini, y en 1965 realizó sondeos para buscar yacimientos de mineral. Cobró ánimos al descubrir rocas de tipos poco comunes al hacer dragados en la zona. Por desgracia, lo único que encontró en los sondeos fueron las rocas carbónicas habituales de las Bahamas; no encontró vetas de minerales. En 1967 regresó y encontró pizarra gris y parda, pero siguió sin encontrar minerales. Consideró que sus sondeos no eran definitivos, porque algunos no profundizaron hasta los 4 o 5 metros que se recomendaban en las lecturas.

1968: ¿EL AÑO DEL DESCUBRIMIENTO?

En 1968, el año en que Cayce predijo que se levantaría la Atlántida, sucedió algo espectacular. Dos pilotos, Trigg Adams y Robert

Brush, detectaron lo que parecía ser los cimientos sumergidos de un edificio, cerca de la isla Andros, que es la isla grande más próxima a Bimini. Poco después, un zoólogo aficionado a la arqueología, llamado J. Manson Valentine, junto con Dmitri Rebikoff, célebre explorador y fotógrafo subacuático, descubrieron lo que parecía ser los restos de un muro o de una calzada, a una media milla de la costa de Bimini. Según relató Robert Marx en la revista *Argosy*, en noviembre de 1971, la carrera por la Atlántida se puso en marcha en serio.

El yacimiento de la «calzada», al que se podía acceder fácilmente en una embarcación pequeña, fue el que recibió mayor atención. Consistía en unas enormes losas de piedra, alineadas en lo que parecía ser un pavimento que se extendía a lo largo de centenares de metros a través del fondo del mar, a una profundidad de unos 5 metros. En algunas partes del yacimiento, las losas eran casi perfectamente rectangulares, y parecía verdaderamente que eran obra humana. En otras partes del yacimiento, parecía que las losas estaban ordenadas de una manera más aleatoria. En un punto del yacimiento, la calzada daba una vuelta de 90°, con lo que todo el yacimiento tenía el aspecto de una enorme letra «J» invertida.

Valentine y Rebikoff se unieron a Adams y a Brush para formar la Sociedad de Investigación de Arqueología Marina (SIAM), e intentaron conseguir el permiso del gobierno de las Bahamas para hacer excavaciones en los yacimientos. Mientras tanto, los propietarios de la tierra de la costa más próxima a la «calzada» se hicieron con los derechos exclusivos. Permitieron a algunos geólogos y arqueólogos que estudiaran el yacimiento de la calzada, pero excluyeron al grupo del SIAM y a los muchos aficionados que acudieron a contemplar los descubrimientos. Se permitía bucear en el yacimiento, pero sin hacer excavaciones. En el libro *Atlantis: The Autobiography of a Search* («La Atlántida: Autobiografía de una búsqueda»), por Robert Ferro y Michael Grumley, se relatan los trabajos de algunos de estos aficionados. La prohibición de excavaciones en el yacimiento era una buena medida desde el punto de vista de la arqueología, pero resultaba frustrante para los que querían descubrir rápidamente si las lecturas de Cayce tenían razón. Los periódicos estaban llenos de artículos sin base que hablaban de «templos» atlantes, pero daban

pocos datos reales. Se solían citar las lecturas de Cayce falseándolas. Él no dijo que se encontraría *un templo* en 1968 o en 1969; dijo que

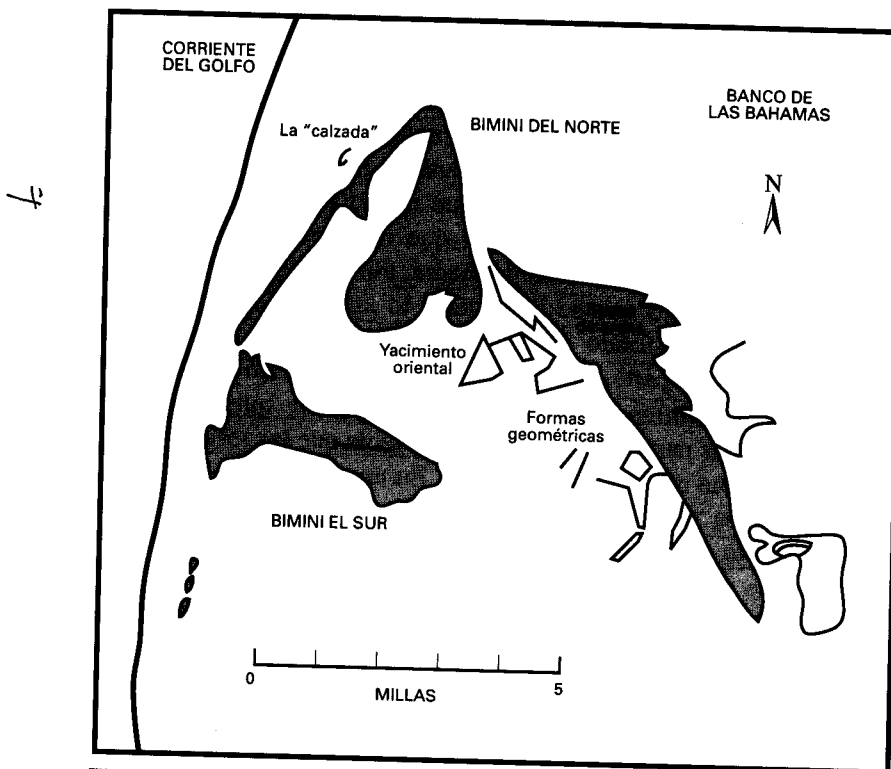


Figura 6-1. Mapa de la zona de Bimini, con la situación de los yacimientos arqueológicos.

algunas partes de la Atlántida *se levantarían*. Habló de un templo en una lectura completamente diferente (núm. 440-5), y no citó ninguna fecha para su descubrimiento.

A principios de los 70, dos grupos recibieron permiso para llevar a cabo un estudio más intensivo del yacimiento de la calzada. Uno de ellos estaba dirigido por un geólogo llamado Wyman Harrison. Por contraste con el gran número de artículos publicados en revistas

populares y en periódicos en que se afirmaba que el yacimiento pertenecía a la Atlántida, Harrison publicó un artículo escéptico en un número de la revista *Nature* de 1971, en el que ofrecía explicaciones naturales del origen del yacimiento. Opinaba que las losas gigantes no eran más que roca costera natural. La roca costera, común en las Bahamas, es una roca que se forma en bloques a lo largo de las costas. Tiende a fracturarse, y los trozos suelen parecer grandes losas. Harrison señaló que el yacimiento era aproximadamente paralelo a la costa, y que parecía que se trataba de una sola capa de losas que yacían sobre el fondo. A pesar de su aspecto poco común, opinaba que se trataba únicamente de una formación geológica natural. Harrison estudió también las columnas hundidas que habían encontrado otros exploradores anteriores, y propuso que podían proceder de un naufragio, pues no parecía que estuvieran distribuidas como podrían estarlo las ruinas de algún edificio.

El otro grupo estaba dirigido por John Gifford, licenciado en geología que preparaba su tesis doctoral en la Universidad de Miami. Realizó un estudio a fondo de la geología de la zona, y llegó a la misma conclusión que Harrison: la de que los bloques eran una formación natural. Pero Gifford siguió interesándose por la zona, y se unió a dos arqueólogos aficionados, Talbot Lindstrom y Steven Proctor, fundadores de la Sociedad de Exploración y Arqueología Científica (SEAC). Las expediciones de la SEAC siguieron estudiando la zona durante los años 70, esperando encontrar otros yacimientos que aportasen indicios más claros. Uno de sus descubrimientos más importantes fue el yacimiento al que llamaron «la calzada de Proctor», en honor a su descubridor. Este nuevo yacimiento, próximo a la célebre calzada, era muy diferente. Consistía en agrupaciones de piedras a intervalos regulares, ordenadas en línea recta a lo largo de cerca de dos kilómetros, por el fondo marino. Transcurría en diagonal con respecto a las antiguas líneas costeras, y no era paralela a la costa actual, de modo que no se podía explicar fácilmente por la roca costera. Pero, ¿qué función podía tener una estructura artificial de este tipo? No conducía a nada que fuera claramente antiguo. En un extremo había un barco naufragado, pero los exploradores encontraron grandes bidones de metal que demostraban que el naufragio era reciente y que no tenía que ver con las piedras.

Lindstrom informó de los descubrimientos en artículos publicados en *Explorer's Journal* (marzo de 1982) y en *Epigraphic Society Occasional Publications* (1980), pero la mayoría de los arqueólogos les prestaron poca atención.

El coste elevado de la arqueología subacuática y las dificultades de obtener permisos de excavación limitaban la cantidad de trabajo serio que se podía realizar cerca de Bimini. La mayor parte de los visitantes eran simples turistas que dedicaban un día a bucear en el yacimiento, pero sin estudiarlo en serio. El interés inicial se apagó, hasta que se reavivó en 1974, cuando un nuevo explorador, el doctor David Zink, entró en escena.

LAS EXPEDICIONES DE ZINK

Zink emprendió una serie de expediciones que serían la base del estudio más intensivo realizado por ningún investigador sobre la calzada de Bimini; pero tampoco consiguió convencer a la mayoría de los científicos de que verdaderamente se trataba de los restos de la Atlántida. Su libro *The Stones of Atlantis* («Las piedras de la Atlántida») ofrece la información más completa disponible sobre el yacimiento, pero sus especulaciones han movido a los escépticos a poner en duda su labor.

David Zink era profesor de inglés en la Universidad Lamar de Texas. Llevaba mucho tiempo interesado por la parapsicología, la Atlántida y las lecturas de Cayce. No tenía formación de arqueólogo, y, por lo tanto, no sentía la «angustia de la anomalía» de los arqueólogos y geólogos oficiales, como Harrison, que rechazaban la tesis de Bimini. Aportó la experiencia de su formación general: había navegado, era submarinista, entendía de fotografía submarina, y había sido oficial de comunicaciones militares y antiguo profesor de la Academia de las Fuerzas Aéreas. Sus investigaciones bibliográficas sobre la Atlántida, y los informes sobre los descubrimientos de Bimini, le animaron a pedir la excedencia en su universidad y a proseguir la búsqueda en persona. Con el tiempo, llegó a renunciar por completo al mundo académico para dedicar todo su tiempo a la búsqueda de la Atlántida.

En el invierno de 1974, Zink cruzó con su mujer y sus hijos las 800 millas del golfo de México en su balandro de 11 metros, rodeó la punta de Florida y llegó hasta Bimini. En Miami se había reunido con J. Manson Valentine, que compartió con él los detalles de los nuevos descubrimientos y le sugirió que partiese del yacimiento de la calzada como zona principal de investigaciones.

Otros, como Rebikoff y Gifford, habían estudiado con detalle partes pequeñas del yacimiento; pero Zink fue el primero que estudió todo el yacimiento e intentó descifrar su estructura. El yacimiento tiene la forma general de una enorme letra «J» invertida. Su brazo más largo, que mide unos 600 metros de largo, está compuesto de dos hileras paralelas de losas grandes, que transcurren casi en paralelo con respecto a la playa, a una media milla de la costa, y terminan en una sección semejante a un pavimento, compuesta de losas menores y más desorganizadas. La sección en forma de pavimento describe un arco de 90 grados hacia la playa. Algunas secciones paralelas adicionales de losas de piedra componen el otro brazo de la jota. En las cinco semanas que pasó Zink en el yacimiento, la regularidad de las enormes losas le impresionó lo bastante como para animarle a hacer planes para una expedición mucho más extensa al año siguiente.

La expedición «Poseidia 75» de Zink volvió a avivar la polémica sobre el yacimiento de la calzada. Con dos barcos, y con base en el apartamento en la costa que le había prestado el escritor Peter Tompkins, Zink reunió a un grupo de más de una docena de submarinistas, arqueólogos y geólogos para llevar a cabo un levantamiento topográfico de las losas del yacimiento. Otros habían llegado a conclusiones generales basándose en las pocas losas muy regulares del brazo más corto de la jota, pero Zink encontró piedras poco comunes en todo el yacimiento. Estas piedras le convencieron de que el yacimiento no era una calzada, pero quizás se tratase de un monumento megalítico similar al de Stonehenge.

Reunió indicios de varios tipos que daban a entender que el yacimiento era obra humana. En primer lugar, estaba la forma general del yacimiento, las hileras paralelas de losas eran aproximadamente paralelas, a su vez, a la costa actual, y podrían ser restos de la antigua

línea costera; pero el pavimento de forma curva era difícil de explicar, si no era como obra humana. Había piedras que tampoco se ajustaban a las características habituales de la roca costera. Algunas estaban apoyadas sobre piedras menores, como los dólmenes de los monumentos megalíticos de Europa, en vez de yacer directamente sobre el fondo. Otras tenían formas geométricas marcadas: por ejemplo, cuadrada, de cuña, o de flecha. ¿Podrían deberse a las fracturas aleatorias de la roca costera? También existe un lugar donde una fractura del fondo marino transcurre bajo las losas, siguiendo una orientación diferente a la de las propias fracturas de las losas. Por último, las mediciones del yacimiento sugirieron a Zink esquemas numéricos y angulares.

Los descubrimientos más emocionantes que se realizaron aquel verano fueron el de lo que parecía ser la escultura estilizada de una «cabeza», de mármol, de unos 170 kilos de peso, y un bloque de construcción machihembrado; ambos yacían en el fondo, cerca de la calzada. Antes de aquellos descubrimientos, nadie había encontrado ninguna obra humana aparte de las losas. Si se demostraba que éstas no eran más que roca costera, no quedaba nada que relacionase el yacimiento con la Atlántida. Estaba claro que el bloque de mármol no procedía de las Bahamas. Por desgracia, era imposible fecharlo, y ni siquiera quedaba claro que se tratase de una escultura. Dado que el bloque de mármol y el bloque de construcción se habían encontrado sobre el fondo marino, los escépticos opinaban que simplemente podían haber caído de un barco. La cabeza se quedó en el fondo, porque Zink no tenía ni el permiso ni los equipos necesarios para extraerla.

Durante el invierno de 1976, Zink se preparó para extraer la cabeza en el verano siguiente. Corrió la voz de sus descubrimientos, y la Sociedad Internacional de los Exploradores de Florida le nombró Explorador del Año. En el verano de 1976 se puso en contacto con él la Sociedad Cousteau, y dirigió a Philippe Cousteau por los yacimientos de Bimini para rodar el documental «El Calypso busca la Atlántida».

Uno de los coautores de este libro, Douglas Richards, fue miembro de la expedición principal de Zink de aquel año, Poseidia 76. Fue una expedición más especializada que las anteriores; sus objetivos

fueron perfeccionar el estudio topográfico del yacimiento y rescatar la cabeza de mármol. El estudio topográfico del yacimiento se consiguió fácilmente. Por medio de un teodolito, desde la playa, medimos los ángulos relativos de boyas situadas sobre puntos clave del yacimiento, y así pudimos preparar el primer plano detallado del lugar. Descubrimos que los mapas más antiguos, como los de Valentine, tenían errores de más de un kilómetro, problema que es constante en los planos de la zona. Por medio de observaciones solares, confirmamos que las aberraciones magnéticas tienden a producir errores en los trabajos topográficos basados en la brújula. El intento de recuperar la cabeza no tuvo tanto éxito. La tormenta tropical Dottie levantaba olas de cuatro metros, y no pudimos encontrar la cabeza.

Por último, en 1977, se rescató la cabeza del fondo del mar. Zink también pudo conseguir los equipos necesarios para realizar sondeos profesionales de las losas de piedra, aunque los resultados de las mismas no fueron concluyentes.

Se habló mucho de los trabajos de Zink, pero el modo en que lo presentó en su libro hizo muy poco probable que la mayoría de los arqueólogos se lo tomaran en serio. Si se hubiera limitado a llegar a la conclusión de que el yacimiento pertenecía a la Atlántida, eso hubiera bastado para molestar a muchos arqueólogos; pero Zink llegaba más allá. Basándose en lecturas realizadas en la zona por videntes, llegó a la conclusión de que extraterrestres de las Pléyades habían participado en la construcción del lugar.

A estas teorías no les faltaron detractores. Eugene Shinn, geólogo del Servicio de Prospección Geológica de los Estados Unidos (USGS), llevó a cabo un estudio para determinar si las losas eran artificiales o de origen natural. Aunque era un geólogo ortodoxo, en el artículo que publicó en la revista *Nature* en 1980, escrito en colaboración con el arqueólogo Marshall McKusick, advirtió que había realizado el estudio a su propia costa, y no dentro de ningún proyecto patrocinado por el USGS. El hecho de que incluso el autor de un artículo escéptico se sintiera obligado a realizar una aclaración de este tipo demuestra el carácter polémico del tema.

Shinn no tuvo en cuenta las afirmaciones de Zink sobre la estructura poco común del yacimiento. En vez de razonar sobre la

configuración general del lugar, se centró en la estructura interna de las losas para determinar si se habían fracturado de manera natural donde estaban o si habían sido seres humanos quienes las habían colocado. Razonó que si las losas se hubieran formado donde estaban y se hubieran fracturado posteriormente, se encontrarían capas idénticas de sedimentos en las losas adyacentes. En las losas que se hubieran movido por intervención humana, sería más probable que se encontraran configuraciones diferentes. Shinn realizó sondeos en losas contiguas, anotando cuidadosamente la orientación de las perforaciones. Las fotografías por rayos X de algunas de las muestras mostraban planos y ángulos de sedimentación semejantes, con lo que Shinn se convenció de que las losas se habían formado como roca costera en una playa inclinada, y se habían fracturado donde estaban. Pero no todos sus sondeos mostraron resultados tan nítidos. Las muestras de la parte norte del yacimiento contenían grandes guijarros, que impedían la formación de estratos. Shinn también llegó a la conclusión de que estas losas eran roca costera fracturada de forma natural, pero existían claras diferencias en diferentes partes del yacimiento.

Shinn también intentó fechar las losas por medio del carbono 14. La dispersión de las fechas era bastante amplia, pero oscilaban alrededor del 3.000 antes del presente. Era una fecha demasiado reciente para la Atlántida de Cayce. Por desgracia, tampoco coincidía con otras estimaciones de la antigüedad del yacimiento. Las curvas de nivel del mar de otras zonas indicaban que el yacimiento ya debería llevar mucho tiempo sumergido hace 3000 años, de modo que no se podía haber formado en una playa. En su artículo de la revista *Nature*, McKusick y Shinn se quitan de encima el problema de la discrepancia diciendo que se había erosionado una importante cantidad de arena de debajo de las losas, sumergiéndolas hasta su profundidad actual. Pero la cuestión es más complicada. Zink estudia las fechas obtenidas en la investigación de John Gifford y las compara con las curvas de los antiguos niveles del mar. Las fechas oscilan entre los 6.000 y los 2.500 años de antigüedad, y la roca de base del fondo es de hace 15.000 años. Con esta gran dispersión de fechas es difícil llegar a ninguna conclusión sobre el yacimiento. Zink reconoció el pro-

blema, y, al estudiar esta cuestión concreta, se muestra tan escéptico como el propio artículo de McKusick y Shinn.

¿Cuál fue el resultado final de las expediciones de Zink? En primer lugar, sentó el precedente de estudiar a fondo el yacimiento. Ninguno de sus detractores lo ha estudiado tan a fondo. Aunque él no es un arqueólogo profesional, comprendía la importancia de realizar un levantamiento topográfico cuando se estudia un yacimiento, en vez de limitarse a observarlo. Sus planos, que muestran la posición de cada piedra en el yacimiento de la calzada, tendrán un valor duradero. Por desgracia, su labor sirvió sobre todo para confirmar a muchos geólogos y arqueólogos que el yacimiento es de origen natural: roca costera antigua, con fracturas naturales en su lugar de formación, sin intervención humana. Las anomalías del yacimiento, como su giro de 90° y las piedras grandes colocadas sobre piedras pequeñas, se han considerado no significativas en comparación con la impresión general de que el yacimiento se parece mucho a las formaciones de roca costera junto a la orilla del mar. Desde luego, no se han tenido en cuenta todos los indicios, y todavía hay lugar para nuevas interpretaciones; pero está claro que será difícil demostrar que el yacimiento aislado de la calzada son las ruinas de la Atlántida.

La calzada no es el único yacimiento arqueológico de la zona. ¿Qué hay de los demás yacimientos estudiados por Zink? ¿Ofrecen mayores posibilidades de pruebas?

Valentine descubrió una configuración poco común en el fondo marino, inmediatamente al este de Bimini del Norte, lugar al que Zink llamó «el yacimiento del este». Existe algo debajo de la arena que hace que la vegetación marina forme configuraciones geométricas muy definidas. Zink no disponía de los recursos necesarios para realizar excavaciones, pero se dio cuenta de que allí podría existir algo poco corriente. No tuvo tanta suerte en la búsqueda de otros yacimientos. A pesar de haber realizado una búsqueda extensiva, no fue capaz de volver a localizar la columna que había descubierto Bell en los años 50. Sus expediciones de 1978, 1979 y 1980 descubrieron algunos fenómenos geológicos poco comunes, como lo que parecía ser un manantial submarino de agua caliente, pero no encontraron ninguna nueva ruina.

Zink sí consiguió descartar algunos otros yacimientos, con lo que brindó un útil servicio a futuros exploradores. En una visita al yacimiento del «templo» de Andros, defendido por Valentine, Zink descubrió que los muros no estaban hechos de piedras labradas, sino que eran montones bastos de rocas. Le pareció probable que aquellos muros hubieran sido construidos como depósitos de esponjas por pescadores. Zink también demostró que un naufragio que algunos habían considerado fenicio databa en realidad de hacia 1880. Comprobó informes sobre la presencia de bloques de granito en el banco de Moselle, al norte de Bimini, pero encontró en ellos marcas de canteras modernas, con lo que acalló las especulaciones de que estas piedras no nativas hubieran sido llevadas allí por los atlantes. Zink dejó de actuar en Bimini en 1980, dejando muchas preguntas sobre los yacimientos pero pocas respuestas.

La labor de Zink era problemática en algunos sentidos, desde luego. A pesar de la profundidad de sus trabajos topográficos, sus presentaciones no estaban a la altura de la arqueología profesional, y era inevitable que sufriera críticas. Pero McKusick y Shinn, y más tarde McKusick en solitario en la revista *Archaeology*, en 1984, llegaron mucho más allá de las críticas a los métodos de investigación poco ortodoxos. Dedicaron una gran parte de su artículo a atacar la «secta religiosa» de Cayce, interpretando la polémica sobre Bimini como un «choque entre la interpretación científica y el dogma religioso». Como habrán advertido los lectores de este libro, nada puede estar más lejos de la realidad. Las lecturas de Cayce son una fuente poco ortodoxa de información, sin duda, pero en ellas no hay nada que sea anticientífico *per se*. El propósito de este libro ha sido mostrar los paralelismos científicos de las lecturas de Cayce, algunos de los cuales sorprenderán sin duda a la mayor parte de los arqueólogos. Pero existen decididamente algunos aspectos problemáticos de las lecturas de Cayce, como hemos mostrado en capítulos anteriores. Bimini parecía brindar una de las mejores oportunidades de demostrar o refutar algunos conceptos de los textos de Cayce, pero la polémica no se ha podido resolver tras años de trabajo. ¿Tenemos alguna esperanza de encontrar otros yacimientos en los que pudiera ser más fácil llegar a un acuerdo científico?

LOS EXPLORADORES DE LOS AÑOS 80 Y POSTERIORES

Los trabajos de los años 60 y 70 demostraron que es posible dedicar grandes esfuerzos a los proyectos de este tipo para obtener a cambio pocos resultados sustanciales. Es como el hombre que ha perdido las llaves de su coche y las busca bajo la farola; no cree haberlas perdido allí, pero ¡allí es donde hay luz! El yacimiento de la calzada ocupó una proporción tan grande del tiempo de todos, escépticos y creyentes, porque era fácil de encontrar. Los muchos otros yacimientos que se detectaron, algunos de ellos con impresionantes fotografías de configuraciones en rejilla y en círculo, nunca se volvían a encontrar cuando se querían explorar, o estaban demasiado lejos de la costa para poder explorarlos. Las cartas de navegación de la zona eran tan malas que incluso calcular con precisión dónde se estaba para poder volver al mismo punto solía ser un obstáculo insuperable. El coste de la elaboración de buenas cartas marinas era muy superior a los recursos de aquellos investigadores, principalmente aficionados.

Pero, mientras tanto, la tecnología estaba desarrollando herramientas que cambiarían todo el curso de la exploración. Entre esas herramientas de alta tecnología destacaban la fotografía desde satélites, la navegación por satélite y el sonar de barrido lateral. Unidas, permitirían el levantamiento topográfico preciso de los bancos poco profundos y de las profundidades del océano. Por primera vez, fue posible seguir literalmente el consejo de Cayce: «Si se llevase a cabo una exploración geológica en algunas de ellas, sobre todo, o especialmente, en Bimini y en la corriente del Golfo en esta zona, todavía se podrían encontrar» (núm. 364-3, 16 de febrero de 1932).

La primera fotografía por satélite de la región de Bimini se tomó en 1973 por el satélite Landsat 1, pero sólo diez años más tarde la estudió alguien buscando yacimientos arqueológicos. Cubría una amplia zona, de miles de kilómetros cuadrados, pero el objeto más pequeño que pudiera mostrar tenía que tener más de 70 metros de ancho. Esto es bueno para producir cartas de navegación a gran escala, pero no para encontrar yacimientos arqueológicos. No obstante, se apreciaban claramente en la foto formas geométricas poco comunes,

entre ellas pentágonos y rectángulos. En 1984 se dispuso de la primera foto del Landsat 4, realizada con una tecnología mucho más avanzada. En ella se apreciaban con todavía mayor claridad las formas geométricas, y se preparó una expedición para descubrir de qué se trataban.

La expedición de 1984 fue pequeña comparada con los años de trabajo que habían dedicado otras personas, pero su propósito era resolver una cuestión muy importante: ¿Podía aprovecharse la fotografía por satélite para detectar yacimientos y para localizarlos en la navegación? La navegación había sido el eterno problema en la búsqueda de las ruinas de la Atlántida. Son incontables los relatos que hablan de descubrimientos, como el de la misteriosa columna de Bell, que jamás volvieron a localizarse. Bimini es una isla pequeña, muy llana, y el único punto de referencia visible es una antena de radio alta que está en Bimini del Sur. A unas pocas millas de distancia, incluso esta torre suele resultar invisible por la neblina. Por este motivo, los primeros exploradores no se alejaban de la costa. El famoso yacimiento de la calzada sólo estaba a media milla de la costa de Bimini del Norte, e incluso así las personas que no lo conocían a fondo podían tardar varias horas en encontrarlo. Pero faltan por explorar centenares de kilómetros cuadrados en las proximidades de Bimini.

Las fotos por satélite mostraban formas poco comunes en el fondo marino en muchas millas a la redonda de Bimini, pero no existía garantía alguna de que se pudieran descubrir desde la superficie. Nuestra expedición de 1984 se dirigió a Bimini, armada de fotos por satélite y de mapas preparados a partir de las fotos, para localizar las formas sobre el terreno. Entre los expedicionarios figuraba uno de los coautores de este libro (Douglas Richards), Marty Obando, que es patrón de yate y aficionado a la arqueología, y varios miembros de la Fundación Edgar Cayce.

Nuestro primer objetivo fue descubrir las formas desde el aire, utilizando las fotos como cartas de navegación. Alquilamos en Miami una avioneta de cuatro plazas con piloto. La avioneta era una Cessna de alas altas, lo que nos permitía abrir las ventanillas, asomarnos y tomar fotos sin obstáculos, ¡muy emocionante a 2.000

metros de altura! El tiempo meteorológico era perfecto; había algunas nubes, pero ninguna obtaculizaba la visión. Las formas del fondo marino tenían el mismo aspecto que en la foto del satélite. Barrimos la zona una y otra vez, tomando foto tras foto de las configuraciones geométricas, buscando pequeños detalles que pudieran confirmar si eran naturales o artificiales. Era fácil advertir por qué no se habían descubierto nunca algunas de esas formas. Son tan grandes, que su regularidad sólo se puede apreciar desde un satélite. En algunas se apreciaban interesantes detalles internos desde baja altura. La configuración de ángulo recto de una milla de anchura contenía lo que parecía ser un largo lago submarino, rodeado de una playa blanca y estrecha. En otras formas no se apreciaba detalle alguno: los puntos negros que se apreciaban en las fotos seguían siendo puntos negros. No podíamos determinar desde el aire lo que provocaba las formas de color, ni la profundidad del agua.

Una vez de vuelta en tierra, nos centramos en nuestro objetivo principal: la navegación en barco hasta las formas de las fotos del satélite. Llegar en barco desde la costa este de Bimini, donde están situadas las formas, hasta éstas, es todo un desafío. Cuando se habla de una expedición de investigación, la mayoría de la gente se imagina algo parecido al *Calypso* de Jacques Cousteau. Nosotros trabajábamos a una escala algo más reducida. Alquilamos una «ballenera de Boston» de cuatro metros (prácticamente, un bote de remos con motor fuera-borda), y emprendimos nuestra búsqueda. Un barco mayor habría resultado inútil: tuvimos que atravesar bajíos de arena con treinta centímetros de agua, y algunas veces tuvimos que salir del bote y arrastrarlo. Las hélices de otros botes habían abierto un canal de algunos centímetros de profundidad en la arena. Seguimos el «sendero», y pronto llegamos a aguas más profundas. Navegamos orientándonos con la brújula, tomando la antena de radio como punto de referencia, estimando la velocidad de nuestro bote y observando cuidadosamente los cambios de coloración del agua sobre la que flotábamos.

Al cabo de pocos minutos, habíamos descubierto lo que era sin duda alguna un yacimiento arqueológico. Semisumergido en el agua, cerca del extremo del aeródromo de Bimini del Sur, estaban los restos de un avión. Hay mucho negociante en la zona de Bimini, y se

encuentran muchos restos de aviones que intentaron aterrizar de noche sin luces. Pero aquello no era la Atlántida. Proseguimos nuestra búsqueda.

El agua tenía una profundidad aproximada de un metro, y empezamos a atravesar formas de colores más oscuros. Nos aproximamos a uno de los «puntos» que habíamos visto en las fotos del satélite. Era una zona completamente circular, de unos cien metros de diámetro, y de color negro, rodeado de arena blanca. ¿Era uno de los misteriosos «agujeros azules» profundos de las Bahamas? Descubrimos con sorpresa que no lo era. Cuando miramos bajo el agua, sólo vimos vegetación marina de un color negro profundo, pero sin cambio alguno de profundidad. No sabíamos qué era lo que causaba la forma, pero parecía que allí no existía nada fuera de lo común.

Proseguimos hasta llegar a una de las formas geométricas más claras de las fotos: el rectángulo que había descubierto Valentine. Las diferencias de crecimiento de la vegetación del fondo eran sorprendentes. En pocos metros se producía el cambio entre la arena desnuda y la vegetación espesa. Pero no encontramos indicios de artículos o de construcciones de origen humano. Desde el agua, nadie podría advertir la anomalía que se apreciaba desde el aire. Sea lo que sea lo que causa estas formas, está enterrado a gran profundidad bajo la arena, quizás bajo varios metros de sedimentos; por desgracia, no disponíamos de equipos de sonar ni de permisos de excavación.

Al día siguiente, en el mismo bote pequeño, recorrimos más de seis millas desde la costa para encontrar la formación que tenía el «lago» en su centro. A esta distancia de la costa, Bimini era una leve bruma en la lejanía. De un lado del horizonte al otro no había más que agua de color azul verdoso. Una vez más, las fotos por satélite fueron muy útiles, pues nos permitieron navegar guiándonos por las formas del fondo. No disponíamos del tiempo ni del combustible necesarios para inspeccionar toda la zona, pero en general vimos lo que habíamos visto anteriormente: vegetación marina y formas de arena, sin que tuvieran el aspecto de tratarse de edificios sumergidos.

Durante el resto de la expedición, realizamos exploraciones en la costa y otra vez desde el aire. Esta vez nuestro piloto fue John Hollis, que había llegado a Bimini con su propia avioneta, acompañado del

doctor James Windsor, presidente de la Fundación Edgar Cayce, y de sus respectivas familias. Proseguimos con la exploración aérea, y llegamos por el sur hasta Cayo Océano, donde unos trabajos de dragado de arena han abierto grandes fosas en el fondo del mar. En la exploración de la costa encontramos rocas costeras que formaban grandes bloques, a menos de una milla del yacimiento de la calzada.

Regresamos, decepcionados por no haber encontrado ruinas sumergidas, pero satisfechos porque las fotos del satélite habían demostrado su valor, y dispuestos a preparar mapas mejores. Con mapas preparados por satélite, combinados con sistemas de ayuda a la navegación como el LORAN, los exploradores del futuro se encontrarán con muchas menos dificultades.

Desde 1984, han ido cobrando impulso lentamente los planes para realizar un trabajo general y cooperativo para desvelar los secretos de Bimini. En 1987 se había suscitado el interés suficiente como para encontrar patrocinadores para el simposio sobre Bimini en Virginia Beach, de la Universidad Atlantic, al que nos referimos en las primeras líneas del capítulo primero de este libro. El simposio reunió a representantes de todos los puntos de vista, desde propugnadores de las teorías más estrambóticas hasta arqueólogos ortodoxos. Todos estuvieron de acuerdo en dos cuestiones primordiales: que era fundamental realizar un buen levantamiento topográfico, y que se debía evitar la destrucción de los yacimientos. Para un arqueólogo, el contexto en que se encuentra una pieza lo es todo. El objetivo ideal en la actualidad es el trabajo de arqueología en que no se toca nada hasta que no se ha realizado un levantamiento completo y un estudio con equipos electrónicos modernos. Las técnicas de detección remota, como el sonar de barrido lateral y los magnetómetros, son las herramientas de los nuevos arqueólogos. Si usted quiere probar suerte en la búsqueda, ¡por favor, no traiga una pala! Alterar yacimientos arqueológicos sin permiso es un delito grave. Cualquiera puede buscar y hacer descubrimientos, pero deje lo que encuentre para las generaciones venideras. El departamento de investigaciones de la Universidad Atlantic ha puesto en marcha el Proyecto Bimini, que sirve de centro de información a los exploradores, a los arqueólogos y a los profanos interesados por la zona.

Las exploraciones en la zona de Bimini se han reemprendido a fondo, siguiendo la recomendación de Cayce de un levantamiento topográfico, que inspiró a «el geólogo» en los años 50 y 60. Ahora existe la tecnología necesaria para llevar a cabo un levantamiento topográfico a lo largo del borde de la corriente del Golfo con sonar de barrido lateral, que podría mostrar cualquier edificio que se alzase sobre el fondo marino. Los mismos exploradores que no buscan directamente la Atlántida pueden encontrar yacimientos. Al redactarse estas líneas, Stephan Schwartz, de la Sociedad Mobius de California, está llevando a cabo una expedición al sur de Bimini, haciendo uso simultáneo de la parapsicología y de la alta tecnología. El objetivo principal de su proyecto es encontrar barcos hundidos, y ya ha conseguido localizar varios. Con suerte, quizás pueda encontrar también la Atlántida. Sea lo que sea lo que encuentre, su planteamiento es la ola del futuro. Armados de la parapsicología por una parte y de la alta tecnología por la otra, los exploradores pueden llegar a resolver el misterio de Bimini.

CUARTA PARTE

ESPEJOS DE NUESTRO FUTURO

LA ATLÁNTIDA EN NUESTRO FUTURO: ¿TERREMOTOS?

«LAS PROBABILIDADES ESTÁN EN NUESTRA CONTRA: AMENAZA DE TERREMOTOS EN EL ESTE»

¿La amenaza apocalíptica de un vidente? No. Este titular es el de un editorial por George Hebert, que apareció en el diario *Ledger Star* de Norfolk, Virginia, el 13 de febrero de 1987. Hebert citaba en su artículo los resultados recién publicados de un estudio de la Asociación Americana de Sociedades de Ingeniería (AAES). Cifraba las probabilidades de que se produjera un terremoto importante en el este de los Estados Unidos (donde vive el 80 por 100 de su población) antes del año 2010 ¡en un 100 por 100! Las principales regiones de peligro citadas coincidían con algunos comentarios poco corrientes que había hecho Edgar Cayce en lecturas de 1932 y de 1941. Esto animó a un miembro de la A.R.E. a llamar al periódico. Al cabo de una semana se recibió el informe, titulado *Vulnerabilidad de los sistemas de distribución de energía a un terremoto en la región oriental de los Estados Unidos: estudio general*.

Este informe de veintiséis páginas había sido preparado y redactado por la AAES, conjuntamente con el Comité Coordinador de la Energía. En su bibliografía aparecían cincuenta y un títulos. En el sumario se destacaban algunos datos bastante desconcertantes:

A partir de este estudio, salta a la vista que todavía faltan investigaciones y estudios de los daños de los terremotos para poder deter-

minar mejor el impacto de futuros terremotos sobre los sistemas de distribución de la energía, sobre todo en lo que se refiere a los terremotos entre 6,0 y 8,0 grados de magnitud. También es evidente que se cierne una verdadera amenaza para el este de los Estados Unidos, la de que se produzca en el futuro un terremoto destructor. Apoyándonos en lo que sabemos hoy día, el mayor peligro lo corre el valle del Misisipí, seguido de la región de Charleston (Carolina del Sur).

En el peor supuesto, la repetición de un terremoto como el de 1811-1812 no sólo causaría la devastación de la región, sino que podría tener un gran impacto sobre todo el país. Aunque se cree que es un suceso improbable en los próximos 25 años, al entrar en el siglo XXI el riesgo se hace mucho mayor.

En conclusión, la amenaza de terremotos en el este de los Estados Unidos es real. Se han producido terremotos destructores en el pasado, y se volverán a producir en el futuro. La única verdadera incertidumbre es la de cuándo y dónde se producirán. Es importante que, cuando se produzca un terremoto de este tipo, el este de los Estados Unidos esté preparado para mitigar sus efectos. Esto sólo se conse-

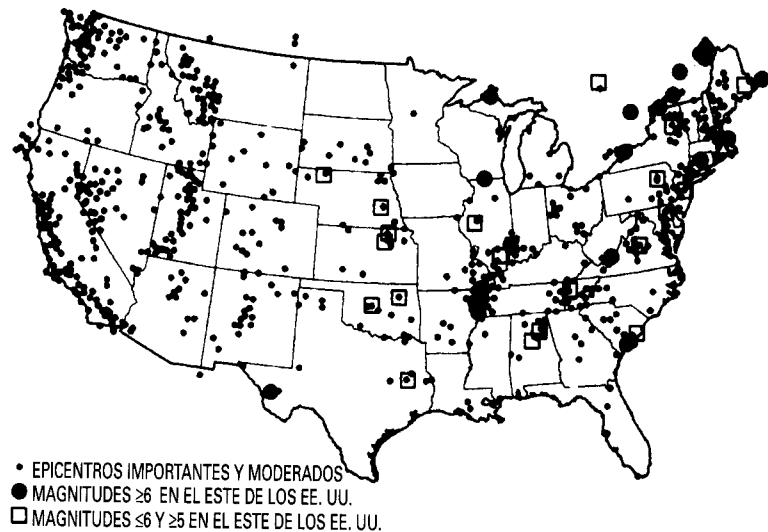


Figura 7-1. Mapa de los terremotos importantes y moderados en EE.UU.

guirá por medio de medidas eficientes en la investigación, la construcción, la planificación y la conciencia pública.

En el informe aparecen tres mapas. La figura 7-1 muestra los epicentros importantes y moderados de los Estados Unidos (el epicentro es el punto de la superficie de la tierra que está situado justamente sobre el centro del terremoto). Este mapa muestra zonas de peligro en los Estados de Carolina del Sur y Georgia, y en las proximidades de la ciudad de Nueva York. Después de la región del valle del Misisipí, la zona más preocupante es la que rodea a la ciudad de Charleston, en Carolina del Sur.

Comparemos esta información con los siguientes pasajes de las lecturas de Edgar Cayce:

Partes de lo que ahora es la costa este del Estado de Nueva York, o la propia ciudad de Nueva York, desaparecerán en gran parte. Pero existirá allí otra generación; mientras que las partes del sur de Carolina y Georgia desaparecerán. Esto será mucho antes (núm. 1152-11, 13 de agosto de 1941).

(P-14) ¿Se producirán cambios físicos en la superficie de la tierra en América del Norte? Si es así, ¿qué partes se verán afectadas, y en qué sentido? (R-14). Encontramos por todo el país muchos cambios físicos de grado menor y mayor. El mayor cambio que encontramos en América se producirá en la costa atlántica del norte. ¡Cuidado con Nueva York, Connecticut y esas partes! (núm. 311-8, 9 de abril de 1932).

En lo que se refiere a la situación de la geografía mundial, del país, los cambios se están produciendo gradualmente. Muchas partes de la costa oriental se verán afectadas, así como muchas partes de la costa occidental, y la región central de los Estados Unidos. En los próximos años, aparecerán tierras en el Atlántico, así como en el Pacífico. Y lo que ahora es la costa de más de una tierra, será el lecho del océano. Incluso muchos de los campos de batalla de la actualidad (1941) estarán en el mar; serán los mares, los golfos, las tierras sobre las que los del orden nuevo realizarán su comercio unos con otros.

Las aguas de los lagos (los Grandes Lagos) desaguarán en el Golfo (el golfo de México), en vez de por el canal del que se

ha hablado tanto últimamente (el canal de San Lorenzo). Sería bueno construir ese canal, pero no con el propósito que se está estudiando actualmente. (núm. 1511-11, 13 de agosto de 1941).

El informe de la AAES contiene otros dos apartados interesantes. En uno se comparan los daños causados por los terremotos en el este y en el oeste de los Estados Unidos; en el otro, se estiman las posibilidades de que se produzca un terremoto destructivo en los próximos veinticinco años.

Nuestras experiencias recientes de terremotos destructivos se han producido en la costa occidental. Cada año se producen uno o más terremotos de magnitud 6,0 o superior en la escala de Richter en algún punto al oeste de las Montañas Rocosas. El terremoto destructivo más reciente fue el terremoto de Coalinga, el 2 de mayo de 1983, de 6,5 grados en la escala de Richter. El terremoto destructivo significativo más reciente fue el terremoto de San Fernando, de 1971, de 6,4 grados en la escala de Richter. Pero ninguno de estos dos terremotos afectó a una extensión tan amplia como la que resultaría afectada si se produjera un terremoto de

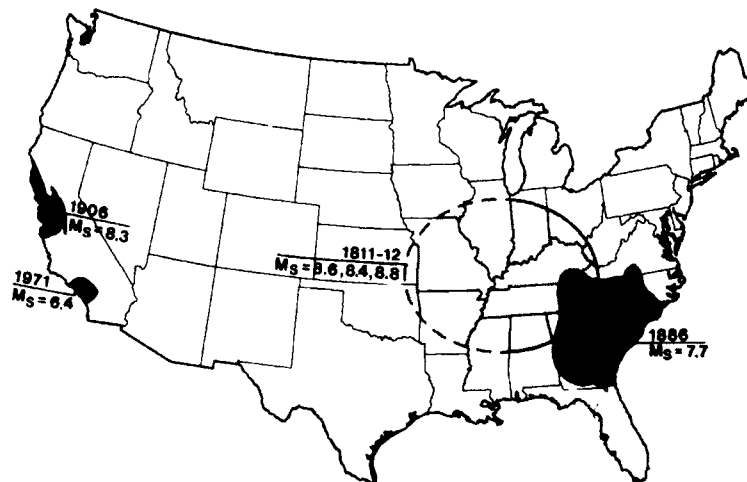


Figura 7-2. Comparación de las zonas afectadas por terremotos en el este y en el oeste.

tal magnitud en el este de los Estados Unidos. La figura 7-2 muestra las superficies de daños equivalentes de los terremotos de San Francisco de 1906 y de San Fernando de 1971, y las de los terremotos de 1811-1812 en Nuevo Madrid y de 1886 en Charleston. Debido a las diferentes situaciones geológicas y tectónicas de la región oriental, la superficie afectada es unas diez veces mayor que la región occidental. A grandes rasgos, se puede decir que, para un terremoto de la misma intensidad, los daños también serían diez veces mayores en el este, y dado que la población del este es más numerosa que la del oeste, el número de personas afectadas podría ser mucho mayor, en función de la situación del epicentro. La mayor densidad de población en el este no sólo favorece

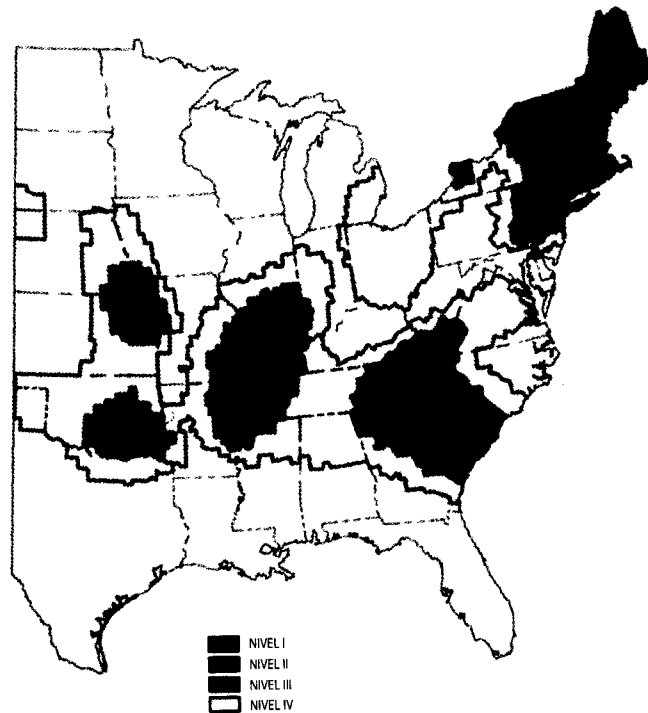


Figura 7-3. Niveles de sacudida potencial por posibles terremotos en el este de los Estados Unidos. (Nota del autor: Los niveles I y II no se distinguen en la reproducción del mapa. La zona de nivel I está en el centro de la zona más oscura del río Misisipi.

la estimación de que los daños podrían ser diez veces mayores, sino que podría llegar a hacer pensar en un valor superior a diez.

La probabilidad de que se produzca un terremoto destructivo (de una magnitud entre 6,0 y 6,5, aproximadamente) entre la actualidad y el año 2010 en la zona sísmica de Nuevo Madrid se puede estimar en un 60 por 100. La probabilidad de que se produzca un terremoto de esas características en la zona sísmica del sur de los Apalaches se puede estimar aproximadamente entre un 1 y un 3 por 100. La suma de todas las probabilidades de que se produzca un terremoto en cada una de las regiones del este de los Estados Unidos nos da como resultado final que la probabilidad de que se produzca un terremoto destructivo en algún lugar del este de los Estados Unidos en los próximos 25 años es de casi un 100 por 100: casi una certeza absoluta. La única incertidumbre verdadera es la de dónde se producirá.

Las predicciones de Cayce de cambios geológicos en California y en otras zonas sísmicas bien conocidas han merecido mucha atención, pero el hecho de predecir que en algún futuro más o menos remoto se va a producir un terremoto en California no representa una prueba demasiado convincente de la habilidad de un vidente. Pero estas predicciones de terremotos en el este de los Estados Unidos hablaban de zonas cuya peligrosidad *no* se conocía por entonces. En muchas de sus predicciones de cambios geológicos, el contexto hizo pensar a los oyentes de Cayce que dichos cambios eran inminentes en los años 30; pero no se produjeron. En otras lecturas, Cayce indicó que en los años entre 1959 y 1998 se vería el comienzo de la mayoría de los cambios.

¿A qué conclusiones podemos llegar a partir de esta comparación entre las lecturas de Cayce y las últimas advertencias de los geólogos? El propio Cayce dijo que el futuro no estaba prefijado, pero está claro que las estimaciones científicas apuestan por que estas profecías se cumplan con una probabilidad del 100 por 100.

En una interpretación de un sueño de Cayce en el que se producían grandes cambios geológicos, las lecturas dijeron:

Ésta es, pues, la interpretación. Tal como se ha dicho: «Nada temáis.» Mantén la fe, pues los que están contigo son más grandes

que los que se te quieren oponer. Aunque cayesen los mismos cielos, aunque cambie la Tierra, aunque pase el cielo, las promesas que hay en Él son seguras y perdurarán, como en aquel día, como prueba de la actividad en las vidas y corazones de tu prójimo...

Ésa es la interpretación. Que los periodos, vistos desde el lado material, vayan a acabarse no tiene importancia para el alma, pero ¡cumple con tu deber *hoy!* Cada día trae su afán.

Estos cambios de la Tierra sucederán, pues el tiempo, y los tiempos, y los medios tiempos están concluyendo, y empiezan los periodos de los ajustes. Pues ¿qué ha dicho Él? «Los justos heredarán la Tierra.»

¿Tienes tú una heredad en la Tierra, hermano mío? (núm. 294-185, 30 de junio de 1936).

EPÍLOGO

¿Fue la Atlántida una realidad?

En este libro, hemos dirigido una mirada imparcial a las lecturas sobre la Atlántida, teniendo en cuenta su relación con las fuentes históricas sobre la Atlántida, con el ocultismo y con la ciencia moderna. A pesar de su lenguaje complicado y de sus ambigüedades ocasionales, parece ser que por lo menos algunas veces Edgar Cayce conectó con una visión precisa de hechos pasados. Aunque algunas lecturas son vagas y desordenadas, otras son concisas y directas. Algunas veces incluían ideas populares, pero muchas veces contenían unas variaciones que demostraban que Cayce intentaba guiar a sus oyentes hasta un punto de vista diferente. En ocasiones contradecía sus ideas preconcebidas, como en el caso de su insistencia en explicar que el templo egipcio de los registros no estaba dentro de la Gran Pirámide, sino en una pirámide enterrada que todavía no se había descubierto. Las fechas en las que situaban los sucesos pasados eran muy distintas de las aceptadas en su época, pero en muchos casos ahora se consideran muy razonables.

Actualmente tenemos poderosas pruebas científicas de que nuestros antepasados claramente identificables como tales aparecieron hace millones de años, y no sólo hace algunos milenios. Los hombres primitivos estaban muy repartidos por el mundo, pero parece ser que los hombres con características anatómicas modernas aparecieron hace menos de 200.000 años, y ya estaban dispersos por el mundo hace unos 50.000 años, en una fecha próxima a la que indicó Cayce

para la primera destrucción de la Atlántida. Las fechas en que Cayce sitúa otras destrucciones de la Atlántida concuerdan estrechamente con aquellas en que los geólogos sitúan inversiones de los polos magnéticos, cambios climáticos, terremotos, periodos de actividad volcánica y extinciones. Hace unos 12.000 años, después de la destrucción definitiva, hubo un crecimiento demográfico en el continente americano. Las raíces de las grandes civilizaciones americanas (no sus manifestaciones finales en los mayas clásicos y en los incas) ya se pueden situar en este periodo.

A los autores les habría resultado fácil preparar un libro ligeramente polémico, presentando únicamente los «aciertos» de Edgar Cayce, sus afirmaciones de hace años que se cumplieron. Pero en las lecturas todavía se encuentran aspectos inquietantes, que simplemente no encajan con lo que hoy sabemos acerca de los pueblos antiguos. Entre éstos destaca la cuestión misma de la existencia de la Atlántida. En vista de que no han aparecido restos confirmados de la Atlántida, es difícil convencer a los escépticos de que la Atlántida fue la cuna de todas las civilizaciones. Existen anomalías persistentes (las formas submarinas próximas a Bimini, los fósiles de agua dulce en pleno Atlántico), pero el templo «bajo el cieno de siglos del agua del mar» de que hablaban las lecturas de Cayce sigue sin aparecer. Del mismo modo, el relato sobre Egipto, a pesar de los descubrimientos de posibles cavidades bajo la esfinge, ha sufrido un duro golpe tras las dataciones por carbono 14. Pero la apertura del templo de los registros podría dar respuesta a muchas preguntas. Algunos relatos de vidas en la antigua Atlántida también fuerzan la imaginación, con sus descripciones de altas tecnologías y de monstruosidades biológicas. Pero el desarrollo de la tecnología desde tiempos de Cayce ha demostrado que estas posibilidades pueden ser reales, por poco probables que fueran en el pasado remoto.

Entonces, ¿que conclusiones debemos extraer de este relato? ¿Debemos aceptarlo haciendo un acto de fe, o debemos rechazarlo atribuyendo sus aciertos al azar? ¿Cuánta credibilidad debemos atribuir a las lecturas de Cayce?

La respuesta a esta pregunta es bastante complicada, porque en realidad no existe una respuesta única. Parece que Cayce obtenía sus

informaciones de fuentes diferentes, de mayor o menor calidad. Entre sus diversas fuentes pudieron contarse:

- La memoria inconsciente: textos que Cayce había leído u oído. Muchas de sus citas bíblicas procedían sin duda de esta fuente.
- Observaciones clarividentes de personas y de hechos.
- Comunicación telepática entre la mente de Cayce y las de otros individuos. La calidad de esta información dependería, por supuesto, de los conocimientos de dichos individuos, vivos o muertos.
- Los Registros Akásicos, que, según Cayce, exigían una sintonización adecuada para poder ser leídos. Otra manera de entenderlo es suponer que la mente inconsciente de Cayce era capaz de viajar por el tiempo para contemplar sucesos pasados, así como posibilidades futuras.

Entre las demás influencias, podrían contarse el propio estado físico, mental y emocional de Cayce, así como el de la persona que solicitaba la lectura y los de otras que participaban en la misma. Así, la transmisión de la información videncial resultaba afectada de un modo muy similar a como las interferencias eléctricas pueden afectar a las transmisiones de radio y de televisión.

Del mismo modo que existen jugadores de béisbol buenos y malos, existen videntes. Edgar Cayce fue uno de los videntes más exactos de su época, y desde luego es aquel del que más información poseemos. Pero, del mismo modo que un jugador de béisbol puede tener una mala tarde, el mejor vidente no siempre las acierta todas.

¿Cómo debemos recibir estos textos? La respuesta que dan las propias lecturas de Cayce es que no debemos aceptarlos simplemente haciendo un acto de fe ciega, ni tampoco rechazarlos, sino llevar a cabo investigaciones personales o científicas para determinar su validez. En una lectura realizada en 1935 para la joven Asociación para la Investigación y la Iluminación, Cayce dijo: «Se suele decir que la labor es un programa de investigación y de iluminación; pero, ¿cuántas investigaciones habéis realizado? ¿Acaso no la estáis presentando

como si fuera una iluminación sin mucha investigación? ¡No empecéis la casa por el tejado! ¡No da resultado! ¡Ni siquiera con atajos!» (núm. 254-81, 12 de enero de 1935).

Este libro ha representado un primer paso en las investigaciones, pero no es la última palabra ni mucho menos. Sean o no verdaderas las lecturas en todos sus detalles, el cuadro general que nos está desvelando la arqueología queda claro. La historia mundial no ha seguido un ascenso constante a partir de los «cavernícolas salvajes». Muchas civilizaciones se han levantado y han caído a lo largo de los siglos; la nuestra no es la única. Las lecturas de Cayce añaden el punto de vista de que es posible que nos hayamos alzado mucho más, y que hayamos caído de mucho más alto, que lo que puedan creer los arqueólogos. ¿Podría volver a suceder? ¿Y se puede evitar?

Del mismo modo que confirman las predicciones de Cayce sobre el pasado, los geólogos también están confirmando sus predicciones sobre el futuro. Muchas personas temen la destrucción por terremotos gigantes. Pero Cayce dijo que el futuro no estaba prefijado, y que los mismos cambios geológicos se podían evitar. Incluso en sus propios tiempos, las predicciones no se cumplían por los cambios de las actitudes de las personas, decía él. Es un caso semejante al relato bíblico de Jonás:

Dios mandó a Jonás que fuera a Nínive y profetizara su destrucción por la maldad de sus habitantes. Jonás intentó incumplir la orden de Dios, pero, después de su experiencia con un pez más bien grande, cuando Dios volvió a llamarle por segunda vez se dirigió, en efecto, a Nínive y predicó por las calles de la ciudad su destrucción inminente. Jonás sabía convencer, y todos, hasta el mismo rey, reconocieron sus pecados, se arrepintieron y clamaron a Dios pidiendo misericordia.

«Y vio Dios sus obras, y que se habían convertido de sus maldades, y se arrepintió del mal que les había anunciado, y no lo envió» (Jonás 3, 10).

Todos los de Nínive se alegraron, salvo Jonás, al que molestó que su profecía no se hubiera cumplido...

¿Vamos a ser como Jonás, o podemos extraer de las lecturas de Cayce el mensaje de que no debemos seguir los pasos de la Atlántida?

Aunque usted crea que el relato de la Atlántida según Cayce es una alegoría en el mejor de los casos, o un capricho de su imaginación en el peor, ¿deja por ello de tener valor para nosotros? ¿Quién puede negar que todavía estamos buscando cuál es el carácter de nuestras relaciones con nuestro Creador y con nuestros semejantes humanos? ¿No nos da una pista de ello el relato de la Atlántida? El futuro no está prefijado. Tenemos la posibilidad de cambiar nuestro destino, como individuos y como nación.

Quizás estemos en la situación del personaje de historietas Pogo, que dijo: «Nos hemos encontrado con el enemigo, y somos nosotros.» ¿Optaremos, como los hijos de Belial, por la autocomplacencia, sin tener en cuenta a los demás? ¿O aspiraremos a encontrar la voluntad de Dios, como los hijos de la Ley del Uno?

Alguien preguntó una vez a Edgar Cayce cómo encontrar la felicidad y la paz mental. Respondió: «Ayudar a los demás trae la liberación, trae la paz, trae la armonía. Pues, recuerda, las promesas que Él nos hizo entonces siguen vigentes hoy: “Mi paz os dejo, mi paz os doy, no como conoce el mundo la paz”, no la paz de la comodidad, sino la de la convicción dentro de uno mismo de que “los demás harán lo que quieran, pero yo serviré al Dios vivo”. Ése es el único medio, la única salida, que nos libera de las fuerzas que nos atan. Pues la verdad os hará libres, y ¡entonces seréis verdaderamente libres!» (núm. 2786-1, 24 de julio de 1942).

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

- Aldred, C.: *The Egyptians*. Thames and Hudson. Londres, 1984.
- Ani, Hunefer, Anhai.: *The Book of the Dead* (con comentarios de Evelyn Rossiter). Museo Británico. Londres, 1978.
- Anónimo («El Geólogo»): *Earth Changes*. A.R.E. Press. Virginia Beach, Virginia, 1959. Reeditado en H. L. Cayce, *Earth Changes Update*. A.R.E. Press. Virginia Beach, Virginia, 1982.
- Berlitz, C.: *The Mysteries of Atlantis*. Grosser & Dunlap. Nueva York, 1969.
- , *Atlantis, The Eighth Continent*. G. P. Putnam's Sons. Nueva York, 1984.
- Blavatsky, H. P.: *The Secret Doctrine*. Theosophical Publishing House. Londres, 1971.
- Bramwell, J.: *Lost Atlantis*. Cobden-Sanderson. Londres, 1937.
- Brested, J. H.: *A History of the Ancient Egyptians*. Charles Scribner's Sons. Nueva York, 1919.
- Budge, E. A. W.: *The Book of the Kings of Egypt*. Vol. 1, Dinastías I-XIX. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Ltd. Londres, 1908.
- Cayce, E. E.: *Edgar Cayce on Atlantis*. Paperback Library (Warner Books). Nueva York, 1968.
- , *Humor from the Edgar Cayce Readings*. A.R.E. Press. Virginia Beach, Virginia, 1980.
- Cayce, E. E., y H. L. Cayce.: *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power*. Harper & Row. Nueva York, 1971.

- Cayce, H. L.: *Earth Changes Update*. A.R.E. Press. Virginia Beach, Virginia, 1980.
- , *Venture Inward*. Harper & Row. Nueva York, 1964.
- Ceram, C. W.: *Dioses, tumbas y sabios*. Versión española: Orbis. Barcelona, 1983
- Churchward, J.: *The Lost Continent of Mu*. Ives & Washburn. Nueva York, 1931.
- Coon, C. S.: *The Origin of Races*. Alfred A. Knopf. Nueva York, 1962.
- De Camp, L. Sprague.: *Lost Continents*. Gnome Press. Nueva York, 1954.
- Donelly, I.: *Atlantis, The Antediluvian World*. (Revisado por Egerton Sykes) Harper & Brothers. Nueva York, 1949.
- Fix, W.: *The Bone Peddlers*. Macmillan. Nueva York, 1984.
- Goodman, J.: *American Genesis*. Summit Books. Nueva York, 1981.
- , *Psychic Archeology*. G. P. Putnam's Sons. Nueva York, 1977.
- Hassam, S.: *Excavations at Giza*. Cairo Government Press. El Cairo, Egipto. 1930-1939
- Hay, C. L.; R. L. Lintin; S. K. Lathrop; H. L. Shapiro, y G. C. Vailant, eds.: *The Mayas and Their Neighbors*. Dover. Nueva York, 1977. (Primera edición: 1940).
- Heyerdahl, T.: *Early Man and the Oceans*. Random House. Nueva York, 1978.
- Hitching, F.: *The Neck of the Giraffe: Darwin, Evolution and the New Biology*. New American Library. Nueva York, 1982.
- James, T. G. H.: *Excavating in Egypt*. University of Chicago Press. Chicago, 1982.
- Jennings, J. D.: *Prehistory of North America*. McGraw-Hill. Nueva York, 1974 (segunda edición).
- Johanson, D., y M. Edey: *Lucy: The Beginnings of Humankind*. Warner Books. Nueva York, 1981.
- Johnson, P.: *The Civilizations of Ancient Egypt*. Atheneum. Nueva York, 1978.
- Kukal, Z.: *Atlantis in the Light of Modern Research*. Elsevier. Amsterdam, 1984.
- Lehner, M.: *The Egyptian Heritage*. A.R.E. Press. Virginia Beach, Virginia, 1974.

- Ley, W.: *Another Look at Atlantis*. Doubleday. Garden City (Nueva York), 1970.
- Lyell, C.: *Principles of Geology*. John Murray. Londres, 1853.
- Mcintyre, L.: *The Incredible Incas and Their Timeless Land*. National Geographic Society. Washington, D.C., 1975.
- Martin, P. S., y R. G. Klein, eds.: *Quaternary Extinctions: a Prehistoric Revolution*. University of Arizona Press. Tucson (Arizona), 1984.
- Mavor, J.: *Voyage to Atlantis*. G. P. Putnam's Sons. Nueva York, 1969.
- Mendelsohn, K.: *Riddles of the Pyramids*. Praeger. Nueva York, 1974.
- Mercer, S. B.: *The Pyramid Texts*. Vols. II y IV. Longman's, Green and Co. Nueva York, 1952.
- Oliver, F. (Philos el tibetano): *Dweller on Two Planets*. Poseid Publishing. Los Ángeles, 1920.
- Petrie, W. M. F.: *The Religion of Ancient Egypt*. Constable & Co., Ltd. Londres, 1912.
- Reisner, G. A.: *Giza Necropolis*. (Revisado por William S. Smith.) Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1955.
- Scott-Elliott, W.: *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria*. Theosophical Publishing House. Londres, 1925.
- Shangle, R. D., y L. Kelso.: *Volcano*. Beautiful America Publishing Co. Beaverton, Oregón, 1980.
- Shutler, R., Jr., ed.: *Early Man in the New World*. Sage Publications. Beverly Hills, 1983.
- Silverberg, R.: *The Mound Builders*. Ballantine Books. Nueva York, 1970.
- Spence, L.: *Atlantis in America*. David McKay. Nueva York, 1928.
- Stearn, J.: *Edgar Cayce - The Sleeping Prophet*. Doubleday. Nueva York, 1967.
- Steiner, R.: *Atlantis and Lemuria*. Antroposophical Publishing Co. Londres, 1923.
- Stemman., R.: *Atlantis and the Lost Lands*. Doubleday. Garden City (Nueva York), 1977.
- Streuver, S., y F. A. Holton: *Koster: Americans in Search of their Prehistoric Past*. Doubleday/Anchor Press. Garden City (Nueva York), 1979

- Sugrue, T.: *There Is a River*. Henry Holt & Co. Nueva York, 1942.
- Sullivan, W.: *Continents in Motion*. McGraw-Hill. Nueva York, 1979.
- Van Sertima, I.: *They Came Before Columbus*. Random House. Nueva York, 1976.
- Von Wauthenau, A.: *Unexpected Faces in Ancient America*. Crown Publishers. Nueva York, 1982.
- Vyse, H.: *Operations Carried On at the Pyramids of Gizeh in 1837*. J. Fraser. Londres, 1840-1842.
- Wauchope, R.: *Lost Tribes and Sunken Continents*. University of Chicago Press. Chicago, 1962.
- Wegener, A.: *The Origins of Continents and Oceans*. Traducido al inglés por John Birams. Dover. Nueva York, 1966 (primera edición, 1929).
- White, J.: *Pole Shift*. Doubleday. Garden City (Nueva York), 1980.
- Zhirov, N.: *Atlantis, Atlantology: Basic Problems*. Progress Publishers. Moscú, 1970.
- Zink, D.: *The Stones of Atlantis*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1978.

ARTÍCULOS

- Adovasio, J. M.; D. Gunn; J. Donahue, y R. Stuckenrath, 1978: «Meadowcroft Rockshelter, 1977: an overview». *American Antiquity* 43:632-51.
- Allen, J. P.; K. L. Gauri, y M. Lehner, 1980.: «The ARCE Sphinx Project: a preliminary report». *American Research Center in Egypt Newsletter*, núm. 112, págs. 3-33.
- Anónimo, 1977: «Unique volcanic subsea specimens». *Science News* 111:102
- Barbetti, M., y M. McElhinney, 1972: «Evidence of a geomagnetic excursion 30,000 years before present». *Nature* 239:327-30.
- Bower, B, 1986: «People in Americas before last ice age?» *Science News* 129:405-6
- Clausen, C. J., y otros, 1979: «Little Salt Spring, Florida: A unique underwater site». *Science* 203:604-14
- Cruxent, J., y I. Rouse, 1969: «Early man in the West Indies». *Scientific American* 221 (11, noviembre): 42-52.
- Edwards, R. L., y K. O. Emery, 1977: «Man on the continental shelf». *Annals of the New York Academy of Sciences* 228:245-56.
- Emiliani, C., 1976: «The great flood». *Sea Frontiers* (sept.-oct.): 259-70.
- Emiliani, C., y otros, 1975: «Paleoclimatological analysis of late Quaternary cores from the Northeastern Gulf of Mexico». *Science* 189:1083-88
- Fairbridge, R. W., 1977: «Global climate change during the 13.500-b.p. Gothenburg geoclimatic excursion». *Nature* 265:430-31.

- Falk, D., 1983: «Cerebral cortices of East African early Hominids». *Science* 221:1072-74.
- Feder, K., 1980: «Psychic archaeology, the anatomy of irrationalist prehistoric studies.» *The Skeptical Inquirer* 4(4):32-43
- , 1983: «America disingenuous: Goodman's «American Genesis» - a new chapter in «cult» archaeology». *The Skeptical Inquirer* 7(4):36-48.
- Flohn, H., 1979: «On time scales and causes of abrupt paleoclimatic events». *Quaternary Research* 12:135-49.
- Gauri, K. L., 1981: «Deterioration of the stone of the Great Sphinx». *American Research Center in Egypt Newsletter*, núm. 114, págs. 35-47.
- Gifford, J. A., y M. M. Ball, 1980: «Investigation of submerged beachrock deposits off Bimini, Bahamas». *National Geographic Society Research Reports* 12:21-38.
- Gold, T., 1955: «Instability of the earth's axis of rotation». *Nature* 175:526-29.
- Greenman, E. F., 1963: «The Upper Palaeolithic and the New World». *Current Anthropology* 4:41-91.
- Guidon, N., y G. Delabrias, 1986: «Carbon-14 dates point to man in the Americas 32,000 years ago». *Nature* 321:769-71.
- Hamblin, D. J., 1986: «A unique approach to unraveling the secrets of the Great Pyramids». *Smithsonian* 17 (abril): 78:93.
- Harrison, W., 1971: «Atlantis undiscovered: Bimini, Bahamas». *Nature* 230:287-89.
- Haynes, V., 1973: «The Calico site: artifacts or geofacts?» *Science* 181:305-9.
- Kenneth, J. P., y N. D. Watkins, 1970: «Geomagnetic polarity change, volcanic maxima, and faunal extinction in the South Pacific». *Nature* 227:930-34.
- Kerr, R., 1986: «Ancient river system across Africa proposed». *Science* 233:940.
- Kolbe, R. W., 1957: «Fresh-water diatoms from Atlantic deep-sea sediments». *Science* 126:1053-56.
- , 1958: «Turbidity currents and displaced fresh-water diatoms». *Science* 127:1504.

- Leakey, L. S. B., R. E. Simpson, y T. Clemens, 1968: «Archaeological excavations in the Calico Mountains, California: Preliminary report». *Science* 160:1022-23.
- Lehner, M. 1983: «Some observations on the layout of the Khufu and Khafre pyramids». *Journal of the ARCE* 20:7-25.
- Lewin, R., 1985: «The Taung baby reaches sixty». *Science* 227:1188-90.
- , 1987: «Africa: Cradle of modern humans». *Science* 237:1292-95.
- Lindstrom, T., 1980: «SEAS Bimini ('71, '72, '79) and Quintana Roo ('74, '75, '79) expeditions». *The Epigraphic Society, Occasional Publications* 8, Pt. 2: 189-98.
- , 1982: «Bimini marine archaeological expedition». *Explorers Journal* (marzo):25-9
- McKusick, M., 1984: «Psychic archaeology from Atlantis to Oz». *Archaeology* 37(5):48-52.
- McKusick, M., y E. A. Shinn., 1980: «Bahamian Atlantis reconsidered». *Nature* 287:11-12.
- MacNeish, R. S., 1971: «Early man in the Andes». *Scientific American* 224(4):36-46.
- , 1976. «Early man in the New World». *American Scientist* 64:316-27
- Marshack, A., 1975: «Exploring the mind of ice age man». *National Geographic* 147 (1, enero):62-89.
- Martin, P. S., 1966: «Africa and pleistocene overkill». *Nature* 212:339-42.
- Milliman, J. D., y K. O. Emery, 1968: «Sea levels during the past 35.000 years». *Science* 162:1121-23.
- Morner, N. A., y J. Lanser, 1974: «Gothenburg magnetic «flip». *Nature* 251:408-9.
- Oakley, K. P., y J. S. Weiner, 1955: «Piltdown man». *American Scientist* 43:573-83.
- Poulton, J., 1987: «All about Eve». *New Scientist* 1560. (14 de mayo de 1987):51-3.
- Rebikoff, D., 1979: «Underwater archaeology: photogrammetry of artifacts near Bimini». *Explorers Journal* (septiembre): 122-25.

- Rigby J. K., y L. H. Burckle., 1958: «Turbidity currents and displaced freshwater diatoms». *Science* 127:1504.
- Rogers, R. A., 1985: «Glacial geography and native North American languages». *Quaternary Research* 23:130-37.
- Shinn, E. A., 1978: «Atlantis: Bimini hoax». *Sea Frontiers* 24:130-41.
- Solecki, R. S., 1975: «Shanidar IV, a Neanderthal flower burial in Northern Iraq». *Science* 190:880-81.
- Steen-McIntyre, V.; R. Fryxell, y H. E. Malde., 1981: «Geological evidence for age of deposits at Hueyatlaco archaeological site, Valsequillo, Mexico». *Quaternary Research* 16:1-17.
- Straus, L. G., 1985: «Stone age prehistory of northern Spain». *Science* 230:501-7.
- Turner, C. G. II, 1983: «American Genesis: The American Indian and the origins of modern man by Jeffrey Goodman». *Archaeology* 35(1):72-4.
- , 1986: «Dentochronological separation estimates for Pacific Rim populations». *Science* 232:1140-42.
- Valentine, J. M., 1976: «Underwater archaeology in the Bahamas». *Explorers Journal* (diciembre):176-83.
- Van Elderen, B., 1979: «The Nag Hammadi excavation». *Biblical Archaeologist* 42 (otoño):225-31.
- Warlow, P., 1978: «Geomagnetic reversals?» *Journal of Physics*, A 11 (7 de octubre de 1978):2107-30.
- Wendorf, F., y otros, 1975: «Dates for the middle stone age of East Africa». *Science* 187:740-42.
- Whitmore, F. C. Jr. y otros, 1975: «Elephant teeth on the Atlantic Continental Shelf». *Science* 156-1477-81.
- Willey, G. R., 1982: «Maya archaeology». *Science* 215:260-67.

LOS AUTORES

Edgar Evans Cayce es el menor de los hijos de Edgar Cayce. Se licenció en ingeniería eléctrica en 1939 en la Universidad Duke, y es ingeniero profesional colegiado en Virginia. Se jubiló tras 43 años de servicio en la Compañía Eléctrica de Virginia. Edgar Evans Cayce es autor de *Edgar Cayce on Atlantis* y coautor, con Hugh Lynn Cayce, de *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power*. Es miembro del consejo de administración de la Fundación Edgar Cayce, de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, y de la Universidad Atlantic.

Gail Cayce Schwartzer es nieta de Edgar Cayce e hija de Edgar Evans Cayce. Se licenció en psicología en 1968 en la Universidad del Estado de Ohio. Trabajó 15 años con la Fundación Edgar Cayce, y es autora de *Osteopathy - Comparative Concepts of A. T. Still and Edgar Cayce*.

Douglas G. Richards es director de investigación en la Universidad Atlantic, de Virginia Beach, Virginia. Es doctor en biología por la Universidad de Carolina del Norte. En 1976 y 1984 participó en expediciones a la islas de Bimini, en las Bahamas, en busca de las ruinas de la Atlántida. Es autor de numerosos artículos científicos, entre ellos «Water Penetration Aerial Photography» («Fotografía aérea con penetración en el agua»), en la revista *International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*.

LA SABIDURÍA DE EDGAR CAYCE PARA LA NUEVA ERA

Usted tiene a su disposición más información procedente de las lecturas de Edgar Cayce sobre centenares de temas, desde la astrología y la artritis hasta las leyes universales y los asuntos mundiales, pues Cayce fundó una organización, la Association for Research and Enlightenment (A.R.E.) (Asociación para la Investigación y la Iluminación), para conservar sus lecturas y para ofrecer la información a cualquier persona.

Actualmente, los más de cien mil miembros de la A.R.E. reciben una revista de periodicidad bimensual, *Venture Inward* («Aventúrate hacia el interior»), que contiene artículos sobre la interpretación de los sueños, las vidas pasadas, la salud y la dieta, la arqueología y la investigación parapsicológica, críticas de libros y entrevistas con personalidades del mundo metafísico. Los miembros también reciben extractos de lecturas sobre temas médicos y no médicos, y pueden realizar sus propias investigaciones sobre la totalidad de las más de catorce mil lecturas que realizó Edgar Cayce durante su vida.

Para recibir más información sobre la asociación, que sigue investigando además de ofreciendo información sobre los temas de las lecturas de Edgar Cayce, escriba a A.R.E., Dept. M13, P. O. Box 595, Virginia Beach, VA 23451, Estados Unidos de América, o llame al teléfono (804) 428-3588 (Estados Unidos). La A.R.E. le enviará con mucho gusto documentación sobre sus actividades actuales.

COLECCIÓN NUEVA ERA

- 1 **CÓMO DESARROLLAR EL PODER DE LA INTUICIÓN**, *por Linda Keen.*
- 2 **MANUAL PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS**,
por S. Kaplan Williams.
- 3 **EL PODER CURATIVO DE LOS ELEMENTOS**, *por R. Tegmeier.*
- 4 **EJERCICIOS DE IMAGINERÍA ZEN**, *por Shizuto Masunaga.*
- 5 **KUNDALINI PARA LA NUEVA ERA**, *por Gene Kieffer.*
- 6 **PENSAMIENTO UNITIVO**, *por Tom McArthur.*
- 7 **CHANNELING, UN ESTADO MENTAL**, *por J. Z. Knigth.*
- 8 **LOS CHAKRAS**, *por Harish Johari.*
- 9 **REVELACIONES DE EDGAR CAYCE SOBRE EL AMOR Y LA FAMILIA**,
por William y Gladys McGarey.
- 10 **PSICO-ASTROLOGÍA KÁRMICA. EL PRESENTE Y EL FUTURO**,
por G. Waxkowsky y M. González Sterling.
- 11 **TAO Y LARGA VIDA**, *por Huai-Chin Nan.*
- 12 **YOGA, JUVENTUD Y REENCARNACIÓN**, *por Jess Stearn.*
- 13 **LOS YOGAS ESOTÉRICOS**, *por Ramiro A. Calle.*
- 14 **LA INDIA MÍSTICA Y SECRETA**, *por Ramiro A. Calle.*
- 15 **FÍSICA MÍSTICA**, *por Fernando Díez.*
- 16 **LA INMORTALIDAD**, *por Bika Reed.*
- 18 **GUÍA DE MÍSTICA ORIENTAL PARA OCCIDENTALES**, *por Ramiro A. Calle.*
- 22 **LOS SIETE CUERPOS DEL HOMBRE**, *por E. J. Gold.*
- 23 **EL YOGA TÁNTRICO**, *por Julius Evola.*
- 26 **LA ESENCIA DEL BUDISMO. EL NOBLE SENDERO ÓCTUPLE**,
por Bhikkhu Bodi.
- 27 **EL PUNTO DE QUIETUD**, *por Ramiro A. Calle.*
- 28 **I-CHING Y PSICOLOGÍA TRANSPERSONAL**, *por Marysol González Sterling.*
- 30 **EL ARTE JAPONÉS DE LA GUERRA**, *por Thomas Cleary.*
- 31 **EL LIBRO DEL KI**, *por Koichi Tohei.*
- 32 **LA SANACIÓN POR LOS CHAKRAS**, *por Z. F. Lansdowne.*
- 33 **¿ES USTED SENSITIVO?**, *por Marcy Calhoun.*
- 34 **LOS DOCE PASOS HACIA LA LIBERACIÓN ESPIRITUAL**, *por Jerry Hirschfield.*
- 35 **LAS 36 ESTRATEGIAS CHINAS**, *por Gao Yuan.*
- 36 **EL HOMBRE ES MÁS QUE SU CUERPO**, *por Walter Weber.*

- 38 MEDITACIONES PARA MUJERES QUE HACEN DEMASIADO,**
por Anne Wilson Schaefer.
- 40 RECOBRA TU INTIMIDAD,** *por Anne Wilson Schaefer.*
- 41 RESPIRANDO,** *por Michael Sky.*

Serie GUÍAS DE EDGAR CAYCE:

- 17 MILAGROS DE CURACIÓN,** *por William A. McGarey.*
- 19 UNA VIDA DE JESÚS EL CRISTO,** *por Richard Henry Drumond.*
- 20 MÚLTIPLES MORADAS,** *por Gina Cerminara.*
- 21 EL DESPERTAR DE LOS PODERES PSÍQUICOS,** *por Henry Reed.*
- 24 REFLEXIONES SOBRE EL CAMINO,** *por Herbert B. Puryear.*
- 25 LOS SUEÑOS,** *por Mark Thurston.*
- 29 REENCARNACIÓN,** *por Lynn Elwell Sparrow.*
- 37 LA MISIÓN DEL ALMA,** *por Mark Thurston.*
- 39 MISTERIOS DE LA ATLÁNTIDA,** *por Edgar Evans Cayce y otros.*